DESY ICARDI

LA BIBLIOTECA DE LOS SUSURROS

AdN

Desy
Icardi

LA BIBLIOTECA DE LOS SUSURROS

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

AdN Alianza de Novelas

Llamadme en voz alta.

Hace unos años —pronto os diré cuántos—, sin apenas poder expresar mi opinión y sin nadie que se pusiera de mi parte, me vi obligada a abandonar mi casa.

Llamadme en voz alta, repito, no susurrando discretamente. Haced que el sonido de vuestra voz me sobresalte. Gritad: «¡Dora!». Y, si no me doy la vuelta, llamadme Dorina o, mejor aún, Dorina de las Corrientes de Aire, como llamaban a mi tía abuela en la época de la historia que quiero contaros.

Capítulo 1

Mi casa parecía una casa de campo, aunque se encontraba en la ciudad, a un par de kilómetros del centro de Turín. Estaba rodeada por una pequeña extensión de césped y por altos edificios cada vez más numerosos y cercanos que con el tiempo acabaron por asfixiarla.

Pero en 1971, cuando yo tenía seis años, en mi casa aún se respiraba el olor fresco de la hierba y el aroma salitroso del río Dora, que discurría por la parte de atrás, a veces tranquilo y transparente, otras impetuoso y turbio.

Para quienes la veían desde el exterior, la casa sobre el Dora podía parecer descuidada y un tanto destartalada; la menuda extensión de césped que tenía delante (al que en la familia llamábamos nuestro «jardín» con gran optimismo) estaba salpicada de macetas vacías o llenas de malas hierbas y, en medio de aquel pequeño descampado, se alzaba una esbelta fuente con un Baco burlón que escupía chorros de agua por su boca desdentada, pero solo cuando estaba de buen humor.

En la parte trasera de la casa había un pequeño huerto, aún más abandonado que el jardín, de cuyo cuidado cada miembro de la familia, por turnos, intentó encargarse para luego abandonarlo a su suerte.

—¡Me voy al huerto!

Cuando uno de nosotros decía esa frase, no significaba que tuviera el propósito de arrancar la maleza que asediaba la pequeña achicoria plantada hacía unos años, que seguía apareciendo, año tras año, cada vez más asilvestrada, sino que deseaba estar un rato a solas, escuchando el inmutable murmullo del Dora, esperando que el fluir del agua verde se llevara consigo sus preocupaciones, mientras las sábanas tendidas se hinchaban con cada soplo de viento, como pequeños veleros listos para zarpar.

Si el exterior de nuestra casa se hallaba en un estado de semiabandono, el interior era limpio y, a su manera, ordenado: los viejos suelos con dibujos geométricos brillaban de cera, las gruesas cortinas almidonadas olían a jabón de Marsella y las paredes estaban animadas por decenas de cuadros baratos que representaban una gran variedad de temas, desde bodegones hasta animales mitológicos, pasando por santos en éxtasis.

Al igual que los cuadros, los muebles eran numerosos —digamos que excesivos— y, además, diferentes unos de otros. Cada uno de ellos había llegado a nuestros aposentos recorriendo caminos laberínticos: herencias, regalos o compras compulsivas en un mercadillo. Lo sorprendente es que cada nuevo mueble o utensilio que entraba en nuestra casa encontraba su lugar de manera natural, armonizándose con el resto del mobiliario sin que fuera necesario tirar nada para hacerle sitio. Lo que entraba por nuestra puerta se quedaba allí de manera permanente, porque la casa sobre el Dora era un hogar extraordinariamente acogedor, tanto con los objetos como con las personas.

Con sus muebles destartalados y los cachivaches que la invadían, la casa no tenía nada especial de verdad, salvo un detalle que a muchos les puede parecer un defecto, pero que nosotros, como familia, valorábamos mucho: el ruido.

El ruido del que hablo no era un factor exógeno, como el rugido de los coches o el chirrido de los tranvías de la calle, sino que brotaba de las mismas habitaciones y era alimentado por los que vivíamos allí, siempre atentos a que no se apagara nunca, igual que la llama de la última vela durante una tormenta que nos haya dejado sin electricidad.

Éramos personas corrientes, que hacíamos cosas corrientes en la casa sobre el Dora, pero lo que ocurría es que las hacíamos con el mayor estruendo posible: dábamos portazos, nos lanzábamos por las escaleras haciendo retumbar cada peldaño, arrastrábamos las sillas por el suelo, forzándolas así a gemir, y nos llamábamos unos a otros gritando de habitación en habitación, como si nos separara una distancia infinita. Incluso la tía Maddalena, que tenía el corazón débil y

permanecía postrada en la cama desde antes de que yo naciera, agitaba sus medicinas haciendo tintinear la cucharilla en el vaso de cristal hasta producir el toque de un cencerro.

Me pregunté muchas veces por qué hacíamos tantísimo ruido. Tal vez la extensión de césped que rodeaba la casa y el constante borboteo del río nos llevaban a pensar que, como no íbamos a molestar a nadie, podíamos darnos el gusto de recrearnos en aquel desenfrenado alboroto; o tal vez montar aquel barullo de nuestras voces desenfrenadas y nuestros gestos descuidados nos recordaba que estábamos vivos y que estar en el mundo, en resumidas cuentas, era algo agradable.

Sí, al pensarlo ahora, debía de ser precisamente por esta segunda razón por la que todos alimentábamos constantemente el ruido en casa; todos menos mi primo Fulvio.

Fulvio asistía a la Escuela de Magisterio, tenía los ojos verdes como el agua del Dora y se movía en nuestro alboroto con pasos ligeros y descoyuntados, como si tuviera una extraña consideración con respecto al suelo. A pesar de su índole silenciosa, a Fulvio no le molestaba nuestro estruendo, al contrario, le encantaba y lo buscaba porque, según decía, le mantenía alegre.

Con todo su alboroto, de hecho, nuestra casa era innegablemente alegre, y eso a pesar de que la muerte entraba y salía de ella a su antojo.

A veces se presentaba de repente, como esas visitas inoportunas que aparecen justo a la hora del almuerzo, y quien está en casa se preguntaba si debía apagar el fuego que ardía bajo las sartenes o añadir un plato a la mesa; en otras ocasiones, se colaba con prudente discreción, sentándose en un rincón del sofá a esperar con el aire sereno de una anciana que aguarda su turno en el médico. Aquel de nosotros que percibía su presencia hacía como si no estuviera y seguía con su vida, abandonándose a la algarabía de siempre con la esperanza de que, al sentirse ignorada, tarde o temprano se marchara. A veces nuestra estrategia funcionaba, pero no siempre teníamos tanta suerte y, en un par de ocasiones, la muerte consiguió terminar el trabajo para el que se había presentado; entonces

la casa sobre el Dora se sumía en un silencio denso y antinatural.

Fue cuando la muerte se familiarizó con nuestra casa y el silencio de las habitaciones se hizo irreversiblemente pesado cuando nos vimos obligados a abandonarla.

Capítulo 2

En la casa sobre el Dora vivíamos siete personas, sin contar los numerosos gatitos que Stèila, nuestra gata atigrada, daba a luz de seis en seis con cadencia semestral. Además de mis padres y de mí, estaban en casa mi tía Maddalena con Bruno, su marido, y su hijo Fulvio, y, por último, la más importante de todas: la tía abuela Dorina.

Ella era la propietaria de la casa, mientras que los demás éramos sus invitados, condición que tuvo la delicadeza de no dejar que nos pesara nunca.

Ella y la casa sobre el Dora eran una misma cosa; la tía abuela no salía de ella más que unas horas, excepto el primer domingo de cada mes, cuando se acicalaba y después de la misa se iba a visitar a unos cuñados suyos que vivían en la ciudad, para pasar allí todo el día. Durante esas horas sin ella, el viejo mobiliario de la casa crujía más de lo habitual, casi como si llorara su prolongada ausencia.

La tía abuela era una mujer de baja estatura, pero con un andar tan orgulloso que parecía al menos un palmo más alta; tenía un rostro rollizo y juvenil que hacía imposible adivinar su edad, y llevaba zapatillas todo el año, dentro y fuera de casa, porque, sostenía, los pies deben sentirse libres, pues, de lo contrario, contagian su sentimiento de reclusión a toda la persona. Muchos enfados, estados depresivos y asperezas de carácter, según la tía abuela Dorina, se debían a un abuso de zapatos cerrados tanto en la parte trasera como en la delantera del pie.

—Fijaos —nos repetía para corroborar su tesis—. ¿Habéis visto alguna vez en las noticias de televisión a un asesino con sandalias? ¡No! ¡Quienes calzan sandalias no tienen instintos asesinos!

El calzado que llevaba no tenía suela de goma ni de paño,

sino rigurosamente de madera, lo que convertía su andar en un perpetuo solo de castañuelas.

La tía abuela Dorina era, en definitiva, nuestra fuente suprema de sabiduría y también de ruido, no solo por el constante repiqueteo de sus suelas de madera, sino también por sus oídos, que el tiempo había vuelto tan duros que ella y todos sus interlocutores se veían obligados a hablar más alto de lo que normalmente sería necesario.

A pesar de su semisordera, la tía abuela era capaz de oír sonidos que la mayoría de la gente no percibía. En el pueblo de Monferrato, donde nació y vivió hasta el día de su boda, la tía abuela era conocida como Dorina de las Corrientes de Aire y así siguieron llamándola también en nuestro barrio y en todos los rincones de Turín donde manifestó sus singulares capacidades de audición.

La tía abuela y el tío abuelo se habían conocido en el pueblo de ella durante la fiesta de la vendimia; él era un forastero de Turín que había ido a tomar unas copas con sus amigos, ella desfilaba sobre un carro alegórico vestida con el traje tradicional.

—Si te gusta y parece un buen chico, no lo dejes escapar —le sugirió su madre cuando se dio cuenta de que el forastero la cortejaba—. Aquí, en el pueblo, nadie va a quererte, y no porque seas fea, estúpida ni enfermiza, porque, gracias a Dios, eres guapa, lista y rebosas salud, sino porque eres Dorina de las Corrientes de Aire. Vendrán a buscarte cuando el caballo se ponga enfermo de repente o cuando oigan pasos en el desván, pero nunca pedirán tu mano, como le ocurrió a tu tía y antes a tu tía abuela, que oían lo que tú oyes.

A la tía abuela le gustaba aquel muchacho, así que le hizo caso a su madre y se casó con él a todo correr, antes de que llegaran a sus oídos rumores sobre ella. Se casaron en 1915 y su matrimonio fue bastante breve. Apenas tuvieron tiempo de instalarse en la casa sobre el Dora cuando el tío abuelo fue llamado al frente. Sin embargo, la tía abuela no enviudó a causa de la Gran Guerra; su marido no murió en las trincheras, sino unos meses después de su regreso, en un accidente en la fábrica donde acababa de encontrar trabajo.

No sé nada de mi tío abuelo, ni siquiera su nombre de pila; la única huella que tengo de él en mis recuerdos es una fotografía en la que aparece con uniforme de *bersagliere,* plantado delante de un jardín pintado en un telón, con un rostro imberbe y gesto algo asustado, parecido al de muchos otros jóvenes soldados de aquellos años, a los que es tan fácil imaginar muertos en combate como difícil suponer que a su vez mataran a alguien.

Tras la muerte de su marido, la tía abuela Dorina vivió en la casa sobre el Dora, manteniéndose con su pensión de viudedad y dedicándose a lo que consideraba su misión: limpiar las que ella llamaba las «casas quejumbrosas», es decir, los aposentos que retenían entre sus paredes remordimientos, sentimientos de culpa, angustias y otras tristezas.

Ella, y sus antepasadas antes que ella, llamaban a esas molestias metafísicas con el nombre familiar y tranquilizador de «Corrientes de Aire».

¡Ay de quien intentara definirlas con términos más rimbombantes o terroríficos como «fantasmas», «espectros» o «presencias»! Si alguien lo hacía, la tía abuela montaba en cólera porque esos términos eran, en su opinión, tan inapropiados como funestos.

—No hay que hablar de lo que no se sabe y mucho menos de lo que es mejor no saber.

Si alguien con ganas de charlar intentaba profundizar en el tema, ella lo liquidaba de la siguiente manera:

—Imagínese que está usted solo, ocupándose de sus cosas, y oye que lo llaman por su nombre. ¿Qué haría usted?

—Contestaría.

—¡Ellos también!

La tía abuela consideraba esa extraña actividad suya un trabajo, aunque nunca aceptaba nada a cambio de sus servicios, salvo, a veces, una lata de café o una caja de galletas.

Periódicamente llamaban a la puerta preguntando por Dorina de las Corrientes de Aire. Todos estos visitantes se parecían un poco: hablaban en voz baja, mantenían la vista sobre la punta de los zapatos y tenían la postura tensa de quien está dispuesto a batirse en retirada a la primera señal de

peligro. La tía abuela los hacía pasar entonces al salón y los tranquilizaba con algún cumplido.

—¿Quién le envía? —preguntaba en el tono estentóreo de su incipiente sordera—. Ah, ¿sí? ¿Y cómo está? Ah, qué bien, ¡cuánto me alegro!

A veces me quedaba en un sillón y asistía a esas conversaciones, meciendo los pies, que aún no tocaban el suelo, mientras los invitados permanecían sentados en el borde del sofá con los nervios a flor de piel, a veces ignorándome, a veces lanzándome miradas de apuro.

—No se preocupe por la pequeña Dora. Sí, sus padres quisieron que se llamara como yo —explicaba con orgullo—. Ya era sabia incluso antes de nacer. De hecho, tiene la belleza de su tía Maddalena y la inteligencia de su madre.

La tía abuela exageraba en sus alabanzas, si bien era cierto que tenía la misma tez diáfana que la tía Maddalena, el pelo rubio claro y los ojos aguamarina idénticos a los suyos, pero mis ordinarios rasgos no podían competir con sus facciones de muñeca; en cuanto a la inteligencia que supuestamente había heredado de mi madre, era, sí, una niña despierta, pero no poseía ni la intuición ni el sentido práctico que le habían permitido a ella darle un giro a su vida cuando esta parecía tomar otro rumbo.

—La pequeña también ha heredado algo de mí —añadía la tía abuela si su interlocutor parecía seguir inquieto por mi presencia—. Es alguien que oye —especificaba, dando al verbo «oír» un tono insinuante—. Cuénteme sin problemas lo que tenga que decirme, porque mi sobrina sabe casi tanto como yo de ciertos asuntos. Eso es algo con lo que se nace y que hay que aceptar, un poco como la estatura o la forma de la nariz. ¿Le apetece un café? —Cambiaba de tema cuando su interlocutor no era capaz de relajarse—. Dora, ve a decirle a tu madre que nos lo prepare, por favor.

Así la tía abuela se libraba de mí cuando mi presencia incomodaba demasiado a alguna de sus visitas, pero, de todas formas, yo lograba escuchar, gracias a la potente voz con la que la tía abuela repetía, frase por frase, lo que le contaban, con la excusa de asegurarse de haber entendido bien todo

cuanto le confiaban, por no tener el oído muy fino… Yo sabía, no obstante, que lo hacía principalmente para que yo no me perdiera ni una sílaba de sus conversaciones con los habitantes de las casas quejumbrosas.

—Así que puso la cafetera en el fuego —repetía a todo volumen— y, cuando oyó hervir el café y regresó a la cocina, ¿la cafetera ya estaba en la mesa? Ya entiendo…

La tía abuela siempre entendía, nunca se sorprendía de las cosas extrañas que le contaban, y su actitud imperturbable tranquilizaba a aquella pobre gente aterrorizada.

Cuando no me echaban y escuchaba las historias en las voces de los propios interesados, el asunto se volvía incluso mucho más intrigante; algunos susurraban como si tuvieran miedo a que alguien estuviera espiándolos, otros soltaban su historia de un tirón como si se deshicieran de un fardo demasiado pesado y había otros que con un largo y enrevesado preámbulo pretendían declararse cuerdos. Sin embargo, si alguien llegaba a jurar sobre la veracidad de sus palabras, la tía abuela se ponía furiosa.

—¡No jure! —reprendía a su interlocutor—. Los juramentos son peligrosos. No jure por sus seres queridos ni mucho menos por el Cielo, pero, sobre todo, ¡nunca jure por sí mismo! Tal vez por sus seres queridos el Cielo podría tener la bondad de liberarlo del juramento, pero, si jura por sí mismo, ¿quién podría liberar ese juramento? ¡Ese será un vínculo indisoluble!

—¿Son ciertas las cosas que dicen esas personas? —le pregunté una vez.

—Casi nunca lo son —dijo encogiéndose de hombros—. Son escasas las ocasiones en que esa gente vive en realidad en casas quejumbrosas; la mayoría de las veces sus casas están perfectamente y son ellos quienes se quejan.

—Entonces, ¡te están contando mentiras!

—Sí, pero sin darse cuenta. Se dejan sugestionar por remordimientos, rencores, miedos que nunca afrontaron y otras porquerías que anidan en sus almas. Cuando me doy cuenta de que las suyas son solo feas fantasías, me limito a pedirles tareas sencillas e inofensivas, como poner una ramita

de salvia en el alféizar o esconder piedrecitas en los cajones. A veces coso para ellos esos pequeños saquitos de tela que tú me ayudas a rellenar con sal y les explico que son poderosos talismanes.

—Pero si en sus casas no hay corrientes de aire, ¿por qué no se lo dices y ya está?

—Porque las cosas que no existen —sonrió— pueden dar más miedo que las reales.

Capítulo 3

Mi tío era guapo, el hombre más guapo que yo había visto en mi vida, y se llamaba Bruno Vittorioso, apellido en el que parecía estar escrito su destino. Además de ser muy atractivo, tenía un oficio que, de niña, solo podía pensar que era maravilloso: vendía caramelos, pero no los vendía en una tienda ni empujaba un carrito por las avenidas del parque del Valentino; el tío Bruno comerciaba con dulces al por mayor y sus clientes eran bares, tiendas e incluso supermercados y hoteles. Su trabajo, que, por extraño que parezca, era muy rentable, lo llevaba de viaje por toda Italia y lo alejaba de su casa en el Dora varias semanas y, por eso, cuando volvía siempre era una fiesta. Nos advertía con una rápida llamada: «Voy para allá», decía sin avisar previamente. En cuanto colgaba el teléfono, nuestra casa se volvía aún más ruidosa que de costumbre; la tía abuela se metía en la cocina para preparar ñoquis con salsa, el plato preferido del tío, golpeando ollas y sartenes, y mientras la cocina sonaba como el taller de un herrero, la tía Maddalena, desde su cama, llamaba a mi madre para que la ayudara a vestirse y a peinarse. En esos momentos, a la tía, que por regla general carecía de fuerzas, la recorría una descarga de energía y la sangre circulaba a borbotones por su débil corazón, como el de una chiquilla enamorada y rebosante de salud. Mamá la complacía con docilidad, le arreglaba el pelo, le frotaba el cuerpo con agua de rosas y elegía para ella un hermoso camisón. No obstante, mientras realizaba estos actos de amor hacia su hermana, resoplaba y negaba molesta con la cabeza; lo hacía sin cortarse, segura de que en su estado de loca exaltación la tía Maddalena no se fijaría. Mientras la cocina retumbaba con estruendos metálicos y un sutil aroma a ajo y a romero se expandía por toda la casa hasta superponerse al olor a agua de rosas y a medicinas que

flotaba en la habitación de la tía Maddalena, los hombres de la casa también se preparaban para la llegada del tío Bruno; mi padre se ponía su chaqueta de los domingos y, a veces, hasta la corbata, y Fulvio, tan silencioso como siempre, ponía la mesa y ordenaba hasta el último de los rincones de su habitación.

Una hora después de la llamada del tío Bruno, a veces incluso menos, oíamos el retumbar de su Alfa Giulia y, unos minutos después, la puerta principal al abrirse.

El tío Bruno se quedaba inmóvil un instante en el dintel de la puerta, como si quisiera ser admirado en todo su atractivo, exhibiendo sus chaquetas a la última moda que le ceñían los hombros y la cintura en un apretado abrazo y los pantalones ligeramente acampanados de los que asomaban unos zapatos tan brillantes como la carrocería de su coche. Era la moda de aquellos años, siempre en un precario equilibrio entre la elegancia y el ridículo.

El tío Bruno resurgía de su estatuaria inmovilidad apartándose el mechón de pelo rubio ceniza de sus penetrantes ojos verde oscuro; con ese ligero movimiento, las llaves de su bolsillo tintineaban alegremente. El tintineo se hacía cada vez más rítmico al ir acercándose a nosotros y saludándonos uno a uno, según el siguiente orden establecido: primero besaba a su hijo Fulvio en la frente, luego a mí y, para finalizar, a la tía abuela. El ritual de los saludos terminaba con un enérgico apretón de manos a mi padre: «Queridísimo Luciano, ¿has vigilado bien a nuestras mujeres?», le preguntaba a papá, haciéndole reír a carcajadas, a pesar de haber oído esa ocurrencia docenas de veces.

En cuanto a mi madre, en esos momentos se las apañaba para tener otra cosa que hacer en el extremo opuesto de la casa, para no tener que saludar a su cuñado ni, sobre todo, ver la expresión devota de mi padre, para quien mi tío era no solo un modelo, sino un ídolo al que venerar. Después de habernos saludado, Bruno se dirigía a la habitación de la planta baja donde su esposa lo esperaba ansiosamente, como una adolescente en su primera cita, con la espalda apoyada en el cabezal de la cama y el pelo dorado cayendo sobre los bordados del camisón. La tía Maddalena se esforzaba para que

la encontrara en su mejor pose, como una modelo con experiencia consigue presentar el mejor perfil al objetivo fotográfico.

El tío Bruno llegaba a su lado, la tomaba entre sus brazos y la besaba con el elegante trance de una estrella de Hollywood, tras lo cual se apartaba de ella para observarla en su totalidad y le decía que nunca la había visto tan guapa. Al oír esa afirmación, la tía sonreía y sus ojos brillaban con lágrimas de alegría.

Fui testigo de sus efusiones hasta los cinco años, cuando me di cuenta de que ese momento era solo para ellos y que, como el resto de los miembros de la familia, tendría que esperar fuera de la habitación a que aquello terminara.

Al cabo de pocos minutos, en efecto, obedeciendo a una regla no escrita, entrábamos en el dormitorio de los tíos, arrastrando cada uno su propia silla. Nos colocábamos a lo largo de la pared frente a la cama, apretados unos junto a otros como espectadores en un minúsculo teatro, y el tío Bruno empezaba a contarnos lo que había visto y, sobre todo, con quién se había reunido en sus viajes de negocios. Hasta mamá, a pesar de la profunda aversión que sentía hacia él, no sabía renunciar a las historias del tío Bruno, que, como una radionovela por capítulos, continuaban desde donde se habían quedado la vez anterior.

—¿Os acordáis de Marina, la hermosa camarera del Caffè Lux, en la carretera nacional hacia Bolonia?

—¿La que está a punto de casarse con un médico? — enlazaba la tía Maddalena.

—Pues ya no se va a casar —nos sorprendía—; se ha fugado con un camionero austriaco, ¡uno que tiene tupé rubio y unos hombros tan anchos como el escaparate del bar!

A medida que la historia iba ganando en intensidad, también el tintineo de llaves que acompañaba al tío se volvía más urgente, para ser interrumpido a fin de enfatizar cada pausa efectista.

—¿Y Marina ha roto su compromiso matrimonial con el médico? — preguntaba mi madre con aprensión, pendiente, a su pesar, de los labios del tío.

—Sí, el padre de la chica encontró una escueta nota en la caja del bar: «ME VOY CON KLAUS. PERDONADME».

—Qué lástima, parecía tan feliz con su médico —suspiraba la tía Maddalena, acariciando el morrito de uno de los gatitos de Stèila, que durante aquellas veladas solía acurrucarse sobre la colcha junto a su numerosa y ajetreada prole.

—A Marina le hacía ilusión asentarse —explicó el tío Bruno —, pero una cosa es la seguridad y otra el amor —añadía mientras miraba directamente a los ojos a su mujer, como si dijera: «Tú y yo sabemos algunas cosas sobre el amor, ¿verdad?».

Las crónicas provincianas del tío Bruno comenzaban siempre con una historia algo turbia, como la de la camarera de Bolonia, y continuaban con un par de relatos de aventuras, a veces envueltos en un velo de misterio.

—El señor Giordano, ¿os acordáis de él?

Nosotros asentíamos con convicción.

—Por fin ha descubierto quién robaba en su tienda —anunciaba, tras lo que se quedaba callado de inmediato, dejando así que se acrecentara nuestra curiosidad—. Una noche se quedó al acecho en la tienda con la escopeta de caza de su padre.

Cuando las armas hacían su aparición en las historias del tío, lo que no era nada raro, mamá y la tía Maddalena se llevaban atemorizadas las manos a la cara, mientras la tía abuela negaba con la cabeza con desaprobación.

—Esperó toda la noche con la escopeta amartillada y, hacia las siete de la mañana, oyó que se abría la puerta trasera… —Otra sabia pausa—. El señor Giordano vio una silueta moviéndose en la oscuridad y disparó sin titubear.

A la tía Maddalena se le escapaba un gritito ahogado.

—La vieja escopeta, sin embargo, falló, y menos mal, porque el ladrón era… ¡su nieto!

—¿Su nieto? —repetía la tía abuela pidiendo confirmación, ya que, al igual que la escopeta de Giordano, sus oídos fallaban a menudo.

—¡El mismo! Robaba todo lo que podía para revenderlo en el colegio, pero tendrá tiempo de arrepentirse de sus fechorías;

sus padres lo han enviado a un internado para chicos problemáticos, que dicen que es una especie de cárcel.

Cuando el villano de la historia era castigado de manera tan ejemplar, teníamos que contenernos para no ponernos de pie de un salto y aplaudir; cuando, por el contrario, una historia terminaba mal, podíamos estar seguros de que el tío siempre tenía guardada una anécdota divertida con la que terminar la velada alegremente.

—¿Recordáis al señor Gualtiero, un cliente del Bar Concordia de Módena?

—¿El que tenía tantos celos de su esposa? —preguntaba la tía Maddalena.

—Ese mismo, ¡volvía loca a esa pobre mujer! —confirmaba con el tono enérgico que más se ajusta a una comedia—. Entraba en casa de repente gritando: «¿Dónde está?», luego abría los armarios y tiraba al suelo todo su contenido, en busca del supuesto amante.

—¡Pobrecita! —suspiraba la tía abuela.

—Aquella buena mujer, que no tenía ni medio amante, llegó a pedir ayuda al párroco para que hiciera entrar en razón a su marido, pero no hubo manera. Al contrario, ¡el señor Gualtiero llegó a sospechar que su mujer tenía un lío precisamente con el viejo reverendo!

El tío se reía, hasta las llaves que llevaba en los bolsillos emitían risitas metálicas que nos contagiaban.

—Fue al ama de llaves a la que se le ocurrió una manera de que al señor Gualtiero se le pasaran las ganas de montar el numerito y de desordenar los armarios de casa. Le pidió a la pobre señora que despejara el armario de la entrada, el primero que su marido abría de par en par en busca de amantes, y puso en su interior… —el tío pasaba revista a nuestras miradas expectantes— ¡un panal! Miles de abejas se abalanzaron sobre él en cuanto abrió las puertas. El celosón salió corriendo al jardín, mientras el enjambre lo perseguía y le picaba sin piedad. Su mujer incluso tuvo que llamar al médico de lo hinchado y dolorido que estaba. Desde ese día, ¡parece que Gualtiero ha dejado tranquilos tanto a su mujer como a los armarios!

Cuando la historia humorística cerraba la sesión de relatos, la pobre tía Maddalena, agotada por tantas emociones, se quedaba en su habitación a descansar, mientras nosotros arrastrábamos nuestras sillas de nuevo al comedor, donde la mesa estaba preparada para cinco. Los ñoquis se cocinaban en unos instantes, el tiempo suficiente para que el agua empezara a hervir. La tía abuela y el tío Bruno se sentaban cada uno en un extremo de la mesa, mi padre y yo en un lado y Fulvio delante de nosotros, junto a la silla que dejaba libre mi madre; tras la sesión de relatos, su cuñado volvía a caerle mal, así que se iba a comer a la habitación de su hermana, que a esas alturas ya estaba dormida, con la excusa de no querer dejarla sola. Después de la cena, la tía abuela Dorina me pedía que la ayudara a recoger la mesa mientras «nuestros hombres», como los definía mi madre con sarcasmo, charlaban en el salón, tomando chupitos en hermosas copitas.

Obedeciendo a la regla implícita de hacerlo todo de la forma más ruidosa posible, la charla de nuestros hombres no podía permanecer en secreto; no había de hecho ningún rincón de la casa donde no resonara.

El tío Bruno declamaba con voz estentórea sus triunfos profesionales, contando, por ejemplo, cómo había conseguido un contrato de dos años para suministrar dulces a una cadena de grandes almacenes o cómo se había hecho con una gran partida de chocolatinas de primera calidad a un precio ridículo.

—¿Y tú a qué te dedicas, Luciano? —le preguntaba a mi padre en cuanto terminaba de echarse flores—. ¿Cuántas asignaturas te faltan para graduarte?

—Las dos de siempre más la tesis —respondía invariablemente.

—¿Aún te faltan esas dos asignaturas? —resoplaba el tío.

—Ya me habría librado de ellas si no tuviera que trabajar —se justificaba papá, que de vez en cuando trabajaba en una tienda de electrodomésticos donde reparaba televisores.

—Luciano, ¡deja ese trabajo mal pagado y termina tus estudios de una vez! —le instaba con severidad—. A mí me van bien los negocios y somos familia; del dinero ya me encargo yo

durante un tiempo.

En realidad, era el tío Bruno quien se encargaba del dinero desde hacía tiempo; de hecho, eran los ingresos de sus caramelos los que nos mantenían con dignidad a todos en la casa sobre el Dora.

—Haré lo que dices —se enardecía papá en todas las ocasiones—. ¡Dejaré mi trabajo para concentrarme en mis últimas asignaturas!

—¡Bravo! Y en cuanto tengas la licenciatura encontrarás un trabajo como Dios manda y ganarás un montón de pasta; así yo podré olvidarme por un tiempo de los caramelos y de los chicles y disfrutar viajando con mi mujer. Me gustaría llevarla de crucero; el aire del mar le vendría bien.

Ante tales afirmaciones, independientemente del lugar de la casa en el que se encontrara, mi madre fruncía el ceño con fastidio; la tía Maddalena a veces era incapaz de meterse en la cama sola, ¡e iba a estar para subirse a un barco! Además, mamá detestaba que el tío Bruno animara a papá a dejar su trabajo porque, por poco rentable que fuera, le daba a nuestro núcleo familiar una apariencia de autonomía.

Cuando se lo preguntaban, Fulvio también hablaba de la Escuela de Magisterio a la que asistía, pero siempre en voz baja y apenas unas palabras, para no desencadenar ninguna discusión con su padre, que quería otro tipo de carrera para él.

—¿No te importa que Fulvio quiera terminar solo con el diploma de maestro en vez de proseguir con sus estudios?

—¡Claro que sí! —suspiraba Bruno—. Me habría gustado mucho que estudiara Empresariales o incluso Derecho, pero si él quiere ser profesor de primaria, tendré que resignarme. ¡Tal vez de lo malo se saque algún bien! ¡Enviar a un hijo a la universidad hoy en día significa permitir que te lo estropeen los comunistas! No te harás comunista, ¿verdad?

Fulvio sonreía incómodo ante este tipo de preguntas, sin dar una respuesta.

Las veladas de los hombres de la casa se prolongaban hasta tarde, pero, alrededor de las nueve, mi madre me permitía reunirme con ellos en el salón para darles las buenas noches.

—Ven aquí, Dora, necesito la opinión de un experto —me

requería entonces mi tío, rebuscando en sus bolsillos—. Toma —me decía al darme un puñado de caramelos—, infórmame de cuáles son los que más te gustan.

El tío no hacía ese gesto con la condescendencia que los adultos suelen emplear con los niños. Le interesaba de verdad mi opinión y, de hecho, al día siguiente, me pedía un informe detallado, pidiéndome que le entregara los envoltorios de los caramelos que había preferido. El tío Bruno me hacía sentir importante, al igual que hacía sentir importantes a todos los que conocía, y era esa capacidad suya la que lo hacía ser una persona tan querida y un vendedor tan extraordinario, tan extraordinario como para hacerse rico vendiendo caramelos.

Capítulo 4

El tío Bruno casi siempre nos dejaba menos de veinticuatro horas después de su llegada. Se despedía dándonos vagas indicaciones sobre sus siguientes itinerarios y nunca nos decía cuándo regresaría. Cuando oíamos que su Alfa Giulia se marchaba rugiendo, un velo de melancolía nos envolvía y, con él, un silencio transitorio y enrarecido. Mi madre era la única que no se entristecía, no se callaba como el resto de nosotros, ni renunciaba al caos habitual que acompañaba cada una de sus acciones. En primer lugar, limpiaba la casa de arriba abajo, y lo hacía con especial empeño, como si quisiera borrar los restos de una enfermedad contagiosa. Luego interceptaba a mi padre y llevaba a cabo con él la misma labor de desinfección a la que había sometido a los suelos: «Bruno tiene razón: ¡tienes que graduarte de una vez por todas!», le decía, dando dos golpecitos con el dedo índice a la esfera de su reloj de pulsera, que marcaba los segundos con un chasquido tan seco y nítido que era claramente audible para quienes hablaban con ella. Se trataba de un viejo y tosco reloj mecánico que su padre, un relojero de extraordinaria habilidad e indecible racanería, había ensamblado con piezas de otros relojes para luego regalárselo por su confirmación.

—Sí, tienes que graduarte —reiteraba—. ¡Y tienes que hacerlo deprisa!

Los sermones que le dirigía a mi padre comenzaban dándole la ilusión de que ella estaba completamente de su parte, para luego virar con brusquedad aguijoneándole en su orgullo.

—De todos modos, ¡creo que eres capaz de terminar tus estudios sin tener que dejar el trabajo, como Bruno, quien evidentemente te subestima, te ha sugerido!

Cuando las palabras de mi madre se volvían apremiantes, el tictac de su reloj también se hacía más enérgico.

—Pero esto es solo mi opinión… —decía suavizando el tono de inmediato, haciéndolo dócil, casi sumiso—. La elección depende de ti —concluía con una leve sonrisa, haciéndole creer a papá que podía tomar una decisión libre.

Si el tío Bruno tenía el poder de agradar a todo el mundo haciendo que se sintieran importantes, mi madre tenía el don de persuadirlos para que acataran su voluntad sin que se percataran de ello.

En la casa sobre el Dora nos turnamos para caer en sus trampas verbales; incluso la tía abuela Dorina cayó en ellas un par de veces.

Solo la tía Maddalena era inmune a estos engaños porque, al ser ella su hermana mayor, hacía tiempo que había aprendido a reconocerlos y evitarlos.

La tía Maddalena había sido la primogénita y, además, la predilecta.

La tía y mamá eran hijas de Eligia, la hermana menor de la tía abuela Dorina, y de Ottavio, un hombre tan talentoso como desabrido, que no tuvo el valor de arriesgar sus ahorros para abrir su propio taller de relojería. Por ello se limitó a trabajar para terceros, envidiando y maldiciendo la riqueza de sus clientes. Yo vi muy pocas veces a mis abuelos, que, aparte de mantener pésimas relaciones con sus hijas, caían mal a la tía abuela, que los consideraba unos tacaños.

La tía abuela era capaz de tolerar muchos defectos —el temperamento ardiente de mi madre, el presuntuoso de mi tío, el dubitativo de mi padre—, pero era incapaz de aceptar la avaricia.

Cuando, en febrero de 1970, apareció en la crónica local de sucesos la noticia de que mis abuelos habían muerto mientras dormían debido a los gases de una estufa de gas vieja y en mal estado, la tía abuela negó con la cabeza y solo dijo:

—Han muerto igual que vivieron: ¡como unos tacaños!

La tía Maddalena nació de aquella pareja de roñosos exactamente nueve meses después de su boda, puntual como uno de los relojes que su padre Ottavio reparaba.

Mamá, en cambio, tardó la friolera de quince años en decidirse a venir al mundo y, cuando lo hizo, fue recibida con

una gran decepción; después de tanta espera y de innumerables oraciones a la Virgen, los abuelos estaban seguros de merecer un niño. Mientras que la tía Maddalena fue venerada incansablemente como un regalo del cielo, mamá era juzgada como un error en la entrega, un duplicado inútil del que debían hacerse cargo a su pesar.

Sin embargo, los regalos divinos suelen ser tan frágiles como valiosos y mientras mi madre, la hija prescindible, crecía sana y regordeta, su hermana Maddalena, cuando solo tenía diecinueve años, empezó a manifestar los primeros síntomas de una dolencia cardíaca que la iba debilitando progresivamente. No obstante, la enfermedad parecía sentarle bien, pues le daba el aspecto diáfano y etéreo de una sílfide; con su palidez luminiscente y sus miembros como juncos, la frágil ninfa atraía las miradas de enjambres de jóvenes faunos que, al percibirla tan divina y ultraterrena, apenas se atrevían a acercarse a ella. Entre los mortales, sin embargo, siempre hay uno que tiene el valor de ir más allá de la pura contemplación y, en el caso de la tía Maddalena, fue el tío Bruno, tan atractivo como ella, aunque de una belleza más terrena y carnal. Los dos se conocieron en una tienda de comestibles del Corso Regina Margherita; Maddalena había ido allí a comprar azúcar, Bruno para colocar un surtido de gelatinas de frutas. Cuando Maddalena salió de la tienda, Bruno dejó su catálogo sobre el mostrador y la siguió a una distancia respetuosa hasta su casa. Maddalena fingió no darse cuenta del apuesto chico que la seguía, ni se volvió para mirarlo, segura de que volvería a encontrarlo muy pronto. A partir de ese día, en efecto, el tío Bruno la cortejó sin darle ni un respiro, siguiéndola todas las mañanas cuando se dirigía a la perfumería donde trabajaba, apareciendo de la nada si su madre la enviaba a hacer recados o yendo tras sus pasos durante sus paseos dominicales vespertinos por el centro del brazo de sus compañeras dependientas, que se reían y le daban codazos para incitarla a darle al menos una señal de esperanza —una sonrisa, una mirada…— a ese encantador y tenaz jovenzuelo.

Casi un año después, Maddalena bajó por fin de su pedestal divino, entregando su frágil pero palpitante corazón al tío. Mis

abuelos se resistieron por todos los medios a la unión de su hija favorita, la joya en la que habían depositado sus más brillantes esperanzas, con un vendedor de caramelos común y corriente y, para que no se viera con él, llegaron a considerar la idea de encerrarla en casa hasta que fuera mayor de edad, lo que habrían hecho sin ningún reparo si esto no le hubiera impedido ir a la perfumería y contribuir con su sueldo al presupuesto familiar.

Gracias a la racanería de sus padres, los dos jóvenes siguieron viéndose todos los días, y el indeseado noviazgo sobrevivió hasta que Maddalena pudo casarse legalmente con Bruno al cumplir veintiún años.

La boda de los tíos fue vergonzosamente fastuosa: la iglesia rebosaba de lirios, el vestido de la novia tenía una larguísima cola con la que fácilmente se podría haber confeccionado otro vestido y el banquete nupcial fue un desfile de comida y derroche que deleitó a los invitados hasta el aturdimiento.

Fue en ese feliz y glorioso día cuando mis abuelos se dieron cuenta de que su hija favorita no se había casado con un vendedor de caramelos común y corriente, sino con el más hábil que el mundo había conocido.

Decidieron dar su bendición a su hija y a su yerno, pero ya era demasiado tarde; los tíos habían desarrollado un resentimiento tan profundo que tuvieron que alejarse de ellos de manera definitiva.

La existencia de la tía Maddalena durante los primeros años de su matrimonio fue parecida a la que una romántica lectora imagina reservada para la protagonista de una novela rosa, tras el inevitable final feliz: tras quedarse embarazada enseguida, dio a luz a un niño casi tan guapo como su marido, que, por su parte, seguía dedicándole la misma mirada de adoración que cuando la había visto por primera vez en la tienda de comestibles de Corso Regina Margherita. Sin embargo, con el paso del tiempo, su salud se volvió cada vez más precaria y su vida como protagonista de una novela rosa se transformó en la de una heroína de melodrama. El tío Bruno hizo que la examinaran los mejores cardiólogos, pero, como su estado no mejoraba, para evitar que se fatigara contrató a una criada,

quien, además de sus tareas domésticas, podía ocuparse de sus exigencias de enferma a cualquier hora del día o de la noche, sobre todo cuando él estaba fuera de casa por trabajo. Al haberse criado en un ambiente humilde y austero, a pesar de apreciar los cuidados de su marido, Maddalena no era capaz de concebir la presencia constante de una criada, ni de tolerar que una extraña arropara con las mantas a su hijo o acudiese a su cuna entrada la noche cuando se despertaba llorando por una pesadilla. Fue al ver a su sobrina tan incómoda cuando la tía abuela Dorina decidió invitarla a ella y a su familia a quedarse en la casa sobre el Dora. Al principio, Bruno se opuso a la idea de cambiar su gran piso, lleno de lujos y comodidades, por un dormitorio en una pequeña casa en las afueras, pero al final tuvo que aceptar que para su mujer era más reconfortante ser atendida por alguien de la familia que recibir esos mismos cuidados por parte de una persona contratada a su servicio. Tras intentar en vano convencer a la tía abuela de que se mudara a su hermoso apartamento, el tío Bruno aceptó finalmente mudarse a la casa sobre el Dora, donde se ofreció a realizar algunas mejoras a su costa y a contratar por lo menos a una criada a media jornada.

—¡Esta casa ya es perfecta! —se indignó la tía abuela, como si su sobrino hubiera cuestionado el honor de un miembro de la familia.

Bruno firmó una rendición incondicional y, a partir de entonces, puso al mal tiempo buena cara, aceptando como ley sagrada todas las extrañas reglas de la casa sobre el Dora.

Capítulo 5

Como suele ocurrir con las hermanas, Maddalena era la guapa y mi madre era la inteligente, lo que no implicaba que fuera fea, ¡ni mucho menos! En los tiempos de la casa sobre el Dora, mamá era una mujer joven, lozana, con un rostro fresco y sonrosado en el que aún perduraba una gracia infantil que ella acentuaba recogiendo su largo pelo castaño en dos trenzas, según lo que dictaba la moda *hippy*. Aunque mamá solo había visto a los *flower children* en revistas o en carteles, se enamoró al instante de su estilo inconformista, que rechazaba el pelo peinado hacia atrás, los tacones altos y los trajes ajustados. Para emularlo, mamá vestía largas blusas coloridas sobre amplias faldas de flores y cultivó una verdadera obsesión por los fulares. Le encantaban los de tela ligera, casi transparente, que se enrollaba en el cuello, en la frente o en sus rollizas caderas, dependiendo de su estado de ánimo. Aparte de los colores brillantes y las telas con vuelos, mi madre no abrazó ninguno de los otros aspectos de la filosofía *hippy:* no era ni una persona espiritual ni antiburguesa, al contrario, ella era muy práctica y ambiciosa.

Nada más terminar la secundaria, al no poder continuar con sus estudios, se puso a trabajar como obrera en una fábrica de bolígrafos. Solo tenía dieciséis años cuando fue ascendida a encargada y ni siquiera diecisiete años cuando fue trasladada de la fábrica a las oficinas, donde elaboraba presupuestos, tramitaba pedidos y organizaba la entrega de las mercancías.

—Bianca llegará lejos, es una chica muy despierta —repetían sus compañeros—; ¡llegará alto y nada podrá detenerla!

Pero hubo algo que la detuvo y ese algo fui yo.

Mamá y papá se veían todas las mañanas en el tranvía; él llevaba una mochila en bandolera verde militar repleta de libros; ella, una bolsa de papel con su almuerzo. Se observaron durante mucho tiempo, sin hablarse nunca, hasta que una mañana, sin pretenderlo, se sentaron uno al lado de la otra.

—¿Qué estudias? —le preguntó a bocajarro.

—Ingeniería electrónica —contestó, sin tener tiempo de recordar que era tímido.

—La electrónica es el futuro —afirmó Bianca, repitiendo como un loro una frase que había oído muchas veces y cuyo significado desconocía.

—Pues sí —confirmó él, que entretanto había recordado su timidez.

—Me llamo Bianca —se presentó—. ¿Y tú?

—Luciano Revello.

—¿Cuántos años tienes? Yo tengo diecisiete.

—Casi veinte.

En ese momento la conversación encalló, los dos jóvenes siguieron mirándose en silencio hasta que mi madre se levantó de un salto de su asiento para no pasarse de parada.

Como primer encuentro no fue gran cosa, pero el hielo ya estaba roto y, mañana tras mañana, parada tras parada, monosílabo tras monosílabo, mi padre consiguió finalmente reunir el valor necesario para invitarla al cine. La llevó al Fortino, una sala que ocupaba una construcción de principios de siglo, decorada con almenas y coronada por una torreta rectangular, lo que le daba, precisamente, el aspecto de un fuerte de juguete. Vieron una película de Sergio Leone, un film no muy adecuado para una primera cita, pero mi padre había querido satisfacer la pasión de mi madre por las películas del Oeste. Después de la proyección, los dos se trasladaron a la sala de baile adyacente, donde, de todas formas, no bailaron —ninguno de los dos era capaz de hacerlo— y se limitaron a tomar vino blanco en un pequeño sofá situado al borde de la pista, siguiendo los giros de los bailarines con una mezcla de admiración y envidia. La temperatura en la sala era sofocante y el vino frío entraba de maravilla. De repente se sintieron enamorados, no encaprichados ni hasta las trancas, sino

auténtica e irreversiblemente enamorados. Obedeciendo a un impulso desconocido, se deslizaron en silencio fuera del local, cogidos de la mano y, ligeros como hojas de periódico arrastradas por el viento, se encontraron apoyados en el parapeto del puente cercano, mirando la corriente del Dora, tan eterna y constante como sabían ya que iba a ser su amor. Cuando se besaron, no imaginaron que después de su boda vivirían a un tiro de piedra de ese mismo río, ni pudieron adivinar que el día de su boda llegaría muy pronto, cuando se deslizaron sigilosamente por la orilla, ocultándose entre las hierbas altas.

Fui concebida en la orilla del Dora, entre el susurro de la hierba y el quedo murmullo del agua.

Cuando Bianca y Luciano anunciaron a sus respectivas familias que pronto serían padres, la reacción fue unánime: «¡Casaos y buscad un lugar donde vivir, porque no podéis seguir bajo nuestro techo!».

En pocos meses, todo se desmoronó: Luciano, desprovisto de todo apoyo económico, se vio obligado a aparcar sus estudios para encontrar un empleo, y Bianca, a pesar de ser una joven brillante, fue despedida de su trabajo en la fábrica de bolígrafos en cuanto comunicó la fecha de la boda. En aquella época, todavía era bastante frecuente despedir a las empleadas jóvenes que pretendían formar una familia. Los empresarios solían mostrarse pacientes hasta el primer embarazo, pero la fecha de la boda que mi madre anunció estaba tan cerca que reveló que no tendría que esperar años rezando oraciones y haciendo promesas para llenar una cuna.

Mis padres se casaron en la pequeña iglesia que había delante del santuario de María Auxiliadora, en una ceremonia celebrada a escondidas a última hora de la tarde de un día laborable, sin tener muy claro dónde iban a dormir esa misma noche. A la boda solo asistieron las madres de los novios, más para asegurarse de que sus hijos se casaban de verdad que para participar en su alegría. En cuanto a los padres, dijeron que se sentían demasiado humillados y ofendidos para mostrarse en público, aunque no había público, salvo la tía abuela Dorina, quien, a pesar de no haber sido invitada, como tampoco lo

había sido el resto de la parentela, había leído el nombre de su sobrina en las amonestaciones colgadas delante de la iglesia.

—Venid conmigo a mi casa —propuso la tía abuela, llevando a mi madre a un aparte en cuanto terminó la ceremonia—. Tu hermana Maddalena está empeorando y yo, con los años, no estoy rejuveneciendo, al contrario, me canso cada vez con más facilidad y, que quede entre nosotras, ¡también me estoy quedando un poco sorda! Necesito a alguien que me ayude a cuidar de Maddalena y de la casa.

Se trataba, claramente, de una mentira piadosa, de la que todas las partes eran conscientes.

Atónitos, los recién casados siguieron a la tía abuela, mientras sus madres respectivas respiraban aliviadas al verse liberadas de esa forma inesperada de un problema tan espinoso.

Capítulo 6

—Estaremos aquí solo unos meses —le dijo mi padre a la tía abuela Dorina cuando llegaron a la casa sobre el Dora—. En cuanto nos asentemos, dejaremos de serle una molestia.

—Pero de qué molestias hablas —se defendía ella—. ¡No sé qué haría yo sin la ayuda de Bianca!

Pero en los primeros tiempos Bianca fue de todo menos de ayuda. Estaba de tres meses cuando yo, que aún no había decidido si valía la pena venir al mundo o no, intenté repetidamente salir zumbando de su vientre dejándome caer al vacío.

Mamá se pasó todo el embarazo en la cama, que en su caso duró menos de lo que suele ser habitual. Salí del cascarón a hurtadillas en un gélido amanecer de finales de diciembre, sin darle tiempo a mi padre a organizar el traslado al hospital.

—¡Una sietemesina! —se entusiasmó la tía abuela mientras apartaba las sábanas empapadas de sangre—. Los sietemesinos tienen poderes especiales; yo también nací sietemesina, ¿sabéis? Era de esperar que la primera niña nacida en esta casa fuera una sietemesina.

—¡La primera y la última! —aconsejó el médico, que había llegado mientras tanto—. Gracias a Dios, el parto ha sido rápido e indoloro, de los que ya no se ven muchos, pero la próxima vez será mejor que opten ustedes por una clínica.

—¿La próxima vez? —exhaló con un hilo de voz mi madre, que no estaba en absoluto de acuerdo con la descripción ofrecida por el médico de «parto rápido e indoloro».

—La pequeña no quería dejar este mundo antes de poner un pie en él —declaró la tía abuela, remetiendo las sábanas limpias bajo el colchón—, tan solo tenía prisa por ver la casa sobre el Dora y conocernos a todos.

—O tal vez no soportaba estar más tiempo conmigo —

murmuró mi madre antes de caer dormida, agotada.

Cuando la tía abuela me contaba lo que ella definía como «el cuento de mi nacimiento», no omitía ni un solo detalle: ni la sangre ni los gritos desgarradores de mi madre, ni los analgésicos con los que la aturdieron tras el parto, ni tampoco su tan desafortunada como profética sentencia.

—Tu madre no dijo nada tan raro —se apresuraba a explicarme—. El nacimiento es el primer acto de independencia que llevamos a cabo. Dejamos el cuerpo de nuestra madre porque nos sentimos preparados para enfrentarnos al mundo. Es a partir del nacimiento cuando empezamos a distanciarnos de nuestros padres y es a partir de ese mismo instante cuando ellos intentan retenernos.

Fue mi primo Fulvio quien me contó el resto de mi historia, que continuó con la presentación de la susodicha a los demás miembros de la familia. Fulvio, que tenía diez años por aquel entonces, fue el primero en cogerme en brazos después de la tía abuela.

—¿Cómo la vamos a llamar? —preguntó mi primo con toda naturalidad, como si yo fuera uno de los gatitos de Stèila.

—A Bianca y a mí nos gustaría llamarla Dorina —dijo mi padre, demostrando así haber encontrado la lucidez suficiente para ello, pues, si bien no había sufrido los dolores del parto ni había ingerido ningún sedante, parecía estar menos presente él que mi madre.

—No creo que sea una buena idea llamarla Dorina —dijo la tía abuela—. Esta niña debería tener un nombre solo para ella. Un nombre nuevo como ella.

—Dorina es un nombre bonito —comentó tía Maddalena, que se había levantado de la cama en mi honor y se sujetaba del brazo del tío Bruno.

—¡Esta niña es idéntica a ti, Maddalena! —constató encantado el tío Bruno, acariciando con dos dedos la pelusa rubia que cubría mi cabecita aún morada.

—Fulvio —se dirigió a él mi padre—, ¿cómo crees tú que debería llamarse tu primita?

Fulvio, quien me sostenía con la aprensión de un artificiero

que se apresta a desactivar una bomba, observó mi rostro, sonrojado y deforme por los esfuerzos del parto, que no se parecía en nada al de su hermosa madre.

—Llamémosla Dorina —decretó finalmente, no por una verdadera convicción, sino solo para librarse lo antes posible de esa situación tan incómoda para él.

—En mi familia ha habido al menos tres Dorinas —explicó la tía abuela— y ninguna de ellas fue especialmente afortunada: dos eran solteronas y acabaron de criadas y yo me casé, pero pronto me quedé viuda.

—Que la mala suerte se transmita por el nombre es solo una superstición —comentó Bruno.

—Sí, probablemente —admitió la tía abuela—, pero con dos Dorinas en casa nos vamos a liar.

—¿Y si en vez de Dorina se llamara simplemente Dora? —propuso la tía Maddalena.

—Dora… —repitió Bruno, masticando lánguidamente las dos sílabas—. Me gusta, parece el nombre de una estrella del cine mudo.

—¡Muy bien! —aceptó la tía abuela satisfecha—. Madama Dora[1] estará contenta —afirmó refiriéndose al río como si fuera una persona.

La tía abuela me presentó al Dora a los pocos días de mi nacimiento, obviamente a escondidas del resto de la familia, porque hacía demasiado frío para ir de paseo con un bebé. Años más tarde, me explicó que lo había hecho para no disgustarlo.

—Madama Dora tiene un temperamento imprevisible: basta una tormenta para que pierda la paciencia y se desborde. Las casas de los alrededores han tenido que lidiar a menudo con ese carácter suyo de todos los demonios, pero aquí en nuestra casa nunca nos hemos encontrado con los pies en remojo, y eso es así porque lo tratamos con respeto. A lo largo de los años, en casa hemos adquirido la costumbre de «ir al huerto» cada vez que nos sentimos tristes y confiar nuestras penas al río, pero, ¡que no se te olvide nunca!, a nadie le gusta la gente quejumbrosa que solo da señales de vida cuando necesita desahogarse. Por eso, siempre he tratado de compartir con el

río Dora también los acontecimientos felices.

[1] Téngase en cuenta que el río Dora es de los pocos que tienen nombre femenino («la Dora Riparia»). Respetamos, por tanto, solo en estas ocasiones, tal particularidad, que explica también la identificación de las dos protagonistas con el río piamontés. *(N. del T.)*

Capítulo 7

Quizá fue el hecho de llevar, casi, el mismo nombre que ella lo que me hizo desarrollar una relación casi simbiótica con la tía abuela. Era a ella a quien acudía corriendo, no a mi madre ni a mi padre, cuando me desollaba una rodilla al caerme o si quería compartir una alegría. Todos los aspectos de la vida de la tía abuela me fascinaban: su forma de moverse haciendo resonar las suelas de madera de sus zapatillas como un ama de casa bailando flamenco, la forma en que percutía los utensilios de cocina en una sinfonía de golpes y choques, el cambio continuo de la disposición de los cuadros en las paredes para orillar el aburrimiento (nunca supe si el de ella o el de los propios cuadros) y, sobre todo, las consultas con los habitantes de las casas quejumbrosas que tenían lugar casi todos los días en nuestro salón.

Sentada en un sillón, con las piernecitas colgando en el aire, pronto aprendí que no solo las personas, sino también sus viviendas podían ponerse tristes y, en ocasiones, hasta ponerse a suspirar o incluso a gemir. La tristeza tenía un sonido o, mejor dicho, muchos sonidos, y las casas quejumbrosas emitían cada una de ellas su propio sonido, casi como los animales: había viviendas que murmuraban, otras que chillaban y otras que chisporroteaban como si estuvieran en llamas.

—¿Y qué sonido emiten las casas normales? —le pregunté un día a la tía abuela.

—Las normales tienen el buen gusto de callarse —me explicó—, igual que hace la gente con sentido común si no se le pregunta.

—¿Y qué sonido emiten las casas felices?

La tía abuela reflexionó durante unos instantes:

—Me temo que nunca he visitado una casa que fuera verdaderamente feliz; en todas las familias, incluso en las

mejores, siempre hay malentendidos, discusiones y pequeños rencores.

—Entonces, ¿los hogares felices no existen?

—¡Yo no he dicho eso! Hay millones de cosas que nunca hemos visto, pero existen…

Los adultos de la familia no creían en las casas quejumbrosas; para ellos, se trataba únicamente de una excentricidad de la tía abuela, un pasatiempo que le permitía conocer a gente y pasar el rato de cháchara. Si esa extraña pero inocua actividad le resultaba gratificante a la tía abuela, bien podía ignorarse su sesgo de brujería y seguir cada uno a lo suyo. Por eso no hubo objeciones cuando la tía abuela empezó a llevarme con ella a visitarlas.

Las casas a las que iba con la tía abuela muy pocas veces resultaban ser realmente quejumbrosas y ella se percataba enseguida de ello, a menudo incluso antes de cruzar el umbral. En esos casos, me guiñaba un ojo y empezaba a deambular por las habitaciones con aire meditabundo, tras lo cual pedía a los anfitriones que realizaran uno de los habituales rituales domésticos, que incluían, según el estado de ánimo del día, sal, ajo y alguna hierbecita aromática: ingredientes todos ellos tan buenos tanto para exorcizar los miedos como para aromatizar la cena. La primera vez que entré en una casa verdaderamente quejumbrosa tenía yo cinco años y lo que oí, o lo que quizá creí oír, aún soy capaz de recordarlo como si hubiera ocurrido hace unas horas.

Los propietarios de la casa, una pareja de viejecitos educados que se habían mudado a ese apartamento hacía unos meses, nos esperaban en el rellano mostrando una sonrisa forzada. La tía abuela se deslizó por la puerta con inusual circunspección.

—Dame la mano —me ordenó.

Sentí una ráfaga de frío que se irradiaba de su mano a la mía.

Recorrimos juntas un corto pasillo y nos detuvimos cerca de una puerta entreabierta tras la cual podía distinguirse parte de un dormitorio en penumbra.

—¿Lo oyes? —me preguntó, apretándome la mano con más fuerza.

—¿El qué?

—La queja de la casa.

—No oigo nada.

—¿No la oyes o no quieres oírla? —preguntó en tono insinuante.

Un poco molesta, respiré hondo y me puse a escuchar: un débil gemido se abrió paso en mis oídos.

La tía abuela empujó la puerta con suavidad y apareció un dormitorio igual a millones de otros, con una cama doble de hierro forjado y dos altas mesitas de noche coronadas por sendas lamparitas con pantallas barrigonas. La habitación desprendía un fuerte olor a cerrado, matizado con un toque de colonia rancia.

—Cierra los ojos, oirás con más claridad —me ordenó.

Habría obedecido sin rechistar, como solía hacer cada vez que me pedía algo, pero la queja que ahora percibía perfectamente parecía haber paralizado cada uno de mis músculos, incluidos los de los párpados.

—¡Adelante! —me instó.

Me concentré y con gran esfuerzo logré bajar los párpados. La oscuridad me envolvió, pero, al cabo de unos instantes, ocurrió algo muy extraño: el gemido de la casa, al principio plano y uniforme, empezó a modularse en diferentes tonos. El sonido quejumbroso subía de intensidad, se debilitaba hasta casi apagarse para elevarse luego hasta alcanzar un tono agudo, trazando en mi mente líneas curvas, que bailaban como las olas del mar. El gemido ondulante adquirió al final un color propio, un tono oscuro que no sabría cómo definir y que hacía que se pareciera a una madeja de ondas sonoras que se retorcían y se desenredaban. A través de los párpados cerrados estaba viendo un sonido o, mejor dicho, estaba escuchando una imagen que poco a poco fue adquiriendo contornos cada vez más nítidos hasta devolverme lo que podría haber visto si no hubiera cerrado los ojos: la puerta abierta, que daba al dormitorio en penumbra.

Mi primer pensamiento fue que había abierto los ojos sin

darme cuenta, así que los cerré con más fuerza y la presión de los párpados me confirmó que aún seguían cerrados. Apreté más fuerte la mano de la tía para infundirme valor, mientras ese horrible sonido seguía proyectando en la pantalla de mis párpados cerrados la imagen del dormitorio. Entonces, de golpe, la vi; se asomó por el marco de la puerta y se retiró en una fracción de segundo. Era una mujer mayor, con el pelo despeinado y una bata de satén ceñida a su rollizo cuerpo.

Quería abrir los ojos de nuevo para volver a la realidad, donde, estaba segura de ello, la inquietante mujer despeinada no existía, pero no fui capaz de hacerlo.

—¿Quién era esa señora? —le pregunté a la tía abuela mientras seguía, muy a mi pesar, manteniendo los ojos cerrados.

—Ahora se lo pregunto —me respondió tan tranquila.

La tía no dijo nada, al menos no con su voz, pero algo sucedió, porque la onda sonora dejó de retorcerse y se estiró en un sonido todavía quejumbroso, pero bastante más soportable, y la mujer despeinada volvió a asomarse por la puerta. No se retiró de inmediato y tuve tiempo de vislumbrar que tenía un ojo maquillado y el otro no. Aparté la mirada de aquel rostro grotesco y tuve una iluminación: lo que veía era una emanación del lamento que atormentaba mis tímpanos. Liberé mi mano de la de mi tía y me tapé los oídos con los índices. El lamento me llegaba lejano y amortiguado, y la imagen de la señora fea con la cara medio maquillada se esfumó lentamente hasta desaparecer.

Al final, el lamento se apagó por completo y pude abrir los párpados. Tal y como había imaginado, en el mundo real no había ni rastro de la mujer despeinada y yo volví a sentirme tranquila, como si nada hubiera pasado. Y, además, a saber si realmente aquello había pasado…

—¿Has oído lo que ha dicho la señora? —me preguntó la tía abuela mientras desandábamos el pasillo.

—Lo he oído… —imité con los labios el lamento que tanto me había perturbado.

—¿Y qué más has oído?

—Nada más.

—¡Claro que no! —murmuró—. No podías oír mucho con los oídos tapados. Como dice el refrán, ¡no hay peor sordo que el que no quiere oír! Pero es un buen principio; con el tiempo aprenderás a escuchar además de a oír, siempre que tú quieras, evidentemente.

Llegamos adonde se encontraban los propietarios de la casa, que nos esperaban en el rellano luciendo todavía dos sonrisas cristalizadas.

—Podemos resolver la situación —declaró la tía abuela—, pero tendrán que hacer lo que les diga.

Los viejecitos asintieron, sin moderar sus aterradas sonrisas.

—La mujer que antaño vivía en esta casa se preocupaba mucho por su aspecto —comenzó a explicar—. Nunca salía de casa si no iba perfectamente maquillada y peinada, pero, por desgracia, murió de repente, justo a mitad de su acicalamiento matutino. Sus nietos la encontraron sentada frente al espejo con los rulos en el pelo y la cara maquillada a medias. La enterraron apresuradamente, con un vestido cualquiera y el pelo despeinado, y la familia ni siquiera puso una fotografía en su lápida, ¿lo entienden?

Los propietarios asintieron por pura cortesía.

—Tendrán que encontrar una foto de ella —continuó la tía abuela—, una foto bonita, que luego harán colocar sobre su lápida, de manera que los visitantes del cementerio sepan que en ese túmulo yace una hermosa mujer.

—Pero ¿dónde vamos a encontrar una fotografía de esta señora? —se atrevió a preguntar el hombre.

—Se la pediremos a sus familiares —intervino la mujer, con la voz aún atemorizada pero teñida de solidaridad femenina.

—*Vanitas vanitatum et omnia vanitas* —salmodió la tía abuela mientras bajábamos las escaleras—. Habrás oído ya hablar de la vanidad, ¿no? —me preguntó.

—Sí —respondí—, las monjas del parvulario nos hablaron del tema; nos dijeron que la vanidad es el mal de los vivos.

—De los vivos, es cierto —confirmó—, pero no tienes ni idea de cuánta vida hay después de la muerte.

En los años siguientes, acompañé a la tía abuela en decenas de

otras visitas y solo en contadas ocasiones volví a escuchar el llanto de las casas quejumbrosas. Cuando regresábamos de una casa realmente quejumbrosa cuya limpieza había sido un éxito, la tía abuela quería celebrarlo. De camino a casa, hacíamos una parada en la panadería para comprar un pastel de avellanas y luego en la pollería, donde comprábamos un pollo de corral para cenar nosotros y unos cientos de gramos de despojos para que cenaran Stèila y sus gatitos.

En cuanto estábamos de vuelta en casa, la tía abuela se lanzaba a los fogones, donde cocinaba traqueteando entre las sartenes como de costumbre, pero a la algarabía habitual se añadía la radio a todo volumen y ella cantando a pleno pulmón todas las canciones, también las que no conocía. La tía abuela tenía muchas virtudes, pero el canto no se encontraba entre ellas, y su semisordera no la ayudaba en absoluto; todos nos reíamos entre dientes cuando la oíamos ladrar con énfasis de soprano y hasta la tía Maddalena olvidaba un rato sus modales y se reía con la cara oculta bajo la sábana.

Cuando nos sentábamos luego a la mesa, la tía abuela nos presentaba con ceremonioso orgullo su pollo con patatas, que todos recibíamos con exclamaciones de asombro, aunque ya sabíamos que lo encontraríamos seco y duro. La tía abuela era una excelente cocinera, pero el pollo asado, que ella consideraba uno de sus mejores platos, no le quedaba nada bien. Por turnos, cada uno de los miembros de la familia había intentado, aunque de forma muy artificiosa y dando rodeos, hacérselo comprender, pero como a ella le gustaba decir:

—¡No hay peor sordo que el que no quiere oír!

Capítulo 8

Para una niña como yo, crecida en el más desenfrenado de los alborotos, la escuela era un entorno hostil y opresivo. Me encantaba aprender cosas nuevas, dibujar y estar en compañía de niños de mi edad, pero odiaba tener que hacer todas esas cosas tan bonitas manteniendo un silencio estéril y forzado.

«¡Silencio!», gritaba la maestra, destrozándonos los oídos y dañando su propia garganta, que a menudo se rebelaba silenciándola con una merecida ronquera. ¡He dicho merecida, sí, merecidísima! ¡La afonía es el castigo más apropiado para quienes invocan el silencio masacrándolo con sus gritos!

Aprendí a comunicarme susurrando, pero incluso ese hablar susurrado, que estimulaba la vejiga más que el intelecto, era intolerable a los oídos hipersensibles y agotados de la maestra.

—¡Silencio o no habrá patio!

¿Y quién querría ir al patio si ya estábamos jugando al juego del silencio? Juego y silencio son palabras que, en mi opinión, no deberían verse obligadas a compartir la misma frase.

Esperaba con impaciencia las semanas en que se interrumpían las clases, aunque durante estas pausas nunca hacía nada especial, solo me dedicaba a disfrutar del sano ruido de mi familia; en verano, en la casa sobre el Dora no nos íbamos de vacaciones, ya que la tía Maddalena no podía desplazarse ni quedarse sola. En cuanto a las fiestas de guardar, quizá por el jaleo que se apoderaba de nuestra casa todos los días del año, siempre pasaban desapercibidas; cuando en Semana Santa la tía abuela cocinaba cordero, en realidad era pavo porque, decía, los corderitos eran demasiado dóciles y bonitos como para comerlos tan a la ligera, mientras que los pavos, ¡pobres animales!, eran tan desagradables de aspecto como de carácter.

En Nochebuena celebrábamos una cena «de magro», como

era tradición en el campo piamontés, tras la cual esperábamos la misa del gallo pelando castañas escaldadas. El tío Bruno nunca pasaba la Nochebuena con nosotros porque, afirmaba, en Navidad escaseaban los caramelos y él tenía que abastecer a sus clientes hasta bien entrada la noche para que no se quedaran sin ellos.

En la mañana de Navidad, intercambiábamos los regalos, para disgusto de la tía abuela, quien afirmaba que hacerse regalos en Navidad era una costumbre que rozaba la blasfemia.

—Navidad es el cumpleaños de Jesús, no el de todos nosotros —murmuraba—. ¡Los regalos solo tendríamos que hacérselos a él!

Nosotros la obedecíamos, pero a medias: llevábamos nuestro regalo a Jesús ofreciendo un donativo para los pobres en el cepillo de la iglesia, pero también nos permitíamos regalos, aunque modestos y de probada utilidad, para no molestar más a la tía abuela.

—Si tanto os importa de verdad el asunto este de los regalos, ¡que al menos no sean baratijas inútiles y caras! —nos encarecía irrefutable.

El único que contravenía esta regla era, obviamente, el tío Bruno, que se reunía con nosotros a última hora de la mañana trayendo consigo regalos tan llamativos que rayaban en la ostentación: perfumes y joyas para las mujeres, relojes de pulsera y gemelos de oro para los hombres, y vajillas y cuberterías tan valiosas que al final acababan sin usarse por miedo a dañarlas. Incluso los regalos que me hacía eran exagerados: rompecabezas con innumerables piezas que nunca podía completar, peluches tan enormes que inspiraban más miedo que ternura y muñecas con ricos vestidos que la tía abuela escondía en los armarios para no encontrarse con sus ojos vidriosos y altivos. A pesar de que los regalos del tío eran siempre absolutamente inútiles, todos nos sentíamos honrados al recibir cosas que estaban tan lejos de nuestro alcance; incluso la tía abuela, que odiaba el despilfarro, y mi madre, que odiaba todo lo relacionado con el tío, conservaban celosamente esos regalos.

El día de Año Nuevo era el único momento que los

habitantes de la casa sobre el Dora celebrábamos con todas las galas: en nuestra mesa aparecían alimentos y bebidas que jamás habríamos soñado permitirnos cualquier otro día del año y la tía abuela nos hacía vestir nuestras mejores ropas, porque había que causar una buena impresión al Año Nuevo, que nos veía por primera vez.

—En este mundo —sostenía— te tratan según cómo vas vestido. No es justo, pero es así. Si nos dejamos atrapar por el Año Nuevo con la ropa de todos los días, los zapatos desgastados y despeinados, pensará que somos gentuza y nos dará poco. Si, por el contrario, nos ve elegantes y arreglados, nos confundirá con personas como Dios manda y nos tratará con consideración.

Así dábamos la bienvenida al nuevo año, todos emperifollados y saciados de buena comida; hasta la tía Maddalena hacía el enorme esfuerzo de cenar en la mesa, deslumbrante con las joyas que el tío se empeñaba en regalarle, a pesar de estar postrada en la cama y ya no poder lucirlas. Lo mejor de la velada, no obstante, llegaba tras el brindis de medianoche, cuando, con la certeza de que para entonces ya habíamos impresionado favorablemente al Año Nuevo, nos trasladábamos al salón para jugar al Comerciante en la Feria. El papel de comerciante le correspondía, obviamente, al tío Bruno, quien subastaba todas y cada una de las cartas del juego, presentándolas con gestos enfáticos y elogios arrebatados, como la más valiosa de las mercancías; todos nosotros pujábamos, regateábamos y proponíamos intercambios, gritando como si realmente estuviéramos en una feria de las de antaño. Por nada del mundo habría renunciado a ese momento de supremo alboroto. Sin embargo, el fin de año que recibió a 1972 me contradijo.

Ese año, por primera vez, los adultos me permitieron brindar con un dedo de vino espumoso, debidamente aguado. Me quedé tan gratamente sorprendida por ese líquido claro y burbujeante que pedí más.

—No es horchata —se negó mi padre.

Puse al mal tiempo buena cara, pero, en cuanto los adultos se dirigieron al salón para la partida ritual del Comerciante en

la Feria, en lugar de precederlos como siempre había hecho, me entretuve en el comedor para apurar el fondo de sus vasos. Me venció el sueño en cuanto me reuní con ellos, lo que no levantó ninguna sospecha por lo avanzado de la hora.

El tío Bruno me cogió en brazos y me llevó a la cama o tal vez lo hiciera mi padre; el sueño y la ligera ebriedad me impidieron darme cuenta. A la mañana siguiente me desperté con náuseas y un fuerte dolor de cabeza. Sin embargo, lo que más me impresionó de mi extraño estado fue el zumbido que infestaba mis oídos. Me levanté y me vestí de cualquier manera, mientras, desde el piso de abajo, el fuerte ruido de mi familia me llegaba amortiguado, pero aun así insoportable. Hasta entonces, el ruido nunca me había resultado excesivo, es más, nunca tenía suficiente, pero esa mañana, en cambio, por primera vez me molestó.

—¡Buenos días, dormilona! —estalló la tía abuela cuando llegué a la cocina—. Siéntate con nosotros a desayunar.

—¿Por qué no te tomas tu leche con Ovaltine? —la voz del tío Bruno sonó como una trompeta.

—¡Tienes mala cara! —atronó mamá, dándome una punzada en la cabeza.

Sus adoradas voces rebotaban en mi cráneo, multiplicándose en decenas de dolorosos ecos.

—Apostaría a que tienes náuseas —dijo la tía abuela.

Asentí.

—Y tal vez también tienes un buen dolor de cabeza, ¿no?

Asentí de nuevo y la tía abuela soltó una carcajada que llegó a mis oídos puntiaguda e insoportable.

—¡Está incubando la gripe! —se alarmó papá.

—Oh, no —negó con la cabeza la tía abuela Dorina, soltando una nueva carcajada que me obligó a taparme las orejas con las manos.

—¿Será otitis? —aventuró mamá al verme hacer ese gesto —. ¿O tal vez paperas?

—Nada de eso —negó la tía abuela entre una carcajada y la siguiente—. ¡Son solo las consecuencias de una resaca!

—¿Cómo es posible eso? —se sorprendió Fulvio—. ¡Solo bebió una gota de vino y, encima, aguado!

—Una gota, luego otra gota y otra gota más… —canturreó la tía abuela—. Esta mañana las copas de vino seguían sobre la mesa y, cuando las he recogido para meterlas en el fregadero, me he dado cuenta de que estaban tan secas como si no se hubieran utilizado.

—¿Te bebiste el culo de los vasos? —se enojó mi padre.

—¿Y ahora qué le pasará? —se alarmó mamá.

—¿Qué quieres que le pase? —preguntó también riéndose Fulvio—. Le dolerá la cabeza un buen rato y, en el peor de los casos, vomitará.

—¿Y qué sabes tú de estas cosas, jovencito? —le preguntó el tío Bruno tratando de fruncir el ceño, pero escapándosele una sonrisa cómplice.

—Lo sé de oídas… —se justificó mi primo.

—Entonces, a tu edad, ¿aún no te has emborrachado?

—No, papá.

—Tu prima de seis años ya lo ha conseguido, ¡te ha adelantado por la derecha! —dijo soltando una carcajada que me hizo vibrar las meninges.

—¡Deja ya de chotearte! —saltó mi madre, dándome el tiro de gracia—. ¿Sabéis que el alcohol puede frenar el crecimiento de los niños?

—No exageres, Bianca —intervino el tío Bruno.

Ante esa objeción, todos nos callamos, asustados, y luego nuestras miradas fueron primero hacia la cara de desprecio de mi tío y luego a la enrojecida de mi madre. En aquel silencio absoluto, su reloj de pulsera lanzaba un tictac nervioso e inexorable, como una bomba de relojería a la que bastaba una sola palabra mal pronunciada para que estallara.

La tensión entre mi madre y mi tío, o, mejor dicho, la aversión de ella hacia él, la conocíamos todos, incluido el mismo Bruno, pero hasta entonces nunca se había manifestado de forma explícita.

—De pequeño, cuando estaba en el internado, siempre me ofrecía voluntario para hacer de monaguillo —empezó a decir el tío, deteniendo, al menos de momento, la cólera de mamá—. Las monjas pensaban que tenía vocación, pero la verdad era que quería beber a escondidas el vino de la eucaristía al final

de la misa. Vacié las botellas del cura durante meses, antes de que me descubrieran —continuó, levantándose de su asiento y obligándonos a admirar su considerable estatura—, y, como puedes ver, querida Bianca, no frenó mi crecimiento en modo alguno.

—Con todo el vino consagrado que te bebiste —intentó desdramatizar la tía abuela—, ¡ya deberías ser un santo!

—Me temo que dejé el tratamiento demasiado pronto; tal vez si las monjas no me hubieran pillado…

Todo el mundo se echó a reír, excepto mi madre, que me agarró por la muñeca y se me llevó de allí en volandas.

—¡Se jacta de sus bravatas delante de mi hija! —la oí refunfuñar mientras me alejaba—. ¡Y también incita a su hijo menor de edad a emborracharse!

Después de obligarme a engullir más agua de la que creía que mi cuerpo podía contener, mamá me envió a mi habitación, donde estuve castigada toda la mañana, lejos de los ladridos de mis familiares. Por primera vez en mi vida, no odié el silencio.

Capítulo 9

A veces, al salir de la escuela, en vez de encontrar a la tía abuela o a mis padres esperándome, podía ser que estuviera el tío Bruno allí. Permanecía apoyado en su Alfa Giulia color magenta, luciendo un traje a la moda y su sonrisa encantadora.

—Tengo que ir a visitar a unos clientes de este barrio —me explicaba—, así que he avisado a los de casa que necesitaba un ayudante. ¿Quieres empezar repartiendo algunas muestras? —me preguntaba, sacando del capó una bolsa transparente llena de caramelos de colores.

Llamaba para la colecta a mis compañeros, quienes se agolpaban a mi alrededor para recibir cada uno de ellos un puñado de caramelos, dándome las gracias y agasajándome. En esos momentos, me sentía como una pequeña reina.

Mientras los colegiales cosechaban caramelos, las maestras se arremolinaban alrededor del tío en un coqueto rebaño, dándole las gracias y dedicándole mil atenciones que bien poco tenían que ver con los caramelos.

—Es tan guapo como uno de esos chicos de las fotonovelas de *Gran Hotel* —le oí murmurar una vez a una maestra—. ¡Lástima que ya esté casado!

—Conviene no perderlo de vista —comentó otra en voz aún más baja—; dicen que ya está casi viudo.

Cuando la bolsa de caramelos estaba vacía y el tío se había aburrido ya de los halagos de las profesoras, nos subíamos a su precioso automóvil y empezaba nuestra tarde juntos. El tío Bruno me llevaba a ver a sus clientes de la zona: tiendas de comestibles, bares y pastelerías. Todo el mundo lo saludaba igual que a un viejo amigo: los hombres le estrechaban la mano y le daban cariñosas palmadas en los hombros, las mujeres le lanzaban miradas de cordero degollado. De vez en cuando, alguien le decía que no necesitaba nada porque el

negocio no iba nada bien; el tío se mostraba comprensivo, asentía a cada queja y era generoso dando ánimos. Inexplicablemente, estas conversaciones terminaban con un abundante pedido.

—¿Quieres un poco de *focaccia,* cariño? Un merengue, una galleta de maíz… —Las dependientas me mimaban y me atiborraban— ¡Pero qué guapa es esta niña! —se alegraban—. ¡Qué ojos más bonitos, qué naricita!

Yo no era una niña especialmente guapa y no solía recibir cumplidos, lo que me hacía intuir que yo no era la verdadera destinataria de esas atenciones. A mí, no obstante, me traía sin cuidado, pues disfrutaba tanto de los dulces como de la admiración fingida.

—Cuando me acompañas a visitar a los clientes, vendo mucho más de lo habitual —se congratulaba mi tío—. Nadie puede resistirse a esa carita de estrella de cine en miniatura.

Sus cumplidos eran los más agradecidos porque eran sinceros: él me encontraba realmente guapísima, tal vez porque me parecía a mi tía, aunque solo fuera un borrador de ella.

Cuando íbamos cogidos de la mano de tienda en tienda, podía oír sus llaves tintineando alegremente en el bolsillo.

—¿Cuántas llaves tienes? —le pregunté una vez.

La pregunta lo descolocó.

—Las de casa y las del coche… —respondió con cierta incomodidad, lo que me sorprendió, ya que la incomodidad no era en absoluto un rasgo habitual de su rostro encantador—, también tengo las del almacén —añadió, casi a modo de justificación—. ¿Adónde quieres ir ahora? —era la pregunta ritual de mi tío cuando concluíamos nuestra ronda de visitas.

—A ver a tu familia —le contestaba, sabiendo que eso lo complacía.

Nos subíamos de nuevo al Alfa Giulia y nos encaminábamos hacia el norte de la ciudad, aparcábamos en una gran explanada y nos dirigíamos al puesto de flores de costumbre, uno de los muchos que había en los alrededores. El tío Bruno compraba un número siempre cambiante de ramilletes ya preparados.

—Para mamá, la abuela, la tía… —los enumeraba, eligiéndolos del gran contenedor en el que estaban en remojo.

Nos repartíamos los ramilletes de flores y entrábamos por la majestuosa verja del cementerio monumental.

—Aquí yace mi madre —me explicaba, depositando un pequeño ramo sobre una fastuosa tumba con una estatua de una dama dormida, que me recordaba un poco a la Bella Durmiente—. Estos son mis tíos y aquí al lado están mis primos por parte de madre —proseguía repartiendo los ramilletes sobre otras tumbas; a medida que se repetían nuestras visitas, me fui dando cuenta poco a poco de que no siempre eran las mismas.

—¿Quién es este? —le pregunté una vez, señalando el medio busto de un hombre austero y con bigote, bajo el cual mi tío había depositado el enésimo ramo de flores.

—Era mi padre.

—¿De qué trabajaba?

—¿A qué crees tú que se dedicaba?

Reflexioné.

—¡Un médico…! Mejor dicho, ¡un inventor!

—¡Muy bien, eso es!

—¿Y qué inventó?

—¡Me inventó a mí, eso es obvio!

Sin embargo, nuestras visitas siempre terminaban en la tumba de la persona que el tío decía que era su hermana, muerta a una edad temprana. El monumento representaba a una hermosa niña de unos diez años que sostenía un aro de juguete; detrás de ella, unas figuras angelicales la llamaban y la niña parecía no saber si unirse a ellas o seguir jugando.

«LAURA VIGO», se leía en la tumba. Fallecida en 1907, año en el que al tío le faltaba mucho para nacer. En el borde del zócalo había un largo epígrafe, que aprendí a leer con el tiempo y que luego memoricé: «ELLA GIOCAVA PER LE PINTE AIOLE, E ARRISA PUR DI VISION LEGGIADRE L'OMBRA L'AVVOLSE…».[2]

En la tumba de Lauretta, como la llamaba cariñosamente mi tío, no dejábamos flores, sino un puñado de caramelos porque, decía, ¿qué le importan las flores a una niña?

—Las tumbas a las que rendimos homenaje no albergan

realmente los restos de mis familiares —confesó un día precisamente delante de la tumba de Lauretta—. Supongo que ya te habrás dado cuenta tú misma; ya estás en primero y sabes leer nombres y fechas.

—Sí —reconocí.

—¿Estás enfadada? —me preguntó.

—En absoluto —respondí con sinceridad.

—Cuando Fulvio cayó en la cuenta me puso mala cara durante semanas y, años después, cuando salió el tema, me soltó un sermón sobre la conciencia de clase y lo mezquino que es avergonzarse de los orígenes de uno —se rio con amargura —. Me gustaría que entendieras que yo no me avergüenzo de mis orígenes; en todo caso, me avergüenzo de no tenerlos. Despídete de Lauretta —me dijo cogiéndome la mano—; ahora quiero enseñarte la tumba de mi familia, la verdadera, quiero decir.

A través de un laberíntico recorrido entre lápidas y capillas, llegamos a una tumba constituida por un bloque de mármol tan blanco y pulido que parecía haber sido extraído ese mismo día del vientre de la tierra. Arrodillada sobre el bloque de mármol había la estatua de un ángel, que tendía hacia arriba las manos, juntas en forma de copa, como si estuviera haciendo una ofrenda invisible al cielo. El rostro del ángel era de una peregrina belleza, pero me resultó extrañamente familiar.

—Lee —me dijo mi tío señalando el zócalo—. «FAMILIA VITTORIOSO», ¿ves? Esta es realmente la tumba de mi familia.

Busqué sobre el mármol blanco los nombres de quien yacía en la tumba, pero no pude encontrar ninguno:

—¿Quién está enterrado aquí? —le pregunté.

—Nadie, todavía —negó con la cabeza—. No tengo antepasados, pero quería una tumba familiar, así que yo mismo mandé que la construyeran. Se la encargué a un gran escultor. —La voz de mi tío abandonó las tonalidades melancólicas del expósito y recuperó las seductoras del vendedor—. Mira la finura del material, admira la belleza del ángel —comenzó a enumerar las cualidades de la tumba, como si quisiera venderla—. Observa el rostro, ¿no te recuerda a alguien que

conoces? —dijo mientras sacaba de su cartera una fotografía ligeramente arrugada—. El artista utilizó esta foto de la tía Maddalena como modelo para el rostro del ángel; ¿no te parece que es igual al de tu tía?

La verdad es que no. Había cierto parecido, pero el escultor había exagerado las mejillas, que parecían demasiado lozanas, mientras que la nariz, quizá para restablecer las proporciones, tenía una forma nítida y firme que, junto con las mejillas regordetas, hacía que la escultura se pareciera mucho más a mi madre que a su frágil hermana mayor.

—Es clavadita a la tía —mentí, sin saber muy bien por qué, pero segura de estar haciendo lo correcto.

—Mi detalle preferido son las manos —continuó—. El escultor quería esculpir sus manos unidas en oración, pero yo prefería que formaran una copa, ¿y sabes por qué? Para que cuando yo ya no esté aquí y Fulvio y tú vengáis a visitar mi tumba, podáis dejar caramelos en las manos del ángel. Han sido los caramelos los que han hecho mi fortuna, ¡y yo los prefiero cien veces a las flores!

—Como tu hermana Lauretta —capté rápidamente.

—Exacto —me sonrió, agradecido de que quisiera continuar nuestro juego de los antepasados.

---

[2] «Ella juega por las coloridas eras y recreada de visiones alegres la sombra la envolvió…»; se trata de tres versos, ligeramente modificados, del célebre soneto «Funere mersit acerbo», donde el poeta se dirige a su difunto hermano para que acoja al hijo del poeta, muerto a los tres años. *(N. del T.)*

Capítulo 10

La muerte visitaba a menudo nuestra casa; penetraba discretamente, arrastrándose por las paredes para sentarse luego silenciosa y contrita en el sofá, cada vez que la tía Maddalena empeoraba. Más tarde, cuando la tía Maddalena superaba su crisis, la muerte se levantaba del sofá con el aire decepcionado de una solterona que, después de esperar toda la tarde la visita de un pretendiente, al final se da cuenta de que no se va a presentar.

—Ha llegado Catlina —murmuraba todas esas veces la tía abuela Dorina, levantando al cielo la mirada.

Entonces yo aguzaba el oído de mi mente y percibía el roce de su falda, el tintineo de sus joyas y el débil gemido de los muelles del sofá doblándose bajo su peso incorpóreo.

Catlina, o Caterina en dialecto piamontés, era el nombre con el que la tía abuela se refería a la muerte. En la cultura campesina, nadie se atrevía a llamar a las desgracias por su nombre por temor a atraerlas hacia sí, por lo que, quién sabe cuándo, Catlina se convirtió en el apodo habitual de la negra parca.

Con el tiempo, me acostumbré hasta tal punto a la presencia de su roce y de su tintineo que llegué a considerarla un miembro más de la familia. La llamaba tía Catlina y, algunos días lúgubres, no solo podía escuchar el susurro de su ropa, sino que incluso llegaba a verla. Al principio, solo podía vislumbrarla unos instantes, en el destello infinitesimal de un parpadeo, pero luego, con el paso del tiempo, su imagen dejó de ser inasible y se hizo más clara en mi mente.

El aspecto de Catlina no era tan aterrador como cabría imaginar; su quejumbroso suspirar y el crujido de sus enaguas me devolvían la imagen de una mujer pequeña, de rostro regordete y manso, con un espeso cabello castaño y un

humilde vestido oscuro que hacía que pareciera algo entre una viuda joven y una novicia. Sin embargo, sobre ella brillaban decenas de joyas que, según la tía abuela, los avaros habían mantenido ocultas con codicia, pensando que podrían conservarlas para siempre, sin tener en cuenta su propia mortalidad.

La tía abuela no hablaba de ella, como rara vez se conversa sobre una lámpara de araña, un paragüero o cualquier otro elemento que lleva ya su tiempo delante de nuestras narices, pero una tarde de lluvia me sorprendió frente al sofá palpando sus rasgos con los párpados cerrados.

—¿Qué te parece? —me preguntó con naturalidad, como si pidiera mi opinión sobre una mancha de humedad que hubiera aparecido de repente en el techo.

—Que no es tan fea como se la ve en el librito de catecismo —respondí.

—Tú la ves así porque eres joven. Para ti, la muerte está tan lejos que apenas puedes imaginarla. También para mí, con tu edad, Catlina tenía una voz aflautada y casi agradable, pero ahora que he vivido más de tres cuartas partes de mi vida terrenal, siento sobre mi cuello su horrible aliento de vieja desdentada.

Nadie más en la casa podía percibirla, hasta el punto de que, a veces, al sentarse en el sofá, alguien la obligaba a apartarse rápidamente para no ser aplastada.

La tía Catlina siempre se metía en casa con mucha discreción, como si quisiera causar la menor molestia posible, excepto una mañana de abril de 1972, cuando irrumpió abriendo la puerta de par en par y con tal energía que las tazas del aparador temblaron. Mi madre pensó que se trataba de una ráfaga de viento y corrió a comprobar qué ventana se había quedado abierta por despiste, pero la tía abuela y yo sabíamos que las ventanas no tenían nada que ver con aquello. Catlina cruzó el umbral jadeando, como si hubiera corrido para llegar lo antes posible. La tía abuela y yo nos quedamos pasmadas y en silencio unos instantes, mientras ella crepitaba como una llama y vibraba con notas lúgubres.

—¿Estás aquí por Maddalena? —murmuró finalmente la tía

abuela.

Negando con la cabeza, hizo tintinear sus pendientes.

De repente, oímos un fuerte estruendo, que nos sobresaltó a todas, incluida la tía Catlina: con su energía habitual, mi madre había cerrado la ventana a la que responsabilizaba de la repentina apertura de la puerta y, casi al mismo tiempo, el teléfono empezó a sonar.

Un timbrazo, dos timbrazos, tres…

El aparato estaba en la entrada, al alcance de la tía abuela, que parecía congelada en una especie de parálisis.

Mamá se acercó y, sin percatarse de la presencia de la tía Catlina, cogió el auricular y estalló en un chillido.

—Diga, ¿quién es?

A esta pregunta le siguieron unos segundos de silencio durante los cuales el rosa desapareció de sus mejillas hasta quedarse pálidas: el tío Bruno había tenido un accidente con su Alfa Giulia y había muerto en el acto.

La tía Caterina se despidió con una media reverencia que hizo tintinear de nuevo sus pendientes y luego, acercándose de nuevo a la puerta, que aún estaba abierta de par en par, salió de nuestra casa. Mamá y la tía abuela se miraron a la cara un buen rato y fue la tía abuela la primera en bajar la mirada: sobre ella recaería el deber de contarle a la tía Maddalena la noticia, mientras mamá, obedeciendo una orden silenciosa pero fuerte, levantó el auricular recién colgado y llamó a la escuela de Fulvio para decirles que lo enviaran a casa lo antes posible.

Cuando la tía abuela le anunció la noticia, Maddalena dejó escapar un único gemido, solo uno, y luego el silencio la envolvió. Fulvio ni siquiera tuvo fuerzas para emitir ese único sonido; llegó a la habitación de su madre con pasos temblorosos y se unió a su lúgubre mutismo.

No recuerdo mucho más de aquel terrible día, salvo el momento en que mi madre me acostó y, antes de salir de la habitación, como todas las noches, comprobó que las ventanas estaban bien cerradas y que no había juguetes tirados por el suelo con los que, al despertar, pudiera tropezarme. Seguí su

rutina diaria con cierta aprensión, como si hubiera algo que desentonara en todo cuanto hacía. Solo me di cuenta de lo que pasaba cuando salió, cerrando suavemente la puerta en lugar de dar un portazo. Agucé los oídos para escuchar sus pesados pasos crujiendo por las escaleras, pero todo lo que oí fueron débiles chirridos, semejantes a suspiros apagados, que los escalones exhalaban bajo la presión de sus pies, que se habían vuelto de pronto tan ligeros como copos de nieve.

En ese preciso momento me di cuenta de que la casa sobre el Dora estaba, por primera vez que yo recordara, en completo silencio. Busqué en ese silencio antinatural los sonidos que siempre me habían acompañado desde la vigilia hasta el sueño: los cacharrazos de la tía abuela trajinando en la cocina, el murmullo sordo de mi padre estudiando en la habitación contigua para su próximo examen en la universidad, repasando en voz alta los temas tratados, la llamada aflautada de la tía Maddalena, seguida del galope salvaje de mamá, corriendo hacia su cama…

Sin el consuelo de aquellos sonidos familiares, en mis oídos reinaba ahora solo un zumbido monótono y sombrío, al que se añadió el eco de los acelerados latidos de mi corazón. El zumbido se hizo insoportable y se convirtió en mareo, luego en náuseas y, al final, en migraña: me sentí como en la Nochevieja anterior, cuando me desperté confusa y dolorida por culpa del vino espumoso que había bebido a escondidas.

Aquella travesura, cuyas consecuencias no intuí, me había vedado la posibilidad de jugar al Comerciante en la Feria por última vez. Nunca más volvería a jugar, fui consciente de ello en ese momento: ¡nadie en la casa volvería a jugar ahora que el tío ya no estaba entre nosotros! Él era nuestro comerciante, solo él sabía transportarnos a un mundo extraordinario, poblado por fieros mamelucos montados en camellos dorados y damas orientales envueltas en vestidos de seda.

Intenté recordar la voz persuasiva de mi tío, las palabras altisonantes que elegía cuidadosamente para incitarnos a comprar cada una de sus mercancías, pero el zumbido de mis oídos me impedía escuchar mis recuerdos.

La casa sobre el Dora guardaba un silencio obstinado y mi

corazón no había dado señales de querer aminorar la marcha de sus latidos; respirar se convirtió de golpe en una operación dolorosa, el silencio me estaba ahogando. Si quería salvarme de esa muda asfixia, tendría que encontrar ruido.

Salté de la cama. Al aterrizar en el suelo pareció que mi cuerpo no soltaba el ruido sordo que en circunstancias normales habría hecho. Me agarré a la única silla y tiré de ella hacia la ventana que daba a la parte trasera de la casa; al arrastrarlas por el suelo, las patas de madera emitieron únicamente un tímido crujido y no el insoportable estruendo que yo tanto necesitaba. A esas alturas, sin aire, me puse de pie en la silla, forcejeé con las hojas de las ventanas, cuyos marcos estaban siempre un poco hinchados por la humedad que subía del río. El aire todavía frío de la joven primavera acarició mi rostro, pero no fue eso lo que dio tregua a mi angustia, sino el imperturbable rugido del Dora. No se había callado como el resto de mi familia, sino que seguía fluyendo y gorgoteando, aunque esa noche parecía hacerlo con más delicadeza que de costumbre, casi como si sus aguas rezaran una oración por mi tío.

Por un momento de locura, tuve la idea de unirme a ese susurro líquido y reconfortante, dejándome caer en los verdes brazos de Madama Dora, convirtiéndome en un perpetuo gorgoteo. Por un instante, fugaz pero inolvidable, pensé realmente en abandonarme al vacío, pero no lo hice; ahora que volvía a respirar con normalidad y que el sonido del agua había aclarado el zumbido de mis oídos, la idea de cambiar mi cómoda y seca camita por la fría cama del Dora me pareció una locura.

Cerré la ventana, dejando en el exterior el reconfortante y al mismo tiempo melifluo canto del Dora, y me metí de nuevo en la cama. Ahora que mis oídos estaban despejados, pude por fin evocar la voz de mi tío: «¡Ha venido desde el Caribe a hombros de un feroz pirata! —resonó en mi memoria—. ¿Quién me ofrece cincuenta liras por este hermoso loro? Habla perfectamente varios idiomas y se dice que sabe dónde está escondido el tesoro de Barbanegra. Tal vez revele su secreto si alguien ofrece cien liras por él…».

Capítulo 11

En los tiempos de la casa sobre el Dora, papá no vivía, sino que permanecía; y la suya no era una permanencia suave y despreocupada, sino más bien dificultosa, extenuante, salpicada de sentimientos de culpa. Dar vueltas en círculos, ya se sabe, es tan agotador como avanzar; mejor dicho, el aburrimiento de repetir hasta el infinito el mismo trayecto, abundando en los mismos problemas, es bastante más agotador. Después de mi nacimiento, papá estuvo mucho tiempo confinado en una desolada tierra de nadie en la que ya no era un muchacho que se preparaba para la vida ni un adulto que ya había aprendido a afrontarla. Todas las noches, después de cenar, papá se crujía los dedos uno a uno y se levantaba de la silla con resolución.

—¡Me voy a estudiar! —declaraba.

Se encerraba en el cuartito contiguo al mío, para que no lo molestaran los gatos, que encontraban muy cómodos los libros que estaba leyendo y también muy interesantes los temas que repasaba en voz alta.

—A finales de mes me presentaré al examen: ¡ya estoy preparado! —anunciaba periódicamente después de crujirse sus dedos uno a uno.

Nadie, aparte de papá, sabía de qué asignatura se trataba; para todos nosotros lo que preparaba era simplemente «el examen». Pero terminaba ese mes y comenzaba el siguiente y no se volvía a hablar del examen hasta la próxima declaración de intenciones.

La mañana siguiente a la muerte del tío Bruno, la casa del Dora se despertó envuelta en un silencio antinatural y denso, por el que todos nosotros nos movíamos a tientas con resignación.

Había muchas cosas que hacer, decidir y organizar, pero

nadie parecía encontrar la disposición anímica para afrontarlas. Fue en esta flema general cuando papá se crujió los dedos uno a uno y, por fin, actuó. Mientras nosotros escuchábamos atónitos nuestro propio silencio, papá se ocupó de todo lo necesario en situaciones tan penosas: desde la publicación de la esquela en los periódicos hasta la organización del funeral, pasando por la prosaica, pero insoslayable, cuestión económica.

El funeral del tío no fue tan fastuoso como probablemente habría querido el propio interesado, porque mi padre, que también habría rendido a su cuñado honores fúnebres dignos de un faraón, ya se había puesto manos a la obra con las cuentas, que, inesperadamente, no resultaron nada halagüeñas.

Muy pocas personas, en su mayoría gente del barrio a la que solo conocíamos de vista, siguió el avance del féretro; al haber llevado una vida errante y haber pasado más que algunos días sueltos en la casa sobre el Dora, el tío no tenía amigos en las inmediaciones. Para compensarlo, recibimos innumerables telegramas y tarjetas de pésame desde todos los rincones de Italia, en cuyos remitentes reconocíamos a veces a los protagonistas de las historias que el tío nos contaba al volver de sus viajes de negocios: la camarera fugada con el camionero austriaco, el tendero que a punto estuvo de disparar a su nieto e incluso el marido celoso que fue castigado con un panal de abejas…

El funeral adquirió algo de brillo cuando el exiguo cortejo fúnebre llegó a la tumba de la familia Vittorioso, que nadie, salvo yo, había visto. Mi padre entornó los ojos con admiración, la tía abuela negó con la cabeza y mi madre casi se desmayó por la sorpresa de encontrarse en presencia de una copia de mármol de sí misma y, además, con forma angelical.

—El ángel es la tía Maddalena —me apresuré a explicarle.

—Qué romántico —murmuró mi padre.

—Qué cosa más rara —masculló la tía abuela.

—Algo se le parece… —reconoció mi madre, contemplando el rostro del ángel, aún sin estar convencida del todo, pero ya tranquilizada.

La tumba también causó revuelo entre los demás

participantes, que no dejaron de comentar, mejor aún, de criticar, lo que consideraban un deplorable derroche. Lo hacían murmurando con la cabeza inclinada; las mujeres se miraban furtivamente por debajo de sus velos negros, los hombres se tapaban la boca con la mano, pero, a pesar de estas torpes precauciones, conseguí captar algunas frases.

—¡Se ha hecho una tumba familiar, como si tuviera familia alguna! —oí murmurar a un hombre.

—Si fuera por eso, al menos tenía dos —lo contradijo otro tipo, sazonando sus palabras con una sonrisa.

—¡Quiero decir una familia de origen! ¿Quién se creía que era? Se daba aires de ser, qué sé yo, el hijo de un abogado, de un farmacéutico o de un carnicero, pero, aunque tuviera mucho dinero, ¡solo era un hijo de nadie!

—Vete tú a saber si realmente tenía tanto dinero —sugirió una mujer—. Si hubiera sido tan rico como pretendía aparentar, con sus trajes a medida y su coche deslumbrante, ahora habría aquí ramos de rosas y manojos de gladiolos, pero mira tú qué miseria: ¡una pequeña corona de minúsculos claveles y unos cuantos ramilletes de margaritas!

Mientras mi oído atrapaba al vuelo esos malévolos susurros, me di cuenta de que el hecho de que la tía Maddalena no tuviera las fuerzas necesarias para participar en el funeral y que Fulvio se hubiera empeñado en quedarse en casa con ella no había sido, en el fondo, algo tan malo.

—¿Por qué ha venido toda esta gente al funeral del tío —le pregunté a la tía abuela Dorina— si no les caía bien?

—Para fisgonear y criticar —me contestó ella sin rodeos, levantando la voz mucho más de lo que su sordera le exigía—. Compadécete de ellos, Dora; son pobres diablos que no han sabido forjar su propia vida y se desquitan de los que sí lo han logrado. Si tuvieran que elegir entre un golpe de suerte para ellos mismos y una desgracia para la persona a la que envidian, te aseguro que elegirían lo segundo —concluyó con la certeza y la satisfacción de haber sido escuchada por todos aquellos chismosos.

En los días que siguieron al funeral de mi tío, el mordisco de

silencio que atenazaba nuestra casa no daba muestras de aflojar la presa. Hablábamos con gran parquedad de sílabas y nos movíamos con una lentitud exasperante, como si el aire se hubiera convertido en un líquido aceitoso. Incluso mi padre, tras agotar la descarga de energía que le había permitido organizar las honras fúnebres del tío, se sumergió con nosotros en el apagado ambiente de la casa.

En cuanto se descolgó la cinta negra de la puerta, los habitantes de las casas quejumbrosas volvieron a preguntar por Dorina de las Corrientes de Aire y, cuando sonaba el timbre, todos nos sobresaltábamos, como si aquel débil timbrazo nos hubiera sorprendido durmiendo.

La tía abuela recibía a los visitantes con su amabilidad habitual y, mientras escuchaba sus penas, volvía a ser la mujer enérgica y bulliciosa de siempre, pero, en cuanto los visitantes se marchaban, se quedaba callada de inmediato y volvía a confundirse con nosotros en aquel silencio hermético.

—¡Ya sabía yo que era un farsante!

Tal vez porque ella y el tío no podían verse ni en pintura, mi madre fue la primera en redescubrir el placer del jaleo. Una noche, cuando yo ya estaba en la cama, oí su voz estallar en la habitación contigua, en la que mi padre solía encerrarse a estudiar resguardado de los gatos, y en la que, en esos días, se ocupaba de aclarar cuál era la situación económica del tío.

—¡Lo sabía, lo sabía! —seguía despotricando mamá—. ¡Ya sabía yo que de ese fanfarrón teníamos que esperarnos una última jugarreta!

—No hables así de Bruno —oí objetar a mi padre en un tono comedido pero resuelto—. Era un buen hombre y tú lo sabes.

—¿Un buen hombre? —replicó mamá, mientras yo percibía una vibración de papeles que, me imaginé, estaba agitando delante de las narices de papá—. Si hubiera sido un buen hombre, ¿cómo explicas la agradable sorpresa que nos ha deparado? Decía que sus negocios iban bien, ¡siempre estaba presumiendo de ello!

—Sus negocios iban mejor que bien —replicó papá—, ¡mira estas facturas!

Otra inquieta agitación de papel antes de la siguiente

explosión verbal.

—Si los negocios iban tan bien, ¿cómo es que las cuentas están en rojo?

—Quizá me haya equivocado con los cálculos…

—¡Imposible, los he comprobado yo misma!

—Volvamos a comprobarlos —propuso papá con escasa convicción, pues era muy consciente de que los números nunca escapaban al control de su mujer. Mamá era una domadora de números: ese era su mayor talento.

—Muy bien, si quieres volver a revisarlos, voy a por papel y bolígrafo.

A esta declaración le siguió un alboroto de cajones volcados y pequeños objetos que se estrellaban contra el suelo antes de que se volviera a hacer el silencio. Me los imaginé concentrados en ir apuntando en columnas los mismos números cada uno en su papel; cada mes, el tío entregaba a la tía abuela una determinada cantidad de dinero para mantener a su mujer y a su hijo. La cantidad era tan generosa que bastaba para mantener a toda la familia, pero no era suficiente para justificar el desfase entre ingresos y gastos.

—Por desgracia, los cálculos eran correctos —oí admitir a papá.

—Te voy a explicar yo lo que ha pasado —perdió la paciencia mamá—. ¡Tu querido Bruno tenía otra familia!

—¡Baja la voz, Bianca! ¿Quieres que tu hermana o tu sobrino te oigan decir esas tonterías?

—No es ninguna tontería, ¡seguro que tenía una segunda familia! —repitió mamá con un volumen de voz algo más bajo, pero aún impropio de una conversación civilizada.

—Son calumnias —protestó papá, enojado, como si esa acusación se la hubiera hecho a él.

—Entonces, ¿cómo te explicas esta situación?

—Debió de hacer alguna mala inversión —trató de argumentar—, paquetes de acciones de alto riesgo tal vez o especulaciones inmobiliarias que salieron mal.

—¿Y dónde están los títulos de esas acciones? ¿Y las escrituras de compraventa de esos inmuebles?

Papá se quedó callado; en el silencio de mi habitación se

coló el incesante e inquisitivo tictac del reloj de pulsera de mi madre.

—¡Luciano, despierta de una vez! Sabes muy bien adónde ha ido a parar el dinero: Bruno construyó otra casa, vistió a otra mujer y alimentó a otros hijos que ahora se encuentran en la misma situación que Maddalena y Fulvio, ¡lidiando con unas cuentas que no cuadran!

En el funeral de mi tío había oído susurrar algo acerca de su segunda familia; aquella no era la primera vez que oía hablar del tema. Hacía un par de años pude captar al vuelo el nombre de mi tío y la expresión «segunda familia» en las chácharas de algunas vecinas, pero entonces esos rumores no me molestaron en absoluto; al contrario, tener una segunda familia me pareció una circunstancia afortunada, un poco como quien, en lugar de nacer solo, viene al mundo junto a un hermano gemelo. De todas formas, por el tono insinuante del hombre del cementerio y ahora por el acusador de mi madre, tuve que replantearme la cuestión: tener una segunda familia era algo malo, algo que debía mantenerse bien oculto, como confirmaban los vanos intentos de mi padre por hacer que mi madre bajara la voz para que nadie en la casa la oyera.

—Si Bruno hubiera tenido otra familia —volvió a la carga papá—, te puedo asegurar que me lo habría dicho; ¡éramos muy amigos!

—Erais amigos y eso no lo discuto, pero tú también eras su cuñado; ¿cómo iba a confiarte algo así?

—Me lo habría dejado caer sin concretar nada.

—¡Tal vez lo hizo y no lo pillaste! Créeme, Luciano, cuando Bruno estaba fuera durante semanas, no lo hacía únicamente por negocios, como cuando encontraba excusas para no pasar la Nochebuena con nosotros.

—En Nochebuena, las tiendas necesitan un suministro constante de dulces —protestó papá, citando una frase que su tío había repetido una y otra vez.

—Así se justificaba, pero, a una hora determinada, las tiendas cierran y entonces podría haberse reunido con nosotros, pero ¡prefería dirigirse a su segunda casa y celebrarlo con su otra familia!

—¡Solo dices fantasías!

—¿El juego de llaves que encontramos en su bolsillo también era una fantasía? No eran de esta casa, ni de su coche, ni de su almacén; ¿qué puertas abrían, entonces? Y además, yo… —Mamá se permitió una larga pausa durante la cual se repitió el tictac de su reloj—. ¡Yo la vi, Luciano!

—Tú no has visto nada de nada.

—¡Yo la vi! ¡Anda que si la vi! Era alta, con el pelo rizado recién salido de la peluquería y llevaba de la mano a un niñito más o menos de la edad de nuestra Dora. Cuando abrí la puerta, esa bella señora dio un paso atrás, como si la hubiera asustado, luego bajó la mirada y preguntó por Bruno: «Está fuera de la ciudad por negocios,» le contesté. «¿Quién debo decir que lo ha buscado?» Ante esa pregunta, se marchó rápidamente sin siquiera despedirse, arrastrando al crío como si fuera una muñeca de trapo.

—Podría haber sido cualquiera: un familiar, una clienta, una vieja amiga…

—¡Bruno no tenía parientes! Aunque fuera por ahí presumiendo de ser hijo de no se sabe quién, no era más que un expósito. Y si esa mujer hubiera sido una clienta o una amiga, ¿por qué salió por piernas?

Mientras esperaba la respuesta de mi padre, el tictac del reloj de mi madre se volvió apremiante, como el cronómetro de un concurso televisivo.

—No sé qué decirte, Bianca… —le oí murmurar.

La discusión se resolvió como solía ocurrir entre mis padres, con mi padre encerrado en un silencio inexpugnable y mi madre mascullando para sí misma como una gigantesca cafetera.

Arrullada por ese runrún, me quedé dormida, con la esperanza de que no existiera en ningún lugar del mundo otra familia que estuviera sufriendo lo mismo que la nuestra por la pérdida del tío Bruno.

Capítulo 12

Salvo por las discusiones nocturnas que mantenían papá y mamá en el pequeño estudio contiguo a mi habitación, en la casa sobre el Dora seguía reinando la opresión de un silencio salpicado por escasas y entrecortadas conversaciones, que apenas consistían en más de un par de frases con sentido completo.

El primero en querer escapar de aquel suplicio silencioso fue, inesperadamente, Fulvio, quien, incapaz de tolerar por más tiempo el silencio de nuestra casa, empezó a buscar el ruido fuera de sus paredes.

Era el mes de junio, las clases ya habían terminado y Fulvio aprovechaba su libertad para salir todas las mañanas y zanganear hasta la hora de la comida.

—¿Dónde has estado? —le preguntaba a veces alguno de los adultos de la casa, abriendo así una sutil brecha en el silencio.

—Dando vueltas de aquí para allá —respondía con evasivas, pero eso le bastaba a su apático interlocutor para darse por satisfecho y volver a acurrucarse en el silencio, como si estuviera bajo una manta.

Por las tardes, Fulvio me ayudaba a hacer los deberes de vacaciones; le gustaba ayudarme porque, decía, era un buen entrenamiento para cuando llegara a ser profesor de primaria. Yo también, pese a que no me gusta sentarme a estudiar, esperaba con ansias esa tregua del silencio, un tiempo en que Fulvio y yo conversábamos con normalidad, aunque solo fuera sobre gramática y tablas de multiplicar.

Estudio hoy, estudio mañana; mi cuaderno de vacaciones estaba llegando rápidamente a su fin, así que, temiendo tener que renunciar a esas lecciones vespertinas que tanto me levantaban el ánimo, pensé en bajar el ritmo de trabajo haciéndole la pregunta que tantas veces le habían hecho

nuestros parientes sin ningún interés real:

—¿Adónde has ido esta mañana?

Fulvio levantó la mirada de las sumas que estábamos resolviendo y me miró un buen rato, creo que para decidir si me respondía o no.

—He estado en la estación de Porta Nuova —contestó al final.

—¿Quieres marcharte?

—No —negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué vas?

—Porque es un sitio bonito —contestó, sujetando un lápiz y volviendo a sumergirse en la corrección de mis deberes.

—¿Qué tiene de bonito?

—Muchas cosas —intentó zanjar la conversación, pero, al ver mis ojos clavados en los suyos, se sintió obligado a soltar el rollo—. Me gusta el silbido del jefe de estación, el chirrido de los carritos de los mozos, el estruendo de los trenes en las vías, los gritos del vendedor ambulante de bebidas —dijo enumerando con su habitual tono ligero, en el que yo detecté la alegría auténtica, casi infantil, de compartir con alguien esas experiencias sencillas, pero que a él tanto le reconfortaban.

Las siguientes tardes, me habló de otros lugares en los que había estado y de los sonidos que allí había descubierto: el barullo del mercado de Porta Palazzo, ajetreado por los gritos de sus vendedores ambulantes, el estruendo de los martillos neumáticos en unas obras en una carretera, el retumbar de decenas de voces en el majestuoso Palacio de Correos…

Sin embargo, con el paso de los días, estas excursiones sonoras dejaron de aliviarlo, pues le hacían sentir de forma aún más dolorosa el silencio en la casa sobre el Dora.

Fue entonces cuando empezó a buscar refugio en un lugar aún más silencioso que nuestra casa, donde el silencio no era expresión de tristeza, sino de respeto y recogimiento: la biblioteca.

Fulvio había encontrado la manera de escapar del silencio de la casa sobre el Dora, pero yo seguía siendo su prisionera y muy pronto caí en un estado de sombría desgana. La tía abuela

Dorina fue la única que lo notó; se percató una mañana mientras yo languidecía en el jardín, sentada junto a la fuente del sonriente Baco, que en aquel caluroso verano se había quedado sin una gota de agua que escupir y tenía un aspecto aún más aburrido que el mío. Para aliviar el aburrimiento, había atado yo un tapón de corcho a una cuerda que hacía oscilar delante del hocico de Stèila y de sus gatitos, pero el balanceo del tapón no desencadenó de todas formas la montaraz danza felina de saltos y zarpazos: Stèila y su pequeña familia habían encontrado alivio del bochorno escondiéndose bajo un arbusto de aligustre y no tenían intención de abandonar esa zona de sombra para pelearse con un tapón. La tía abuela me vio balancear la cuerdecita en vano durante incontables minutos y suspiró sin añadir nada más. Yo conocía esa clase de suspiro, que para ella significaba: «He de encontrar una solución, y he de hacerlo ya».

Encontró, de hecho, la solución a la mañana siguiente: cuando Fulvio estaba a punto de salir de casa, lo interceptó y le susurró algo al oído. Él escuchó, asintiendo con perplejidad antes de terminar sonriendo en señal de asentimiento.

—¡Ven, querida! —me llamó la tía abuela—. Fulvio hoy te va a llevar con él a la biblioteca.

Agarrada de la mano de mi primo, me subí a un asfixiante autobús que, en pocos minutos, me proyectó desde la tranquila y silenciosa periferia donde vivía hasta la ruidosa magnificencia de la piazza Statuto.

El aire era cálido y estaba saturado de las bocinas de los coches, el trajín de los tranvías y el nervioso y apresurado repiqueteo de cientos de suelas sobre los adoquines.

—Vayamos a ver los pececitos —sugirió Fulvio, guiándome hacia el centro de la plaza, donde desde un estanque circular se alzaba una alta pirámide de rocas a la que se aferraban con dolorosa tenacidad figuras humanas de piedra blanca. En lo alto de las rocas, un ángel negro parecía atraer y al mismo tiempo repeler las figuras blancas, agotadas y desesperadas.

—Mira los pececitos, Dora —me exhortó Fulvio, tratando de dirigir mi atención hacia el agua verdosa, en la que apenas se veían algunas manchas anaranjadas, como flechas—. La

próxima vez podríamos traerles migas de pan —me propuso.

Intenté complacer a Fulvio y seguir las trayectorias trazadas por los peces rojos, pero un siseo atrajo mi mirada hacia arriba, donde la figura negra y alada despuntaba en equilibrio sobre las rocas. En cuanto mi mirada se topó con la de la estatua, vacía pero expresiva, me embargó un vértigo, el mismo que me había embargado la noche después de la muerte del tío Bruno, cuando tuve la sensación de que Madama Dora me invitaba a reunirme con ella.

Sentí muchísimo alivio cuando nos dirigimos hacia la biblioteca: recorrimos via Garibaldi, giramos en una calle lateral y nos encontramos ante un edificio alto y moderno cuya fachada estaba recorrida por angulosos pilares rojos.

—Esta es la Biblioteca Pública Central —me explicó Fulvio —, una de las más grandes de Turín.

Así descubrí que el edificio que me recordaba a una construcción de piezas de Lego no era «la biblioteca», sino uno de las muchas de la ciudad.

Antes de subir los angulosos escalones de piedra, Fulvio me explicó las reglas básicas que tendría que respetar: la primera era que en la biblioteca no se podía hacer ruido, es más, era mejor hablar y moverse lo menos posible; la segunda, mucho más atractiva que la primera, era que los libros que encontraría en los estantes podía cogerlos y hojearlos a mi antojo, siempre que lo hiciera con cuidado y no los sacara del edificio. Si quería tomar prestado un libro para leerlo en casa con tranquilidad, tendría que dirigirme a los bibliotecarios.

Fulvio empujó la puerta acristalada y nos encontramos en un gran vestíbulo del que ascendía una escalera, y a ella nos dirigimos los dos.

—Vamos a la sala de la planta baja —me retuvo—; solo los estudiosos van a los pisos superiores.

—¿Tú nunca vas allí?

—A veces sí —afirmó con un deje de orgullo—, pero no es un lugar adecuado para los niños.

—Quiero subir —insistí—, ¡no voy a abrir la boca!

—Está bien, pero solo echaremos un rápido vistazo.

La sala de la planta de arriba era amplia y estaba llena de

mesas ocupadas por silenciosos lectores; al recorrerla, nuestros pasos cautelosos resonaban como en una gran catedral.

—¿Dónde están los libros? —pregunté al constatar que las paredes estaban desnudas, en vez de estar forradas con estantes llenos de volúmenes, como me había apuntado Fulvio.

—Hay libros aquí, pero no se ven. Para consultarlos, hay que pedírselos a esas señoras de allí —explicó mientras me indicaba un mostrador al fondo de la sala, detrás del cual había dos mujeres sentadas.

—¿Y dónde los tienen escondidos?

—En la torre de los libros —respondió.

Mi imaginación comenzó a temblar, elaborando una imagen de una alta torre de piedra como las representadas en los libros de cuentos en cuyo interior, en vez de una princesa, se hallaban encarcelados miles de libros.

—¿Has estado alguna vez en la torre?

—La entrada está prohibida a quienes no trabajan aquí, pero me han contado que los libros están colocados en altísimos bastidores metálicos y que para cogerlos hay sistemas mecánicos de raíles y carritos. A veces, cuando estaba cerca del mostrador esperando un libro, oía el chirrido de los engranajes y entonces el libro aparecía por una portezuela, como una barra de pan del horno.

Si solo quienes trabajaban en la biblioteca podían disponer de esa magia, yo ya lo había decidido: ¡cuando fuera mayor trabajaría de bibliotecaria y sacaría del horno libros como barras de pan!

Dejé que Fulvio me llevara hasta la planta baja, donde entramos en una sala mucho más pequeña que la que acabábamos de visitar, pero en la que los libros ocupaban todas las paredes y otras decenas de estanterías dispuestas aquí y allá, formando un pequeño y colorido laberinto. Al igual que en la gran sala de la planta de arriba, también había allí mesas ocupadas por silenciosos lectores y un mostrador para los préstamos, detrás del cual se sentaba un bibliotecario. Fulvio me condujo hasta una estantería en la que había un surtido de volúmenes con lomos de colores chillones.

—Estos son los libros para niños —me explicó—. En el

último estante están los de gente de tu edad; coge el que quieras.

Aturdida por la gran cantidad de colores, elegí uno al azar, señalando el lomo con el índice. Fulvio lo sacó para mí. Se trataba de un volumen con una tapa muy gruesa que representaba a unos osos que observaban a una niña rubia que dormía en una hermosa camita.

—Ve a una de las mesas libres a leerlo y no te muevas de allí —me encareció—; voy a buscar un libro para mí y me reúno contigo.

—¿Dónde están los libros para la gente de tu edad? —le pregunté.

—Solo los libros para niños están divididos en edades. Aparte de esta estantería, todos los libros que ves son para los adultos —me aclaró, dejándome un poco amargada al pensar que los libros para adultos fueran una mayoría tan aplastante.

Elegí una mesa libre. Mientras Fulvio decidía con qué libro se iba a entretener esa mañana, yo terminé y releí un par de veces el mío, que, aparte de las bonitas ilustraciones, solo contenía un puñado de frases. Valoré la idea de volver a la estantería de los libros para niños para elegir otro, pero la petición de Fulvio de que no me moviera de allí me hizo abandonar esa idea. Para vencer el aburrimiento, me puse a mirar a mi alrededor: en cada mesa cabían cómodamente seis lectores, pero no había ninguna que estuviera ocupada por más de una persona. Los lectores leían cada uno por su cuenta, pasando las páginas con delicadeza, y, en ese silencio casi absoluto, el movimiento de cada hoja de papel adquiría la consistencia del batir de alas de una paloma. Un hombre vestido con un mono azul de obrero leía moviendo los labios y emitiendo un susurro que en cualquier otro lugar no habría resultado audible, pero que en esa sala se percibía y apenas se toleraba. Una joven cometió el error garrafal de levantarse haciendo chirriar las patas de su silla por el suelo y ese breve chirrido fue recibido por un coro de «¡Chis!».

El silencio volvió a reinar; aburrida, empecé a leer de nuevo el libro desde el principio.

—¡Niña! —me sorprendió una voz fina y aguda como un

silbido.

Como yo era la única niña en aquella sala, me giré en dirección a la llamada y vi a un hombre muy mayor, que estaba sentado en una mesa apartada en la que estaban dispuestos media docena de libros. Su aguda llamada hizo que se giraran un instante todos los lectores, quienes, tras identificar la fuente del sonido, regresaron de inmediato a sus lecturas sin lanzar miradas torvas ni hacer sonar sus amenazantes «¡Chis!».

—¡Ven aquí, niña! —me volvió a llamar el anciano lector—. Déjame ver lo que estás leyendo.

Ante esta segunda exhortación, los lectores permanecieron con sus narices sobre las páginas, como si la voz chillona y penetrante del anciano no les hubiera rozado siquiera. Comprendí que el viejo lector gozaba de una especie de inmunidad que le permitía hacer ruido sin ser reprendido.

Me quedé mirando al anciano sin moverme, indecisa, sin saber si ir donde estaba él o no. La joven torpe que poco antes había arrastrado la silla por el suelo me hizo un gesto con la cabeza como diciendo: «¿A qué esperas?».

Alentada por ese gesto, me levanté y me dirigí hacia él.

—Siéntate aquí, cariño —dijo, invitándome a sentarme a su lado—. ¿Qué tenemos aquí? —preguntó, cogiéndome con delicadeza el libro de mis manos—. *Ricitos de Oro* —leyó en la portada—. ¿Ya lo has terminado?

Asentí mientras observaba su rostro, cubierto por una telaraña de profundas arrugas que recorría su piel ajada y amarillenta. En mi corta vida había visto muchos ancianos (la tía abuela hacía tiempo que había superado los setenta años), pero aquel hombre parecía infinitamente más viejo.

—Apuesto a que no te ha gustado nada este libro.

—No mucho —admití.

—Las lecturas para niños deben tener protagonistas misteriosos con los que puedan identificarse los lectores jóvenes, pero, en el caso de *Ricitos de Oro,* ¿quién podría simpatizar con una mocosa que se cuela en una casa ajena, come en su mesa y deshace sus camas sin haber sido invitada? Es inaceptable hacer lo que a uno le apetezca en una propiedad

privada, ¡y el hecho de que los propietarios fueran osos no justifica un allanamiento de morada!

—¿Un qué?

—A-lla-na-mien-to —silabeó, recorriendo las páginas del libro hacia atrás— significa entrar en un lugar forzando la puerta. Es un acto muy grave, lo sé bien porque soy abogado.

Mientras el anciano hablaba, me di cuenta de que Fulvio había encontrado por fin el libro que buscaba y estaba de pie delante de mí, mirándome con expresión alarmada.

—He sido demasiado severo con Ricitos de Oro —reconoció el anciano mientras me señalaba una de las ilustraciones—; no forzó la cerradura, la puerta estaba entreabierta, pero eso no justifica su intrusión.

—Dora… —encontró Fulvio el valor para murmurar.

—Jovenzuelo, si no le importa, la señorita y yo estamos conversando sobre literatura.

—¿No la está molestando?

—¡Si alguien está molestando es usted, quedándose ahí y mirándonos como si fuéramos bichos raros!

—Perdóneme, abogado —se corrigió.

—¿Conoces a este joven caballero, querida? —me preguntó, ignorando sus disculpas.

—Es mi primo —respondí, observando cómo la cara de Fulvio se congestionaba por la vergüenza.

—Entonces, siéntese, señor primo —le instó el abogado, señalando la silla que tenía delante—, ¡no se quede ahí pasmado, robándole un precioso tiempo a sus lecturas!

Fulvio se sentó rápidamente, abrió el libro y hundió en él la nariz, sin duda más para esconderse que para leer.

—Así que, si lo he entendido bien, te llamas Dora —reanudó el abogado—. ¡Como la mujer de David Copperfield!

—No, como mi tía abuela —le corregí.

Ante esta ingenua afirmación, Fulvio levantó la vista al cielo y el anciano se echó a reír, para recuperar de inmediato la compostura.

—Perdona mi grosería, no quería reírme de ti, sino más bien de mí mismo y de este vicio mío de relacionar todo con alguna de las novelas que más me han gustado. Me llamo Edmondo —

se presentó—, abogado Edmondo Ferro.

—Encantada —le tendí la mano, tal y como me habían enseñado mis padres.

El hombre estrechó ufano mi pequeña mano con sus esqueléticos y nudosos dedos, que me recordaron la pata de una gallina.

—¿Es la primera vez que vienes aquí, querida? ¡Pues claro que sí! —se respondió a sí mismo—. Ya me habría fijado en una lectora tan interesante como tú, sin duda.

—Mi primo Fulvio viene aquí todas las mañanas —dije para incluirlo en la conversación.

—Sí, lo he visto a menudo —confirmó, hablando de él como si no estuviera con nosotros—. El chico está estudiando para ser profesor de primaria y tiene ideas políticas algo extremas.

Fulvio salió del libro tras el que se escondía y lo miró asombrado.

—No se escandalice, jovenzuelo, solo me he fijado en sus lecturas —dijo, anotando algo en un papelito—. Hágame un favor, hijo: ya que por lo visto hoy no parece que vayamos a concentrarnos en la lectura, dele esta nota al señor bibliotecario y luego tráigame los libros que le va a entregar; le estaré muy agradecido.

—Por supuesto, abogado —aceptó, poniéndose de pie de un salto, como un muñeco con resorte.

—Como ya habrás notado —se dirigió a mí en cuanto Fulvio se alejó—, tengo la discutible costumbre de observar lo que lee la gente de alrededor; eso me permite formarme una idea sobre ellos y nos ahorra tanto a ellos como a mí la molestia de mantener una conversación. No obstante, cuando veo a alguien que, como tú, pierde el tiempo con una lectura errónea, me veo obligado a intervenir. Mira, por ejemplo, a ese señor de allí, el que lee moviendo los labios —me dijo, con el graznido de su voz suave y blanda como un hilo de seda—. Ese buen hombre no ha tenido la oportunidad de estudiar, pero desea adquirir una formación cultural; por eso, antes de regresar a casa después del turno de noche en la fábrica, viene aquí para dedicar una horita a la lectura. Querer adquirir una formación cultural por su propia cuenta resulta encomiable, pero no es

nada fácil; por eso, en cuanto intuí sus intenciones, empecé a dejarle una nota en su mesa con las referencias de los libros que en mi opinión debería leer. ¿Sabes lo que son las referencias, querida?

Negué con la cabeza.

—Son secuencias de números y, a veces, de letras que sirven para encontrar los libros en las estanterías —me explicó mientras señalaba la etiqueta pegada en el lomo de *Ricitos de Oro*—. Funciona un poco como un libro de cromos. ¿Entiendes?

—Más o menos.

—Mira a esa señorita —continuó, afinando aún más la voz y señalándome a la joven torpe que había hecho chirriar la silla —. Quiere ser escritora. Me percaté de ello porque cuando empezó a visitar la biblioteca solo leía manuales de narratología. Aguanté un tiempo sin decirle nada, pero luego ya no pude contenerme más: le expliqué que para ser escritora debía leer los libros de las grandes escritoras y de los grandes escritores del pasado, en vez de perder el tiempo en inútiles manuales.

Yo entendía la mitad, quizá menos, de lo que decía el abogado, pero la forma en que pronunciaba cada palabra como si fuera un valioso regalo y la manera en que modulaba su voz desde el graznido de un cuervo hasta el gorjeo de un ruiseñor me hechizaban.

—Pero centrémonos en ti, querida —dijo clavando sus ojos rodeados de arrugas en mí—. Tú has acabado el primer o el segundo curso, ¿no?

—El primero.

—¡Fantástico! Es la edad perfecta para empezar a leer libros con más palabras que dibujos. Además, tanto tú como tu primo tenéis ese aire melancólico de estar pasando por un momento muy triste del que uno no se puede alejar si no es dejando volar la imaginación, así que espoleemos a la imaginación, golpeemos sus flancos y llevémosla a galope tendido.

El anciano chasqueó repetidamente la lengua contra el paladar, imitando los cascos de un caballito al piafar; esta inesperada actuación me arrancó una carcajada que intenté

reprimir por miedo a molestar a los lectores que tenía a mi alrededor.

—¡Ríete, querida, ríete! —me exhortó—. ¡De lo contrario, harás que sea vana mi sublime actuación ecuestre! ¿Tú te crees que es fácil galopar a mi edad, aunque sea fingiendo?

Mientras yo me reía sin contenerme, la mayoría de los lectores seguían leyendo o, como mínimo, fingían hacerlo.

—Galopa conmigo —me animó—, ¡huyamos lejos de todo cuanto te molesta!

Empecé a imitarle, chasqueando también yo rítmicamente la lengua contra el paladar y riendo al mismo tiempo, una acción que me llevó varias veces al borde de una alegre asfixia.

—¿De qué has huido tú en tu fiel corcel? —me preguntó en cuanto nuestro galope imaginario llegó a su fin, dejándonos a ambos exhaustos.

—Del silencio —respondí sin pensarlo.

—¿Del silencio? Explícate.

—Lleva en nuestra casa desde esta primavera —le respondí tras un largo titubeo— y no quiere irse.

—Claro, claro… —se consternó—. Tu primo y tú habéis sufrido recientemente una pérdida. ¡Mi más sentido pésame! ¿Quién fue quien se marchó, si se puede saber?

—Mi tío —le dije.

—¿El padre del joven maestro? Ahora puedo explicarme ese aire melancólico y esa obstinación en el estudio. Pobre chico, sé por lo que está pasando —suspiró empatizando con nosotros —. Llegado a esta mi venerable edad, he hecho acopio de un número anómalo de lutos: primero perdí a mis abuelos, luego a mis padres y a mis tíos, como es ley de vida, pero, con el paso de las décadas he perdido a buena parte de mis amigos, muchos de ellos mucho más jóvenes que yo, de los que nunca me imaginé que tendría que despedirme. Eso es lo que les pasa a quienes se empeñan en vivir más de lo que aconseja el sentido común —dijo suspirando el abogado antes de intentar esbozar una sonrisa—. Confirmo mi diagnóstico inicial: tu primo y tú necesitáis alejaros un tiempo de la realidad.

Esperaba que estas palabras fueran seguidas de un nuevo espectáculo ecuestre, pues la mera mención de la muerte de mi

tío había hecho descender sobre mí un velo de melancolía, pero a esas alturas el abogado había recuperado su compostura y, al mirarlo ahora, tan competente y distinguido, parecía imposible que acabara de entregarse a hacer las muecas que había hecho.

—Aquí están sus libros, abogado —anunció Fulvio a su regreso.

—¡Gracias, jovenzuelo! —dijo antes de ponerse a examinar las tapas—. Este lo elegí para usted, señor maestro —dijo devolviendo uno de los volúmenes—. Es *Gramática de la fantasía,* de Gianni Rodari. Yo también fui profesor de primaria durante un tiempo. Fue en los años de la guerra; mientras nuestra juventud luchaba contra media Europa, yo, en un remoto pueblecito de montaña, luchaba contra la ignorancia, una batalla menos sangrienta quizá, pero igual de exigente. Un libro como este me habría sido muy útil, porque en la enseñanza, como en la vida en general, saber usar la fantasía a veces es más útil que las numerosas nociones aprendidas. Entrene su imaginación, mi joven amigo; sacará provecho de ello y también se beneficiarán de ella sus futuros discípulos.

Fulvio recibió el libro con la expresión solemne y agradecida de un joven cuyo rey acaba de nombrarlo caballero.

—Para ti, señorita, he pensado en otro título de Rodari: *La flecha azul*. Estoy seguro de que te va a gustar mucho alejarte un poco de la realidad subida a bordo de este bonito tren.

—Muchas gracias, abogado —apenas tuvo tiempo de decir mi primo, cuando el hombre ya había vuelto a sumergirse en el libro que tenía delante.

—Hasta pronto… —murmuró, pasando la página.

Fulvio me hizo un gesto para que nos alejáramos; ahora que el abogado ya no hablaba con nosotros, nuestra inmunidad había caducado y, como cualquier otro lector, debíamos mantener un silencio absoluto.

Nos dirigimos hacia el mostrador, donde el bibliotecario cogió el carnet de Fulvio y registró el préstamo de los dos libros.

—Llevaba mucho tiempo queriendo hablar con el lector centenario —me confesó Fulvio más tarde mientras esperábamos el autobús.

—¿Centenario? —repetí.

—Quiere decir que tiene cien años. Mejor dicho, en su caso, ciento uno ya.

—Sé lo que significa centenario —protesté—, lo que ocurre es que no sabía yo que se pudiera vivir tanto tiempo.

—La verdad es que no es nada frecuente. El abogado Ferro es una verdadera leyenda entre los lectores de la biblioteca. De él se dice que empezó a leer con solo tres años y que está decidido a no morirse antes de cumplir ciento tres años, es decir, un siglo entero de lectura. También se dice que tiene una riquísima biblioteca privada, una gran estancia con las paredes completamente cubiertas de estanterías que no son suficientes para contener todos sus volúmenes, de manera que todas las mesas, todas las sillas y todos los alféizares están ocupados por pilas de libros. Por lo visto, parece incluso que desde el suelo se levantan columnas de libros más que…

Mientras Fulvio se perdía en la descripción de la legendaria biblioteca del abogado, yo hacía resonar en mi memoria el graznido de su voz, con sus palabras cuidadosamente elegidas y entregadas con generosidad.

—¿La gente puede decidir cuándo morir? —le pregunté ese mismo día a la tía abuela.

—No es habitual, pero puede ocurrir —respondió con extrema naturalidad, como si le hubiera hecho la más común de las preguntas—. A veces les ocurre a las personas fuertes de espíritu, que saben que todavía les queda mucho que hacer en esta tierra. Mira a tu tía Maddalena: ha molestado a Catlina docenas de veces y siempre la ha mandado de vuelta con las manos vacías.

—¿Aún tiene mucho que hacer la tía? —pregunté asombrada, al pensar que una mujer que llevaba años metida en la cama aún pudiera tener proyectos.

—Pues claro que sí; antes de marcharse quiere estar segura de que su hijo es lo suficientemente mayor y fuerte como para

afrontar la vida por sí mismo.

—Yo creo que Fulvio ya es lo suficientemente mayor y fuerte.

—Yo también lo creo —respondió bajando la voz—. ¡Pero que no nos oiga Catlina!

Capítulo 13

La noche siguiente a la muerte de su tío, el Dora ya no me invitó a reunirme con él, sino que se convirtió en mi amigo y confidente, como lo era para todos los miembros de la familia. Sin embargo, una noche de julio, el Dora volvió a llamarme. Me desperté sobresaltada y permanecí quieta en la cama unos instantes escuchándolo; su canto era irresistible, tan dulce y lastimero como el maullido de un gatito de pocas semanas. Intenté ignorarlo y volver a meterme bajo las sábanas, pero el Dora volvió a llamarme y con más fuerza. Mi madre había dejado la ventana abierta para que el frescor de la noche mitigara el calor veraniego y el Dora aprovechó esa brecha para hechizarme con sus notas líquidas y seductoras. Decidí levantarme para cerrar la ventana y silenciarlo, pero, cuando la punta de mi pie tocó el frío suelo, recordé la sensación que había experimentado cuando, por un instante infinitesimal pero indeleble, deseé abandonarme en el vacío para unirme al perpetuo discurrir del agua. No podía acercarme a la ventana: ¡eso era lo que el Dora quería! Luchando entre la incapacidad de escuchar una sola nota más de aquel malvado canto y el miedo a ponerle fin cerrando la ventana, me puse a gritar, aterrorizada.

Mi grito se deslizó fuera de la habitación, se lanzó escaleras abajo y se coló en todos los rincones, grietas y fisuras de nuestra vieja casa, sorprendiendo al silencio dondequiera que anidara y poniéndolo en fuga. En pocos instantes, la casa sobre el Dora resonó con un alboroto de voces excitadas, portazos y pasos apresurados.

—¡Dora! ¡Dora! ¿Qué pasa?

No sé quién fue el primero en pronunciar mi nombre, pero, cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par, allí estaban todos: la tía abuela, mis padres, Fulvio e incluso la tía

Maddalena, a la que mi grito le infundió tal energía que abandonó la cama y subió las escaleras para acudir en mi ayuda.

Aquella llama salvaje se había extendido tan rápidamente que se había consumido en unos instantes, dejándola sin fuerzas, pero, mientras tanto, lo había logrado: había acudido presurosa a mi cabezal y, en cuanto vio que, aunque presa del pánico, me encontraba en perfecto estado de salud, se dejó deslizar a mi lado en la cama.

—¡Cerrad esa ventana, por el amor de Dios! —ordenó con voz enferma pero firme.

Mi madre se apresuró a obedecer, murmurando que no era en absoluto necesario, dado que la habitación era un horno. Mientras tanto, los demás se habían apiñado alrededor de la cama y especulaban tanto sobre mi salud como sobre la de la tía.

—¿Tiene fiebre? —preguntó Fulvio.

—¿Te refieres a tu madre o a tu prima? —preguntó a su vez la tía abuela.

—Las dos están bien —los tranquilizó papá después de tocarles la frente a ambas.

—Dora debe de haber tenido una pesadilla —afirmó mi madre— y Maddalena solo está agotada por su proeza… Pero ¿cómo se le habrá ocurrido subir aquí corriendo cuando ya lo estábamos haciendo nosotros?

—Con semejante esfuerzo su corazón podría haber fallado.

—Pero no ha fallado.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡Llevémonos de aquí a Maddalena!

—No podemos moverla.

Las voces empezaron a superponerse y a entrelazarse hasta que resultaron indistinguibles.

—Llevemos a Dora a otra habitación.

—¿Por qué?

—La cama es pequeña para que duerman dos…

—Parecen cómodas.

—Parecen apretadas.

—Parecen…

La discusión iba creciendo en intensidad, las voces trataban de imponerse unas a otras: ¡mi grito nocturno había roto el silencio que mantenía en vilo la casa sobre el Dora desde hacía meses!

La batahola de voces resolvió al final que mi tía y yo compartiéramos mi cama esa noche y, tras haber llegado a ese acuerdo unánime, el vocerío se alejó sin apagarse. Oí cómo se perseguían las voces por el pasillo, cómo rebotaban por los escalones y cómo aterrizaban en la planta baja para hincharse tanto que terminó siendo un sonoro parloteo. Las tazas y las cucharillas empezaron a repiquetear, la cafetera gorgoteaba alegremente; ahora que el silencio había sido derrotado, era hora de celebrarlo, como desde hacía siglos habían hecho los vencedores al final de una larga guerra.

—Mira tú cómo parlotean… —murmuró la tía, riéndose del vocerío que llegaba desde la cocina.

Y así, gracias a un único grito, el estruendo acabó tomando la delantera al silencio que infestaba nuestra casa: los suelos seguían resonando con el repiqueteo de la tía abuela, los nudillos de papá empezaron a crujir de nuevo de forma intencionada y mamá empezó a golpear de nuevo las puertas, haciéndolas vibrar contra los marcos.

A los sonidos de costumbre se añadió uno nuevo: la radio, que, desde la habitación de la tía Maddalena, retransmitía las radionovelas por capítulos a todo volumen. Con el tiempo, a nuestro pesar, como no había rincón de la casa en el que no se pudiera evitar escucharlas, dado el alto volumen de la radio, hasta los demás empezamos a interesarnos por ellas.

Algunas tardes, obedeciendo una orden tácita pero inquebrantable, nos íbamos todos a la habitación de la tía Maddalena, cargando cada uno con su propia silla para escuchar juntos el episodio que se emitía, comentando la trama y poniéndonos de parte de uno u otro personaje. En esas reuniones improvisadas, celebrábamos el recuerdo de nuestro tío y de sus historias, aliviando así el luto de nuestros corazones.

Capítulo 14

Aunque el bullicio había renacido y el ambiente en la casa sobre el Dora volvía a sernos tolerable, Fulvio y yo seguimos yendo a la biblioteca todas las mañanas. No podríamos haber hecho otra cosa, siendo como éramos ya los compañeros de lectura del abogado Ferro, un honor demasiado valioso como para desperdiciarlo dando saludables paseos al aire libre. Cuando cruzábamos el umbral de la biblioteca, nos dirigíamos a la mesa que el abogado solía ocupar desde la hora de apertura; rápidamente levantaba la vista del libro que estaba devorando y nos saludaba con un imperceptible gesto de la cabeza, para luego lanzarse de nuevo sobre su presa. Yo me sentaba a su lado y Fulvio enfrente, exactamente igual que la primera vez que llamamos su atención y, ante nuestros asientos, solíamos encontrar los libros que el abogado ya había elegido para nosotros y que, de forma implícita, nos incitaba a leer. A mí, lectora principiante, me costaba seguir el ritmo de lectura que me imponía el abogado, pero, para no defraudarle, metía la nariz entre las páginas y leía sin parar.

Mientras permanecíamos en la mesa del abogado, los otros lectores nos lanzaban miradas de admiración con matices de envidia, que hacían que nos sintiéramos como invitados a una cena de gala a quienes se les ha concedido el privilegio de sentarse junto al invitado de honor.

El momento que yo prefería de nuestras mañanas en la biblioteca era cuando el abogado, Fulvio y yo leíamos cada uno nuestro propio libro y, protegidos por la capa de silencio que nos envolvía, yo podía advertir el plácido roce de nuestros pensamientos, que imaginaba elevándose hacia el techo como blancas volutas de humo. Las espirales de pensamientos no eran más que un dulce fruto de mi imaginación y no tenían nada que ver con los sonidos que solo mi tía abuela y yo

éramos capaces de percibir en las casas quejumbrosas.

En la biblioteca, los ruidos en sentido estricto se limitaban a lo mínimo indispensable y se debían a acciones de las que no se podía prescindir, como moverse, hojear y respirar; en cuanto a los ruidos incorpóreos, emanaban de las páginas impresas y seguían siendo un asunto personal entre los libros y sus lectores.

Hubo una mañana, no obstante, en la que a los minúsculos ruidos de la sala de lectura, y a los otros inmateriales que reverberaban en las mentes de los lectores, se añadió otro con una consistencia diferente.

Fulvio, como a menudo sucedía, se había ido a recoger el encargo de algunos libros para el abogado, mientras él y yo leíamos uno al lado del otro.

Aquel día me las veía yo con una selección de cuentos de Andersen y estaba disfrutando de la tormentosa historia de amor entre la pastora y el deshollinador, dos figuritas de porcelana que vivían sobre la mesa de un salón. Las dos tallas enamoradas estaban planeando su fuga amorosa cuando me sorprendió un susurro por la espalda. Me di la vuelta, pensando que se trataba de Fulvio tras regresar de su búsqueda de libros, pero no vi a nadie.

Volví a las peripecias de los novietes de porcelana, pero al cabo de un par de páginas oí de nuevo susurros a mi espalda. Esta vez no tuve tiempo de girarme cuando al primer susurro le siguió un segundo, luego un tercero y luego un cuarto, en un *crescendo* de ecos y reverberaciones. Miré a mi alrededor para identificar la fuente de ese susurrar, pero los escasos lectores que ocupaban las mesas cercanas no decían ni pío; por otra parte, la urdimbre de susurros que oía no podía proceder de esas pocas bocas; serían necesarias el doble, el triple quizá, para urdir una trama de sonido tan elaborada.

—¿Estás bien? —me preguntó el abogado al ver que mi mirada vagaba en el vacío.

Haciendo un gran esfuerzo por formular un simple sí, noté que los susurros se apagaban y el calor se alejaba paulatinamente de mi cuerpo, dejándolo agarrotado.

—Estás temblando, cariño, ¿pasa algo?

—No… —logré finalmente articular—, es solo que…

—Perdone que haya tardado tanto, abogado.

Justo cuando intentaba yo explicar lo que me había pasado, Fulvio apareció con la pila de libros de aquel día. Al verlo, una sombra de decepción cruzó el rostro arrugado del abogado, pero la disimuló con una sonrisa.

—¡Oh, bien, muy bien! —esbozó—. ¡No sé qué haría sin usted, señor maestro!

—Es un honor para mí, abogado.

—¿Lo dice en serio? —encajó al instante—. Entonces, no le molestará volver a partir para otro encargo —dijo antes de anotar una referencia en una nota y tendérsela.

—Volvamos a lo nuestro —se dirigió a mí en cuanto Fulvio se alejó—. ¿Qué me estabas diciendo hace un momento?

—Nada —respondí.

El breve diálogo entre el abogado y mi primo me había dado tiempo para recuperarme: la sangre corría tibia por mis venas y los susurros que hacía un minuto había percibido como reales eran ahora solo el eco de un sueño del que no valía la pena hablar.

—Está bien, no insisto —se rindió—, pero que sepas que puedes hablarme de cualquier cosa o hacerme cualquier pregunta.

—¿Cualquiera?

—¡Pues claro, querida!

Decidí aprovechar la doble oportunidad para desviar la conversación y hacerle una pregunta que llevaba tiempo elaborando.

—¿Te cae mal mi primo Fulvio?

—¿Si me cae mal? —jadeó—. No, al contrario, me parece un joven simpático con una marcada sensibilidad; a estas alturas le he cogido mucho cariño. ¿De dónde te viene esta idea tan extraña?

—Siempre lo mandas por ahí —le expliqué sin reparos—, como si…

—¿Como si quisiera librarme de él? —se me anticipó—. Vale, vale, lo admito: de vez en cuando alejo a tu primo para conversar contigo, pero no lo hago porque él me caiga mal.

—Entonces, ¿por qué?

—Verás, querida, si es cierto que todo ser humano tiene un propósito que perseguir en esta tierra, el mío es crear nuevos lectores, y tú, joven Dora, serás probablemente mi última creación. Quién sabe, tal vez incluso mi obra maestra. Fulvio, en cambio, ya es un lector apasionado. Sin duda le vendría bien leer más clásicos y menos minucias políticas, pero, aparte de eso, sabe elegir por sí mismo sus lecturas y no hay mucho que yo pueda hacer por él. Por ti, en cambio, aún queda mucho por hacer y solo Dios sabe si podré terminar mi obra.

Capítulo 15

La voz de Madama Dora ya no había vuelto a oírse; a pesar de todo, el recuerdo de su llamada se había convertido en una obsesión que la memoria me repetía cada vez que me atravesaba una brecha de silencio. Por suerte, nuestra casa había vuelto a ser ruidosa, pero también callaba a veces, probablemente para recuperar el aliento. Esto ocurría sobre todo después del almuerzo, cuando la tía abuela se permitía una pequeña siesta y todos nos veíamos obligados a guardar silencio: ni lavadora en marcha ni televisión encendida, y hasta la tía Maddalena renunciaba al ensordecedor graznido de la radio. Evidentemente, el ruido también se apagaba por la noche, cuando todos dormíamos, que en realidad era un lapso bastante breve, ya que mi padre solía quedarse despierto hasta tarde, estudiando y farfullando, y mi tía abuela se despertaba al amanecer e inmediatamente empezaba con sus estruendosas maniobras en la cocina. Lo que más temía yo era ese silencio nocturno, y el miedo a no dormirme antes de que la casa quedara en silencio me hacía pasar las noches con inquietud, plagadas de pesadillas y despertares intermitentes. Si, por desgracia, me despertaba durante las pocas horas en que la casa permanecía en silencio, me subía la sábana por encima de la cabeza y me tapaba los oídos con las palmas de las manos, quedándome así quieta hasta que me vencía el sueño o la casa se reanimaba.

En la biblioteca, en cambio, el silencio era amable, rico y consistente: guardaba silencio por respeto a los demás lectores, y el silencio que recibía a cambio era el respeto que ellos me tenían.

Los sonidos resonantes cuya constante necesidad siempre había percibido los encontraba en las historias que el abogado me proponía y que, en esa primera etapa de nuestra amistad,

solían ser historias de viajes de aventuras porque, decía, yo necesitaba alejarme, y si había un motín o un naufragio de por medio, mejor que mejor; lo importante era que yo aprendiera que quien acababa en el agua aún podía salir de ella.

Las aventuras del barón de Münchhausen, Simbad el Marino y *La isla del tesoro* fueron solo algunos de los títulos que el abogado me prescribió por aquella época, con cierta perplejidad por parte de Fulvio, que los consideraba demasiado complejos para una niña que acababa de terminar el primer curso de primaria.

—No se deje engañar por los números que aparecen en las esquinas de las portadas, maestro —replicaba el abogado—; esas indicaciones de edad pueden ser muy engañosas y, en general, creo que quienes asignan esas etiquetas con números a las historias tienden a subestimar a los lectores jóvenes. ¿Por qué, me pregunto yo, proporcionar a un niño de diez años un libro que podría leer con facilidad uno de seis? ¿Quizá para dar a los padres de determinados niños más bien zoquetes la ilusión de haber engendrado unos genios?

—¿Qué te atormenta, querida? —me preguntó a bocajarro el abogado una mañana, en cuanto se libró de Fulvio al encargarle la enésima búsqueda de un libro. Me quedé desconcertada, pero el abogado insistió—. Algo va mal. Vienes todas las mañanas con la cara pálida y ojeras, ¡como el niño escribiente de Florencia!

—¿Quién?

—Es un personaje de la novela *Corazón,* de Edmondo De Amicis, un niño que se colaba por las noches en el estudio de su padre para hacer su trabajo de escribiente y ayudar así a la familia. Sin embargo, el hecho de no dormir lo llevó a empeorar en los estudios y… Bueno, lo descubrirás cuando leas la novela —retomó el hilo—. ¿Quieres decirme qué es lo que no te deja dormir?

—Si te lo digo, ¿me creerás?

—Esto no puedo prometértelo, pero te aseguro que te escucharé con atención y respeto.

El abogado había descrito con precisión mis miedos: si aún

no les había dicho nada a mis padres ni a Fulvio había sido para que no me juzgaran una gallina o, peor aún, una mentirosa; en cuanto a mi tía abuela, tenía miedo de que, si le confiaba algo, me tomaría en serio y yo, más que nada en la vida, quería que me demostraran lo contrario.

Decidí armarme de valor y le expliqué la llamada del Dora y cómo el recuerdo de ese sonido me atormentaba desde aquella noche.

El abogado permaneció en silencio, yo me quedé mirándolo un buen rato, esperando con ansia la afectuosa pero tajante negación que tanto anhelaba.

—No creo que sea el Dora el que te llama —dijo finalmente, lo que me hizo soltar un suspiro de alivio—. Creo que es algo mucho más peligroso —añadió, cercenando mi suspiro por la mitad—. Es la parte más oscura de ti la que te llama, la que quiere que pienses que perseverar en la vida no es siempre la mejor solución. Pero no tienes que preocuparte: todo el mundo tiene ese germen dentro y solo los muy afortunados o los muy estúpidos no saben que existe; todos los demás saben que está en su interior y aprenden a aceptarlo, pues esa es la única manera de silenciarlo.

—¿Así que el Dora no me llama realmente?

—No —negó con la cabeza—. Tú no le tienes miedo al Dora, sino al silencio —dijo mirándome a los ojos—. Tienes miedo a quedarte a solas con tus pensamientos, que, como has descubierto recientemente, a veces pueden ser terribles. El ruido, sobre todo las voces queridas de nuestros familiares, nos protege de nosotros mismos, nos blinda ante las cosas malas que nos acechan, pero el silencio no es más que un recipiente vacío que te toca a ti llenar. Muchos sabios han explicado que para encontrar la paz es necesario guardar silencio dentro de uno mismo, pero yo sostengo que es mejor buscar nuestro propio sonido. Un sonido agradable, capaz de darnos paz y consuelo. Yo encontré este sonido en los libros, pero esa es solo una de las formas; tú has de encontrar la tuya.

Cuando Fulvio regresó de su batida de caza, sucedió algo extraño.

—Bien, muy bien —se alegró el abogado mientras

examinaba cada uno de los volúmenes que le había entregado mi primo—. Pero ¿qué diablos es esto? —dijo, y le devolvió un pequeño volumen con una tapa de un color azulado pálido en la que pude distinguir las palabras «lucha armada proletaria», seguidas de otras que no fui capaz de leer.

—Perdóneme. —Fulvio cogió de nuevo el libraco a toda prisa—. Este lo he cogido para mí.

—Entiendo —comentó el abogado mientras la mirada de Fulvio se deslizaba hacia el suelo—. Es justo que un jovenzuelo como usted quiera informarse sobre determinados asuntos. Justo y necesario, añadiría. —La mirada de Fulvio fue levantándose—. Pero tenga en cuenta una cosa: algunos libros saben ser muy persuasivos.

—Pero yo creo que…

—¡Usted «cree» y eso es sacrosanto! Elija, elija sus ideales, cultívelos y defiéndalos, pero no deje que un librito escrito por algún politicastro enardecido le explique la forma de perseguirlos, porque esa podría no ser la correcta para usted.

Capítulo 16

Tal y como me había sugerido el abogado, me comprometí a buscar mi propio sonido, una música de fondo interior que actuara como barrera para los malos pensamientos en los breves intervalos en los que el silencio se imponía sobre el estruendo de nuestra casa; intenté evocar una canción infantil que había aprendido en el parvulario y que, a mis seis años y medio, consideraba un recuerdo remotísimo de mi infancia, la musiquita que acompañaba a un carrusel muy divertido y el cuento grabado en un disco de 45 r. p. m. que había escuchado una y otra vez hasta que el comediscos se lo comió de verdad, devolviéndome el vinilo medio masticado: «Hay en mi corazón mil cuentos que contar…».

Sin embargo, tuve que interrumpir los experimentos porque los breves paréntesis de silencio nocturno en la casa sobre el Dora se fueron haciendo aún más cortos hasta terminar desapareciendo.

Las broncas entre mis padres debidas a la situación económica del tío Bruno, que se habían producido de forma esporádica desde su partida, se intensificaron y se dilataron, prolongándose a veces hasta el amanecer. En aquellas largas discusiones, el objetivo de mi madre ya no era demostrar lo indigno que era su cuñado, ni el de mi padre exculparlo de toda acusación; ambos compartían ahora una nueva preocupación: el sustento de la casa sobre el Dora. Si cabía alguna duda de que el tío hubiera dilapidado realmente su capital manteniendo una segunda familia, era un hecho incontrastable que había proveído la nuestra con gran generosidad.

Las facturas, los gastos de la casa, las medicinas, los libros de texto: a todo se le ponía un precio, igual que hacía mi tío con las cartas del Comerciante en la Feria.

Sin embargo, pasado un tiempo, mis padres dejaron de sumar y la historia cambió.

—Tengo una noticia importante —oí que mi padre anunciaba a mi madre una tarde en el estudio—. Un antiguo compañero de estudios ha montado una empresa de electrónica en Zúrich, junto con otros dos ingenieros, y me ha pedido que vaya a trabajar con ellos.

—¿Quieres aceptar un trabajo en Suiza? —balbuceó mi madre.

—No, no quiero, pero tengo que hacerlo; te guste o no, hasta ahora Bruno nos había mantenido a todos, y es impensable que podamos sobrevivir solo con la pensión de la tía abuela y la miseria que gano reparando televisores.

—Yo podría volver a trabajar.

—Claro que podrías, pero te necesitan aquí —replicó—. Los dos sabemos que cuando la tía abuela nos invitó a quedarnos con ella lo hizo únicamente por la bondad de su corazón y no, en modo alguno, porque realmente necesitara ayuda, pero las cosas han cambiado desde entonces: se está haciendo mayor y tu hermana está empeorando. Aquí, en la casa sobre el Dora, se te necesita ahora de verdad.

Siguió una larga pausa, durante la cual oí el apremiante tictac del reloj de pulsera de mi madre, que por una vez parecía exigir una respuesta.

—Desgraciadamente, tienes razón —aceptó al final—. Así que te irás a trabajar a Suiza, mientras la niña y yo nos quedaremos aquí, en la casa sobre el Dora.

—Creo que es la única solución posible, al menos por el momento.

—¿Cuándo piensas marcharte?

Me acurruqué bajo las sábanas y me tapé los oídos, tarareando una cancioncilla, esta vez no para protegerme de la llamada del Dora: «Hay en mi corazón mil cuentos que contar…».

—¡Qué caras más largas! —comentó el abogado Ferro, levantando la mirada del libro que estaba leyendo—. Se necesita urgentemente una lectura divertida, pero no

demasiado ligera —decretó, tras lo cual empezó a escribir una de sus notas—. Quienes están tristes no son proclives sin más a la alegría; mejor algo que les haga sonreír, pero también reflexionar.

Aquella mañana me había despertado con la débil esperanza de haber soñado la conversación entre mis padres, pero cuando bajé a la cocina para desayunar me encontré a mi tía abuela y a Fulvio tomándose su café y evitando mi mirada; en cuanto a mi madre, ni siquiera la vi porque se había «ido al huerto». No, yo no lo había soñado y todo el mundo estaba ya al corriente de la decisión de mi padre.

—A usted, señor primo, le prescribo *Marcovaldo,* de Italo Calvino —dijo el abogado—, a menos que lo haya leído ya, claro.

—Leí un relato en la antología de textos del colegio.

—¡Entonces, hay que llenar ese vacío de inmediato! Marcovaldo es un personaje sublime que describe nuestra sociedad y sus injusticias mucho mejor que esos panfletos subversivos con los que a veces le veo entretenerse. A la señorita Dora, en cambio, le hago entrega de *El diario de Gian Tormenta,* de Vamba. Mucha gente piensa que este libro es simplemente el catálogo de las travesuras de un mocoso, pero en mi opinión es mucho más que eso: Gian Tormenta es un joven revolucionario que lucha contra un modelo educativo autoritario y represivo, un sistema que impide a los niños desarrollar su propia individualidad.

—Vi la serie de televisión —dije, y mi humor se hizo más alegre al recordar escenas hilarantes y canciones que, una vez escuchadas, resultaba imposible no tararear.

—¿Existe una adaptación de esta obra? —se pasmó el abogado.

Fulvio y yo nos miramos perplejos. ¿Cómo era posible que el abogado, tan culto y preparado en todos los temas, no conociera una serie de televisión que se emitía periódicamente desde hacía años?

—No tengo televisión —murmuró al advertir nuestro asombro—; sé que es un medio de comunicación extraordinario, le concedo el mérito de haber unificado Italia

más que la tricolor y he conocido a personas a las que el destino no permitió ir al colegio y que aprendieron a leer y escribir gracias a un programa muy loable que, si no me equivoco, se llamaba *Nunca es demasiado tarde*.

—Lo recuerdo —confirmó Fulvio—, todavía lo emitían cuando yo era pequeño.

—La televisión es maravillosa, eso no lo discuto, pero yo solo tengo una vida y la he dedicado a la lectura, una dama muy exigente que requiere todo mi tiempo. Si, como afirman algunas religiones orientales, se me da la oportunidad de reencarnarme, en la próxima vida también encontraré algo de tiempo para honrar a la damisela televisión. Y ahora vaya usted a buscar los libros, jovenzuelo, porque quien más sabe, más siente perder el tiempo, como escribió el señor Dante Alighieri, que sin duda alguna sí supo aprovechar los días que le fueron concedidos. —Y, en cuanto el abogado Ferro vio que Fulvio se había alejado, dijo—: Vayamos al grano, querida mía; ¿por qué tenías hace un momento la expresión lúgubre de una heroína de novela gótica? ¿Qué ha pasado?

Moví la cabeza como si quisiera decir que todo estaba bien, pero mis ojos me traicionaron al humedecerse de lágrimas.

—¿Sigues siendo presa de esas pesadillas sonoras tuyas?

Negué, sorbiendo para no llorar.

—Si no te ves capaz de hablar del tema, permíteme al menos que intente subirte la moral con un regalito.

El hombre rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó una bolsa de terciopelo que contenía una caja plateada con tapa abombada.

—Esto te será muy útil.

Cogí la caja y la observé por todos los lados: aquello parecía el cofre del tesoro de un pirata liliputiense.

—Ábrelo —me instó.

Lo abrí con delicadeza; el interior estaba forrado de terciopelo rojo y había un espejito colocado en la parte posterior de la tapa. En cuanto la tapa se abrió del todo, oí el chasquido de un muelle y, a continuación, las notas tenues y ligeramente destartaladas de una melodía.

—¡Es una caja de música! —comenté encantada.

—Una antigua caja de música, fabricada en el siglo pasado. Se la regalaron a mi madre por uno de sus primeros cumpleaños. Los engranajes van un poco lentos ahora y alguno de los remaches metálicos se ha desportillado, pero lo que oyes es la *Cantata 147,* de Bach —explicó con naturalidad, como si Bach y sus cantatas se estudiaran en la escuela primaria junto con las tablas de multiplicar—. No es una melodía muy común para las cajas de música, pues casi todas tocan *Para Elisa,* de Beethoven, o *Canción de cuna,* de Brahms. Cuando era niña, mi madre la tenía en su mesilla de noche y la utilizaba para que la acompañara desde la vigilia hasta el sueño y, cuando fue madre, la utilizó para mí, aunque de forma diferente a como la había utilizado ella. Como desde los primeros años de mi vida mostré una aguda propensión a reducir las horas de sueño por horas dedicadas a los libros, mi madre ideó un sistema para inducirme a dejar de hacerlo cuando me lo ordenaba: después de arroparme, le daba cuerda a la caja de música y me permitía leer hasta que terminaba de sonar. A pesar de haber sido un gran aguafiestas, le tengo mucho cariño a esta caja de música.

—¿Y quieres dármela a mí? —pregunté—. ¿No la echarás de menos?

—Tal vez un poco, pero ¿para qué voy a conservarla si no la he utilizado desde hace años? Una de las ventajas de no ser ya un niño es que puedes quedarte despierto todo el tiempo que quieras, así que ya no necesito que me llamen al orden con una cajita. A ti, en cambio, te será muy útil: puedes utilizarla para acompañar tus lecturas nocturnas o incluso solo para interponer sus notitas musicales entre tus miedos nocturnos y tú.

Acaricié aquella antigua caja de música llena de gratitud, pensando que tal vez podría protegerme de mis oscuras fantasías, pero no de las cosas reales y terribles que sucedían a mi alrededor.

—Mi padre quiere marcharse —solté de golpe—. Escuché a mis padres discutiendo al respecto esta noche.

—¿Quieres decir que tiene intención de abandonar a la familia? —se alarmó—. ¿Abandonaros a vuestra suerte?

—No —me apresuré a negar—. Quiere irse a trabajar lejos, a Suiza.

—Oh, bueno, eso es otra cosa —suspiró aliviado.

—Yo no quiero que se marche —dije, apretando los puños.

—Supongo que tu padre lo hace por el bien de la familia y que no es ningún capricho suyo —dijo tratando de hacer que yo razonara.

—¿Por qué tiene que irse tan lejos para trabajar cuando ya tiene un trabajo aquí?

—Quizá no le guste su trabajo o no esté bien pagado y por eso quiere cambiarlo.

—¡Podría buscar otro trabajo aquí! Hay un montón de trabajos cerca de nuestra casa —objeté.

—Supongo que tu padre habrá reflexionado sobre este asunto y…

—¡Yo creo que no!

El abogado asintió y sonrió.

—Procuro no llevarte la contraria; la creencia de que los adultos siempre toman decisiones bien meditadas, por desgracia, a menudo es falsa.

Me quedé mirándolo a la espera de una solución genial e inesperada.

—Intenta hablar con él —dijo dejándome del todo desilusionada al escuchar la más obvia de las sugerencias—. Puede que no sirva para nada, pero es justo que le digas lo que piensas: ¡tienes derecho a ello!

Fulvio volvió con nuestros libros y, para aligerar mi decepción, me sumergí en las aventuras de Gian Tormenta, que, página tras página, me levantaron el ánimo, llenándolo de un nuevo deseo de actuar y hacer valer mis razones. Fue mientras me sentía invadida por ese sentimiento de exaltación cuando volví a oír un susurro a mis espaldas que, como la vez anterior, se transformó muy pronto en una intrincada maraña de susurros. No me alteré, al contrario, seguí leyendo, acunada por ese etéreo susurro, sintiendo cómo crecían en mí la fuerza y el valor de Gian Tormenta.

Después de unas cuantas páginas, yo misma me convertí en Gian Tormenta y ¡nada podía intimidarme ni detenerme! ¡Me

opondría a la decisión de mi padre, me rebelaría!

Incluso en las historias de las naciones hay pueblos que de vez en cuando se cansan de comer siempre la misma sopa de arroz y entonces se producen conspiraciones y complots y aparecen los Michelozzi y los Stoppani que se enfrentan a los peligros, hasta que, gracias a su abnegación, se pasan a la sopa de tomate…

Capítulo 17

Cuando regresamos a casa, todavía estaba yo impregnada de la rebelde valentía de Gian Tormenta y me sentía preparada para, en cuanto se me presentara la ocasión, dar mi opinión sobre la decisión que había tomado mi padre, pero esa ocasión no se presentó; mis padres se comportaban como si no pasara nada: mamá se cebaba con los suelos y los muebles con su ferocidad de siempre, dándoles lustre hasta desgastarlos, y papá alternaba trabajo y estudio, como siempre había hecho desde que tenía uso de razón. Como todo funcionaba con normalidad y nadie había sentido la necesidad de «ir al huerto», llegué a la conclusión de que el plan de trabajar en Zúrich se había desvanecido, exactamente igual que el examen que papá declaraba periódicamente que iba a presentarse «a finales de mes». Y, a falta de alguna decisión arbitraria a la que oponerme, mi fervor por Gian Tormenta se atenuó, dejando espacio a una plácida serenidad.

A pesar de que el sol de julio animara a quedarse en casa, resguardados con las persianas bajadas, Fulvio y yo seguíamos yendo a la biblioteca todas las mañanas, pero, con el paso de los días, las mesas de alrededor de la que ocupaba el abogado se fueron despoblando y cada vez quedaban menos lectores, a veces ni siquiera uno, que envidiaran nuestra privilegiada condición. Una mañana, mientras Fulvio estaba, como de costumbre, cumpliendo una misión para el abogado y yo disfrutaba con la lectura de *Ana la de Tejas Verdes,* oí de nuevo susurros detrás de mí. Ni siquiera me tomé la molestia de mirar a mi alrededor para ver si esos sonidos procedían de las mesas de al lado, ya que el abogado y yo éramos los únicos en la sala de lectura; simplemente los ignoré, como ya había hecho durante la lectura de Gian Tormenta.

Volví a la novela; el momento era muy dramático: Ana, la

joven protagonista, que detestaba el color zanahoria de su pelo, había intentado teñírselo de negro con una mezcla que había comprado a un vendedor ambulante, pero al final terminó con una melena verde como el cogollo de una lechuga. Aunque estaba muy apenada por Ana y el destino de su larga melena pelirroja, la multiplicación de los susurros acabó por distraerme.

Para recuperar la concentración, respiré profundamente y cerré los ojos. Entonces fue cuando me ocurrió lo que a veces había experimentado con mi tía abuela en las casas quejumbrosas. Al principio, los susurros tomaron la forma de muchas líneas danzarinas, luego las ondas sonoras comenzaron a entrelazarse y a desplegarse en formas cada vez más elaboradas que, como los hilos de un tapiz, me devolvieron la imagen que habría visto si no hubiera cerrado los ojos: la sala de lectura con las mesas vacías y las estanterías llenas de libros. Como había aprendido ya a hacer en las casas quejumbrosas, apreté los párpados para asegurarme de que aún los tenía cerrados y, efectivamente, lo estaban, algo que, más que asustarme, me llenó de indignación: si en la sala de lectura se encontraba uno de esos entes a los que la tía abuela definía como «corrientes de aire», ¡yo no tenía la más mínima intención de dejar de leer para escuchar sus gimoteos!

A esas alturas, yo ya dominaba el procedimiento para regresar al mundo real, donde los sonidos no adoptaban ninguna forma visible: solo tenía que taparme los oídos y, como mi tía abuela no estaba presente, ni siquiera tendría que oírme repetir, por enésima vez: «¡No hay peor sordo que el que no quiere oír!». Cuando las palmas de las manos estaban a punto de cubrirme las orejas, vi algo que me cortó la respiración: delante de una librería se encontraba una mujer vestida con ropa oscura y anticuada. Aunque estaba de espaldas, no tuve ninguna duda acerca de su identidad: ¡la tía Catlina!

El corazón me dio un brinco en el pecho: no la había visto desde la partida del tío Bruno; ¿qué hacía en la biblioteca? Tuve miedo de que se encontrara allí por el abogado Ferro, quien, aunque estaba decidido a no abandonar este mundo

hasta un par de años más tarde, había superado desde hacía décadas el tiempo que se les suele conceder a los mortales. Asustada, dejé escapar un chillido, que reprimí de inmediato y lo reduje a un gritito semejante al aullido de un cachorro.

—Dios mío, Dora, ¿qué te pasa? —Oí que la voz del abogado se abría paso entre la espesa red de susurros.

Demasiado aturdida, no pude responderle.

—¡Dora, no me asustes!

La figura de negro, todavía de espaldas, se movía con ligereza frente a la estantería, recorriendo los lomos de los libros con su afilado dedo índice. «¡Gírate!», pensé, y ella obedeció a mi orden silenciosa. El asombro de haber logrado comunicarme con ella se vio eclipsado por el alivio de descubrir que no se trataba realmente de la tía Catlina. La dama de negro tenía un rostro delgado y una naricita pequeña y puntiaguda como el pico de un gorrión, sobre la que descansaban unas gafitas redondas. No era ninguna belleza, pero emanaba una alegre gracia. La mujer me sonrió y esbozó un saludo con la mano, luego se dio la vuelta y continuó examinando los lomos de los libros con su delgado dedo índice. A diferencia de las corrientes de aire de las casas quejumbrosas, la dama de negro no quería nada de mí, no reclamaba mi atención ni quería que escuchara sus penas; simplemente ella estaba a sus asuntos y el hecho de que yo percibiera su presencia le tenía sin cuidado. El intrincado tejido de susurros, mientras tanto, había poblado la sala con otros personajes: unos estaban ocupados leyendo en las mesas, otros caminando con la nariz metida en un volumen y otros comunicándose entre ellos hablándose al oído. Cuando alguno se fijaba en mí, me dedicaba una sonrisa fugaz o un rápido saludo y regresaba de inmediato a sus cosas. Todos aquellos seres susurrantes, tanto los sonrientes como los más serios, tenían la mirada apacible y serena de quien se encuentra exactamente allí donde quiere estar.

—¡Dora, por favor, dime qué te pasa!

La voz del abogado sonaba aterrada.

—Estoy bien —me esforcé en responderle.

Sentí que su mirada se detenía en mí.

—Tienes los ojos cerrados, pero aun así parece que estás observando algo.

—Estoy viendo los susurros —le revelé casi en trance.

—Querrás decir que los estás escuchando —me corrigió—. Pero ¿quiénes están susurrando?

—Los lectores.

—Aparte de nosotros dos, aquí no hay lectores.

—No, no están aquí ahora —respondí mientras seguía observando a esas figuras susurrantes—, pero lo estuvieron y quieren quedarse aquí.

El abogado se calló; pude oír cómo su respiración se volvía agitada.

—Los lectores del pasado… —le oí murmurar entre los riachuelos de susurros—. ¿Qué están haciendo? —preguntó, cada vez más inquieto.

—Leen.

—Ya… Claro, claro… —repitió.

—Y susurran entre ellos.

—Pues claro, el susurro es la lengua materna de todo lector de biblioteca…

El susurro que daba cuerpo y forma a los lectores del pasado seguía retumbando en mis oídos y reverberando en mi mente; por muy acariciador y melodioso que fuera aquel sonido, me sentí saturada y me puse las manos sobre las orejas para liberarme de él. Abrí los ojos, con lentitud; la mirada pasmada del abogado me dio la bienvenida al mundo real.

—¿Cómo te sientes, querida? —me preguntó, aunque él tenía mucho peor aspecto que yo.

—Bien —respondí, sorprendiéndome a mí misma—. Estoy muy bien.

Los susurros de los lectores del pasado no habían dejado en mí la sensación de aturdimiento melancólico que a menudo seguía a las visitas a las casas quejumbrosas; al contrario, me sentía ligera y un poco eufórica.

—Siempre lo sospeché, ¿sabes? —se dirigió a mí el abogado, con la mirada húmeda de emoción—, pero ahora tú, mi pequeña amiga, me has ofrecido la prueba: ¡ni siquiera la muerte puede arrancar a un verdadero lector de los libros!

¡Qué hermoso regalo me has hecho, Dora! ¡Has dado luz y esperanza a los últimos días de un lector centenario!

—¡Por fin lo he conseguido! —Fulvio se reunió con nosotros, trayendo los libros que el abogado Ferro le había rogado que localizara—. Perdonadme que haya tardado tanto —continuó diciendo con su cortesía de respetar nuestra tácita petición de silencio—, pero no podía encontrar uno de los libros.

—Odio que los lectores no repongan los volúmenes en su sitio —murmuró el abogado, levantándose de la silla con visible esfuerzo—. Será mejor que me vaya a casa.

—¿Ya? ¿No se encuentra bien? —le preguntó Fulvio.

—Este calor… —musitó—; quiero evitar el bochorno del mediodía.

—Permítanos acompañarle —le propuso.

—No, no es necesario, vivo a dos pasos de aquí.

Fulvio insistió y lo acompañamos hasta el hermoso edificio donde vivía, frente a la iglesia del Carmine.

—No hace falta que continuéis —dijo despidiéndonos así en el portal—. Ya solo me falta subir unos pocos escalones; vivo en el entresuelo. ¡Gracias por todo, chicos!

Sin el menor de los cuidados por sus centenarios huesos, el anciano se inclinó hacia delante y me abrazó.

—Gracias de nuevo, querida —me susurró—, me has hecho el regalo más hermoso que podía soñar. En cuanto a usted, jovenzuelo —dijo incorporándose para dirigirse a mi primo—, si al final se mete en algún lío, lo que me temo será inevitable si se obstina en insistir en ciertas lecturas, recuerde que, en caso de que siga yo en este mundo, puede venir a buscarme.

—Gracias —esbozó Fulvio, perplejo.

—Adiós, queridos; conoceros ha sido todo un honor.

—Nos veremos mañana por la mañana en la biblioteca —se apresuró a decir Fulvio, para aligerar una tensión casi dramática.

—No, queridos míos, mañana no iré a la biblioteca, ni tampoco pasado mañana ni al día siguiente. No es aconsejable que un viejecito como yo ande suelto por ahí con esta temperatura despiadada. Creo que aceptaré la invitación de

una querida amiga mía que posee una casita de campo en Avigliana, un pueblo no muy lejos de Turín con dos fantásticos lagos. Me voy a veranear, como solía decirse en mi época.

—Buenas vacaciones, pues —dijo esforzándose por sonreír Fulvio—. Nos veremos al final del verano.

—Nunca me ha gustado mentir, ni siquiera de forma involuntaria, así que prefiero deciros adiós en vez de hasta pronto: a mi edad no resulta prudente hacer planes a tan largo plazo.

El abogado se giró y dio unos pasos temblorosos hacia el portal.

—Una cosa más —añadió dándose la vuelta y posando su mirada agotada en mí—. Tú, querida mía, tienes que aprender la diferencia entre oír y escuchar, pero sobre todo tienes que discernir cuándo vale la pena prestar atención y cuándo no. Hasta que no domines este arte, protégete de los malos pensamientos como ya te he enseñado, poniendo una pantalla entre ellos y tú, sobre todo por la noche, cuando aguardas el sueño y este no parece querer saber nada de ti. —El abogado hizo una pausa para recuperar el aliento; ahora que ya no estaba en la biblioteca, su entorno natural, parecía un pobre pececito rojo que hubiera saltado de una pecera de cristal—. ¿Por qué crees que a tanta gente le gusta leer en la cama? —prosiguió—. Sí, por supuesto, por ser un lugar cómodo donde es difícil que te molesten, pero también hay otro motivo, tan válido como oscuro: estos lectores lo hacen para vencer su miedo a la muerte. Leer en la cama ayuda a hacerse compañía en un momento tan delicado como es el paso de la vigilia al sueño. «Dormirse es una pequeña muerte», decía Schopenhauer, y yo estoy completamente de acuerdo. Schopenhauer afirmaba también que la mañana era una pequeña juventud —añadió con una sonrisa—, lo que demuestra que nuestro querido filósofo no sufría de reumatismo.

Se despidió así, burlándose del supuesto reumatismo de Schopenhauer mientras desaparecía en la oscuridad del vestíbulo.

Fulvio y yo permanecimos unos instantes mirando el portón,

tras lo cual nos dirigimos a casa, envueltos en el silencio cómplice de quienes, aunque saben que tienen derecho a una explicación, se abstienen de exigirla. Fulvio se preguntaba, sin duda alguna, por qué el abogado se había emocionado tanto y qué sentido tenían sus extraños consejos sobre cómo protegerse de los malos pensamientos. Yo me preguntaba, en cambio, cuáles eran los problemas inevitables con los que, según el abogado, se toparía mi primo. De todas formas, la pregunta que más nos rondaba por la cabeza era si aquello a lo que acabábamos de asistir se convertiría en el último encuentro con nuestro viejo amigo.

—Hoy, en la biblioteca, he oído corrientes de aire —le confesé a mi tía abuela mientras la ayudaba en la parte trasera de la casa a colgar las sábanas mojadas en el tendedero.

—¿De verdad? —sonrió—, ¡es la primera vez que te pasa esto sin mí! ¿De qué clase eran esas corrientes de aire? —me preguntó—. ¿Arrepentimientos, melancolías, remordimientos?

—No, eran… felices —titubeé.

—¿En serio? —se sorprendió—. ¡Oh, esa es buena! Por lo que yo sé, quienes permanecen en los lugares de su vida más tiempo que la vida misma son siempre bastante sombríos, rencorosos y resentidos.

—Las corrientes de la biblioteca parecían felices —repetí—. Estaban leyendo, susurraban entre ellas, elegían libros de las estanterías…

—Supongo que en algunos casos —reflexionó la tía abuela— es posible que alguien decida permanecer aquí abajo no porque esté triste o enfadado ni tenga asuntos pendientes con alguien, sino simplemente porque ya ha encontrado su paraíso y no piensa abandonarlo por un impreciso más allá en el que no está seguro de que pueda encontrar lo que desea. ¿Sabes lo que dice el proverbio? El que deja el viejo camino por el nuevo sabe lo que deja, pero no lo que se encontrará.

Capítulo 18

—Pronto me marcharé a Suiza —me sorprendió mi padre una tarde mientras, sentada sobre sus rodillas, disfrutaba del programa *Carrusel*.

Para entonces había pasado casi un mes desde la primera y última vez que había oído hablar de su trabajo en Zúrich y, a mi edad, eso se aproximaba a una era geológica, de manera que la reaparición de aquel tema me dejó sin palabras.

—¿Conoces Suiza? —me preguntó.

—Sí, la conozco —respondí. El abogado Ferro me había dicho que leyera *Heidi,* de Johanna Spyri, una novela de la que había sacado una imagen de Suiza más bien de cuento.

—He encontrado un trabajo allí —me explicó con el tono de quien se disculpa de antemano de una acusación que aún no se le ha hecho—, un trabajo muy bueno —especificó.

Seguí callada, intentando imaginar qué tipo de trabajo podría hacer mi padre en Suiza, un país en el que, según mis conocimientos literarios, solo había pastos y cabritillas.

—Me iré el próximo miércoles.

—Miércoles… —repetí sin tener una idea exacta de cuántos días quedaban. Todavía me costaba seguir el calendario; además, era verano y, como ya no iba al colegio, todos los días me parecían un poco los mismos.

—Pensaba empezar en septiembre —me explicó—, pero me han sugerido que vaya de inmediato, para aprender el oficio durante el verano, cuando hay menos trabajo.

Busqué en mi memoria las objeciones que había elaborado hacía un tiempo con la complicidad de Gian Tormenta, pero no fui capaz de recordar ni media. Intenté articular algunas sílabas o, al menos, romper a llorar para mostrar mi descontento, pero tanto mis ojos como mis labios permanecieron inertes.

Papá me abrazó con fuerza y me dijo que era buena y valiente; yo me pregunté por qué me consideraba valiente, cuando era él quien se marchaba a un lugar lejano que, según el libro que había leído, además de los hermosos paisajes, encerraba muchos peligros, como grietas traicioneras y ráfagas de viento tan fuertes que se llevaban volando los tejados de las casas.

«El próximo miércoles» me pilló de repente; todavía estaba oscuro cuando oí que se abría la puerta de mi habitación y vi a mi padre vestido con una camisa de verano y su rostro iluminado por la luz azulada de mi lamparita de noche. No fui capaz de separar el sueño de la vigilia, solo sentí que sus brazos me rodeaban el pecho y me atraían hacia él.

—Nos veremos pronto, te lo prometo —le oí murmurar—. Te quiero mucho.

—Yo también… —respondí o, quizá, presa de las brumas del duermevela, solo imaginé que lo hacía.

Volví a abrir los ojos cuando el sol ya estaba en lo alto y miré a mi alrededor aturdida; entonces mi mente evocó la imagen de mi padre con su camisola ligera y su rostro bañado de luz azul. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas al pensar en aquella camisa de verano, completamente inapropiada para las tormentas de nieve de los Alpes suizos. ¡Habría bastado con que le hubiera hablado de Heidi y de sus aventuras en la montaña! ¡Habría bastado con que esa noche hubiera tenido fuerzas para despertarme y despedirme como es debido! Habría bastado con que, al decirme que iba a marcharse, hubiera tenido el valor de decirle que ¡no!, que eso no me gustaba en absoluto.

Tras aquel velo de lágrimas, mi habitación había perdido todos los contornos; luego, lentamente, el llanto dejó de inundar mis ojos y un sordo retumbar, acompañado de chirridos penetrantes, llamó mi atención. El sonido procedía del exterior; me asomé por la ventana que daba a la fachada de la casa y, con gran sorpresa por mi parte, vi, a unos cientos de metros, una altísima grúa de color amarillo brillante, media docena de camiones y decenas de hombres ajetreados en no sé

bien qué actividades.

—Están construyendo nuevos bloques de pisos allí.

La voz de mi madre me sorprendió por detrás: se había colado en mi habitación con el paso ligero de cuando se sentía triste.

—Vamos, ven a desayunar —me ordenó, marchándose tan silenciosamente como había llegado.

Bajé a la planta baja, donde mi tía abuela estaba atareada en la cocina, pero sin el acompañamiento habitual de golpes y porrazos: la partida de mi padre había ahuyentado el ruido que la casa sobre el Dora había recuperado recientemente.

El exterior de la casa, en cambio, se desgarraba con los sonidos oscuros y penetrantes de las nuevas obras, que habían brotado como mala hierba de un día para otro.

—Prepárate, Dora. —Fulvio entró en la cocina rasgando la cortina de silencio—. Tenemos que ir a la biblioteca.

—No tengo ganas —me negué.

Fulvio quería distraerme de mi melancolía, pero desde que el abogado había dejado de ir allí, la biblioteca ya no era un destino tan tentador; íbamos de tanto en tanto para devolver los libros ya leídos y retirar otros en préstamo, pero ya no nos quedábamos a leer en la sala de lectura. Las pocas veces que lo habíamos intentado, en lugar de sumergirnos en las páginas, acabamos contemplando con nostalgia la ausencia de nuestro querido amigo, preguntándonos si estaría mejor que la última vez que lo habíamos visto y si tendríamos la oportunidad de volver a vernos.

—Pues es lo que tenemos que hacer, ir allí —insistió mi primo—. Dentro de pocos días, la biblioteca cerrará por las vacaciones de verano; si no nos aprovisionamos de bastantes libros, nos quedaremos sin nada que leer hasta septiembre.

Ante la perspectiva de un mes entero sin libros, me vi obligada a aceptar.

A la hora de elegir mis lecturas estivales, me dejé guiar por una pequeña lista que el abogado, hacía unas semanas, había elaborado para mí. La había titulado «la lista de las parlanchinas» y estaba compuesta por historias protagonizadas

por jovencitas que tenían muchas cosas que decir.

—Para que llenes ese silencio que tanto temes —me dijo cuando me entregó la lista—, no hay nada mejor que la charla fresca y alegre de una de tus compañeras, es decir, de niñas curiosas e inteligentes como tú.

Además de *Ana la de Tejas Verdes* y *Heidi,* que ya había podido leer en su compañía, el abogado me recomendó *Pollyanna,* de Eleanor Hodgman Porter; *Pippi Calzaslargas,* de Astrid Lindgren, y *Alicia en el País de las Maravillas,* de Lewis Carroll.

Fue así como las parlanchinas llenaron el silencio dejado por la marcha de mi padre, que se hacía aún más profundo por la noche, cuando, después de rugir durante todo el día, las obras se quedaban en silencio.

Como ya leía bastante rápido, para asegurarme de que las charlatanas no agotaran sus chácharas antes de la reapertura de la biblioteca, solo leía antes de dormir, midiendo las páginas con la caja de música que me había regalado el abogado, para no dilapidar un libro entero en una sola noche. Cuando la caja de música enmudecía y yo cerraba el libro, las parlanchinas no se quedaban calladas; seguían charlando en mi mente hasta que me entraba el sueño y ya no le tenía miedo al silencio, ni al Dora, ni a ningún mal pensamiento. Mi parlanchina preferida era Ana la de Tejas Verdes; me encantaba su capacidad para elegir las palabras, siempre daba con las más bellas, sin miedo a que sus intervenciones resultaran un poco recargadas. En sus maneras, Ana me recordaba a mi amigo Ferro.

«Y la gente se ríe de mí porque uso grandes palabras. Pero si uno tiene grandes ideas en la cabeza, tendrá que usar grandes palabras para expresarlas, ¿no cree?»

Capítulo 19

—¡Cierra esa maldita caja! —gritó mi madre tras irrumpir en mi habitación y darle un manotazo a la tapa de la caja de música, que se cerró con una nota quejumbrosa—. Son más de las once; ¿acaso quieres despertar a todo el mundo? ¡Tienes que estar en silencio!

Era la primera vez, desde que tenía uso de razón, que se invocaba el silencio en la casa sobre el Dora, y lo más desagradable fue que mi madre lo exigía a gritos, como mi maestra. Me arrebató de la mano el ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas* que estaba a punto de terminar y lo arrojó sobre la mesita de noche, lo que hizo temblar la vieja encimera de mármol, antes de salir de la habitación dando un portazo, algo de lo más contradictorio.

Me quedé aterrada en la cama, con miedo a que, desprovista de la protección de la lectura y de las notas de la caja de música, el Dora se aprovechara de ello para hacerme oír de nuevo su llamada, pero, afortunadamente, eso no ocurrió. El río se limitó a fluir discreto como siempre; mejor dicho, yo diría que más discretamente que de costumbre, casi como si él mismo tuviera miedo a recibir una bronca de mi madre.

No era la primera vez, desde que papá se marchara a Suiza, que mamá se comportaba así.

Los primeros días tras su partida fueron muy duros; mamá estaba triste y taciturna, todos en casa lo estábamos, y acudía al huerto con frecuencia, del que regresaba con los ojos hinchados por el llanto.

—Si sigue en la orilla llorando como un canalón, conseguirá que el río se desborde —afirmó la tía abuela en un torpe intento de desdramatizar la situación. Esa imagen me hizo pensar en Alicia en el País de las Maravillas, cuando a punto estuvo de ahogarse en sus propias lágrimas:

—Debería darte vergüenza —se dijo Alicia—. Una chiquilla tan grande como tú (¡y ahora sí que podía decirlo de verdad!) siendo una llorona. ¡Para ya!

Pero siguió llorando a mares, hasta que formó un buen charco a su alrededor…

Lástima que a los excesos de llanto de mi madre no los siguieran conversaciones con ratones parlantes ni desenfrenados maratones salvajes en compañía de extraños animales.

Cuando papá telefoneaba por la noche, mamá respondía con una voz temblorosa por tratar de contener llanto y lo colmaba de preguntas.

—¿Estás bien? ¿Ya comes lo bastante? ¿Es cómodo tu alojamiento? ¿Has conseguido hacer que te entiendan?

Papá, él también melancólico y desorientado, intentaba tranquilizarla, pero no lo lograba; sin embargo, a los pocos días, las llamadas telefónicas de mi padre se tiñeron de entusiasmo.

—Tengo mi propia oficina; ¡ojalá vieras lo bonita que es! ¡Mis compañeros son muy amables conmigo! Mi jefe me ha dicho hoy que soy espabilado y que estoy preparado, y que, si sigo trabajando duro, llegaré lejos.

Aquellas declaraciones que tanto alegraban mi estado de ánimo y el de los demás miembros de la familia, a mi madre le provocaban el efecto contrario. No me di cuenta de inmediato, porque al principio lo único que hizo fue salir de la burbuja de silencio en la que se había recluido y volver a hacer ruidos mientras realizaba las actividades domésticas, lo que me pareció una buena señal, pero, en cuanto recuperó todo su estrépito, mamá se volvió impaciente, brusca e incluso beligerante. Arrasaba por toda la casa, moviéndose de habitación en habitación, gruñendo más fuerte que las obras, con su ropa multicolor de estilo *hippy* revoloteando ligera y nerviosamente, como las alas de una mariposa histérica.

Su nerviosismo nos contagió a todos, también a la tía abuela.

—¿Es que no puedes llevar un audífono como todos los que están en tu situación? —le preguntó una vez que la tía abuela

le pidió que repitiera una pregunta—. ¡Estamos hartos de oírte gritar como un águila! —añadió, con un volumen mucho más alto del que solía utilizar la tía abuela.

—¡Maddalena, baja la radio! —decía cuando la tomaba con su hermana enferma—. ¿Es que quieres volvernos locos con tus radionovelas?

Las reprimendas se dirigían a cada uno de nosotros en nombre de toda la familia, como si se hubiera autoproclamado nuestra portavoz.

—¿Vas a salir otra vez, Fulvio? ¡Deberías estar estudiando en vez de ir por ahí con quién sabe quién! ¡Estamos hartas de tus idas y venidas!

Fulvio toleraba sus arrebatos sin concederle ninguna respuesta. No había gran diferencia de edad entre mi madre y él y, con el tiempo, los años que los separaban parecían haberse ido diluyendo, privando a mi madre de toda autoridad. El resultado fue, de hecho, que Fulvio, para evitar sus reprimendas, multiplicó sus salidas y pasaba cada vez más tiempo fuera de casa, sin revelar a nadie dónde ni con quién pasaba el tiempo.

Pero el blanco favorito de las intemperancias de mi madre era yo: todo lo que hacía, o lo que no hacía, lo cuestionaba furiosamente. Muy pronto, darme la murga se convirtió en una actividad a tiempo completo para ella, lo que la distrajo de sus ataques al resto de la familia. Empecé a tenerle miedo y a refugiarme en el jardín o en algún rincón recóndito de la casa cada vez que oía sus pesados pasos dirigiéndose a mí.

La tía abuela, aunque no quería entrometerse de forma abierta entre mi madre y yo, empezó a protegerme de su furia manteniéndome lo más cerca posible de ella, dejando que la acompañara adonde ella fuera y pidiéndome que la ayudara en tareas domésticas en las que realmente mi colaboración no era necesaria.

—¿Por qué mamá siempre está enfadada conmigo? —me atreví a preguntarle un día mientras íbamos juntas de compras.

—No está enfadada contigo, sino con el mundo entero, y tú, por desgracia, formas parte de él.

—Pero si está enfadada con el mundo entero, ¿por qué me

trata mal sobre todo a mí?

—¿Has oído decir alguna vez que quien no puede dar en el asno, da en la alabarda? Pues bien, me temo que tú eres el asno. Bianca está enfadada contigo porque eres lo más cercano a la persona con la que realmente está enfadada: tu padre.

—¿Cómo puede estar enfadada con papá si ni siquiera está aquí?

—¡Ese es exactamente el problema! Está enfadada porque él está haciendo lo que a ella le gustaría hacer.

—¿Le gustaría ir a Suiza?

—¡Le gustaría trabajar, Dora! Demostrarse a sí misma y a los demás que sigue siendo la joven inteligente que fue en otro tiempo.

—¿Antes de que yo naciera? —deduje.

—Exacto. Mientras tu padre era un aspirante a ingeniero sin éxito, tu madre fue capaz de labrarse su propio destino. Tus padres se vieron atrapados ambos en una situación que no deseaban, pero decidieron afrontarla juntos. Ahora que tu padre busca el éxito, tu madre se siente sola y frustrada.

—Ahora entiendo por qué me odia; soy yo quien le arruinó la vida.

—¡No digas tonterías! Tu madre solo tiene veinticinco años, su vida aún está recién salida de fábrica y, además —bajó la voz—, ¡no le sugeriste tú que se acostara en la orilla del Dora!

Aparte de los arbitrarios reproches de mi madre, el mes de agosto de 1972 fue uno de los periodos más aburridos de mi vida. Los días se iban sucediendo estáticos y monocromos, como viejas fotografías color sepia. Nada parecía moverse en aquel pastoso bochorno veraniego, ni una brizna de hierba, ni una nube en el cielo; hasta la grúa amarilla de las obras había dejado de girar su largo brazo sobre los edificios en construcción. Hasta el Dora fluía doliente y consumido, a la espera de que una tormenta de verano le devolviera la fuerza.

En una de esas tardes idénticas y descoloridas como si estuvieran escritas en papel carbón, el repentino sonido del timbre fue para mí el más feliz de los acontecimientos. Me lancé a la puerta y la abrí de par en par, para encontrarme

delante a un hombre con bigote que, indiferente al calor, iba vestido de punta en blanco, con su chaleco y su corbata.

El hombre preguntó por la tía abuela; le dije que lo recibiría inmediatamente y lo invité a que se sentara en el salón. El elegante bigotudo me siguió con paso decidido y ocupó su lugar en un sillón. A diferencia de los otros visitantes de la tía abuela, quienes avanzaban vacilantes, con la expresión de quien ha hecho indecibles esfuerzos para decidirse a cruzar nuestro umbral, aquel hombre parecía extremadamente seguro de sí mismo.

Dejé a la visita en el salón y fui corriendo a la cocina para llamar a la tía abuela.

—Te está esperando un cliente —le informé.

—¿De verdad? —se sorprendió—. Si ha desafiado este insoportable bochorno para venir hasta aquí, debe de tener un problema bastante grave.

—Yo también lo creo —asentí, avanzando por delante de ella y saboreando ya la historia que nos contaría el visitante.

—Buenas tardes —lo saludó la tía abuela.

—Buenas tardes tenga usted, señora —respondió el bigotudo jovial, levantándose de su asiento y tendiéndole la mano.

—Dora —me pidió mi tía abuela—, pídele a tu madre que nos prepare un café, por favor.

Descolocada por la singularidad de su huésped, la tía abuela consideró oportuno librarse de mí.

—¿Quién le envía? —la oí preguntar mientras me encaminaba a la cocina.

El hombre le dio una larga respuesta, que por desgracia no fui capaz de entender. Una vez en la cocina, esperé con los oídos tensos a que la tía abuela repitiera en voz alta las palabras del visitante, como solía hacer cuando me enviaba lejos de allí, pero esa vez no solo no lo hizo, sino que la oí proseguir la conversación a un volumen singularmente bajo para ella.

Cuando mi madre me puso por fin sobre las manos la bandeja con las tazas humeantes y llegué al salón, ya solo encontré allí a mi tía abuela.

—El caballero tenía prisa —me explicó sin añadir nada más —; llama a tu madre, me tomaré el café con ella: sería una lástima desperdiciarlo.

Me senté en el salón mientras ambas se tomaban el café, a la espera de una explicación que no llegó.

Capítulo 20

—¿Diga?, ¿con quién hablo?

Era un cálido sábado de septiembre y mi tía abuela y yo estábamos a punto de salir para hacer la compra cuando sonó el teléfono.

—Sí, vive aquí, dígamelo a mí —dijo la tía abuela antes de escuchar en silencio y sonrojarse—. ¿Lo dice en serio? ¡Estoy consternada! Sí, claro, lo entiendo, pero el chico está ocupado, tiene que graduarse este año y… —La tía abuela estaba muy agitada, quizá incluso asustada—. Por supuesto, se lo diré; lo importante es que podamos cerrar este asunto sin consecuencias.

El interlocutor colgó y la tía abuela suspiró desolada.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre asomándose por la puerta de la cocina.

La tía abuela levantó las manos al cielo —una de ellas seguía aferrando el auricular del teléfono, ahora mudo— como si pidiera cuentas a los dioses de tanta desgracia.

—¡Qué vergüenza, Bianca! ¡Qué vergüenza!

El verano había terminado, pero el aburrimiento no se apagó con él. A principios de septiembre, la biblioteca volvió a abrir sus puertas y yo estaba ansiosa por volver para sacar nuevos libros y, sobre todo, para volver a ver al abogado Ferro y conocer su estado de salud, pero Fulvio aún no había encontrado un momento para hacerlo.

—Lo siento, hoy no puedo —se disculpaba—, he quedado con unos amigos para estudiar.

Al menor asomo de insistencia por mi parte, mi tía abuela o mi madre me hacían callar.

—Te ha dicho que tiene que estudiar. ¡Este año se saca el

título!

Aparte de mi padre, nadie en nuestra familia había llegado nunca a examinarse de selectividad y el mero hecho de oír ese nombre infundía una especie de temor reverencial en las adultas de la casa.

Sirviéndose de las palabras «estudio» y «título» como salvoconducto, Fulvio se convirtió en un esporádico espejismo que yo vislumbraba a primera hora de la mañana o a última de la tarde y al que apenas reconocía: vestía con desaliño, había dejado de cortarse el pelo y cultivaba, a decir verdad, con escaso éxito, una rala y lanuda pelusa en el rostro. Las pocas horas que pasaba en la casa sobre el Dora las dedicaba a su madre, entreteniéndose en su habitación y respondiendo a las preguntas que ella le formulaba sobre la marcha de sus estudios, escuchando con ella radionovelas o, simplemente, contemplando cómo dormía, ya que, desde hacía algunas semanas, el sueño se había convertido en la principal ocupación de la tía Maddalena.

Al pensar en ello ahora, probablemente fue por el lamentable estado de la tía Maddalena por lo que la tía abuela y mi madre decidieron aceptar la historia de la graduación, haciendo la vista gorda y a veces cerrando los ojos ante sus idas y venidas.

—¿Dónde está Fulvio? —preguntó la tía abuela tras colgar por fin el auricular—. ¡Bianca, ve a llamarlo!

—No está en casa —la informó.

—¡Pero si los sábados por la mañana no va a clase! Oh, bueno, ¡supongo que tendré que ocuparme yo misma en persona!

—¿Se puede saber qué ha hecho? —le espetó mi madre.

—¡Ha violado la ley, eso es lo que ha hecho!

Al igual que las mejillas de mi tía abuela habían ardido con un hermoso rojo púrpura durante la llamada telefónica, ahora las de mi madre palidecieron hasta tornarse blancas.

—Oh, Dios mío, ¿qué ha hecho?

Un largo silencio siguió a aquella pregunta, durante el cual la tía abuela se mordió repetidamente los labios, como si

quisiera retener la terrible verdad que custodiaban.

—¡Fulvio —al final se armó de valor— no ha devuelto a tiempo unos libros a la biblioteca!

Mi madre abrió los ojos hasta que fueron redondos como monedas.

—¡Un retraso de casi un mes! —prosiguió la tía abuela conmocionada—; el bibliotecario estaba muy contrariado, ha dicho que si Fulvio se llevó en préstamo unos libros en julio y…

La tía abuela no tuvo tiempo de terminar la frase cuando mi madre estalló en una carcajada.

—¡No es para reírse! —protestó—. ¡El bibliotecario ha dicho que, si Fulvio no devuelve los libros inmediatamente, le quitarán el carné! ¿Cómo va a estudiar para sacarse el diploma?

—¡En qué estaría yo pensando! —articuló mi madre mientras seguía riéndose.

—¡Ya basta! ¡Piensa en lo que pasaría si este asunto llegara a saberse!

—¿Y quién iba a enterarse? —preguntó mamá, haciendo un esfuerzo por sofocar las risas—. ¿El quiosquero? ¿El panadero? ¿El lechero? No quiero menospreciarlos, pero no creo que ninguno de ellos sea un *habitué* de la biblioteca.

—¡Oh, Bianca, contigo no se puede hablar en serio!

Mamá volvió a la cocina, llevándose consigo sus carcajadas.

—Dora, tienes que ayudarme —me ordenó—; la biblioteca dice que tenemos que devolver cinco libros: dos prestados con el carné de Fulvio y tres con el tuyo.

Me acordé de las parlanchinas, que ya llevaban tiempo aparcadas en mi mesita de noche, y caí en la cuenta horrorizada de que yo también era una proscrita.

—¡Ve a buscar los libros y tráemelos, rápido! Iremos a devolverlos inmediatamente.

La conmoción de acabar de descubrir que había cometido una grave falta se disolvió ante la probabilidad de volver a la biblioteca y encontrarme de nuevo con el abogado. Subí las escaleras como alma que lleva el diablo, recogí a las parlanchinas de mi habitación y se las llevé a mi tía abuela,

junto con mi carné de la biblioteca.

—Faltan dos libros —objetó la tía abuela.

—Son los que se llevó Fulvio.

—Entonces, estarán en su habitación, ¡ve a buscarlos!

Dudé un momento: no se me permitía entrar en la habitación de mi primo, mejor dicho, nadie entraba en ella desde que, hacía ya varios años, se encargaba él mismo de mantenerla limpia y ordenada.

—¡Muévete!

Vencí mi inseguridad y llegué hasta la puerta, que empujé con delicadeza, prometiéndome tocar y rebuscar lo indispensable para localizar los libros, preservando el orden maníaco que siempre reinaba en su habitación. Los postigos de las ventanas estaban entornados; busqué el interruptor que había junto a la puerta y lo conecté. Me quedé paralizada unos segundos: la habitación de Fulvio se encontraba en un estado lamentable. La cama probablemente llevaba días sin hacerse, una manta yacía apelotonada en el suelo, junto con algo de ropa, y el escritorio estaba inundado de libros y papeles. Traté de asimilar mi asombro y empecé a rebuscar entre los libros para dar con los que llevaban en su lomo la etiqueta con el código asignado por la biblioteca. El primero lo encontré sobre el escritorio; se trataba de un ejemplar de *Grandes esperanzas,* de Dickens, una novela que el abogado le había sugerido leer junto con otros libros del mismo autor. El segundo fue más reacio a dejarse encontrar. Finalmente lo atrapé en la cama sin hacer, entre las sábanas arrugadas. Era un libraco con una tapa de un azul grisáceo, titulado *La guerra imperialista*. El autor era un tal Lenin. Intenté agudizar la memoria, pero no me pareció recordar que ese libro se lo hubiera sugerido el abogado, pero sí advertí que el aspecto de ese pequeño volumen era semejante al del libraco que Fulvio había entregado al abogado por error y que le había costado un sermón.

Mi búsqueda del tesoro terminó de la mejor manera posible, con el inesperado hallazgo del carné de la biblioteca de Fulvio, que estaba sobre la mesita de noche, junto a un vaso que contenía aún dos dedos de agua.

Llevé el botín a mi tía abuela, quien, tras haberlo examinado, lo metió en una bolsa de tela.

—No hay mal que por bien no venga —declaró satisfecha, cogiéndome de la mano—; por fin puedes volver a la biblioteca y, quién sabe, tal vez nos encontremos con tu amigo centenario.

Ahora que los cinco libros incriminatorios estaban en su bolsa y que todo agravio hacia la biblioteca estaba a punto de ser remediado, la tía abuela estaba dispuesta a transformar nuestra misión de devolución en un agradable paseo.

Llegamos a la marquesina del autobús, desde la que observé el avance de los edificios que las obras cercanas a nuestra casa estaban erigiendo, saturando el aire de polvo y de estruendos metálicos.

—No he visto nunca a una persona centenaria y siento bastante curiosidad —me confió mientras esperábamos el autobús—. Si el buen Dios decide mantenerme en el mundo tanto tiempo, y no sabría decirte si se trata de una gracia o de una prueba, me gustaría poder imaginarme desde ya mismo qué aspecto voy a tener.

Desde la cima del pico rocoso sobre la que estaba situado, el ángel negro nos dio su sombría bienvenida a la piazza Statuto. Desde que lo había visto por primera vez, no me había atrevido a mirarlo de nuevo directamente, pero, con la mano aferrada por la de mi tía abuela, tuve por fin el valor de hacerlo; sus ojos inexpresivos, enmarcados en ese rostro de rasgos inquietantes y majestuosos, me produjeron un escalofrío que me recorrió toda la espalda, pero nada más: ningún mareo, ningún zumbido siniestro. Al igual que el Dora, el ángel también había enmudecido. De repente me sentí fuerte, mejor dicho, invencible: estaba aprendiendo a no escuchar nada que pudiera perjudicarme, como me había sugerido el abogado.

—Esta es mi plaza favorita de Turín —declaró mi tía abuela mientras acariciaba con la mirada los imponentes edificios barrocos—. En este lugar han ocurrido cosas horribles, ¡pero eso no ha impedido que triunfara la belleza!

—¿Qué cosas horribles? —pregunté.

—No sabría decírtelas con exactitud, pero tengo la clara

sensación de que aquí han pasado cosas muy malas —dijo—. Podrías preguntárselo a ese sabiondo de Fulvio, que seguro que lo sabe, pero hazlo dentro de unos años; aún no tienes edad para escuchar determinados horrores.

Llegamos al edificio todo aristas y esquinas de la Biblioteca Pública y nos dirigimos hacia la sala de la planta baja. Antes de cruzar el umbral, le aconsejé, con esa pedantería de la que solo los niños saben ser capaces, que hablara en voz baja y evitara cualquier ruido innecesario.

—¡Claro! —murmuró molesta—. Puede que no tenga estudios, ¡pero bien que sé ser educada cuando las circunstancias lo requieren!

—¡Buenos días, Dora! —me saludó cariñosamente el bibliotecario—. ¡Cuánto tiempo sin pasarte por aquí!

—Buenos días —le devolvió el saludo de parte de las dos la tía abuela, colocando sin pestañear los libros que debía devolver en el mostrador—. Aquí tiene, con todas nuestras disculpas.

A esto le siguió un alternarse de «No se preocupe usted», «No volverá a ocurrir» y «Son cosas que pasan…», y mi vista aprovechó para dirigirse hacia la mesa que solía ocupar el abogado.

—¡No está ahí!

—¡En la biblioteca se habla en voz baja! —me amonestó mi tía abuela, con una merecida dosis de sorna, dadas mis petulantes recomendaciones de hacía bien poco.

—El abogado no está aquí —le expliqué con una voz más baja pero aún excitada—. A esta hora siempre se sienta en esa mesa de ahí; ¡debe de haberle pasado algo malo!

—No pienses ya de entrada en lo peor; tal vez solo se lo haya tomado con calma y venga dentro de un rato. Permítame, señor —se dirigió al bibliotecario—, ¿sabe usted por casualidad si el abogado Ferro vendrá hoy?

—¿El abogado? —El rostro del bibliotecario se volvió sombrío—. El abogado ya no nos honrará con su presencia.

Se me hizo un nudo en la garganta que ahogó el grito que estaba creciendo en mi pecho.

Mi tía abuela me cogió la mano y la estrechó, luego suspiró

hondo antes de decir con voz temblorosa:

—¿Quiere usted decir que…? ¿Quiere usted decir que el abogado ya no se encuentra entre nosotros?

—¡No! ¡No me refería a eso!

La tía abuela me soltó la mano; también la mano invisible que me agarraba de la garganta aflojó su presión.

—El abogado está bastante bien —nos tranquilizó—, pero para él visitar la biblioteca se estaba convirtiendo en una carga demasiado pesada, así que ahora le entregamos los libros en su domicilio. No solemos hacer ese servicio, pero aquí en la biblioteca todo el mundo le tiene mucho afecto y siempre encuentro un voluntario dispuesto a llevarle los libros que desea.

—Y, de hecho, ha encontrado dos más —declaró la tía abuela—. Estaremos más que contentas de encargarnos de alguna entrega.

Sus palabras me llenaron de gratitud y admiración.

—Son ustedes muy amables —nos agradeció el hombre— y estoy seguro de que el abogado se alegrará mucho de volver a ver a su amiga Dora —añadió antes de hacernos entrega de dos volúmenes que tenía guardados—. Vive cerca de aquí, les apunto la dirección.

—Dora, ve a buscar algún buen libro para ti —me sugirió mi tía abuela—, yo te espero aquí.

La obedecí, inundada por una sensación de euforia, y me dirigí a la estantería de libros infantiles, de la que escogí *Ana, la de Avonlea,* de Lucy Maud Montgomery, la continuación de *Ana la de Tejas Verdes,* que había leído ese verano y luego mi mano se dirigió automáticamente al lomo de un libro que no conocía: *Willy Wonka y la fábrica de chocolate,* de Roald Dahl.

Cuando volví al mostrador, mi tía abuela ya no estaba allí, así que esperé a que la bibliotecaria tomara nota de mi préstamo y fui en su busca. La encontré sentada en la mesa que solía ocupar el abogado, con los ojos cerrados y una expresión indescifrable en su rostro.

—¿Qué te pasa? —le pregunté preocupada—. ¿No te encuentras bien?

—Siéntate —murmuró sin volver a abrir los ojos.

Me senté frente a ella.

—Yo también los oigo, ¿sabes?

—¿El qué?

—Los susurros —dijo sonriendo aún con los párpados entornados—, esos de los que me hablaste. Son tan… —se interrumpió para buscar la palabra más apropiada— ¡felices!

Cerré los ojos y me puse a escuchar, pero el único sonido que pude percibir en ese momento fue la respiración de mi tía abuela y me aferré a ella hasta que nuestras respiraciones se convirtieron en una sola.

Me pareció que los minúsculos sonidos de la sala de lectura se intensificaban: el roce de las páginas se hizo insoportable; el chirrido de las sillas, ensordecedor, y los ligeros pasos del bibliotecario se convirtieron en el cocear de un caballo salvaje, pero de los susurros de los lectores del pasado no se oía siquiera una reverberación lejana. ¡Ya no los oía! ¡Se habían callado o, más bien, era yo misma quien los había hecho callar, como también había hecho callar al Dora y al ángel negro! De repente, tuve una sorprendente revelación: ¡ya no podía oír!

Seguiría oyendo el roce de las páginas, el retumbar de los pasos y el chirrido de las sillas; seguiría disfrutando aún del canto de los pájaros y del graznido festivo de la música que surgía de la radio de mi tía, pero ya no volvería a oír los susurros de los lectores del pasado ni las corrientes de aire de las casas quejumbrosas. No me importaban mucho las corrientes ni los susurros; podía prescindir de ellos, como podía prescindir casi todo el mundo, pero lo que me dolía era haber perdido lo que me unía y me fusionaba con mi tía abuela, lo que me hacía su heredera natural y su continuación en esta tierra. ¿Era este, por tanto, el precio que tenía que pagar por liberarme de los sonidos malignos?

—Yo también los oigo —mentí.

—Eso no es verdad —me contradijo—. Venga, tu amigo centenario está esperando sus libros.

La tía abuela se encaminó hacia la salida, tan ligera como los susurros con los que se había dejado arrullar.

—He oído la queja de muchos lugares tristes —dijo soñadora—, pero nunca había oído el sonido de un lugar feliz.

Es bonito saber que no solo la tristeza, sino también la felicidad se queda adherida a veces a este mundo. Ahora vamos a ver cuál es el mejor camino para ir a casa del abogado —dijo cambiando de tema, sin hacer referencia alguna a mi reciente sordera.

Capítulo 21

—Galimberti, Conte, Peyran… —La tía abuela recorrió con el dedo índice los nombres grabados en la placa de latón de los timbres—. ¿Estás segura de que la casa del abogado es esta?

Justo antes de que pudiera responderle que sí, salió del portal una señora alta, unos años más joven que mi tía abuela, con un vestido azul elegante, pero un poco anticuado.

—Permítame que le haga una pregunta, señora —la interpeló respetuosamente la tía abuela—. ¿Vive aquí el abogado Ferro?

—¡Uh, desde hace más de un siglo!

Era una hermosa dama, de rostro altivo pero franco y porte orgulloso; la única nota discordante era su pelo, teñido de un inverosímil amarillo, que recordaba el plumaje de los patitos.

—¿Cómo es que el nombre del abogado no está en el timbre? —le preguntó la tía abuela.

—Antes estaba —dijo la señora y puso los ojos en blanco con exasperación—, pero el abogado arrancó la placa —explicó, señalando el espacio vacío entre dos placas de latón.

—¿Y por qué hizo eso?

—¡Porque es un viejo cascarrabias! No quiere que le molesten mientras está ocupado con sus lecturas. —La mujer pronunció la palabra «lecturas» con una inflexión ridículamente ampulosa.

—¡Menudo personaje! —se maravilló la tía abuela—. ¿Realmente hace cosas así?

La mujer la observó interrogativa.

—Entonces, ¿no lo conoce usted?

—Todavía no he tenido el placer, pero mi sobrina lo conoce bien.

—Nos veíamos en la biblioteca —quise precisar.

—¿Dónde si no? A saber cuánto te obligaba a leer,

¡pobrecita mía! Cuando mi sobrina Adelina era pequeña, la cargaba de libros como una mula, también lo hizo conmigo: ¡me perseguía! Al principio no quería saber nada de las novelas que intentaba endilgarme, pero, con el tiempo, reconozco que le cogí el gusto… —murmuró bajando la mirada, como si confesara una lamentable debilidad.

—Nosotras estamos aquí precisamente por los libros —explicó la tía abuela—, tenemos que entregárselos en nombre de la biblioteca.

—¡Esa es otra buena! Les ha dicho a esos buenos bibliotecarios, que le sirven en bandeja de plata, que ya no se veía con fuerzas para ir a la biblioteca por su cuenta, ¡pero eso no es verdad! De hecho, quiere que le lleven los libros a su domicilio para ahorrar.

—¿Ahorrar el qué?

—¡Tiempo! ¡Tiempo para leer, señora! Ya está mayor, no digo que no, pero cuando quiere trota igual que un potro; tendría que ver cómo corre si uno de sus amigos libreros lo llama para decirle que ha encontrado un libro que andaba buscando.

La tía abuela se divertía con las quejas de la señora del pelo color patito, asintiendo y frunciendo los labios para no reírse. Yo me apoyaba ora sobre un pie, ora sobre el otro, deseando que toda aquella cháchara terminara pronto.

—Denme a mí los libros —nos propuso la señora—. Ahora voy a comprar el pan, pero a la vuelta se los daré de buena gana.

—¡No! —protesté.

—¡Dora, no seas tan maleducada! La señora solo quiere ser amable. El caso es que… —se volvió hacia ella para decirle—: a mi sobrina le gustaría mucho saludar al abogado.

—Si a usted le parece bien… —murmuró—. Entonces, las acompaño. Si está absorto en alguna lectura especialmente atractiva, existe la posibilidad de que ni siquiera se digne a abrir la puerta.

Siguiendo a la señora, recorrimos el tramo de escaleras que llevaba al entresuelo.

—¡Abogado! —gritó la mujer mientras golpeaba, primero

con ligeros toques y luego con un par de puñetazos digno de un estibador—. Soy madama Peyran, sé que está en casa, ¡no finja que no está aquí!

—Pero por casualidad no será…

—¿Duro de oído? ¡No, es solo su cabeza la que es dura! ¡Abogado, tiene usted visita!

—¿Quién molesta a un hombre honesto a la hora de su sueñecito posmanducal? —oímos por fin que respondía su aguda y delgada voz en la distancia.

—Ya se lo he dicho, soy Amalia Peyran, y no utilice esos palabros ampulosos conmigo, que me confunde.

—Señora, usted sabe lo que significa un sueñecito posmanducal; yo mismo se lo he explicado varias veces.

—Significa 'siesta después del almuerzo', pero el almuerzo aún queda lejos; solo son las diez de la mañana. Venga a abrir, abogado, ¡que tengo muchas cosas que hacer!

—Usted se subestima, madama, siempre dice que no sabe las cosas, pero sabe usted más de lo que cree. No entiendo, por tanto, por qué se irrita cuando uso palabras rebuscadas.

—Me molestan las demostraciones ostentosas de erudición.

—Demostraciones ostentosas de erudición… —repitió encantado—. ¿Ha visto con qué bonita expresión me sale usted? ¿De quién lo ha aprendido?

—¡De usted y de sus libros! Déjese ya de rollos y abra la puerta —respondió, soltando otro golpe furioso de vez en cuando.

—¡Luigina! —le oímos graznar—. Ve y abre la puerta a madama Peyran, por favor; pregúntale qué necesita y líbrate enseguida de ella.

—¡Así que realmente ha decidido sacarme de mis casillas! ¡Luigina no trabaja para él desde hace al menos diez años!

—Pero el abogado… —aventuró la tía abuela—, ¿no será por casualidad que está un poco…?

—¿Chocho? —añadió Peyran sin miramientos—. Le aseguro que está más lúcido que todas nosotras, ¡pero está fingiendo! Hace décadas que, cuando no le apetece soltar un libro, finge chochera —explicó, golpeando la puerta con renovada vehemencia.

—¡Menudos modales, madama Peyran! —La voz chillona del abogado estaba más cerca—. ¿Acaso ha decidido echar mi puerta abajo? ¡Pues muy bien! —dijo al abrir una cerradura—. ¡Me rindo ante la prepotencia! —siguió murmurando mientras abría otra cerradura más.

—Encantada de conocerla, señora —se despidió Peyran—. Adiós, cariño —me saludó con una palmadita en la cabeza—. Prefiero no estar presente cuando acabe de abrir todas sus malditas cerraduras; es un buen hombre que ha hecho mucho por mi sobrina y por mí, ¡pero a veces no lo soporto!

Después de mucho trastear, la puerta se abrió por fin, pero solo una estrecha rendija, por la que asomó el rostro amarillento y arrugado del abogado.

—¡Aquí estoy, oh, mujer irritante! ¿Con qué excusa ha venido a importunarme el día de hoy?

En lugar del de madama Peyran, el abogado se encontró con el rostro, divertido a su pesar, de mi tía abuela.

—¡Usted no es madama Peyran! —constató con la indignación de quien ha sido víctima de un engaño.

—¡Es mi tía abuela! —me apresuré a aclarar.

—¿Dora? —preguntó mirando hacia abajo—. ¡Oh, qué terrible malentendido! —rectificó quitando la cadenita de la puerta y abriéndola ya de una vez—. ¡Si hubiera sabido que las visitantes eran ustedes, no habría montado todo este numerito! Puede que les haya parecido un loco, pero, ¿saben?, tengo que proteger el poco tiempo que me queda de los asaltos de los pelmazos. Le tengo cariño a madama Peyran, pero a veces parece sentir una especie de placer sádico al hacerme perder el tiempo.

Observé al abogado desde la cabeza casi calva hasta los pies en zapatillas de estar por casa del mismo terciopelo morado que su bata corta: estaba abrigado como si estuviera en pleno invierno, pero, al margen de ese curioso detalle, parecía gozar de buena salud.

—Venid, queridas, pasemos a la biblioteca.

Seguí al abogado invadida por una irresistible emoción: ¡iba a ver por fin su extraordinaria biblioteca personal, sobre la que tantas conjeturas se hacían entre los lectores de la Biblioteca

Pública!

Entramos en una gran sala cuyas paredes, como me había explicado Fulvio, estaban enteramente forradas de estanterías, pero que, sin embargo, para mi gran decepción, descubrí que estaban vacías, excepto por unas pocas docenas de volúmenes, colocados aquí y allá a una distancia desagradable, como dientes supervivientes en una boca medio desdentada.

¿Dónde han ido a parar los libros del abogado? ¿Qué había pasado con las pilas de libros que se elevaban como columnas desde el suelo hasta el techo? La única pila de libros que vi era de dimensiones bastante modestas, cuatro o cinco volúmenes como mucho, y estaba dispuesta sobre un camastro situado al fondo de aquella estancia. ¿Estaba el abogado durmiendo, por tanto, en aquel lugar desolado, rodeado de estanterías vacías? Un nudo de emoción se me subió a la garganta y tuve que obligarme a hacer un gran esfuerzo para empujarlo hacia el estómago.

—Permítame que me presente como conviene ante una señora: soy el abogado Edmondo Ferro.

—Dorina Franco.

La tía abuela le tendió la mano, pero el abogado, en vez de estrechársela, puso a prueba su secular espalda, inclinándose hacia delante para brindarle un galante besamanos.

—Es un honor conocerla, señora; por favor, siéntese en mi nuevo sillón de lectura. En realidad, no es tan nuevo, tiene ya unos quince años, pero los lleva bien.

—Igual que usted, abogado.

—Me halaga usted —se burló, tomando asiento en una silla y haciéndome un gesto para que ocupara la silla que estaba a su lado.

—¿Qué las trae por aquí, queridas damas?

—Pasamos por la biblioteca —explicó la tía abuela— y el bibliotecario nos entregó dos libros para que se los diéramos.

—Han sido encantadoras al tomarse tantas molestias —se regodeó.

La tía abuela sacó los volúmenes de la bolsa de tela e hizo el gesto de levantarse para entregárselos.

—No sé moleste, señora, déjelos ahí mismo —dijo señalando

una estufa de hierro fundido cercana a la butaca—. No se preocupe, está apagada. Hace unos años, para tranquilizar a unos amigos míos que temían mi muerte por asfixia, mandé instalar radiadores, a mi pesar. Pero no nos perdamos en charlas tediosas; cuéntenme más sobre los libros de los que han disfrutado en la biblioteca.

—Dora se ha llevado prestados dos libros.

—¡Vamos a verlos!

La tía abuela los sacó de la bolsa y yo fui a recogerlos para dárselos al abogado.

—*Ana, la de Avonlea* —leyó con agrado—. Veo que te tomas en serio mis consejos. ¿Y qué tenemos aquí? *Willy Wonka y la fábrica de chocolate*. He oído hablar muy bien de él, pero aún no he tenido la oportunidad de leerlo —confesó frunciendo el ceño.

—Es solo un libro para niños —dije.

—¿Solo? Nunca se es demasiado mayor para leer una buena historia. Y el hecho es que a mi edad hay que ser extremadamente prudente en la elección de las lecturas, porque el tiempo que queda es demasiado corto como para arriesgarse a desperdiciarlo en páginas frívolas o descuidadas. Pero ahora vas a leerlo tú y podrás decirme si vale o no la pena que le dedique algo de mi precioso tiempo. ¿Te lo ha recomendado alguien?

—No, lo elegí al azar.

—¡Nada ocurre por azar cuando hay libros de por medio! Probablemente fue el libro el que te eligió a ti. No me miren así, queridas damas —dijo al percatarse de nuestras miradas sonrientes—. Entre los lectores y los libros existe una especie de atracción recíproca, una afinidad electiva, parafraseando la hermosa novela de Goethe. El verdadero lector entra a veces en una librería para comprar un determinado título, pero luego hay otro libro que lo llama desde una estantería. Los libros tienen una voz y, cuando uno la oye, conviene prestarle atención, porque el libro que nos llama es sin duda alguna el que más necesitamos en ese momento.

—Los libros tienen una voz… —repitió fascinada la tía abuela—. Me gustaría escucharla, tarde o temprano.

—¡Eso espero, señora! Estoy seguro de que tendrá la oportunidad, ¡todavía es joven!

La tía abuela soltó una risita de satisfacción.

—Ahora que ese buen libro te ha elegido, querida Dora, tendrás que averiguar el porqué.

El abogado se calló; su mirada empañada por la edad se perdió en quién sabe qué recuerdos lejanos.

—¿Vive usted aquí solo? —le preguntó la tía abuela para reanimar la conversación.

—Ya no. Desde hace algún tiempo he contratado a un ama de llaves. Hoy en día las llaman «asistentas» o incluso «empleadas del hogar», pero a mí «ama de llaves» me parece más respetuoso y literario.

La tía abuela y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

—No, no se trata de Luigina, si es lo que están pensando —nos tranquilizó—. Luigina, como ha señalado secamente madama Peyran, ya no trabaja aquí desde hace muchos años, ¡y no me pierdo en la idiota creencia de que el ama de llaves de hoy es la misma que la de antaño!

Bajamos la mirada, avergonzadas por haber sido pilladas en falta.

—¡Ven aquí, querida Marianna! —llamó el abogado—. Muéstrale a mis invitadas que no eres un ama de llaves imaginaria.

A los pocos segundos y sin hacer ruido alguno, apareció una jovencita de edad indefinida que nos saludó con una sonrisa tranquilizadora.

—Marianna es una muchacha con muchas virtudes —la elogió—. ¡Una verdadera perla rara! En primer lugar, no habla. —La joven lo confirmó ampliando aún más su sonrisa—. Además, no presta atención a mis excentricidades ni abre la puerta sin mi autorización explícita y, por último, sabe preparar un excelente café. ¿Puedo demostrárselo, señora?

—Con mucho gusto.

—¿Tenemos por casualidad horchata o jarabe de menta para la señorita?

Marianna asintió con la cabeza y luego desapareció tan

silenciosamente como había aparecido, dejándonos a mi tía abuela y a mí con la duda de si solo era taciturna o era muda.

—Durante muchos años tuve criadas a media jornada. No me gustaba que fueran internas, pero, cuando cumplí noventa, decidí hacer caso a mis amigos aprensivos, a los que ya me he referido al hablar de los radiadores, y contraté a Marianna. Me costó bastante tiempo encontrar al ama de llaves perfecta, pero cuando uno busca algo con tenacidad y determinación, al final, se encuentra. Esta regla se aplica a todo: a las cosas y a las personas —dijo dirigiéndose a mí—. Tenlo siempre presente, Dora.

Nos quedamos charlando con el abogado una media hora, tomando las bebidas que nos había ofrecido nuestro perfecto anfitrión, escuchándole hablar con entusiasmo de los libros que había leído y con pesar de los que temía no tener tiempo ya para poder leer.

—¡Hay tantos libros buenos, y la vida humana solo alcanza para leer una mínima parte de ellos!

El abogado sonrió, pero una lágrima indiscreta brilló en el rabillo de su ojo izquierdo.

—¡Se ha hecho tarde! —aprovechó la ocasión para decir mi tía abuela—. Por desgracia, tenemos que despedirnos.

—Por supuesto, claro, lo entiendo —comentó fingiendo una expresión de tristeza, que, sin embargo, no podía ocultar su alivio por el fin de aquella visita, que, si bien le había resultado agradable, lo había cansado y lo había privado también de la oportunidad de leer unas páginas preciosas—. ¡Marianna! Acompaña a mis amables invitadas a la puerta.

La silenciosa Marianna apareció con su plácida sonrisa.

—Su visita me ha resultado muy agradable. Si no es mucho pedir, me gustaría volver a verlas dentro de unas semanas; quizá podrían volver a pasar cuando Dora devuelva los libros que ha tomado prestados de la biblioteca hoy. —El abogado hizo una pausa, durante la cual pareció consultar una agenda imaginaria—. El segundo sábado del mes que viene sobre las diez de la mañana sería perfecto.

—Aquí estaremos —convino la tía abuela, llenándome de alegría.

—Y si en la biblioteca quisieran ustedes hacerse cargo de un par de libros que el señor bibliotecario tendrá la amabilidad de apartar para mí, les estaré sumamente agradecido.

—Nos encargaremos de ello —le prometió.

Emprendimos el camino de regreso a casa, encantadas ambas con aquella agradable visita. La alegría de haber vuelto a ver al abogado y la perspectiva de volver a reunirme pronto con él me hicieron olvidar el disgusto que había sentido al descubrir que yo ya no podía oír. Ahora mi mente estaba completamente ocupada por una sola pregunta: ¿adónde habían ido a parar los libros de la legendaria biblioteca del abogado Ferro?

Capítulo 22

La política nunca entró en la casa sobre el Dora, se quedaba en el exterior, en las paredes de los alrededores, embadurnadas con los viejos «MIERDA A LOS QUE CEDAN», superpuestos con «LUCHA OBRERA» y decorados con hoces y martillos inclinados.

En aquella época, los telediarios mostraban con reprobación palabras como «huelgas», «marchas», «colectivos», «piquetes» y muchos otros términos con los que no estábamos familiarizados. Las imágenes de trabajadores furiosos con pancartas, policías armados y banderas rojas ondeando al viento se sucedían ante nosotros distantes y abstractas, como los fotogramas de un terremoto que ha transformado una isla al otro lado del mundo.

Aquellas escaramuzas, en realidad, acaecían en nuestra ciudad, pero en los barrios del sur, y esos pocos kilómetros nos hacían percibirlas lejanas y ajenas, al menos hasta noviembre de 1972, cuando mi tranquilo y silencioso primo regresó a casa con un pañuelo rojo anudado al cuello y un gran moratón del mismo color que le ocupaba casi todo el lado derecho de la cara.

Cuando la tía abuela abrió la puerta y vio a Fulvio tan maltrecho, escoltado además por un carabinero, lanzó un grito.

—No se preocupe, señora Dorina, el chico está bien —entonó el hombre uniformado, lo suficientemente alto como para que se oyera por encima de la trituradora metálica de las obras cercanas.

Mamá y yo nos reunimos con la tía abuela y nos quedamos unos pasos por detrás de ella. Reconocí al carabinero; vivía en el mismo barrio que nosotras y habíamos coincidido a menudo en misa.

—Claro, estaría aún mejor si se hubiera quedado en clase estudiando, en vez de hacer pellas con los pañuelos rojos de

Mirafiori.

—¿Con quién? Quiero decir… ¿Qué ha pasado…? ¿Por qué…?

—¿No lo hemos detenido? —dijo el oficial completando así la frase por ella.

En realidad, a la tía abuela le habría gustado saber la razón de aquella cara tumefacta, pero no se atrevió a rectificarlo.

—El chico es menor de edad y no tiene antecedentes, dos circunstancias afortunadas que no van a durar mucho tiempo, y, además, lo he reconocido —añadió con una sonrisita cómplice— y pensé que lo mejor era traerlo a casa para que se ocupara usted del asunto.

—Ha hecho bien, se lo agradezco.

El carabinero se despidió y desanduvo sus pasos, dejando a Fulvio, tumefacto e inexpresivo, en la entrada de casa.

Nos quedamos mirándolo unos instantes, esperando una explicación, pero cuando la tía abuela perdió la paciencia, lo agarró por un brazo y, arrastrándolo exasperada hacia la cocina, murmuró:

—¡Ven a lavarte esa fea jeta, sobrino apestoso! Y calla, porque, si tu madre te ve así, le vas a partir el corazón.

Como si estuviéramos hipnotizadas, mamá y yo los seguimos hasta la cocina, pero mantuvimos en todo momento una prudente distancia.

La tía abuela giró el pomo del grifo con tanta rabia que temí que quisiera meter la cabeza de Fulvio bajo el chorro de agua. Creo que él mismo consideró esta hipótesis, porque dio un paso atrás. Afortunadamente, las intenciones de la tía abuela no eran tan drásticas; se limitó a empapar un paño de cocina y a restregárselo por la cara, como se hace con un niño pringado de mermelada. La operación no se realizó con la debida delicadeza y Fulvio emitió, a su pesar, un par de gemidos.

—Era casi todo sangre coagulada, ¡muy bien!

—¿Bien? —aventuró mi madre.

—Sí, bien —confirmó—. Hay un hematoma, pero no es gran cosa, y luego aquí hay un pequeño corte del que ha salido sangre que le ha cubierto toda la cara. Cuando Maddalena lo vea, no tendrá que preocuparse, probablemente ni se dará

cuenta. Gracias a Dios —dijo girándose hacia Fulvio—, tu madre estaba dormida cuando has llegado aquí con pompa y circunstancia, ¡escoltado por los carabineros como si fueras el alcalde!

La escolta, en realidad, tan solo había estado compuesta por un carabinero y, en cuanto a la tía Maddalena, últimamente estaba tan débil que era raro sorprenderla despierta, pero nadie se atrevió a hacer ninguna puntualización.

—Sí, la cara está presentable —confirmó la tía abuela, tomándolo por la barbilla y girando la cabeza a derecha e izquierda como si fuera un muñeco—. Si por casualidad tu madre te pregunta por el corte, tendrás que decirle que te lo ha hecho uno de los gatitos de Stèila, ¡y quítate inmediatamente ese pañuelo del cuello, que pareces uno de esos que salen en el telediario!

Fulvio se desanudó suavemente el pañuelo rojo y, tras doblarlo con cuidado, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Pero ¿cómo se te ocurre participar en un piquete? —estalló de repente mi madre, citando una de las muchas palabras con que nos bombardeaban en las noticias de televisión, a la que atribuía una carga negativa aunque no conociera del todo su significado.

—¡Callaos! —ordenó la tía abuela, señalando la mesa para que Fulvio y ella se sentaran a su lado.

Yo también me senté, con la esperanza de que la excitación del momento no le hiciera notar mi presencia.

—¡Hablad en voz baja, articulad bien las palabras para que Maddalena no os oiga pero yo pueda entenderos!

—Entonces, Fulvio —prosiguió mi madre—, ¿qué hacías en un piquete?

—No era un piquete —se justificó—, se trataba de una manifestación pacífica.

—Pacífica no me lo parece —murmuró la tía abuela, señalando su cara.

—La policía cargó contra nosotros sin razón alguna.

—Pero ¿por qué estabas allí? —insistió mi madre.

—Estaba allí con el colectivo de los estudiantes para apoyar

el movimiento obrero.

—¡Pero qué te importan a ti los obreros! ¡Tú no eres obrero! —replicó mamá.

—No, pero podría serlo.

—¡No, no podrías serlo! Estás a punto de sacarte el título.

A esas alturas la discusión era entre Fulvio y mi madre; la tía abuela se limitaba a escuchar, siguiendo con atención el movimiento de sus labios para no perderse ni una sola palabra.

—En tu opinión, ¿tú crees que un obrero no puede tener cultura? —preguntó Fulvio de forma provocativa.

—¡Claro que puede, pero sería estúpido tener una formación y luego conformarse con trabajar en una fábrica! —replicó ella —. Los que se toman la molestia de graduarse lo hacen para no verse en la cadena de montaje, no para saber quién es Dante o… ¡Napoleón! —Soltó esos dos nombres al azar, quienes, a su juicio, representaban bien el concepto de cultura como fin en sí misma.

—¿Y si, en vez de eso, quiero ser obrero?

—¿Por qué ibas a caer tan bajo?

—¡Por solidaridad! La clase trabajadora sufre abusos que ni siquiera eres capaz de imaginar.

—¿Y por eso quieres ser uno tú también, para que te traten mal? ¡Eso me parece una tontería mayúscula!

—¿Has oído hablar de los despidos de represalia?

Mi madre se quedó callada, desconcertada.

—Significa que te despiden por expresar ideas o por hacer cosas que al jefe no le parecen nada bien.

Mamá intentó replicar, pero se mordió el labio inferior. Quién sabe, tal vez se acordó de la vez que la despidieron de la fábrica de bolígrafos por el mero hecho de estar embarazada.

—Fulvio, no tienes que volver a hacer estas cosas —le dijo la tía abuela.

—¿Por qué no?

—¡Porque la gente decente no las hace! —se volvió a meter mi madre.

—¡La gente decente debe ser solidaria con los más necesitados! —Mi primo levantó la voz y golpeó con los dos puños la mesa, pero una mirada de la tía abuela bastó para

enfriar sus ardores revolucionarios—. ¿Cómo es posible que no lo entendáis precisamente vosotras? —preguntó bajando la voz, pero cargándola de reproche—. Tu marido ha tenido que hacer las maletas y marcharse a Suiza, porque aquí no encontraba un trabajo decente —le dijo a mi madre—, y el tuyo —señaló con el dedo a su tía abuela— murió en un accidente en la fábrica.

—Aquello fue una fatalidad —murmuró la tía abuela bajando la mirada, un gesto que rara vez hacía.

—Puede ser, pero ¿estás segura de ello? Quizá en esa fábrica la productividad y los beneficios se anteponían a la seguridad de los trabajadores. Tal vez esos obreros trabajaban a un ritmo demasiado alto en relación con sus capacidades y utilizaban una maquinaria anticuada y peligrosa. ¿Has pensado alguna vez en esta hipótesis?

La tía abuela se mantuvo callada; las obras cercanas aprovecharon ese momento de silencio para dejarnos oír su rugido metálico.

—Claro que lo he pensado… y mucho —reconoció, levantando nuevamente la mirada y clavándola en la de su sobrino—, pero no quiero saber que te mueves en una multitud de exaltados, jugándote el cuello —añadió en un tono tan perentorio como para descartar cualquier tipo de réplica—. ¡No quiero tener que decirle a esa pobre mujer que es tu madre que te han partido la cabeza en una manifestación, un piquete o lo que demonios sea! Y, además, no volverás a hacer pellas —prosiguió sin permitirle contestar—. Te dejarás los codos en tus libros, trabajarás como una mula y, en cuanto tengas tu diploma en el bolsillo, serás libre de hacer lo que quieras, incluso ser un obrero por… —se detuvo la tía abuela rebuscando en su memoria la palabra que su sobrino acababa de emplear— ¡por solidaridad! —exclamó cuando finalmente la encontró.

La conversación se cerró con doble vuelta de llave. Fulvio y mi madre salieron de la cocina y mi tía abuela se dirigió al fregadero para poner en remojo el trapo con el que había limpiado la sangre de la cara de su nieto; en cuanto a mí, me quedé sentada un rato más, con la convicción de que, si me

movía junto con los demás, habría revelado mi presencia, hasta ese momento desapercibida.

—¿Quieres saber algo? —me interpeló la tía abuela, demostrándome lo contrario—. ¡Es muy triste tener que regañar a alguien que tiene toda la razón del mundo!

Tras ese episodio, la vida en la casa sobre el Dora volvió a fluir para cada uno de nosotros en los confines de la vida cotidiana, salvo cuando sucedía algún acontecimiento particular, como le ocurría a veces al Dora después de una fuerte tormenta.

Eso pasó en Navidad, cuando el recuerdo del tío Bruno se hizo más agudo y doloroso, pero fue mitigado por la alegría del regreso de mi padre.

Se presentó vestido con ostentosa elegancia y cargado de hermosos regalos para todos.

—¿No te recuerda a alguien? —me preguntó mi tía abuela, guiñándome un ojo.

Sí, papá recordaba vagamente al tío Bruno, aunque las historias que nos trajo de Suiza no admitían comparación con las que el tío Bruno recopilaba en las tiendecitas y en los bares de provincias.

Todos nos dimos cuenta de su escasamente lograda metamorfosis, pero nadie se atrevió a hablarle de ello, excepto mi madre, cuya ira, que durante los meses anteriores había estado descargando por turnos contra cada uno de nosotros, y contra mí en particular, pudo finalmente dar en el blanco correcto. Mis padres discutían, pero solo por la noche y ya no en el estudio, sino en su dormitorio, situado al final del pasillo. Estaban lo bastante cerca de mi habitación como para que pudiera oír sus voces furibundas, pero demasiado lejos como para distinguir las palabras. Al final, llegaron a un acuerdo. Yo no sabía en qué consistía, pero en los pocos días que separan el día de Nochebuena y la Epifanía, sus gritos pasaron a ser primero una animada discusión y luego una consistente confabulación.

Cuando mi padre se volvió a marchar a Zúrich, comprendí que se había decidido algo importante, una decisión que, estaba segura al respecto, me afectaba directamente y sobre la

que, una vez más, no había tenido ni voz ni voto.

Capítulo 23

—¡Debo hablar con el muchacho!

Una tarde de finales de marzo de 1973, la voz aguda del abogado Ferro brotó inesperadamente y con una insólita energía del teléfono de la casa sobre el Dora.

—Buenas tardes, abogado —lo saludó la tía abuela, un tanto aturdida—. No, no puedo pasarle con Fulvio, no está en casa estos días; se ha ido a Florencia con la escuela.

—Ah, ¿es esto lo que les ha contado?

La voz del abogado Ferro era tan aguda que no solo era capaz de superar la semisordera de la tía abuela, sino que era perfectamente audible para mí, que en ese momento estaba de pie a unos metros, delante del televisor, viendo un episodio de *Rin Tin Tin*.

—Abogado, me asusta usted; ¡dígame lo que sepa sobre Fulvio!

Apagué la televisión y me reuní con la tía abuela ante el aparato telefónico.

—Querida señora, ¡no sé nada que no sepa cualquiera que haya leído un periódico hoy!

Vi que mi tía abuela se ponía blanca y apoyaba la mano en la pared para sostenerse.

—Dora, ve a buscarme el periódico —me ordenó.

Volví corriendo al salón, donde había un ejemplar de *La Stampa* sobre la mesa de café.

En nuestra casa, se compraba el periódico todos los días, al igual que el pan fresco, pero, a diferencia de las fragantes hogazas de pan, no se devoraba, sino que se mordisqueaba de forma distraída. Le entregué el periódico, tan liso y bien doblado como si acabara de salir de las manos del quiosquero. La tía abuela ni siquiera tuvo que tomarse la molestia de abrirlo, porque lo que el abogado quería comunicarle aparecía

en la primera página: una fotografía de la planta de Fiat, en Mirafiori, con el rótulo de la fábrica de coches bien visible arriba, en el fondo, y, en primer plano, sobre los pilares de la verja, ¡Fulvio encaramado como un pájaro junto a decenas de otras personas!

—¿Qué hace ahí? —murmuró la tía abuela en el auricular.

—Ayer los obreros ocuparon varias plantas de Fiat, entre ellas la de Mirafiori. ¿No sabían nada de eso? —preguntó sorprendido.

—Lo vimos en el telediario, creo… —contestó confusa la tía abuela Dorina—. Pero nosotras no entendemos nada de estas cosas y ahora hay una algarada al día.

—Por supuesto, perdóneme, señora, no quería ser desconsiderado.

—No, no tiene de qué disculparse, es solo que… —dijo la tía abuela titubeando—. ¿Qué significa que han «ocupado»?

—Intentaré planteárselo de manera sencilla, señora, aunque por desgracia he de reconocer que no soy un gran experto en el tema: los trabajadores llevan muchos años en huelga para conseguir un trato más justo y digno…

—Esto lo sabía, ¡siempre hablan de ello en los telediarios!

—Pues bien, después de exigir un día sí y otro también y solo haber recibido respuestas insatisfactorias o incluso amenazantes, los obreros han parado las maquinarias y se han atrincherado en las fábricas, como si fueran soldados en los fortines.

—Pero ¿qué tiene que ver Fulvio con toda esta gente?

—No lo sé. Me he tomado la libertad de llamar con la esperanza de que el muchacho hubiera vuelto a casa mientras tanto, para preguntárselo, precisamente. Supongo que formará parte de un colectivo de estudiantes, o como diantres se llamen, y que haya ofrecido, no sé en calidad de qué, su apoyo.

—Su solidaridad… —suspiró la tía abuela, citando la palabra empleada por Fulvio el día que llegó a casa aquel otoño con la cara tumefacta.

—La solidaridad es admirable —le concedió el abogado—, pero creo que…

—¿Que corre algún peligro?

—Bueno, ¡existen lugares más seguros que una ocupación armada!

—¿Armada? —repitió aterrada—. ¿Qué hemos de hacer?

—Nada —replicó—, salvo esperar a que termine la ocupación.

—¿Y cuándo terminará?

El abogado permaneció largo rato en silencio.

—Cuando los obreros consigan lo que piden o cuando, Dios no lo quiera, la policía o, quién sabe, tal vez incluso el ejército intervenga.

—Oh, cielos, yo no… —La voz se le entrecortó en la garganta.

—Venga, señora, ánimo; estoy seguro de que, de una forma u otra, terminará pronto y, además, si queremos ver el lado positivo, la fotografía al menos nos asegura de que su nieto se encuentra perfectamente. ¡Quienes no se apoyan en una sana y robusta constitución no pueden izarse sobre un pilar como si de una bandera se tratara!

—Tiene usted razón —dijo la tía abuela tratando de sonreír y retirando finalmente de la pared la mano con la que se apuntalaba.

—Cuando vuelva, no le dé la murga todo el rato; tráigamelo aquí de inmediato. Me gustaría ofrecerle mi modestísimo punto de vista.

—¡Así lo haremos, abogado!

La tía abuela colgó y permaneció inmóvil unos instantes, con la mirada perdida en el vacío, antes de recobrarse y ordenarme tendiéndome el periódico:

—Haz desaparecer esto. Rómpelo en mil pedacitos y luego tíralo en el Dora; no quiero correr el riesgo de que llegue a manos de tu madre mientras limpia los cristales.

—¿No he de decirle a mamá que Fulvio sale en el periódico? —le pregunté para asegurarme de que había entendido bien su plan.

—¡No debes decírselo a nadie! Decírselo a tu madre solo serviría para que se armara un jaleo infernal y los gritos no harían nada para que Fulvio volviera a casa.

—¿Podría no volver?

—¡Pues claro que va a volver! —me contestó con aspereza, como si yo hubiera afirmado lo contrario—. Volverá pronto y por su propio pie. ¡Ahora, vete, deshazte del periódico!

Corrí a mi habitación para ejecutar la orden lejos de miradas indiscretas, pero, antes de empezar a masacrar el papel, leí el artículo inculpatorio, sin entender obviamente ni jota. Lo releí una segunda vez, más despacio y deteniéndome en cada palabra, pero no obtuve mejores resultados. Frustrada, empecé a hacer trizas el periódico, empezando por el final, reduciendo cada hoja a pequeñas tiras, pero, cuando llegué a la primera página, me faltó valor para proseguir: ¡Fulvio había aparecido en la portada de un periódico y yo no podía entender el motivo!

Tal vez, reflexioné, lo entendería más adelante, cuando creciera, como me repetían los adultos cuando me aventuraba a hacer algo que estaba por encima de mis posibilidades.

Al final, decidí no obedecer a mi tía abuela o, al menos, no cumplir su voluntad completamente. Tal y como ella deseaba, impediría a cualquier persona de la casa del Dora que leyera ese artículo, salvo a mi yo del futuro. Me procuré unas tijeras y lo recorté con cuidado, luego cogí mi hucha, que consistía en una caja de madera de color claro con una ranura en la tapa y un candado para asegurar el cierre. Además de mis ahorros, contenía dos pequeños tesoros secretos: una torre blanca robada del tablero de ajedrez de Fulvio, como venganza por un agravio que ya no recordaba, y las llaves encontradas en los bolsillos de mi tío después de su muerte, que mi tía abuela había tirado al cubo de la basura para que nadie volviera a sacar el tema. Vacié la caja de su contenido y coloqué el artículo en el fondo, tras lo cual recoloqué todo en su lugar y cerré el candado.

Esa noche, la tía abuela se demoró en la cocina, con la esperanza de que Fulvio regresara a casa, pero por desgracia no lo hizo. A la mañana siguiente me anunció que quería ir al centro y que yo tendría que acompañarla. Era sábado por la mañana y la ciudad parecía diferente, menos animada, más alerta, como si estuviera conteniendo la respiración, a la espera

de un gran acontecimiento que aún no sabía si sería propicio o funesto.

Para mi decepción, no nos encaminamos a la biblioteca ni visitamos al abogado; nos limitamos a deambular por las calles secundarias, leyendo las pintadas que estropeaban los muros de los edificios, que hasta ese día solo habíamos vislumbrado de reojo, sin detenernos en tratar de comprender su significado. Había de diferentes tipos: políticas, deportivas, feministas e incluso religiosas; estas últimas eran las más exaltadas.

—¡Dios te ve! —leyó la tía abuela, negando con la cabeza—. ¡Menudo descubrimiento! ¡Me pregunto por qué desgracian una pared recién pintada con algo tan obvio!

Sin embargo, el verdadero objetivo de la tía abuela no eran los grafitis, sino los periódicos. Compró unos diez, cada uno en un quiosco diferente.

—Quiero leerlos todos —me explicó—. Los buenos y los malos.

Le pregunté cuáles eran unos y cuáles los otros, pero la tía abuela admitió que no tenía ni la más remota idea. También le pregunté por qué no compraba esos periódicos en el quiosco cercano a nuestra casa.

—Hasta ahora, parece que nadie que conozcamos haya prestado atención a la foto de Fulvio —me explicó—, así que he preferido cambiar de barrio, para no poner la mosca detrás de la oreja de ningún vecino cotilla.

—Pero ¿por qué no compras los periódicos de una sola vez?

—Porque incluso aquí en el centro puedo encontrarme con alguien que me conozca y no quiero que me vea comprando más de un periódico. Se les ocurrirían ideas extrañas: la gente como yo nunca compra más de un periódico. La gente corriente como nosotros, los de la casa sobre el Dora, a menudo no los compra para leerlos, sino simplemente porque les han dicho que es bueno mantenerse informado. Para serte sincera —añadió, dejando escapar una risita amarga—, no me habría fijado en la fotografía de Fulvio de no haber sido por el abogado. A partir de ahora, prometo que leeré de verdad el periódico —declaró— y no solo las necrológicas. ¡A saber por

qué nos preocupamos tanto por los muertos, cuando es de los vivos de quienes debemos esperarnos las sorpresas!

Como Fulvio tampoco regresó a casa esa noche, a la mañana siguiente mi tía abuela y yo salimos de casa bien vestidas para ir a la misa dominical, de la que en realidad nos ausentamos para subirnos a un lento y desvencijado tranvía que nos condujo al barrio de Mirafiori. El tranvía tenía su origen justo delante de la fábrica de la Fiat, pero no llegó hasta allí. Se detuvo unas manzanas antes y, cuando la tía abuela le preguntó al conductor por qué motivo se detenía, este le explicó, con el tono irritado de quien responde por enésima vez a la misma pregunta, que el final de la línea se había adelantado unas cuantas paradas por razones de seguridad. Nos bajamos del tranvía y proseguimos a pie; al acercarnos a la planta pudimos oír los golpes rítmicos y metálicos de los tambores, o, probablemente, de los contenedores de hojalata reconvertidos para este fin, que acompañaban las consignas de los ocupantes. Caminamos unos cientos de metros hasta que vimos un despliegue de furgones de la policía, cuya vista fue suficiente para disuadirnos de continuar. No pudimos ver nada de la ocupación, salvo los paños rojos que ondeaban en lontananza.

—¡A saber en qué estaría pensando yo! —murmuró la tía abuela mientras volvía a subir al tranvía—. ¿Tal vez en llegar hasta debajo de la verja y encontrarme a Fulvio encaramado aún ahí y, a lo mejor, arrastrarlo a casa por las orejas?

Capítulo 24

Fulvio volvió a casa el martes por la tarde, con su mochila al hombro y la cara más inocente del mundo. La tía abuela, alcanzada ya la cima del temor, primero lo abrazó, luego, para asegurarse de que no tenía nada roto, lo manoseó como si quisiera cachearlo y, para finalizar, cambió su sonrisa de alivio por un ceño fruncido.

—Anda, ve inmediatamente a lavarte y a cambiarte —lo instó—. En cuanto hayas terminado, ve corriendo junto a tu madre, que dentro de poco se va a despertar para la radionovela, y, en cuanto vuelva a estar dormida, ¡vuelve aquí conmigo, que he de llevarte a un sitio!

Fulvio la miró atónito, pero decidió sabiamente obedecer, sin pedir explicaciones.

—¡Bienvenido! —le dijo mi madre al cruzarse con él al bajar las escaleras—. ¿Qué tal Florencia?

—Muy bonita —respondió mientras empezaba a subir los escalones.

—¿Bonita? —repitió ella, volviéndose hacia la tía abuela—. ¿Esto es todo lo que puedes decir de Florencia, después de haber hecho un viaje de estudios allí? ¡Pues sí que vamos bien!

Aliviada por ver a su nieto ileso, la tía abuela recibió el comentario de mi madre con una carcajada liberadora.

—Estoy convencida de que, en cuanto descanse, te contará muchas más cosas —dijo intercambiando conmigo una mirada de complicidad.

—¿Por qué hemos venido aquí? —se atrevió a preguntar Fulvio cuando ya íbamos a subir las escaleras que llevaban al apartamento del abogado Ferro.

—Porque soy una ignorante —explicó con ingenuidad la tía

abuela— ¡y no sabría por dónde empezar para abroncarte como es debido!

Al primer toque de timbre, los cerrojos de la vieja puerta empezaron su estridente concierto; la tía abuela había anunciado nuestra visita por teléfono y Marianna había recibido la orden de no hacernos esperar.

Seguimos a la mujer por el pasillo; Fulvio, que hasta ese día nunca había visitado la casa y aún no había entendido por qué motivo se encontraba allí, miraba desconcertado a su alrededor.

—Venid aquí conmigo, a la biblioteca, queridos —oímos la voz del abogado, aguda pero más débil que de costumbre, invitándonos a entrar.

El aturdimiento de Fulvio aumentó en cuanto enfocó la gran sala llena de estanterías vacías.

—¡Estoy aquí! —nos llamó desde el fondo de aquella estancia.

El abogado, tumbado en su camastro bajo un número incalculable de mantas, parecía un patético fardo; las esquinas del libro que estaba leyendo sobresalían bajo el borde de la sábana.

—No se preocupen, no es tan grave como parece —nos tranquilizó mientras se erguía para sentarse con la ayuda de Marianna, apoyando la espalda en el cabezal de la cama, repleto de numerosas almohadas—. El médico insiste en que me fatigue lo menos posible, pero como me paso mis días en la butaca, con un libro entre las manos, la única manera de obedecerle era ponerme a leer en la cama. ¡Bienvenido, señor maestro! —saludó a Fulvio—. Cójase usted una silla, querido, y siéntese aquí, a mi lado. ¡Me alegra mucho verlo con tan buena salud!

Fulvio le dio las gracias y, aunque perplejo, obedeció sin rechistar.

—Ustedes, queridas mías, siéntense en esas sillas de ahí, si no les importa —dijo, con la voz más débil con cada palabra.

Ante ese debilitamiento de la voz, Marianna le ofreció un vaso de agua, que le hizo tomar sorbo a sorbo acercándole el borde a sus labios.

—¡Gracias, Marianna, lo necesitaba!

La situación era bien extraña: Fulvio estaba sentado junto a la cama del abogado, quien yacía agotado, pero con ganas de hablar con él, mientras la tía abuela y yo estábamos sentadas a unos metros de ellos, demasiado lejos para tomar parte en la conversación, pero lo bastante cerca como para escuchar cada palabra.

En lugar de salir silenciosa y discretamente de la habitación, como solía hacer, Marianna se quedó de pie delante de la puerta, preparada para intervenir si la situación lo requería.

—No nos vayamos con rodeos, pues, por desgracia, ya no puedo permitírmelo —se lanzó el abogado en un arranque de renovada energía—. Sé lo que ha estado haciendo estos días, ¡lo he visto en el periódico!

—¡Ya verás cómo lo abronca ahora! —murmuró la tía abuela, dándome un codazo.

—Permítame que se lo explique, abogado… —intentó replicar Fulvio.

—La verdad es que no hay nada que explicar —lo interrumpió, haciendo que la tía abuela se estremeciera con sádico entusiasmo.

—¡Ah! ¡Ahora sí que le canta las cuarenta! —la oí murmurar.

—Lo que necesito saber ya lo he leído en los periódicos y no tengo más comentario que decirle que su comportamiento ha sido… —El abogado hizo una pausa para recuperar el aliento; Marianna se apresuró a procurarle otro trago de agua.

Aunque aquel espectáculo era lamentable, la tía abuela sonreía tanto que se le arrugaban las mejillas, degustando anticipadamente la reprimenda que estaba a punto de lloverle a su rebelde sobrino nieto.

—Como le decía, querido muchacho —retomó la palabra después de tragar—, ¡su conducta ha sido absolutamente admirable!

La sonrisa de la tía abuela se transformó en una mueca de desconcierto y luego, como solía hacer cuando dudaba de lo que había oído, se volvió hacia mí para pedirme una confirmación, que yo le di asintiendo con la cabeza.

—Pero, abogado, ¿qué dice usted? —protestó.

—Estoy orgulloso de usted, jovenzuelo —prosiguió ignorándola—. Uno de los remordimientos de mi vida es no haberme metido en política. Soy muy consciente de su importancia para el bien común, pero yo siempre la encontré peliaguda y muy aburrida en comparación con la literatura, por lo que tengo un sentimiento de auténtica gratitud hacia quienes se ocupan de ella, incluso en mi nombre, siguiendo una vocación desinteresada. —El abogado hizo una pausa, Marianna dio un paso hacia él, pero la detuvo con un gesto de la cabeza—. He ayudado a mucha gente en mi vida y, fíjese, jovenzuelo, no pretendo presumir de ello; si la lista de las personas a las que he ayudado es larga es porque he vivido mucho —admitió con modestia—. Las personas que son como yo ayudan a la humanidad paso a paso, si se puede decir así; los que son como usted, en cambio, actúan a gran escala.

—Gracias, abogado —le agradeció Fulvio.

—Los resultados a los que ha contribuido usted son increíbles: reducción de la jornada laboral, aumento de los salarios y de las vacaciones y, la conquista más extraordinaria en mi opinión, ¡el reconocimiento del derecho a la educación con ciento cincuenta horas retribuidas para obtener un título! En pocos días, usted y sus compañeros han hecho avanzar la historia de este país varios años.

—Pero ¿no iba a abroncarlo? —le pregunté a la tía abuela en voz baja.

—¡Oh, cállate! —gruñó.

—Ahora, sin embargo, permítame hacerle una humilde sugerencia. —El tono del abogado se volvió serio—. ¡No participe más en empresas como esa!

La sonrisa resurgió en el rostro de la tía abuela, mientras Fulvio se sobresaltó en su silla.

—Pero abogado —protestó—, todavía hay muchas conquistas que lograr y el progreso social no puede detenerse.

—Yo no pretendo detener el progreso social —negó con la cabeza—, ¡quiero detenerte a ti!

—¿Por qué?

—¡Porque, si sigues así, acabarás muerto! —le soltó la tía

abuela.

—No lo digo por eso —la hizo callar el abogado, recostando la cabeza sobre las almohadas y entrecerrando los párpados—. El mundo siempre ha necesitado hombres de acción, dispuestos al martirio por conquistar la justicia y la igualdad, pero usted, perdóneme que se lo diga, no pertenece a este valeroso grupo.

Oí el chirrido de la silla de Fulvio, como si estuviera a punto de levantarse y marcharse.

—Tenga un poco más de paciencia —le pidió abriendo de nuevo los ojos—, le prometo que me esforzaré por ir al grano rápidamente: ¡usted es un hombre de letras, no un hombre de armas! Nunca dará lo mejor de usted mismo en la primera línea bajo el fuego enemigo, pero podrá hacer cosas increíbles en la retaguardia, empuñando el arma que más le conviene: el conocimiento. Como profesor de primaria, tendrá la extraordinaria oportunidad de agudizar las mentes de los jóvenes, de hacerlas ágiles y con capacidad de respuesta, inculcándoles la alegría del saber.

—Tiene razón —reconoció Fulvio un poco desganado—, pero hoy el proletariado…

—¡Proletariado! —repitió con énfasis interrumpiéndolo—. Una hermosa palabra que designa a la clase social de los que no tienen otro bien más que su prole… Pues bien, ¡hagamos que esta única propiedad sea más valiosa, más fuerte, consciente y libre a través del conocimiento! Usted ha tenido el privilegio de la educación; no se guarde esta riqueza solo para usted mismo, compártala con generosidad. Prométame que reflexionará al respecto.

—Lo pensaré —prometió mientras se levantaba.

—Lo ha hecho entrar en razón, ¿verdad?

—Ven aquí, Dora. —El abogado me invitó a ocupar el lugar de Fulvio, liberándome de la vergüenza de responder a la tía abuela, ya que, a pesar de mi buen oído, yo tampoco había entendido mucho—. Tengo una cosita para ti, querida; he trabajado en ella esta mañana —dijo antes de tenderme un papel—. Apuesto a que has venido hoy hasta aquí a la caza de una verdad que aún no has aferrado.

—Sí —admití.

—Lo que hoy no entiendes pronto te será accesible, siempre que no pierdas nunca tu curiosidad. La que te he dado— dijo señalando el papelito—, es la «lista de las curiosas»: jovencitas que se enfrentan a la adversidad con la cabeza bien alta, buscando la redención en la verdad.

Papaíto piernas largas, de Jean Webster, leí en la hoja; *La princesita* y *El jardín secreto,* ambas de Frances Hodgson Burnett.

—Cuando vayas a buscar estos volúmenes a la biblioteca —añadió—, acuérdate de preguntarle al bibliotecario si tiene algún libro reservado para mí y luego ven a traérmelo, por favor.

—Claro.

—Ven a verme, en cualquier caso, aunque el bibliotecario no tenga nada para mí; así podrás hablarme de tus lecturas. ¿Te ha gustado *Willy Wonka y la fábrica de chocolate?* ¿Ya entendiste por qué te llamó desde la estantería?

Antes de que pudiera responder, noté una pequeña y ligera mano sobre mi hombro: Marianna, con su elocuente mutismo, me comunicaba así que había llegado el momento de marcharse, liberando al abogado de nuestra agradable pero agotadora presencia.

—Hablaremos de ello en otro momento —obedeció dócilmente el abogado—. Hasta pronto, queridos.

En el camino de vuelta, las sutiles pero penetrantes palabras del abogado siguieron resonando en nuestras mentes y cada uno de nosotros intentaba sacar de ellas cuanto fue capaz.

—¿Por qué están vacías las estanterías del abogado? —me preguntó Fulvio, llevándome a un lado—. ¿Adónde han ido a parar los miles de libros de su famosa biblioteca?

Me encogí de hombros y negué con la cabeza, diciéndole así que desgraciadamente no sabía la respuesta.

Capítulo 25

Mi tía abuela y yo volvimos en otras ocasiones a visitar al abogado y, para gran alegría nuestra, lo encontramos en mejor estado de salud que la vez en que le habíamos visitado con Fulvio. Nos recibía sentado en su sillón de lectura, quejándose por no poder levantarse para saludar debidamente a dos señoras.

—¡Su salud está mejorando! —festejaba la tía abuela.

—Oh, sí —se alegraba él—, he tenido que hacer un esfuerzo; solo me falta un año para cumplir un siglo de lectura ¡y es una cita a la que no quiero faltar!

Durante nuestras visitas, Marianna ya no salía de aquella estancia, sino que montaba guardia en la puerta y, a veces, con el rabillo del ojo, yo veía cómo se desvanecía su perpetua sonrisa. El abogado charlaba de sus lecturas y me preguntaba por las mías.

—No me has dicho nada más sobre *Willy Wonka y la fábrica de chocolate;* ¿vale la pena que le dedique unas horas?

—En mi opinión, sí.

—Entonces, decidido: ¡Marianna, toma una nota para dársela al señor bibliotecario! Y dime, querida, ¿has entendido ya por qué ese libro te eligió a ti?

—Creo que por mi tío.

—¡Claro, tu tío Bruno vendía caramelos!

Willy Wonka era el mejor haciendo caramelos, al igual que el tío Bruno era infalible comerciando con ellos, pero no solo tenían en común las chocolatinas y los caramelos. Lo que realmente los asemejaba era, sobre todo, el halo de encanto y misterio que envolvía a ambos.

—Encontrar a un ser querido en un personaje literario es una experiencia impagable y muy rara, querida Dora. Me alegro de que hayas tenido la oportunidad de experimentarla.

Sin embargo, en nuestras hermosas conversaciones, no pude encontrar el valor para preguntarle dónde habían ido a parar los libros de su célebre biblioteca. A pesar de que mi duda seguía sin ser satisfecha, las visitas a su casa nos serenaban tanto a mí como a mi tía abuela y eran un gran consuelo para nosotras, dada la penosa situación que estábamos viviendo en la casa del Dora.

Después de habernos dado un respiro durante un año, aproximadamente, la tía Catlina volvió a entrar en nuestra casa y a sentarse en el sofá. Eran los suspiros de la tía abuela los que me anunciaban su presencia, pues, al igual que ya no oía la llamada del Dora, tampoco percibía el roce de la falda de Catlina, ni el tintineo de sus joyas, ni tampoco podía ver su oscura silueta a través del filtro de los párpados cerrados. Por miedo a aplastarla sin querer, yo había adquirido la costumbre de no sentarme en el sofá, cosa que mi tía abuela había notado.

—Ya no la oyes, ¿verdad? —me preguntó una vez.

—No —admití a regañadientes, temiendo ser sermoneada y tener que tragarme, por enésima vez, su advertencia: «¡No hay más sordo que el que no quiere oír!».

Mi tía abuela, sin embargo, no me abroncó.

—Probablemente hayas hecho la elección más sabia —se limitó a decir—. Tendría que haber encontrado yo también el valor para hacerlo, hace muchos años. Pero a estas alturas…

Catlina nos honraba de nuevo con su lúgubre presencia a causa de la tía Maddalena, quien, tras la muerte de su querido Bruno, había ido perdiendo poco a poco todo interés por la vida. Solo había dos cosas que seguían anclándola a este mundo: la primera eran los progresos académicos de su hijo y la segunda, las radionovelas que seguía escuchando a todo volumen con los ojos cerrados y media sonrisa pintada en la cara. La tía Maddalena había desarrollado una obsesión por esos programas radiofónicos que contaban historias de amor casi siempre frustradas. Al escuchar estos relatos, la tía Maddalena revivía diariamente su relación amorosa con el tío Bruno, sosteniendo así la ilusión de un perpetuo final feliz. En las raras ocasiones en que un episodio terminaba de forma dramática, su salud se resentía y la tía Catlina volvía a ocupar

su lugar en nuestro sofá. Mi madre y mi tía abuela se turnaban para ir a la habitación de la tía y escuchaban la radio con ella, dispuestas a crear una distracción —cambiando la emisora de radio, fingiendo que querían sintonizarla de nuevo o desenchufándola de la pared al tropezar deliberadamente con el cable— en cuanto se olían que la historia estaba a punto de empeorar. Sin embargo, por desgracia, seguir recreándose con esas promesas de amor eterno la llevó a creer que el tío Bruno seguía entre nosotros. Fue a finales de abril cuando la oímos por primera vez dirigirse al tío como si estuviera delante de ella, haciéndole preguntas y riéndose con sus respuestas.

—¿Has tenido más noticias de la hermosa camarera que se fugó con el camionero austriaco? —preguntaba a la nada—. ¡Oh, qué pena! ¿Ahora crees que volverá con su médico? ¿Y tú crees que la aceptará de nuevo?

Al principio de este delirio, cuando alguno de nosotros entraba en su habitación, interrumpía inmediatamente el diálogo imaginario y se comportaba como si no pasara nada, señal de que en ella todavía había una chispa de lucidez que la hacía consciente de su ilusión. Sin embargo, con el paso de las semanas, su preocupación por nosotros desapareció y la tía comenzó a hacernos partícipes de sus conversaciones con el tío Bruno, invitándonos a saludarlo y a hablar con él.

—¿Has visto quién ha vuelto? —me anunciaba—. Ve y dale un beso al tío; de lo contrario, esta vez no te dará caramelos.

Yo besaba al aire, fingiendo que se trataba de una especie de juego, uno de los muchos «vamos a imaginar que…» con los que los niños pueblan sus dormitorios con personajes imaginarios. Fulvio, afortunadamente para él, permaneció ajeno a esos diálogos unidireccionales; hoy supongo que, en la oscuridad de su locura, la tía había conservado un tenue destello de sentido común que le impidió implicar a su hijo en una situación que hubiera sido demasiado dolorosa para él.

—Debes prometerme una cosa, querida hermana —le dijo la tía Maddalena a mi madre poco antes de que Catlina se la llevara con ella—. Cuando yo me vaya, tendrás que ocuparte de él.

—Por supuesto, me ocuparé de Fulvio como si fuera mi propio hijo.

—Fulvio no necesita tu ayuda —negó con la cabeza de forma apenas perceptible—, él sabe cuidarse a sí mismo; pronto se graduará y empezará a enseñar, como siempre ha querido hacer. Lo que te pido es que cuides de mi Bruno. Sé que nunca te ha caído bien, pero te imploro que dejes de lado tus sentimientos porque mi muerte le romperá el corazón. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —asintió mi madre con los ojos bañados en lágrimas.

—Has sido una buena hermana, después de todo —añadió con una risita suave como el batir de las alas de un colibrí.

Cuando esa última y frágil risita se apagó, lo hizo también mi tía.

Maddalena pasó al otro mundo sin el consuelo concedido a las viudas de poder reunirse con su amado, sino con el dolor de dejarlo solo y privado de su amor.

Fui testigo del deceso de mi tía sentada junto a mi madre. En cuanto exhaló su último aliento, mamá se acordó de mi presencia y me sacó de la habitación, como si quisiera protegerme de lo que, en realidad, ya había ocurrido. Llamó a la tía abuela con apenas un hilo de voz; desde lo más profundo de su sordera, oyó la llamada y acudió. Intercambiaron una mirada muda e intensa, luego respiraron profundamente y entraron en la habitación de la tía como quien se sumerge en aguas profundas.

Me quedé sola y un tanto aturdida ante la puerta cerrada, intentando adivinar por los ruidos que me llegaban lo que estaba ocurriendo.

Oí que las puertas del armario se cerraban repetidas veces y los cajones de la cómoda abriéndose y cerrándose exhalando tristes chirridos; sobre este acompañamiento de golpes y chirridos, mamá y la tía abuela hablaban en voz tan baja que no podía saber dónde terminaba una palabra y dónde empezaba otra.

Iban con prisas. Tenía claro eso, nada más.

Del torrente de palabras indistintas, surgió por fin un fragmento de frase que pude discernir. «Vestir a la muerta», dijo una de ellas, no sabría decir quién.

Esas palabras me impactaron: la tía ya no respiraba desde hacía unos minutos y, a pesar de ello, ya se había convertido en «la muerta».

Con el tío Bruno las cosas no habían ido así; lo habíamos visto abandonar la casa del Dora con todo su ímpetu vital, un hombre fuerte y seguro de sí mismo que se embarcaba en su enésima aventura, y ese mutis por el foro era la última imagen que conservábamos de él. Nadie, ni el día de su muerte ni en los días posteriores, se atrevió nunca a referirse a él como «el muerto».

Intenté liberarme de este pensamiento, que por uno de los muchos caprichos de la mente humana había sido yo capaz de formular, pero que no me veía capaz de gestionar, y me alejé de la puerta encaminándome hacia el salón. Después de un buen rato, me atreví por fin a sentarme en el sofá, segura de que la tía Catlina ya no estaba allí.

Cerré los ojos, invadidos ya por el cosquilleo del llanto; después de atormentarnos todo el día con su gruñido metálico, las obras cercanas se habían calmado como todas las tardes y el salón estaba ya inmerso en el sombrío silencio del luto. De repente, todo empezó a resonar con sutiles y convulsos sollozos: los míos.

—¡Dora, no llores! —oí exclamar a la voz de mi madre—. ¡Perdónanos por haberte dejado sola!

Sus brazos se cerraron alrededor de mi cuerpo, que temblaba por el llanto.

—Ahora estoy aquí contigo —me consoló con una dulzura de la que no suponía yo que ella fuera capaz. Me acurruqué contra su pecho y me dejé acunar como una recién nacida; mi madre me quería, algo de lo que, solo en ese momento me di cuenta, siempre había dudado.

—Tenemos que preparar a la tía —me explicó—, peinarla y ponerle un bonito vestido.

¡La había llamado «tía», no «la muerta»!

—Fulvio puede volver en cualquier momento, ¿entiendes?

Sí, por fin lo entendí: ahora que mi madre y la tía abuela la habían preparado amorosamente para su último viaje, la tía ya no era la muerta; volvía a ser esposa, hermana, sobrina y, sobre todo, madre. Si se habían esmerado tanto para prepararla lo antes posible era precisamente por ese motivo: para que Fulvio encontrara a su madre y no a la muerta.

Capítulo 26

A la mañana siguiente me desperté con un calor indefinible que ardía dentro de mí, haciéndome sentir agotada y, al mismo tiempo, rebosante de energía; una sensación inexplicable, que oscilaba entre la desesperación y el entusiasmo. En un intento por aliviarlo, hice la cama con un cuidado extraordinario, alisando con la palma de la mano las dunas de tela que se habían formado en las sábanas por la noche; luego cogí el vestido que mamá había seleccionado de mi armario como el más adecuado para tan triste circunstancia y me lo puse, sin tomarme la molestia de lavarme ni de peinarme, convencida de que ese día nadie estaría de ánimo para fijarse. En cuanto juzgué que mi aspecto era aceptable, me armé de valor y bajé a la planta baja. Para llegar a la cocina tuve que pasar por delante de la habitación de mi tía, de donde procedía un intenso olor a lirios y colonia. Me asomé a la puerta y vi su pálido cuerpo resplandeciendo más blanco que las flores que lo rodeaban. Junto a la cama estaba Fulvio, sentado con la cabeza inclinada hacia delante, como si el peso de sus pensamientos no le permitiera a su cuello soportar la carga. Cuando lo vi, se reavivó la extraña sensación que me había sorprendido al despertar. Me acerqué para abrazarlo, pero mi primo tenía los ojos cerrados. Tal vez hubiera estado velando a su madre toda la noche y se había adormilado, quizá estuviera rezando; el hecho es que no me prestó atención. Me incliné sobre la cama para ver a mi tía de cerca: ¡estaba tan bella como siempre! Incluso en los peores momentos de su enfermedad, febril y demacrada, su belleza nunca había abandonado su rostro de marfil, que ahora, en la paz de la muerte, aparecía aún más luminoso. Este magnífico rostro sin vida me asustaba y me atraía al mismo tiempo, igual que el aroma de los lirios me agradaba y me daba náuseas; movida por un impulso casi

involuntario le di un beso. La frente lisa y fría me transmitió a los labios un escalofrío que se irradió como una descarga eléctrica, dejándome aterida y apagando la sensación sin nombre que al ver a Fulvio se había reavivado.

Asustada por ese vaivén de emociones, retrocedí y, caminando hacia atrás, llegué a la puerta sin provocar ninguna reacción por parte de mi primo.

Todavía imbuida por la sensación de frío, atravesé el salón, donde me sorprendió la presencia de media docena de señoras ancianas vestidas de negro, empeñadas en desgranar las cuentas del rosario musitando avemarías. No sabía quiénes eran e intenté concentrarme en sus rostros, contraídos de igual forma por un dolor artificioso que los hacía idénticos entre sí. Pensé en acercarme para saludarlas, como sabía que tenía que hacer con los invitados, pero el hedor a naftalina que emanaba de sus ropas negras y el siseo de serpiente que desprendían sus bocas desdentadas me repugnaron tanto que tuve que seguir directamente hasta la cocina.

—¿Quiénes son esas señoras de ahí?

La tía abuela, frente a los fogones, trasteaba con una gran cafetera.

—Trae las tacitas del armario —me ordenó sin responder—, tráeme todas las que puedas encontrar. Pronto habrá mucha gente entrando y saliendo de aquí y tendremos que ofrecerle café a todo el mundo.

Por qué motivo había que repartir café en una ocasión tan amarga se me escapaba, y reconozco que aún se me escapa, pero el tono tajante de mi tía abuela me obligó a obedecer sin rechistar.

Acerqué un taburete al aparador, me puse de pie sobre él y comencé a aferrar las tacitas y a colocarlas sobre la mesa con un cuidado mecánico.

—¿Las señoras que están rezando ahí son amigas tuyas? —volví a formular la pregunta tras haber colocado sobre la mesa una treintena de tazas desparejadas.

—¿Amigas? ¡No! —negó con decisión—. Son mujeres del barrio con mucho tiempo que perder, que acuden corriendo en cuanto ven el paño negro colgado en una puerta, como hacen

los cuervos cuando se abalanzan sobre un cadáver. A esas brujas no les importa nuestra Maddalena. Probablemente ni siquiera la conocieran —añadió mientras empezaba a servir el café en las tazas.

—Pero si no te gustan esas viejas, ¿por qué les preparas un café?

—Porque en la casa sobre el Dora somos gente civilizada.

—¿Dónde está mamá? —cambié de tema al notarla tan irritada.

—Está en el huerto, ¿dónde quieres que esté? Vamos, llévala allí —dijo, entregándome la bandeja cargada de tacitas.

Caminé con cautela hacia el salón. La tía abuela había sido demasiado pródiga al llenar las tazas y el café amenazaba con desbordarse al menor golpe. Mi paso se vio más refrenado aún por la gran bandeja, que me impedía ver dónde ponía los pies. Acompañada por el tintineo de las cucharillas, ya estaba a pocos pasos de la mesita del salón cuando noté algo viscoso bajo una de las suelas de mis zapatos; el pie resbaló hacia delante, de manera instintiva intenté agarrarme a una de las butacas, pero, al hacerlo, dejé caer la bandeja al suelo. Una miríada de añicos granizó por todas partes y llovieron sobre mí chorros de café hirviendo.

Las jaculatorias de las señoras de negro se convirtieron en exclamaciones excitadas.

—*Oh, pòvra cita!* —oí graznar en dialecto a uno de los cuervos—, ¡se ha resbalado con un pétalo de lirio!

—¡Se han roto las tacitas! —comentó otra—. ¡Dios no quiera que fuera el servicio bueno!

En poco tiempo toda aquella bandada me rodeó, apestando el aire con ráfagas de naftalina; cerré los ojos atemorizada y asqueada y sentí que me fallaban los sentidos. Me encontré, medio inconsciente, en brazos de un desconocido, que se encaminó con rapidez hacia la cocina: sus zapatos crujían a cada paso, como siempre ocurre con zapatos recién estrenados; las solapas de su chaqueta también olían a tela nueva, y su cuello olía a *after-shave* del caro. Mi corazón empezó a latir alocadamente: ¡estaba en los brazos del tío Bruno!

Abrí los ojos como platos y dejé escapar un gemido de

terror.

—¿Te has quemado mucho? —oí que me preguntaba una voz que sí me resultaba familiar, pero que desde luego no era la de mi querido tío.

—¡Papá!

Mi padre había regresado para el funeral de la tía, me percaté entonces, y me aferré con fuerza a él, otra vez dueña de mí.

¡Qué tonta había sido al perder toda esperanza por su marcha!

Podía volver a la casa sobre el Dora cuando quisiera, a diferencia de los tíos, que ya no tenían esa posibilidad. La misteriosa sensación se reavivó en mí; ahora ardía más que las quemaduras que tenía en mi piel y por fin la reconocí: ¡era indignación! La furiosa y legítima indignación que uno siente ante una injusticia. Mi padre había vuelto de Suiza, mi madre en las últimas horas había estado más cerca de mí de lo que nunca había estado. ¡Qué suerte tener unos padres y qué injusto que Fulvio ya no los tuviera! No podía hacer nada para cambiar la situación, pero, aun así, sentía el ardiente impulso de corregir ese error del destino.

Ahora comprendía a la perfección lo que había impulsado a mi primo a desobedecer a la tía abuela para apoyar el movimiento obrero, aunque, como había destacado el abogado Ferro, no tuviera el temple de un guerrero.

Siempre había sentido una gran admiración por mi primo, pero hasta ese momento no me había sentido tan orgullosa de él.

Capítulo 27

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —le preguntó mi padre a la tía abuela la noche antes de irse mientras estábamos cenando. Desde que había encontrado trabajo en Zúrich y su situación económica había mejorado, papá no perdía la ocasión de hacerle a la tía abuela esa misma pregunta.

—No necesito nada, querido Luciano —respondía ella invariablemente—. ¡Ya haces más que suficiente por todos nosotros!

Aquella vez, cuando mi padre le formuló la pregunta de rigor, todos dejamos de hacer repiquetear los dientes de los tenedores en los platos a la vez, para que ella pudiera anunciar con la debida solemnidad su amable rechazo de siempre.

—Gracias, Luciano; de hecho, hay dos cosas que podrías hacer por mí, si no es mucha molestia.

Como si obedecieran a una coreografía durante mucho tiempo estudiada, la tía abuela y papá se levantaron de la mesa en sincronía y se encaminaron hacia la cocina. Oímos el golpe de la puerta trasera; fueran cuales fueran las dos peticiones que la tía abuela quería hacerle, solo sería testigo de ellas Madama Dora. Regresaron una media hora después, con dos sonrisas cómplices y satisfechas, las primeras que nuestra casa veía en mucho tiempo.

Papá se marchó de nuevo a la mañana siguiente, con la promesa de regresar a finales de julio para pasar con nosotros todo el mes de agosto. Cada uno de nosotros volvió así a sus propias ocupaciones, acompañado por el silencio que siempre afligía a nuestra casa después de un acontecimiento poco propicio: yo me puse a leer los libros sugeridos por el abogado Ferro donde los había interrumpido, Fulvio se lanzó de cabeza

a la preparación del ya inminente examen de fin de estudios y mamá volvió a sacar brillo de manera obsesiva a las habitaciones, sin descuidar el cuarto ahora vacío de su hermana.

En cuanto a mi tía abuela, también ella, al menos aparentemente, volvió a sus cosas de siempre: salía a hacer la compra, acudía a misa y una vez al mes visitaba a esos primos suyos que yo no conocía y con los que pasaba todo el día. A veces me acompañaba a la biblioteca, aunque, por desgracia, no a ver al abogado, que, como el verano anterior, se había ido de vacaciones.

Aunque la rutina de la tía abuela no había cambiado, a veces captaba en su rostro una sonrisita de satisfacción, como de quien está tramando algo, así que discretamente empecé a no perderla de vista y me di cuenta de que a menudo deambulaba por las habitaciones sin ningún propósito aparente, mirando a su alrededor como si las visitara por primera vez y, cuando yo la distraía de su deambular anunciándole la llegada de alguna visita, ponía los ojos en blanco y resoplaba.

La tía abuela escuchaba las historias de los habitantes de las casas quejumbrosas con una impaciencia mal disimulada y, a veces, incluso se burlaba o negaba contrariada con la cabeza.

Su comportamiento llegaba al colmo de la extrañeza cuando, a mitad de semana, se ponía uno de sus vestidos «de domingo» y salía de casa sin decir adónde iba ni permitir que nadie la acompañara. A pesar de su ropa festiva, no iba a la iglesia, de eso estaba más que segura: la tía abuela nunca se perdía un servicio dominical, pero se abstenía decididamente de los de entre semana, que, en su opinión, eran cosa de viejecitas irritantes.

—Nuestro Señor tiene mucho que hacer —me había explicado— y no hay que molestarlo más de lo necesario. Si ha inventado el domingo es precisamente para escuchar nuestras quejas en un único día, dejándose libre el resto de la semana para ocuparse de asuntos más importantes, como la pobreza y las enfermedades. Si esas ancianas a las que les gusta perder el tiempo y que han decidido redimirse de las fechorías de toda

una vida en sus últimos años no lo tuvieran constantemente ocupado, ¡en este mundo las cosas irían mucho mejor!

Una vez, antes de que saliera de punta en blanco, le pregunté si iba a visitar una casa quejumbrosa sin mí.

—¿A ti qué te importa? —respondió—. ¡A estas alturas ya no serías capaz de oír ni media corriente de aire!

Había eludido la pregunta, pero yo ya sabía la respuesta: si le costaba soportar pasar unos minutos en el salón con los habitantes de las casas quejumbrosas, era imposible que se molestara con las visitas a domicilio. Por el contrario, cada vez con más frecuencia me pedía que despidiera a sus visitantes antes de que cruzaran el umbral.

—Diles que estoy ocupada o que me duele la cabeza. Diles lo que quieras, ¡basta con que me libres de ellos de manera educada!

Tras la muerte de la tía Maddalena, el silencio tuvo la amabilidad de no entretenerse demasiado tiempo en nuestras habitaciones; de hecho, salió por patas, dando paso a una gloriosa algarabía, en cuanto Fulvio nos comunicó que había aprobado el examen de fin de estudios con la excelentísima puntuación de cincuenta y seis sobre sesenta. En el colmo de la felicidad, la tía abuela le permitió celebrar el acontecimiento invitando a todos sus compañeros para festejarlo en el salón de la casa sobre el Dora.

—Una fiesta le sentará bien a todo el mundo —afirmó—, ¡sobre todo a esta pobre casa, que no ha visto un poco de alegría desde hace mucho tiempo!

Al día siguiente, mientras las obras rugían haciendo vibrar los cristales de las ventanas, la tía abuela y mamá se afanaban en limpiar la casa de las consecuencias de los festejos. Ya habían sacado brillo a los suelos del salón y se disponían a descolgar las cortinas, que olían a humo de cigarrillo y necesitaban ser lavadas de inmediato. Mi madre, en lo alto de la escalera de mano, iba soltando los ganchos de una cortina; la tía abuela, desde abajo, le gritaba las instrucciones, como si mamá fuera un marinero encaramado al mástil de un velero y ella, un oficial de a bordo dándole indicaciones para izar una

vela.

Mientras yo disfrutaba, bastante divertida, de aquellas maniobras náuticas, oí sonar el timbre y salí corriendo a abrir.

—Buenas tardes, querida —me saludó el hombre con bigote que hacía aproximadamente un año había visitado a la tía abuela y de quien ella se había librado antes de que le sirviera el café—. ¿Puedo ver a la señora, si es tan amable?

Le rogué que esperara y fui corriendo hacia mi tía abuela.

—Un caballero pregunta por ti —le dije.

—No tengo ganas de ver a nadie —me contestó ella molesta —. Dile que estoy ocupada.

—¿Ni siquiera quieres saber quién es? —le preguntó mi madre desde lo alto de la escalera.

—Es el señor del bigote —le expliqué—. El que vino aquí una vez y…

—¡A ese quiero verlo! —exclamó, dejando a mi madre plantada arriba en la escalera, cargando ella sola varios metros de tela—. Sujeta todo el dobladillo —me ordenó mientras zapateaba hacia la puerta.

Me di cuenta al vuelo de que esa orden solo pretendía mantenerme alejada de su conversación con el hombre del bigote, pero lo acepté poniendo al mal tiempo buena cara; no podía negarme a una tarea doméstica, por ficticia que fuera, alegando como motivación que quería espiar algo que no era de mi incumbencia.

—¡Es un placer volver a veros! —oímos atronar a la tía abuela.

—¡Mira cómo grita! —suspiró mi madre desde arriba de la escalera—. ¡Ya está más sorda que una tapia!

—¡Sígame al comedor si no le importa! —volvió a berrear —. Estaremos más tranquilos.

Oímos la puerta del comedor cerrarse con un ruido sordo y, luego, nada más.

Capítulo 28

—¡Venid aquí! —nos llamó a capítulo la tía abuela—. ¡Venid a ver qué maravilla!

Acababa de regresar de una de sus misteriosas salidas vestida de domingo; todos corrimos hacia la entrada, seguros de que por fin nos daría una explicación que aclarara todas las cosas extrañas que habíamos observado aquellas últimas semanas.

Llegamos a la puerta todos al mismo tiempo y dirigimos nuestras voraces miradas hacia ella, quien, en vez de darnos la respuesta que estábamos esperando, nos miró uno a uno y luego se echó a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes? —soltó mi madre.

—¿Por qué gritas así, querida Bianca? —le contestó seráfica —. ¡No estoy sorda!

Estábamos asombrados. Que los ancianos sordos afirmen que nos oyen perfectamente es algo bastante común, pero la tía abuela nunca había negado su creciente sordera.

Mientras intentábamos comprender su reacción, la tía abuela se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo de las orejas.

—¡Son audífonos! —exclamó Fulvio, revelándome el nombre de los dos pequeños objetos metálicos que le brillaban detrás de las orejas.

—Son una maravilla, ¿sabéis? Vuelvo a oír todos los ruidos, ¡incluso los más débiles! Turín se ha vuelto muy ruidosa en los últimos tiempos, ¿os habéis fijado?

—Así que, cuando salías de casa toda bien vestida…

—Sí, Bianca, iba al médico de los oídos. ¡Una verdadera eminencia! Fue tu Luciano quien me lo encontró y… —dijo bajando la mirada incómoda— para ajustar cuentas.

Me acordé de la noche anterior a la partida de mi padre,

cuando la tía abuela y él se acercaron juntos a la orilla del Dora para que ella pudiera hacerle dos peticiones. El audífono debía ser una de ellas, pero ¿cuál sería la otra?

—Me alegro mucho de que Luciano haya hecho eso por ti —sonrió mi madre—, ¡lo que no entiendo es por qué nos lo has ocultado todo!

—Es verdad —intervino Fulvio—, ¿qué había de malo en decirnos que estabas yendo a ver a un especialista?

—Vaya, ¿os he tenido preocupados? —se burló—. ¡No creo! Tan solo estabais curiosos como gatos y ha sido divertido veros estrujaros las meninges, pero no lo mantuve en secreto por esto.

—¿Por qué lo hiciste, entonces?

—¡Ya sabes cómo soy, Bianca! —dijo encogiéndose de hombros—. No me fío de las cosas modernas. Si ese gran médico no hubiera podido hacer nada para despertar mis duros oídos, me habría decepcionado y no quería que vosotros también os sintierais igual.

—Lo entiendo —concedió mi madre a regañadientes, rompiendo filas y batiéndose en retirada hacia la cocina.

—¡Venga, marchaos vosotros también! —nos instó la tía abuela en tono alegre—. No os quedéis ahí pasmados, volved a vuestros asuntos.

Nuestra tía abuela atravesó el salón y subió las escaleras cantando. Fulvio y yo la seguimos con la mirada hasta que lo único que quedó de ella fue un canturreo lejano. Ahora que podía oír bien, ya no desafinaba tanto.

Tras la revelación del audífono, terminaron las excursiones de la tía abuela vestida de domingo, pero no desapareció su extraña costumbre de deambular por las habitaciones de la casa con aire soñador, acariciando muebles y objetos decorativos.

La tía abuela también hizo hincapié con la máxima claridad en que no deseaba recibir más visitas, salvo el hombre bigotudo, a quien debíamos hacerlo pasar siempre al comedor y nunca al salón.

Empecé a especular con que el hombre bigotudo tenía algo que ver con la segunda petición que mi tía abuela le había

hecho a mi padre, pero muy pronto se demostró que estaba equivocada. De hecho, la verdad llegó precisamente con él, a su regreso de Suiza para las vacaciones de verano.

Era una bochornosa tarde de finales de julio; las obras crepitaban y masticaban a todo volumen y nos protegíamos del estruendo y del polvo manteniendo las ventanas cerradas.

—Las obras están cada vez más cerca —constató mi padre, observando el último de los altos y recientes edificios, cuya estructura aún inacabada proyectaba una sombra oscura sobre nuestro jardín—. ¡Esperemos que no construyan nada más!

—Ya no tienen más espacio—comentó mi madre con seguridad—. ¡No pueden construir nada más, a menos que lo hagan encima de nuestra casa!

La cuestión de la obra volvió a surgir al día siguiente, durante el almuerzo.

—¡No podemos quedarnos aquí más tiempo! —estalló papá, dando un manotazo sobre la mesa y haciendo saltar el plato de pasta—. Este calor es sofocante, ¡y ni siquiera podemos abrir las ventanas debido al estruendo y al polvo!

—No te preocupes —intervino Fulvio—. El año pasado, en agosto, todo se detuvo.

Dejamos de enrollar la pasta por un momento; había pasado, por tanto, más de un año desde que las obras nos habían brindado sus primeros rugidos.

—Tenemos que marcharnos de aquí un tiempo —declaró papá.

Ante aquella inesperada afirmación, Fulvio, mamá y yo nos miramos consternados: abandonar la casa sobre el Dora era algo impensable para nosotros, un paso que solo podía darse en caso de muerte, como les había ocurrido a mis tíos, o de extrema necesidad, como había sido el caso de mi padre. Por lo demás, ¡los habitantes de la casa sobre el Dora nos quedaríamos en la casa sobre el Dora! Es cierto que Fulvio se había ausentado unos días durante la ocupación de la Fiat, ¡pero a su vuelta la tía abuela le cantó las cuarenta!

—Podríamos pasar unas semanas en la playa —continuó papá, ajeno a nuestro desasosiego—. Buscaré un hotelito acogedor o una casita para alquilar y disfrutaremos de unas

semanas de vacaciones.

Oí que los labios de mi madre emitían un ligero chasquido, como si estuvieran a punto de dar a luz una objeción, pero no pronunciaron ni una sílaba.

—Cambiar de aires nos vendrá bien a todos, ¿no os parece? —nos espetó papá, asombrado por nuestro silencio.

Mamá, Fulvio y yo nos volvimos a la vez hacia la tía abuela, confiándole tácitamente la misión de responder.

—¡Oh, Luciano, te estoy muy agradecida! —nos descolocó ella—. Alejarnos un tiempo nos ayudará a aclarar las ideas y a levantar el ánimo.

Alejarnos.

Yo había pasado todos los días y las noches de mi joven vida en la casa sobre el Dora. Las familias de mis compañeros de clase pasaban las vacaciones en la playa, en la montaña o en el campo, con sus abuelos, ¡pero nosotros, los de la casa sobre el Dora, no! Nosotros no podíamos alejarnos, éramos víctimas de una especie de hechizo: el que Catlina había lanzado sobre la tía Maddalena, que no podía ni moverse ni que la dejaran sola. Ahora que Catlina se ha ido llevándose consigo a la tía, el hechizo se había roto, dejándonos la libertad de alejarnos, como todo el mundo.

—¡Has tenido una muy buena idea, Luciano! —exclamó contenta la tía abuela, empezando a recoger la mesa. Los pillé a ambos mientras intercambiaban una fugaz mirada de aquiescencia y comprendí entonces cuál era la segunda petición que la tía abuela le había formulado a papá a orillas del Dora: unas vacaciones para toda la familia o, al menos, para los miembros que quedábamos.

Durante los días siguientes, la actitud alegre y resolutiva de la tía abuela acabó con todas nuestras resistencias y nos dejamos arrastrar por los preparativos de nuestra partida, algo que recuerdo como una experiencia caótica y electrizante.

Viajamos en tren, en un compartimento de segunda clase que llenamos con las maletas, las provisiones y nuestra recobrada algarabía. Nos ayudaban a mantener un buen nivel de jaleo la gata Stèila y dos de sus cachorros, Friciulin y Ninìn,

para los que aún no habíamos encontrado dueño. Encerrados en los transportines de viaje que mi padre había comprado para la ocasión, los gatos maullaban aterrorizados; nunca, en el transcurso de cada una de sus siete vidas, podrían haber imaginado que los arrancarían de la casa sobre el Dora y, en esto, tengo que reconocerlo, no eran en el fondo tan diferentes a mí.

Capítulo 29

Papá había alquilado una pequeña villa de estilo modernista encaramada en la colina de Alassio, un edificio con grandes ventanales de cristales multicolores que alegraban la fachada gris. El interior de la casa debió de ser elegante en su día, como atestiguaban algunos muebles antiguos de cierto valor, obligados a convivir con muebles modernos y vulgares. Lo que más me gustó de aquella casa fue el jardín trasero, que ocupaba un terraplén construido a lo largo de la pendiente de la colina, desde la que se disfrutaba de la vista del mar. Al atardecer, después de haber pasado el día en la playa, aturdidos por el sol y con la piel toda cubierta de sal, nos sentábamos en un largo banco de piedra y dejábamos vagar la mirada por la extensión azul del mar, disfrutando del chillido de las gaviotas y del aroma de los pimenteros. Sentados unos al lado de otros, no podíamos mirarnos a la cara, pero podíamos oír mutuamente el zumbido de nuestros pensamientos, a la espera de que uno de nosotros tuviera por fin el valor de pronunciar las palabras que sentíamos cernirse sobre nuestro silencio y que pronto se derrumbarían encima de nosotros. Todavía no sabíamos cuáles iban a ser ni quién las pronunciaría, pero sentíamos su peso: las palabras no dichas son mucho más ruidosas que las gritadas.

Esas palabras, o al menos una parte de ellas, llovieron sobre mí una tarde en la que ni una gota de agua había tocado el suelo, pero las oscuras nubes de alrededor y el vuelo bajo y agitado de las gaviotas desaconsejaban aventurarse a la playa. Mis padres y mi tía abuela decidieron hacer de tripas corazón, concediéndose una larga siesta; Fulvio, en cambio, había salido a explorar los alrededores, decidido a encontrar un pasatiempo para él y para mí.

—El vecino me ha dicho que a cuatro pasos de aquí hay una

biblioteca —me comunicó tras el breve recorrido de reconocimiento—. Se llama la Biblioteca Inglesa; ¿echamos un vistazo?

Acepté con entusiasmo, ya que los libros que había metido en la maleta hacía días que los había terminado. Nos encaminamos a una carretera bordeada por pinos marítimos que se asomaban desde las verjas de espléndidas casas de principios de siglo, cada una de ellas semejante a las demás y, sin embargo, todas dotadas de sus propias peculiaridades, como la forma afilada del tejado, la rejería con paneles o las ventanas con parteluz de inspiración gótica. Cada construcción, ya fuera grande o pequeña, parecía estar concebida para hacer felices a sus habitantes y, sobre todo, para hacerlos sentir especiales, como la casa sobre el Dora, pese a carecer de adornos y florituras, me hacía sentirme especial a mí.

—El vecino me ha explicado que estas son las casas de los ingleses —comenzó a explicar Fulvio con el tono alegre y algo autocomplaciente del joven profesor en el que se convertiría pronto.

—En la segunda mitad del siglo XIX, los ingleses empezaron a veranear aquí, en Alassio, y a algunos de ellos les sentó tan bien que trasladaron aquí su residencia permanente. Los ingleses no solo construyeron las hermosas casas que ves, sino también hoteles, clubes deportivos e incluso la iglesia de allí —me dijo mientras señalaba una pequeña iglesia de arquitectura sencilla y armoniosa, rodeada por una extensión de césped de un hermoso jardín.

—¿Por qué los ingleses construyeron una iglesia, con todas las que hay por aquí? —le pregunté.

—Las iglesias de aquí son católicas, ellos necesitaban una iglesia anglicana.

—¿Y qué diferencia hay?

—Hay mucha diferencia —zanjó el tema sin añadir nada más, señal inequívoca de que no tenía ni la más remota idea y de que no le apetecía admitirlo—. Desgraciadamente, en los años treinta —dijo cambiando de tema—, en 1936, creo que dijo nuestro vecino, Mussolini decidió que los británicos ya no

eran bienvenidos y los echó, así que tuvieron que dejar sus hogares y la vida que habían construido aquí y regresar a toda prisa a Inglaterra.

—Es muy triste —le dije, imaginando la pena que debieron de haber sentido los británicos al abandonar un sitio tan hermoso y unas casas tan bonitas.

—Ven, la biblioteca está al lado de la iglesia.

Fulvio me cogió de la mano y, tras cruzar el parquecito, me condujo hacia una puerta lateral. Nos encontramos en una sala no muy grande, pero repleta de cientos de volúmenes que exhalaban el reconfortante aroma del papel impreso y de las historias que atraviesan el tiempo. Una joven señora rubia, sentada detrás de una mesa, nos saludó con un delicioso acento extranjero. Le devolvimos el saludo y nos acercamos a una de las estanterías, dejando nuestras ansiosas manos libres para rebuscar entre los volúmenes.

—¿Cómo no lo habré pensado antes? —exclamó Fulvio, palmeándose la frente con un fuerte chasquido. Ante ese inesperado ruido, la bibliotecaria rubia primero se sobresaltó y luego soltó una risita.

—¿Qué pasa? —le pregunté a mi primo.

—¡Que los libros de aquí están en inglés! —me explicó con amargura.

—En efecto, así es —confirmó la bibliotecaria mientras se aproximaba a nosotros—, los libros de la Biblioteca Inglesa están escritos en inglés.

Me sentí decepcionada y defraudada por la tarde de lectura que Fulvio me había prometido atolondradamente y le exigí que me compensara.

—Tú has estudiado inglés; ¡elige un libro y léemelo! —le insté.

—He estudiado algo de inglés, es verdad —confirmó—, pero no sería capaz de leer un libro entero.

—Depende del libro —dijo la bibliotecaria, eligiendo para nosotros un volumen de la estantería—. Probad con este —dijo entregándonoslo.

Winnie-the-Pooh, de A. A. Milne, leí en la portada. Fulvio abrió el volumen; las páginas amarillentas y algo desgastadas

estaban repletas de dibujos de animales. La historia parecía haber sido pensada para niños de edad inferior a la mía, pero, como me había dicho en cierta ocasión el abogado Ferro: «¡Nunca se es demasiado mayor para leer una buena historia!».

—Podéis leer en el jardín —nos sugirió la bibliotecaria—; hoy corre una agradable brisa fresca y parece que, al final, no va a llover.

Seguimos su consejo y nos sentamos en un banco vigilado por un gran árbol. Fulvio apoyó el libro en su regazo, para que yo pudiera ver las imágenes, y comenzó a traducir con mucho empeño la historia de Winnie the Pooh y de su amigo, el niño Christopher Robin. De vez en cuando dudaba sobre el significado de alguna palabra y probablemente se inventó frases enteras, dejándose guiar por las imágenes, pero, a pesar de las dificultades de traducción, la historia terminó demasiado rápido. Como ninguno de los dos parecía tener ganas de regresar a casa, nos quedamos sentados, disfrutando de la fresca brisa y escuchando el estruendo de los truenos en la distancia.

De repente, en medio del crujido del follaje, tuve la impresión de captar ese mismo débil chirrido de mudas reflexiones que percibía al atardecer, cuando estábamos todos juntos mirando el mar, sentados en nuestro jardín.

—¿En qué piensas? —me armé de valor para preguntarle.

—En nada —me respondió.

Seguimos un rato más en silencio, pero mi pregunta había sacudido las palabras que llevaban tanto tiempo en vilo.

—Estoy pensando en el futuro —prosiguió, mirando a un punto impreciso delante de él—. En mi futuro como maestro.

—¿Estás contento de empezar a enseñar?

—Sí, solo que me gustaría seguir el consejo del abogado y no creo que pueda hacerlo —me explicó—. ¿Recuerdas cuando dijo que como maestro tendría la oportunidad de enseñar a mis alumnos a llegar a ser individuos pensantes y felices?

—Sí —confirmé.

—Me han hablado de algunas pequeñas poblaciones que han crecido en las inmediaciones de grandes fábricas o explotaciones mineras, lugares aislados donde los habitantes

son en su mayoría obreros o mineros, zonas de las que suelen adueñarse la miseria y la ignorancia; los niños van a la escuela como en toda Italia, por supuesto, pero es difícil que los maestros se queden mucho tiempo y las cátedras permanecen vacantes durante años. Los colegiales se ven así obligados a pasar de un sustituto a otro, sin encontrar un punto de referencia estable.

—Y te gustaría…

—¡Convertirme en ese punto de referencia! Por desgracia, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque, como te he dicho, son pueblos aislados, muy dispersos, y tendría que trasladarme allí.

—¿Quieres marcharte de la casa sobre el Dora? —le pregunté preocupada.

—Me gustaría, pero no puedo dejar sola a la tía abuela, después de todo lo que ha hecho por mí y por mis padres.

Su voz se había debilitado y vibraba de tristeza. Y en ese momento fui consciente de que, aunque la idea de que abandonara nuestro hogar me dolía, no podía oponerme a su deseo, más bien tenía que animarlo.

—La tía abuela no se quedaría sola —intenté tranquilizarlo —, mamá y yo viviríamos con ella y durante las vacaciones papá y tú también estaríais con nosotras.

Fulvio se volvió hacia mí y esbozó una sonrisa tensa, de la que parecía querer escaparse una palabra, pero se quedó atrapada.

—Vamos a devolver el libro y luego regresamos a casa — dijo al final.

Caminando hacia la villa, me repetí a mí misma que no tenía motivos para estar triste: Fulvio dejaría la casa sobre el Dora para trabajar lejos, como había hecho mi padre, pero, al igual que él, volvería a menudo a visitarnos. No importaba, me decía, cuánto se alejaran de mí las personas a las que quería; lo esencial era que siempre tuvieran un lugar querido al que regresar, donde yo los esperaría con alegre impaciencia.

Las tardes siguientes, cuando nos sentábamos en el banco del

jardín, ya no temía las palabras que se cernían sobre nuestro silencio; yo ya las conocía y sabía que sería Fulvio quien las pronunciaría; es más, estaba dispuesta a apoyar su plan en cuanto alguien pusiera objeciones.

Una de las últimas tardes de las vacaciones, escuché un largo y profundo suspiro que emergía de nuestra tranquila y regular respiración, uno de esos suspiros que preceden a una conversación complicada.

Dirigí mi mirada hacia Fulvio, pero su rostro, que podía ver de perfil, estaba tan estático como un viejo retrato.

—Tengo algo muy importante que deciros —me sorprendió una voz en el extremo opuesto del banco. Era la tía abuela quien había hablado.

Como ocho canicas negras en un plano inclinado, nuestras pupilas rodaron en su dirección.

—He tomado una decisión importante —empezó—, una decisión que hace solo unos meses me habría parecido absurda, pero que ahora me parece la única posible.

La tía abuela soltó otro larguísimo suspiro y, en ese breve espacio de tiempo, nadie tuvo la lucidez de respirar.

—Quiero vender la casa sobre el Dora —soltó, cortándome la respiración y obligando a mi corazón a palpitar con rápidos latidos—. A menos que —continuó— sintáis que aún la necesitáis; en ese caso, podréis quedaros allí el tiempo que queráis y yo estaré encantada de quedarme con vosotros.

Ante estas nuevas palabras, mi corazón relajó sus pulsaciones. ¡Claro que seguíamos necesitando la casa sobre el Dora! ¿Dónde íbamos a vivir, si no era allí, mi madre y yo?

—Me apena que quieras vender la casa —murmuró mi madre y yo me volví al instante hacia ella, cargada de expectativas, saboreando su firme oposición a esa absurda decisión—, pero entiendo que es demasiado grande solo para Fulvio y para ti.

¿Solo Fulvio y ella?

—Tú, Fulvio, ¿qué dices? ¿Te parece bien que venda la casa? —le preguntó la tía abuela.

Fulvio la miró desconcertado y luego sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió—; tú y yo no sabríamos qué hacer con todas esas habitaciones.

—¿Tú y yo? —se rio la tía abuela—. ¡Solo yo, en todo caso! No creo que quieras quedarte a vivir con una anciana, seguro que tienes otros planes.

—De hecho, así es —admitió—, pero la tía Bianca y Dora pronto se mudarán a Suiza con el tío Luciano y yo no quiero dejarte sola.

¡Estas eran las palabras que llevaban días rondando sobre mi cabeza y que por fin se habían abatido sobre mí!

Habría querido protestar, pero mis labios permanecieron sellados, al contrario que mis ojos, que por fin lo veían todo con claridad: ahora que mamá ya no tenía que cuidar de su hermana, era libre de reunirse con papá, y yo no podía hacer otra cosa que seguirla.

—A mí no me molesta la idea de vivir sola —prosiguió la tía abuela—; he sido feliz viviendo con vosotros y con los queridos Maddalena y Bruno, pero reconozco que a veces he deseado estar sola un tiempo. Gracias a Dios, aún gozo de buena salud, pero podría llegar pronto el día en que tenga que pedir vuestra ayuda y…

—¡Y te ayudaremos sin dudarlo! —se apresuró a decir mi padre—. Puedes venir a vivir con nosotros a Zúrich.

—O conmigo, dondequiera que viva —añadió Fulvio.

—Estoy segura de ello y os lo agradezco de todo corazón, pero, hasta que no sea necesario, me gustaría disfrutar de un poco de soledad.

Las gaviotas chillaban, lanzándose colina abajo, y volvían a subir tras dar bruscos giros. Nosotros cinco seguíamos sentados unos junto a otros, mirando el azul del mar que lentamente se desvanecía hacia un gris pálido.

—¿Dónde te gustaría ir a vivir? —rompió el silencio mi madre.

—Quiero marcharme de la ciudad, ya no soporto el cemento ni el jaleo.

—¿Quieres marcharte de Turín? —se sorprendió Fulvio.

—¿Por qué no? No soy un árbol, no tengo raíces.

—¿No te importa dejar tu trabajo?

—Oh, Fulvio, limpiar las casas quejumbrosas nunca ha sido un verdadero trabajo —admitió por primera vez.

—¿Y qué será de tus clientes? —volvió a preguntar Fulvio —. Te preocupabas mucho por esa gente.

—Tendrán que apañárselas solos —atajó—; llevo más de medio siglo cargando con sus remordimientos, resentimientos y rencores y, francamente, ya no puedo más. Las corrientes de aire son como los niños: cogen una rabieta para hacerse notar, pero, si no se les presta atención, se callan. Bueno, ¡pues he decidido no escucharlas más!

—¿Quieres volver a tu pueblo en el Monferrato? —le preguntó papá, para llevar de nuevo la conversación a un nivel terrenal.

—En realidad, me gustaría vivir aquí, en la costa, en un lugar agradable como este; de hecho, tal vez podría quedarme aquí mismo, en la villa.

—Me temo que no te lo puedes permitir —objetó papá.

—Pues claro que sí, con las ganancias de la venta de la casa sobre el Dora.

—La casa sobre el Dora no vale tanto —intervino mamá—. Suponiendo que puedas venderla, ¿quién querría hacerse cargo de una ruina?

—¡No permitiré que hables así de nuestra casa! —La tía abuela se puso en pie de un salto, furiosa—. La casa sobre el Dora se ha portado muy bien con todos nosotros, velando por nuestras vidas sin pedir nada a cambio, pero a estas alturas ha visto ya demasiadas cosas y está agotada. Las casas también se cansan, ¿sabéis?

—A todos nos encanta nuestra casa —intentó tranquilizarla Fulvio—, le tenemos muchísimo cariño, pero no tiene el mismo valor para el resto del mundo, especialmente ahora que esos horribles bloques de pisos la están asfixiando.

—Tienes razón —admitió sin reservas—, la casa en sí no vale nada, pero por el terreno en el que se encuentra están dispuestos a darme mucho dinero.

—¿De quién estás hablando? —se animó mi padre levantándose a su vez—. ¿Quién estaría dispuesto a pagar esta suma considerable?

—El hombre del bigote… —susurré, presa de una intuición.

—¿El caballero bien vestido al que recibes en el comedor? —captó al vuelo mi madre.

—Exactamente —confirmó la tía abuela—. Se trata de uno de los socios de la inmobiliaria que está construyendo los edificios en las orillas del Dora. Vino a verme por primera vez el verano pasado y ha vuelto dos o tres veces más, con ofertas cada vez más generosas, pero yo siempre lo despedí, dejándole marchar con las manos vacías.

—¿Por qué nunca nos lo has contado? —le instó mi padre.

—¿Con qué fin? ¡Jamás habría vendido la casa, obligando a la pobre Maddalena a mudarse en su estado!

Papá asintió humillado y volvió a sentarse.

—Además —prosiguió la tía abuela, volviendo también ella a sentarse—, me repugnaba la idea de vender nuestra casa a gente que quería demolerla.

—¿Demoler nuestra casa? —Intenté saltar del banco, pero Fulvio me sujetó por una manga y me obligó a permanecer sentada.

—Sí, querida, quieren derribar la casa sobre el Dora para construir otro bloque de pisos en su lugar —me explicó girándose hacia mí—; por eso están dispuestos a pagarme mucho más de lo que vale.

—Qué suerte, ¿no? —preguntó mi madre, probablemente más para sí misma que para la tía abuela.

¿Suerte? ¿Cómo podía hablar de suerte cuando nuestra casa estaba a punto de ser arrasada?

—¡Tenemos que celebrarlo! —propuso mi padre levantándose—. ¡Esta noche os llevaré a todos a cenar a un sitio bonito!

Fulvio y mis padres volvieron a entrar en casa, y mi tía abuela y yo nos quedamos un poco más frente a la extensión gris plata del mar.

—Créeme, Dora, es mucho mejor que la casa sobre el Dora sea destruida —volvió a hablar tras un largo silencio—. Incluso si no hubiera encontrado un comprador, no me habría quedado a vivir en un lugar con el que Catlina se ha familiarizado tanto. Con nosotros se encuentra a su aire, está de lo más cómoda en

nuestro sofá y estoy segura de que, si me quedara a vivir allí, volvería a visitarme pronto. Y, si me fuera sin venderla, ¿qué sería de la casa sobre el Dora? Vacía y abandonada a su suerte, se desmoronaría ladrillo a ladrillo. Si pudiera hablar, estoy segura de que la casa también elegiría un final rápido en vez de una larga agonía.

Sus palabras no me sirvieron de consuelo y escondí la cara entre las manos.

—Sé cómo te sientes —dijo acariciándome la cabeza—. Naciste en la casa sobre el Dora y es como un nido para ti, pero, si quieren volar, todos los pajaritos tarde o temprano tienen que abandonarlo.

Capítulo 30

—No está en casa.

—¡Inténtalo de nuevo! —le imploré.

—No, Dora, me he gastado el dedo en este timbre, ¡por no hablar de mis orejas! Pronto saldrá uno de los vecinos para pedirnos que paremos.

La tía abuela buscó mi mano y la aferró.

—Tenemos que irnos, querida. Le escribirás en cuanto os hayáis instalado en vuestro nuevo hogar. Quién sabe, tal vez haya alargado sus vacaciones. —La tía abuela tiró de mí hacia las escaleras, pero yo me quedé clavada en mi sitio con firmeza —. ¡Muy bien! —se rindió a mi resistencia—, llamaré una vez más, pero ¡esta será la última!

La tía abuela puso el dedo en el timbre y lo mantuvo pulsado: el zumbido de un enorme insecto eléctrico flotó en el aire.

—Si estuviera en casa, oiría este follón —dijo buscando mi mirada con la esperanza de encontrar un rastro de rendición.

El dedo de la tía abuela se separó del timbre y el silencio volvió a apoderarse del viejo edificio.

—Lo siento mucho, querida —dijo ofreciéndome su mano, que estreché sin aspavientos.

Estábamos a punto de bajar el primer escalón cuando oímos que una llave giraba en el ojo de la cerradura y emitía un chirrido estridente que a mí me pareció el más melodioso de los sonidos. La llave giró varias vueltas más hasta que soltó un chasquido metálico antes de reanudarse el chirrido en un tono más agudo. Nos quedamos escuchando, una tras otra, la apertura de tres o cuatro cerraduras, cada una de ellas ruidosa y molesta de una manera particular. La puerta se abrió ligeramente por fin y, a través de la rendija, se asomó el rostro de la asistenta, quien nos sonrió con naturalidad, como si la

puerta se hubiera abierto al primer timbrazo y no tras una sinfonía de varios minutos.

—¿Qué tal, Marianna? —la saludó la tía abuela, tratando de mostrarse imperturbable—. Hemos venido a visitar al abogado.

Marianna siguió sonriendo sin despedirse de nosotras ni invitarnos a pasar.

—El abogado no nos espera —se sintió obligada a precisar —, pero se trata de una circunstancia bastante excepcional.

Marianna abrió la puerta por completo y, sin decir ni una palabra, se fue por el pasillo. La tía abuela y yo la seguimos, guardando el mismo silencio. La mujer dio un par de golpecitos a la puerta de la biblioteca, esperó unos instantes una respuesta que no llegó y la empujó suavemente. Vimos desaparecer su cabeza tras la puerta, entreabierta lo justo para permitirle realizar aquella operación. Permaneció así unos instantes, con el cuerpo en el pasillo y la cabeza en la estancia, sin pronunciar una sola sílaba.

—¡Claro, Marianna, hazlas pasar! —oímos que respondía el abogado Ferro, como si Marianna le hubiera hecho una pregunta concreta, lo que probablemente había hecho, aunque a través de un código desconocido para nosotras que no contemplaba la emisión de sonidos.

La mujer se dio la vuelta y nos indicó que entráramos.

—¡Bienvenidas, queridas mías!

El abogado estaba sentado en su sillón de lectura, con un libro entre las manos y una manta escocesa en el regazo, pese a la temperatura aún veraniega.

—No las esperaba —puntualizó en un tono amable aunque impregnado de la curiosidad de quien se siente con derecho a recibir una explicación.

—Perdónenos por tan intempestiva visita —se disculpó inmediatamente la tía abuela—, pero, verá, mi sobrina Maddalena nos dejó en el mes de junio y…

El abogado se irguió lentamente del sillón, dejando que la manta escocesa cayera a sus pies.

—¡Oh, lo siento! ¡No lo sabía! Hace ya unos años que perdí la costumbre de consultar las necrológicas; me harté de leer en ellas sobre la muerte de personas más jóvenes que yo —dijo

acercándose hasta la tía abuela con pasos temblorosos—. Mi más sentido pésame —dijo mientras le estrechaba la mano, sacudiéndola enérgicamente, como si estuviera felicitándola en lugar de dándole el pésame—. ¡Créame, estoy consternado! Al ver que ya no venían a visitarme, tendría que habérmelo imaginado y debería haber llamado por teléfono, pero luego me fui de vacaciones y se me pasó; ¡a veces la memoria de un centenario puede fallar! Dora, ¿tú cómo estás? —me preguntó, acercándose a mi mejilla como para besarla, pero susurrándome, en cambio, una nueva pregunta al oído—. ¿Por casualidad has oído…?

El hombre titubeó, pero capté enseguida que quería preguntarme si, tras la muerte de mi tía, se había vuelto a dejar oír la voz de Madama Dora.

—No, nada —lo tranquilicé.

—Ah, mejor… ¡¡Marianna!! —dijo elevando la voz—. ¿Podrías traer un café para la señora y un refresco para la señorita?

Ninguna señal de vida llegó del pasillo.

—Enseguida llegarán —dijo para tranquilizarnos, seguro de que su ama de llaves sería capaz de ejecutar rápidamente aquella orden.

—Pónganse cómodas, queridas mías —dijo antes de recostarse en su sillón de lectura—. Siéntense aquí, delante de mí. De veras, siento mucho su pérdida —añadió.

—Es usted muy amable, abogado, pero el motivo por el que hemos venido a molestarle no es solo nuestro duelo. —La tía abuela buscó mi mirada para animarme a proseguir, pero la bajé, dejándole a ella esa tarea.

—Dora y yo hemos venido a despedirnos porque dentro de unos días dejaremos Turín.

—¡Oh! —se limitó a pronunciar.

—Ahora que Maddalena se ha ido —continuó la tía abuela —, mi sobrina Bianca ya no tiene que ocuparse de ella y, por tanto, es libre de reunirse con su marido en Zúrich.

—Lógico… Lógico… —murmuró—. ¿Y qué me dice del joven maestro?

—Fulvio obtuvo su diploma y solicitó un puesto en una

pequeña población… —La tía abuela dudó un momento tratando de recordar el nombre de su destino—. No lo recuerdo —se rindió—, pero es una pequeña población minera, un lugar donde, según dice mi nieto, las cátedras permanecen vacantes durante mucho tiempo.

—¡Ha seguido su verdadera vocación! —se alegró Ferro—. ¡Bien por él y por sus alumnos! También usted, señora, me decía que tenía la intención de dejar Turín.

—Sí, ahora que mis sobrinos y mis nietos ya no me necesitan, he decidido cambiar de aires.

Mientras tanto, Marianna había entrado en aquella estancia con nuestras bebidas, para marcharse de inmediato.

—¿Y adónde va a ir, si me permite preguntárselo?

—¡A un lugar fantástico! ¡He alquilado una pequeña villa en la costa que es una auténtica maravilla!

—¿Va a quedarse allí sola?

—Quienes no tienen nada que hacer, como yo, siempre encuentran a personas igualmente ociosas con las que relacionarse.

—¡Me alegro por usted! —exclamó.

—¿Y tú, Dora, querida?

El abogado se acordó finalmente de mí. Desde que había cruzado aquella puerta, me había quedado tan silenciosa como una Marianna en miniatura, pero, a diferencia del suyo, mi rostro no sonreía en absoluto.

—¿Te entusiasma la idea de mudarte a Zúrich? Es una ciudad maravillosa, ¿sabes? Estuve allí hace muchos años y la encontré encantadora, con sus campanarios puntiagudos y su magnífico lago. Y luego la biblioteca central es un auténtico espectáculo; recuerdo una sala de lectura iluminada por altísimos ventanales góticos, un auténtico sueño.

Apenas pude esbozar una sonrisa: Zúrich podría tener la biblioteca más hermosa del mundo, pero eso no me compensaría la pérdida de todo lo que hasta entonces había sido mi vida.

—¡Ah, al diablo! —soltó el abogado al constatar que sus desmesurados elogios sobre Zúrich no lograban mitigar mi malhumor—. Tienes toda la razón para estar de morros: ¡ser un

niño es un asco!

La tía abuela dio un brinco de sorpresa, pero él no le hizo caso.

—Dicen que la infancia es la mejor edad, ¡pero eso es solo una tontería! He pasado por todas las etapas de la vida y puedo afirmar que ni siquiera la vejez, con todos sus achaques, es peor que la infancia.

—Pero ¡abogado! —intentó contenerlo la tía abuela.

—Cuando era niño, todos los adultos se tomaban la libertad de darme órdenes y de tomar todas las decisiones en mi nombre —prosiguió implacable—; la infancia fue una época repleta de amarguras y de abusos y pido a Dios que esto no vuelva a repetirse en el desafortunado caso de que un día ya no sea capaz de valerme por mí mismo. No quiero que otros decidan por mí, ni médicos, ni enfermeras, ni confesores. Espero terminar mi larga vida de forma repentina, como algunas hermosas novelas que, en un momento dado, al pasar la página, descubres que han acabado. Al principio te sientes mal, pero luego, cuando vuelves a pensar en ello, te das cuenta de que ese repentino final era el único posible.

La mirada del abogado se topó con la mía, aún enfurruñada, y se dio cuenta de que se estaba yendo por la tangente.

—Pequeña Dora, lo que te está haciendo tu familia es injusto, una auténtica porquería…

—¡Abogado! —volvió a protestar la tía abuela—. Los padres de Dora lo hacen por…

—¿Su bien? —la interrumpió—. Puede, pero, aunque lo hicieran por su mal, la cosa no cambiaría, ¡pues la niña no tendría ni voz ni voto al respecto! Por desgracia, querida Dora, el mundo funciona así: tendrás que hacer lo que te digan y, quién sabe, probablemente todo sea por tu bien. La infancia, de todas formas, es una enfermedad curable de la que pronto te recuperarás y, en cuanto te hayas librado de ella, serás libre de tomar tus propias decisiones. Sin embargo, comprobarás que no es nada fácil decidir por uno mismo, razón por la que muchos adultos no saben tomar más decisión que la decisión de no decidir nada de nada; pero tú no engrosarás ese triste rebaño, amiga mía, porque eres una lectora y los lectores saben

bien que sin tomar partido se interrumpe el flujo del relato. Los lectores tenemos una gran suerte —prosiguió diciendo tras un ataque de tos—; al leer podemos vivir muchas vidas y beneficiarnos de las experiencias de innumerables personajes. Los lectores no nos dejamos perturbar por los acontecimientos, porque sabemos lo que es un giro argumental y lo importante que es para darle ritmo a una historia, y somos capaces de soportar todas las cargas porque nos hemos entrenado soportando las de los personajes que hemos amado: conocemos la desesperación del joven Werther, la sensación de inadaptación de Jane Eyre y el aburrimiento de Emma Bovary. Los lectores sabemos cómo afrontar todos los problemas porque ya los hemos afrontado siguiendo el rastro de tinta trazado por los grandes autores del pasado.

El abogado comenzó a toser de nuevo. Su diminuto cuerpo, empequeñecido por la edad, se agitaba tristemente con cada golpe de tos. Marianna acudió con presteza y le suministró una cucharada de un denso y oscuro jarabe, que calmó de inmediato sus espasmos.

—Yo nunca he leído libros —se inmiscuyó la tía abuela en cuanto el abogado se repuso—, pero, al oírle a usted, casi me dan ganas de intentarlo.

—Si nos hubiéramos conocido hace unos años, querida señora, habría hecho de usted una lectora devota, pero ahora ya es tarde. Tarde para mí —se apresuró a precisar—; ya no tendría tiempo suficiente para guiarla por el sendero de la lectura, pero, si lo desea, puede aventurarse por su cuenta pasito a pasito, una página cada vez.

—Tal vez lo intente.

—Desgraciadamente, Dora, tampoco he terminado contigo mi tarea. Esperaba tener la oportunidad de reunirme contigo unas cuantas veces más y suministrarte otras buenas lecturas, pero tu partida acorta aún más el poco tiempo que creía tener disponible. Pero no te preocupes, hace ya muchos años que no me importa el Tiempo, y, aunque sé que un día me va a ganar la partida, intentaré pillarlo con el pie cambiado mientras pueda adelantar sus jugadas. ¡Marianna! —la interpeló—, ¿quieres coger las cartas en las que he estado trabajando este

verano, si tienes la amabilidad?

Marianna se colocó detrás del escritorio y sacó de un cajón un rimero de sobres atados con una cinta azul, que me entregó.

—Verás, Dora, era para ganarle tiempo al Tiempo… —Se permitió una breve pausa para disfrutar del juego de palabras —. He elaborado un plan que me permitirá seguir persiguiendo el objetivo de convertirte en una gran lectora.

Desaté la cinta y examiné los sobres; había una treintena y en el reverso de cada uno de ellos había una fecha: dos o tres cartas al año durante unos diez años.

—Dentro de cada sobre, encontrarás una lista de novelas pensadas para diferentes momentos de tu vida, pero fíjate bien: los títulos no están ordenados por dificultad creciente, ya sabes que yo no creo en prescribir las historias según la edad, sino que los he pensado según los diferentes estados emocionales por los que pasas a medida que vas creciendo, razón por la que cada sobre tiene una fecha, para que puedas recibir la lectura apropiada en el momento que más lo necesites… Con las debidas excepciones, claro: la existencia, como la trama de una buena novela, es siempre imprevisible.

—Dale las gracias al abogado —me animó mi tía abuela—. Ha trabajado mucho para ti, debes estarle agradecida.

—Soy yo quien debo estarle agradecido. Dora ha transformado una de mis esperanzas en una certeza —dijo sonriendo entrecerrando los ojos—. Con su oído especial, me ha confirmado que los verdaderos lectores lo son tanto en este mundo como en el otro.

La mirada de la tía abuela se cruzó con la mía y me sonrió; había entendido perfectamente las palabras del abogado y estaba orgullosa de mí. Yo, en cambio, me sentía profundamente turbada: «Oído especial», había dicho el abogado, pero mi oído ya no tenía nada de especial y ya no era capaz de percibir el sublime susurro de los lectores del pasado. Había sido yo quien había rechazado mi facultad, sin darme cuenta del todo de aquello a lo que estaba renunciando, ni preguntarme si algún día me arrepentiría de ello. Pues bien, ya me había arrepentido, pero la mía había sido una decisión inevitable, tomada, si se me permite decirlo así, en defensa

propia, y era inútil que siguiera dándole vueltas y más vueltas.

—Creo que yo también puedo hacer algo por usted, señora —prosiguió el abogado abriendo los párpados—. Si quiere dejarme su nueva dirección, estaré encantado de enviarle como regalo algunos libros para que comience su viaje como lectora.

—No tiene usted que molestarse —se zafó.

—No es ninguna molestia. Marianna, si eres tan amable, trae papel y lápiz para la señora —ordenó—. Le regalaría unos cuantos libros ahora mismo, pero como puede ver solo me quedan unos pocos —dijo mientras señalaba las estanterías vacías a su alrededor.

—¡Abogado! —me recobré de mis pensamientos para pillar la ocasión al vuelo—. ¿Dónde están todos sus libros? En la biblioteca se contaba que tenía muchísimos.

—Las obras maestras de la literatura son eternas, pero, por desgracia, yo no —suspiró, entrecerrando de nuevo los ojos y apoyando la cabeza en el asiento acolchado de su sillón de lectura—. No podía soportar la idea de que, después de mi muerte, mis queridos libros acabaran en el almacén de un ropavejero y luego, tal vez, se vendieran como papel de desecho, así que, desde hace algunos años, los regalo a quienes podrán cuidarlos cuando yo ya no esté: amigos, bibliotecas municipales, escuelas y asociaciones culturales. Y a medida que las estanterías se iban vaciando, adquirí el hábito de tomar en préstamo mis lecturas en la biblioteca. Los pocos libros que veis en las estanterías son mis favoritos, aquellos de los que nunca me separaría porque para mí son como hermanos. Estos amados volúmenes me harán compañía hasta el último instante de mi vida terrenal, después de lo cual serán acogidos bajo el ala protectora de una querida amiga mía.

—Una elección muy generosa —comentó la tía abuela.

—Generosa y vanidosa —sonrió, abriendo de nuevo los ojos y cogiendo un libro que estaba sobre la mesita dispuesta junto al sillón de lectura.

—Dora, ¿tú sabes lo que es un exlibris?

Negué con la cabeza, como también lo hizo la tía abuela.

—Mira —dijo abriendo el libro y señalando sobre la primera página la huella verdosa de un sello rectangular, del tamaño de

un sello de correos.

—Son mis iniciales —explicó—. Todos los libros que he poseído han sido estampados con este timbre y ahora que los volúmenes de mi biblioteca están esparcidos por todas partes, todo lector que tenga uno entre sus manos verá mis iniciales y, tal vez, se preguntará a quién pertenecen. Una pequeña vanidad *post mortem.* —Se rio de forma apenas perceptible, pero aquella ligera risa se convirtió de nuevo en un ataque de tos.

—Será mejor que dejemos ya de molestarle —dijo la tía abuela en cuanto dejó de toser—, para que así pueda descansar.

—Oh, no, solo unos minutos más, por favor. ¡Marianna querida, trae lo necesario para escribir!

Marianna le acercó una bandeja con patas, como las que se utilizan en las telenovelas para servir el desayuno en la cama a lánguidas damas y a pobres enfermos; la superficie de madera ya estaba equipada con papel de carta, sobres y algunos bolígrafos.

—Al desconocer tu inminente traslado —dijo, levantando su bolígrafo—, no pensé en una lista de lecturas adecuada para tal circunstancia.

Su mano temblorosa bailó rápidamente sobre el papel, luego se detuvo de golpe y Marianna se apresuró a recoger rápidamente el papel, lo dobló y lo metió en el sobre, que tendió de nuevo al abogado. El anciano lo giró entre sus dedos para asegurarse de que estaba bien cerrado y luego escribió mi nombre y una fecha en el reverso: 15 de octubre de 1973.

—Me siento muy cansado —admitió—, he de despedirme.

La tía abuela se acercó al sillón y estrechó la mano del abogado; luego, al verme titubear, me empujó hacia él.

—Adiós, amiga mía —me dijo, apoyando su enjuta mano en mi cabeza—; recuerda que tú y yo somos parientes, no de carne y hueso, sino de papel y tinta. Somos lectores, querida mía, y los lectores nunca se separan del todo, siempre permanecen unidos por un hilo fino e invisible. Citando a la señorita Jane Austen: «No hay distancias cuando se tienen razones».

—Dora le escribirá —afirmó la tía abuela que, por el tono de su voz, a punto estaba de deshacerse en lágrimas, exactamente igual que yo.

—¡No, Dora! Yo ya he pasado mi fecha de caducidad, si se puede llamar así, y no quiero que te sientas triste el día que descubras que ya no estoy en este mundo. Así que no me busques, abre tus sobres en el momento oportuno y lee los libros de mis listas y, cuando los hayas terminado todos, seré yo quien te busque para darte un regalo: mi posesión más preciada.

El abogado me quitó la mano de encima de la cabeza y me la tendió, se la estreché con ambas manos y le di unos besos.

—¡Vamos, ni que fuera yo un cardenal! —soltó con esa risa clara y quebradiza suya.

Así fue como el abogado Ferro desapareció de mi vida: riéndose con gusto.

—Pobre abogado —suspiró la tía abuela en cuanto salimos de su apartamento—. Debe de estar un poco confundido a estas alturas —añadió, recorriendo los reversos de las cartas y las fechas que aparecían en ellas—; primero te dice que no lo busques porque va a morir pronto, luego dice que te buscará cuando abras el último sobre, ¡dentro de más de diez años! Pero has sido muy comprensiva y le has respondido adecuadamente.

—Yo no le he respondido —me lamenté.

—¡Y esa era la respuesta correcta! Todo el mundo, jóvenes o viejos, sabemos que tenemos que morir tarde o temprano, pero, cuando estamos vivitos y coleando, solemos olvidarlo y no es nada agradable que alguien nos lo recuerde.

Capítulo 31

Tengo recuerdos fragmentarios pero muy vívidos de lo que ocurrió los días siguientes. Como mi padre tenía que volver a trabajar lo antes posible, mis padres y yo fuimos los primeros en abandonar la casa sobre el Dora, así que pude despedirme de ella en su totalidad y me ahorré el dolor de verla despojada de sus muebles y humillada por el follón de la mudanza. Como habíamos estado viviendo allí en calidad de invitados, no había ningún mueble de nuestra propiedad, así que solo nos limitamos a llevarnos nuestros pocos efectos personales. Además de los libros, los juguetes y la ropa, me llevé mi hucha, en la que metí nuevos pequeños tesoros: la cucharita de plata con la que la tía Maddalena removía sus medicinas, haciéndola tintinear con fuerza en el vaso, y una de las bolsitas de tela de colores rellenas de sal que mi tía abuela y yo confeccionábamos para ofrecérselas a los habitantes de las casas quejumbrosas a fin de que los protegieran de aquellas presencias imaginarias, pero no por ello menos terroríficas, que los afligían. Nos marchamos en un fresco amanecer de primeros de septiembre a bordo del Fiat Giardinetta de papá. Aún puedo evocar la mirada melancólica de Fulvio despidiéndose de nosotros con la mano, apoyado en el marco de la puerta, como si decirnos adiós bien erguido fuera una hazaña que superara sus capacidades físicas; también recuerdo el rostro de la tía abuela, que, en cambio, nos despidió con una expresión alegre, casi satisfecha, que me hirió profundamente y cuya imagen me atormentó varios días.

Nuestro nuevo hogar estaba situado en un tranquilo y arbolado barrio residencial de Zúrich, dispuesto sobre una enorme extensión de césped tan uniforme como si fuera una moqueta, sobre el que estaban situadas en forma de tablero de ajedrez decenas de casitas, todas idénticas entre sí. Como todas

las casas del vecindario, también la nuestra contaba con una única planta y tenía enormes ventanales que la hacían parecer un lujoso acuario en el que todo era sencillo, funcional y de buen gusto.

Mis padres estaban locos con la casa acuario. La trataban con un respeto que nunca habían dispensado a la casa sobre el Dora, ni a ningún otro edificio erigido en esta tierra, ni siquiera los sagrados. Se movían por los suelos de madera brillante con una gracilidad ridícula, casi como si tuvieran miedo a molestarlos con sus pasos pesados y plebeyos; abrían con delicadeza las puertas correderas y realizaban cada acción con una cautela que delataba lo honrados y, al mismo tiempo, indignos que se sentían viviendo en un lugar que creían concebido para seres humanos de una naturaleza superior a la nuestra. Las alfombras de lana con diseños geométricos y las pesadas cortinas hacían el resto, absorbiendo el poco ruido que nuestros cuerpos se veían obligados a emitir a pesar de todas las precauciones tomadas. Aquella casa fría y arrogante pronto transformó a mis ruidosos padres en dos individuos artificialmente silenciosos, cuyo aspecto también cambió muy pronto: papá había adoptado una actitud seria y nunca se quitaba la corbata, ni siquiera cuando veía la televisión; mi madre había sustituido sus vestidos de flores y sus amplias faldas por unos apretados traje chaqueta y, en lugar de trenzas, alardeaba de una voluminosa y ridícula permanente.

La única excepción al silencio imperante en la casa acuario eran los electrodomésticos, que a intervalos irregulares cargaban aquel ambiente acolchado con gruñidos metálicos y chirridos eléctricos: la batidora y la picadora producían una histérica masticación; la olla a presión y la plancha silbaban y resoplaban vapor como si fueran piróscafos en miniatura, y, lo más temible de todo, la aspiradora y la pulidora de suelos causaban estragos por toda la casa, retumbando voraces, como si quisieran tragarse cosas y personas. Todos esos instrumentos modernos, demasiado modernos para la gente de la casa sobre el Dora, los habían comprado mis padres para demostrarse a sí mismos que estaban a la altura de su nueva condición.

Éramos inmigrantes privilegiados, pero, en todo caso,

inmigrantes. Gracias al trabajo de mi padre, teníamos libre acceso a los ambientes frecuentados por los verdaderos zuriqueses, los de apellido alemán; de todos modos, éramos una rara excepción, una circunstancia que, si bien sin maldad, a veces alguien nos recordaba.

Mamá se lanzó de cabeza al estudio del alemán y, gracias a las amistades hechas por mi padre los meses anteriores, encontró empleo en una empresa como ayudante de contabilidad. Cuando empezó a trabajar, su alemán todavía cojeaba, pero los números son los mismos tanto en Zúrich como en Turín y mi madre sabía domarlos como poca gente. Nuestra familia no necesitaba que mamá trabajara, pero era evidente que ella sí lo necesitaba, y no le importaba que papá pudiera pensar que estuviera más en consonancia con nuestro estatus quedarse en casa y jugar con sus nuevos electrodomésticos.

—¡Me lo prometiste! —repetía con los dientes apretados cada vez que papá mencionaba aquella cuestión. Y, cuando comprobó que yo ya me encontraba fuera de su campo visual, pero dentro del de escucha, la oí añadir—: Ese era el trato: si no puedo trabajar en Zúrich, me vuelvo a Turín ¡y me llevo a la niña conmigo!

Esa afirmación no me molestó tanto como probablemente debería haberlo hecho; lo que me impactó de verdad fue pensar que ni en Turín, ni en ninguna otra parte, existía para mí un lugar al que volver.

Mi vida cambió radicalmente; gracias a la intercesión de uno de los superiores de mi padre, me aceptaron en una escuela privada bastante exclusiva que presumía de metodologías pedagógicas de vanguardia, pues ofrecía planes de estudio diferenciados que se encaminaban a desarrollar y potenciar las inclinaciones naturales de cada uno. Se trataba de uno de esos colegios en los que, si coloreabas siguiendo los bordes, te alababan por tu precisión, pero, si te salías de las figuras, te animaban a pensar fuera de los esquemas.

Teníamos que encontrar nuestra singularidad, nos decían, pero, durante esa búsqueda, nos obligaban a llevar uniformes idénticos, a hablar solo cuando nos preguntaban y a

desplazarnos silenciosamente de un aula a otra y en filas ordenadas. Mis compañeros de clase eran discretos y amables y, a pesar de que todos hablaban cada una de las cuatro lenguas cantonales, incluido el italiano, no parecía que le dieran importancia a que yo aún no supiera alemán. Cuando mis padres me matricularon en ese colegio, los profesores los informaron con orgullo de que en mi clase ya había alumnos italianos, por lo que me sería facilísimo integrarme. Sin embargo, descubrí que esos niños solo tenían de italianos el apellido; en realidad, eran hijos de inmigrantes que, a su vez, habían nacido en Suiza, y el hecho de que siguieran considerándose italianos a dos generaciones de distancia me dio la medida de hasta qué punto esa facilísima integración tan cacareada por los docentes era del todo ilusoria.

Para sentirme como los demás, no me bastaría con asistir a las clases de la tarde de alemán y francés, ni mucho menos en romanche, una lengua que solo habla una pequeña minoría en el cantón de los Grisones, pero que, sin embargo, era muy apreciada en mi colegio por ser la única lengua realmente autóctona de Suiza.

Por suerte, no tardé mucho en aprender suficiente alemán para seguir las clases, pero la charla de fondo que se cocía discretamente en los pupitres a mi alrededor cada vez que el profesor bajaba la guardia siguió siendo un zumbido informe durante algún tiempo.

—¿Sabes jugar al vóleibol? —me preguntó Lea, recalcando bien las palabras, mientras almorzaba con otros compañeros en una de las largas mesas del comedor escolar.

Lea no era la más guapa de las alumnas de la clase —ese título le correspondía a Selina— ni la mejor, lugar que se disputaban Flavia y Leonie; tampoco destacaba en los deportes, como Anna, ni era lo suficientemente rica como Carola para despertar envidias. Aunque no destacara en ninguna de estas cualidades, Lea se había impuesto como la líder indiscutible de todas nosotras. En cuanto a los chicos de nuestra clase —las chicas intentábamos, en la medida de lo posible, existir por separado—, también ellos tenían su propia jerarquía, pero sus

líderes se sucedían rápidamente, según reglas dinásticas desconocidas para nosotras.

El reinado de Lea había empezado mucho antes de mi llegada, probablemente ya desde la primera clase, y no tenía ni idea de cómo había llegado al poder, si por aclamación popular o por autoproclamación, pero el hecho era que lo que ella decía era ley para todas las demás. Sin embargo, no era ni una prepotente ni una manipuladora, simplemente tenía lo que yo no sabía definir en aquel momento y que ahora llamo «carisma». Tal vez por ese innato y poderoso carisma, los profesores decidieron asignarme el asiento del comedor junto al suyo.

—Lea te ha preguntado si sabes jugar al vóleibol —me instó Flavia.

—¡Yo sé jugar! —se inmiscuyó Ida.

—¡Yo también sé jugar! —se hizo eco Sandra, una de las muchas niñas que, al igual que Lea, no destacaba en nada, sino que por desgracia carecía de su encanto.

—¡Sé muy bien que sabéis jugar! —les respondió Lea, dedicándoles una sonrisa un poco forzada.

—¡Lea se lo ha preguntado a la nueva! —puntualizó la bella Selina, que a menudo se comportaba como la mano derecha de Lea.

Evidentemente, la nueva era yo, lo cual era mucho mejor que ser una don nadie como Sandra y como la otra media docena de chicas incoloras cuyos nombres aún no había memorizado, por el simple y triste hecho de que nunca se pronunciaba su nombre.

Ser la nueva me daba alguna pequeña ventaja: era diferente, pero de una manera interesante; me hablaban en italiano y yo respondía chapurreando un entrecortado alemán que ellas reforzaban y corregían con amables observaciones.

—Jugué varias veces en el colegio —se atrevió por fin a responder la nueva.

—¿Qué deportes practicabas cuando estabas en Italia? —me preguntó Lea.

El tono de su pregunta no era para nada inquisitivo; sentí que intentaba que me sintiera a mis anchas; en todo caso, fue

mi respuesta la que no estuvo a la altura de su amabilidad.

—No hacía deporte —me vi obligada a confesar.

—¿De verdad? —se sorprendió Selina—. ¿Cómo es eso?

—No en todas las familias se practican deportes —dijo Lea librándome así de la vergüenza—. Hay padres que prefieren que estudien un instrumento musical o danza.

—¿Estudias algún instrumento? —me preguntó una de las chicas incoloras cuyo nombre no recordaba.

—No, ninguno.

—¿Y cómo pasabas el tiempo en que no estabas en la escuela?

Escuchaba radionovelas con la tía Maddalena, paseaba por el cementerio con el tío Bruno, iba a la biblioteca con mi primo Fulvio y visitaba las casas quejumbrosas con mi tía abuela; a veces, simplemente, me quedaba sentada en el jardín, jugando con la fuente de Baco que escupía, o me quedaba en la parte trasera de la casa viendo pasar el Dora junto con mi gata Stèila y sus gatitos.

Eso es lo que me habría gustado explicarle, pero sabía que nadie podría entenderme, y no solo por mi alemán de principiante.

—Seguro que tenía un montón de amigas y se pasaba el tiempo jugando con ellas —dijo Lea volviéndome a sacar del atolladero—. Viene de otro país; a lo mejor los padres allí no tienen esa fijación con que sus hijos practiquen algún deporte, vayan a la escuela de música y todas esas cosas que, si os tengo que ser sincera, a menudo me encantaría ahorrarme.

—Tienes razón —coincidió Anna—, ¡yo solo juego al tenis porque mi padre se empeña!

—¡Y a mí me gustaría lanzar el clarinete por la ventana! —exclamó Selina—. Me importa un comino que digan que tengo talento. ¡Yo no quiero ese talento!

Yo también tenía un talento que no deseaba, querida Selina, seguía pensando para mis adentros mientras la conversación se desarrollaba alegre y fluida sin mí. Yo sabía escuchar las corrientes de aire, tanto las tristes de las casas quejumbrosas como las alegres de la biblioteca, pero había renunciado a ello y lo lamentaba un poco. Aunque nunca lo dijera abiertamente,

creo que la tía abuela también lo lamentó, probablemente más de lo que lo lamentaría el padre de Anna si ella colgara su raqueta de un clavo en la pared.

Sin embargo, era fundamental que yo encontrara mi lugar entre esas chicas porque íbamos a asistir juntas, en ese mismo centro privado, no solo a la enseñanza primaria, sino también a todas las clases de secundaria hasta el final del bachillerato. Por el momento, yo era la nueva y ellas, chiquillas amables y bien educadas, sabían que debían prestarme atención, pero ¿durante cuánto tiempo seguiría siendo la nueva?

¿Cuántos meses, semanas o solo días me quedaban antes de que me desvaneciera como Sandra y la otra media docena de chicas incoloras cuyos nombres nadie mencionaba nunca?

Capítulo 32

—¿Seguro que no quieres venir con nosotras al patio? —me preguntó Lea pensativa.

—No seas un demonio tentador —se atrevió a replicar Leonie, a pesar de que se trataba de un grave acto de insubordinación hacia la reina Lea—. Dora renuncia al recreo para mejorar su alemán ¡y eso es admirable!

A pesar de gozar de su autoridad, Lea cedió ante los inexpugnables dominios de Leonie y se encaminó al patio, fielmente seguida por el resto del grupo.

Seguí con la mirada a mis nuevas amigas mientras se alejaban; me habría gustado unirme a ellas más que nada en este mundo, pero, lamentablemente, no podía hacerlo.

Cuando empecé a asistir a la nueva escuela, me sentí perdida y enfadada, y me dije que la odiaría desde el principio. A los profesores, por sus maneras artificialmente acogedoras, y a mis compañeros de clase, por ser tan disciplinados y seguros de sí mismos que me intimidaban; no, no podía evitar odiar a esos adultos en miniatura. Y, sin embargo, antes de que hubiera transcurrido un mes, sentí una admiración ciega y desesperada por ellos, o, al menos, por las chicas del grupo con el que me habían obligado a relacionarme. Mis amigas suizas no eran niñas comunes y corrientes como yo, ni como mis amigos de mi colegio de Turín, sino que tenían cualidades especiales: Lea, alta y de rasgos un tanto masculinos, sabía hacerse respetar tanto por sus compañeros del sexo opuesto como por los profesores; Selina era una niña diva que encantaba a primera vista, y Leonie era un pequeño genio. Eran criaturas superiores y yo me sentía tan honrada como indigna de su compañía, exactamente igual a como se sentían mis padres con respecto a nuestra elegante casa acuario.

Aquella pandilla de jóvenes diosas me había acogido a

instancias de los profesores y luego había cerrado filas conmigo, enternecidas por mi desconcierto. Pero su interés por mí no podía durar; tarde o temprano se darían cuenta de que no estaba a su altura y yo no quería perder su amparo, así que decidí no darles la oportunidad.

Para evitar decir algo que fuera incorrecto, hablaba lo menos posible y, cuando me preguntaban, respondía con monosílabos, dando a entender que no sabía hacerlo mejor debido a mis dificultades lingüísticas. La de no saber hablar bien el alemán fue la excusa que utilicé también para no pasar con ellas la hora de patio que nos concedían después del almuerzo. Una hora era un tiempo interminable para alguien que tenía que medir las palabras caminando por el delgadísimo hilo que separa la reserva de la acritud, así que, cuando mis compañeras se iban al patio, yo me refugiaba en la biblioteca del colegio para practicar la lectura en alemán. No era capaz de leer mucho, pues la lectura en alemán me agotaba a los pocos minutos y, a pesar de que la biblioteca disponía de un extenso surtido de libros en cada una de las lenguas del cantón, nunca habría corrido el riesgo de que me pillaran con la nariz metida entre las páginas de un libro escrito en italiano. Pasaba mi hora libre mirando una página al azar, dejando que mi mente fuera libre para refugiarse en el pasado entre las paredes, que probablemente ya no existieran, de la casa sobre el Dora, donde me sentía a mis anchas y no tenía que hacer ningún esfuerzo por parecer diferente a como era, porque a todo el mundo le gustaba «como era», sobre todo a mí.

En cuanto sonaba el timbre, volvía a clase y comenzaba de nuevo mi agotadora representación y, cuando el autobús escolar amarillo me llevaba de vuelta a la casa acuario, respiraba aliviada por fin. No había nadie para recibirme, pues mis padres trabajaban ambos hasta tarde; entonces, aprovechando la soledad, cargaba la caja de música del abogado Ferro y sacaba mi caja de los secretos para revisar mis pequeños tesoros y recordar a las personas que representaban. Las misteriosas llaves del tío Bruno, la cucharilla de la tía Maddalena, el talismán de mi tía abuela contra las corrientes de aire, la torre blanca de ajedrez que me había comprometido

a devolverle a Fulvio antes de nuestra separación, pero luego, al final, había olvidado hacerlo.

Por último, estaba el recorte de periódico con la foto de Fulvio. Leía ese artículo muy a menudo, pero, aunque todas las palabras me resultaban familiares a esas alturas, su significado global seguía escapándoseme.

Una vez terminado este pequeño ritual, me ponía a leer un libro. Aún no había abierto el primero de los sobres del abogado, fechado, quién sabe por qué, el 15 de octubre, y llenaba la espera con otras lecturas que elegía de los libros que había en la estantería de la casa acuario. Sí, sorprendentemente, la casa acuario tenía una estantería llena de volúmenes variados; llegó al salón unos días después de que nos mudáramos, tras una visita a la casa de aquel mismo jefe de mi padre que había facilitado mi entrada en la escuela privada. Tanto el jefe de mi padre como su esposa pertenecían a familias de la alta burguesía de Zúrich desde la noche de los tiempos, y su casa revelaba una riqueza ancestral que se manifestaba a través de muebles, cuadros y adornos valiosos transmitidos de generación en generación. Sin embargo, lo que más les llamó la atención a mis padres durante esa visita no fue la riqueza atávica que en modo alguno podrían alcanzar jamás, sino la gran librería con estantes que ocupaba toda una pared del salón. El resto de la sala estaba ordenado de una forma museística, pero la estantería no: no mostraba una sucesión de lomos perfectamente alineados, colocados en una secuencia cromática como la que se veía en las tiendas de muebles, sino que los volúmenes estaban amontonados y apilados sin ningún criterio aparente.

En su ostentosa imperfección, se trataba de un desorden revelador y armonioso. Aquella librería declaraba a los invitados que sus anfitriones no solo eran ricos y de buena familia, sino también cultos y que su cultura se nutría constantemente de la lectura de nuevos libros y de la consulta reiterada de otros más antiguos ya desgastados, pero absolutamente dignos.

Pocos días después, mis padres compraron una estantería futurista con anaqueles de cristal que se adaptaba bien a la

decoración de la casa acuario y la rellenaron con unas cuantas docenas de volúmenes elegidos con el único criterio de tener un título o una portada de aspecto prestigioso. Mis padres pasaron varias tardes colocando los volúmenes para luego subvertir el orden a fin de dar a nuestra biblioteca decorativa un efecto casual y vivido, similar al que habían admirado en la casa de los Auténticos Suizos. A pesar de cambiarlos de lugar muchas veces y de clasificarlos de distintas maneras, nunca lograron un resultado convincente; lo que lamentablemente se les escapaba a mis padres era que no bastaba con exhibir los libros, ni siquiera con esforzarse por hojearlos: a los libros había que amarlos.

Capítulo 33

Dondequiera que me encuentre, 15 de octubre de 1973

Querida Dora:

Discúlpame la brevedad y el poco esmero empleado por mí en esta carta, pero las circunstancias que ya conoces bien me han impedido dedicarle el tiempo que habría merecido.

Tu marcha a Suiza, que me sorprendió y, lo reconozco, me disgustó mucho, me ha obligado a elaborar una nueva lista de lecturas para la ocasión, sobre la que lamento no haber podido reflexionar más tiempo.

La llamaré «la lista de los nuevos mundos» y en ella encontrarás novelas cuyos protagonistas exploran lugares misteriosos y desconocidos, como tú misma, que acabas de empezar tu nueva vida en Suiza.

—El Principito, *de Antoine de Saint-Exupéry.*

—Peter Pan y Wendy, *de James Matthew Barrie.*

—El maravilloso mago de Oz*, de Lyman Frank Baum.*

—El barón rampante, *de Italo Calvino.*

Observa tu entorno con el candor del principito; vive las nuevas experiencias con la alegría salvaje de Peter Pan y, aunque te sientas tan zarandeada como Dorothy en el mundo de Oz, aprende de ella que encontrar un nuevo camino siempre es posible, incluso después de un ciclón aterrador (quién sabe, tal vez un camino de baldosas amarillas esté justo ahí, a un par de pasos de ti).

Cuando hayas leído estas historias, te preguntarás por qué la cuarta es tan radicalmente diferente de las tres primeras; pues bien, querida Dora, el barón rampante no explora un mundo nuevo, sino que crea un mundo propio en las copas de los árboles.

La razón de esta elección mía está contenida en esta frase de dicha novela: «Si levantas una muralla, ¡piensa en lo que queda fuera!».

Con cariño,
tu devoto abogado Edmondo Ferro

P. D.: El 15 de octubre de 1923, en Cuba, nació Italo Calvino, así que ¡hoy cumple cincuenta años!

La espera para abrir la primera de las cartas del abogado fue angustiosa; la leí muy temprano por la mañana, antes de que la oscuridad más allá de los grandes ventanales de la casa acuario se disolviera en la lechosa claridad de la mañana y el radiodespertador de mis padres empezara a vaporizar sus suaves notas.

No me atreví a pedirles a mis padres que me acompañaran a una biblioteca, los dos estaban demasiado atareados y, cuando no lo estaban tanto, se esforzaban de todas maneras en demostrar lo contrario. Podría haber esperado hasta el sábado por la tarde, cuando mamá y yo nos íbamos de compras al centro de Zúrich, para pedirle que me acompañara a una librería donde comprarlos. Lo habría hecho sin objeción, porque, después de su visita a la casa de los Auténticos Suizos, mi madre había cambiado de opinión respecto a los libros; mejor dicho, probablemente desarrolló por primera vez una, ya que nunca antes los había tomado en consideración, salvo como el precio que había que pagar para obtener un título. Después de conocer a los Auténticos Suizos, los libros se han convertido para ella en accesorios con clase, como un bonito bolso o una chaqueta de cachemir. Sin embargo, el 15 de octubre era lunes y yo estaba demasiado impaciente para esperar cuatro días. No me quedaba otra elección más que sacarlos prestados de la biblioteca del colegio, aunque eso supusiera ser sorprendida con textos en italiano por mis compañeras, a las que le había dicho que renunciaba al recreo en su compañía para practicar alemán.

La biblioteca de la escuela constaba de dos grandes salas en la planta baja, cuyas grandes ventanas arqueadas daban al patio principal, donde mis compañeros vociferaban durante el recreo.

—¿Puedo ayudarte, cariño? —me preguntó en italiano la bibliotecaria, una mujer dulce y ya mayor que era voluntaria

en la biblioteca desde los tiempos en que obtuvo su diploma, hacía más de medio siglo, cuando la escuela era todavía un internado para señoritas de buena familia. Se llamaba Greta y, con sus grandes túnicas de colores vivos, llenas de volantes y gasas que flotaban con cada movimiento, era una alegría para la vista. Aunque su indumentaria era muy excéntrica y sus modales eran un poco cursis, Greta me recordaba a la tía abuela por el tap-tap de sus zapatitos, que la convertían en la bibliotecaria más ruidosa que había conocido en mi vida.

—Quisiera estos libros, por favor —le pedí, enumerándolos uno por uno.

—Debería tenerlos todos —afirmó, como si todos los libros que la rodeaban fueran de su propiedad—. ¡Iré a buscártelos, cariño mío!

La anciana se paseó meditabunda por entre las estanterías, sacando con plácida lentitud los libros de los estantes, como quien recorre un huerto con la nariz levantada, recogiendo solo los mejores frutos.

—Llévate también las ediciones alemanas —me sugirió al volver de su recolección—; te será más fácil leer un libro en alemán después de haberlo leído en italiano.

El consejo de la bibliotecaria del colegio no solo era un buen consejo, sino también una excelente excusa que emplear con mis amigas si me veían deambular por los pasillos con libros de italiano bajo el brazo.

Lo que en un principio me pareció una genial artimaña, pronto se convirtió en un hábito entrañable, que me ayudó a asimilar el alemán con rapidez y naturalidad.

¡No hay forma más dulce de hacerse amigo de una lengua desconocida que pedirle que nos cuente una historia!

Capítulo 34

A través de los altavoces de excelente madera de cedro, el novísimo tocadiscos inundaba nuestro salón acuario con las notas de Bach, o quizá fuera Beethoven. A mí, en aquellos tiempos, me daba lo mismo, como también les daba lo mismo a mis padres, quienes, aun así, permanecían encorvados en el sillón con los párpados entrecerrados y una sonrisita tontorrona como si estuvieran en pleno éxtasis. Estaban aburriéndose, yo estaba segura de ello, aunque se esforzaban lo indecible por demostrarse a sí mismos que no.

El tocadiscos había llegado a nuestra casa exactamente igual que la librería decorativa, tras una visita nocturna a la casa de los Auténticos Suizos. Ellos, en vez de pasar todas las veladas delante del televisor, a veces escuchaban música clásica y así, para aliviar su sensación de incompetencia, mis padres compraron un tocadiscos de última generación e instituyeron los «miércoles de música», una cita que fingían esperar con ansia.

Aquel miércoles de finales de noviembre, como era ya nuestra costumbre, nos reunimos en el salón para tomar nuestra dosis semanal de música; yo ya llevaba puestos el pijama y la bata, preparada para meterme en la cama en cuanto Bach, o quizá Beethoven, me hubiera ayudado a conciliar el sueño; mis padres también llevaban puesta la bata, pero encima de la ropa que habían llevado durante el día, y aquella noche parecían esforzarse más de lo habitual por interpretar el papel de refinados melómanos. La música me gustaba, pero habría preferido disfrutarla mientras leía un libro, en lugar de quedarme ahí escuchándola, concentrada y absorta, como cerca del éxtasis. Estaba terminando mi «lista de los nuevos mundos»; ya había leído *El principito* y *Peter Pan y Wendy* y estaba explorando el país de Oz, para mí la lectura

más agradable. Dos meses después de mi llegada a Suiza, aún seguía sintiéndome como Dorothy, recién escupida por un ciclón en una tierra desconocida, y el compartir con ella mi sensación de desconcierto constituía un gran consuelo para mí.

Mientras el tocadiscos nos infligía las notas del compositor correspondiente y yo anhelaba meterme en la cama para entretenerme durante unas páginas con Dorothy, sentí repetidamente que su respiración se volvía pesada y vi que sus cabezas basculaban hacia delante para volver a erguirse de inmediato. Cuando su lucha contra la somnolencia se estaba convirtiendo ya en una humillante derrota, oímos cómo un coche reducía la velocidad delante de la casa y luego detenerse. Mis padres se pusieron en pie de un brinco, agradecidos por esa distracción del tormento musical que se habían impuesto a sí mismos. Mamá se apresuró a levantar la aguja del tocadiscos.

—Luciano, ¿esperas a alguien? —preguntó en tono esperanzado.

—Yo no. ¿Y tú?

—¡Si así fuera no te lo habría preguntado!

Se dice que la música clásica amansa las fieras, pero en mis padres parecía tener el efecto contrario; sin dejar de discutir, se acercaron a la cristalera que daba al jardín y corrieron la cortina. Yo los había seguido e intentaba obtener, a través de sus cuerpos, una buena perspectiva.

—Parece un taxi —constató mi padre, observando el coche estacionado junto a la acera a la altura del sendero que conducía a nuestra entrada.

—Quizá el taxista se haya detenido aquí para consultar el callejero —especuló mamá—; en este barrio no hay nadie que consiga orientarse: ¡todas las casas son iguales!

—Podríamos salir y preguntar si necesita alguna indicación —propuso papá, quien con tal de no quedar a merced de Bach, o quizá Beethoven, estaba dispuesto a hacer las cosas más extrañas.

—¡Alguien está saliendo del coche! ¡Viene hacia nuestra puerta! —exclamó mamá agitada, como si ese visitante supusiera un peligro inminente.

Las farolas del jardín iluminaron débilmente la figura de un hombre alto y delgado cargado con una maleta. Debido a la oscuridad, los rasgos del visitante resultaban indistinguibles, pero su andar desgarbado y errante me resultaba inconfundible.

—¡Es Fulvio! —grité.

—¡No digas tonterías! —me cortó mi madre, justo cuando empezó a sonar el timbre.

Todos nos apresuramos a abrir la puerta, tropezándonos unos con otros.

—¡Ya abro yo! —ordenó mi padre en uno de sus raros destellos de autoridad.

Mamá y yo dimos un paso atrás y, cuando se abrió la puerta, nos quedamos todos quietos y en silencio, como un cuadro grotesco: «Retrato de familia en bata y zapatillas».

—Buenas noches… —Fulvio rompió el silencio y nuestra inmovilidad, dejando la maleta en el suelo—. Disculpad las molestias.

—¿Molestias? ¡Pero qué molestias! —se recuperó mi padre.

Le eché los brazos al cuello, él me aferró por la cintura y me levantó.

—¡Cómo has crecido en solo dos meses! —dijo con la voz vibrando de emoción—. ¡Y pesas más! ¿Qué te dan de comer aquí en Suiza? —dijo tratando así de destensar el momento.

—Ven, cariño, siéntate en el salón —le dijo mamá tirándole de la manga mientras yo seguía levantada del suelo—. ¿Has cenado ya? ¿Te preparo algo?

—Gracias, tía Bianca, he comido un bocadillo en la estación —respondió antes de dejarme en el suelo y seguirla.

Fulvio ocupó un lugar en el sofá, yo me senté a su lado y le cogí la mano.

—¿Te vas a quedar aquí unos días?

—No puedo, tío, pero, si no es mucha molestia, pasaré aquí la noche.

—Y dale otra vez con las molestias, ¡puedes quedarte todo el tiempo que quieras!

—Solo esta noche, tío. He pedido un par de días libres, pero pasado mañana tengo que volver a clase.

Leí en la cara de mis padres la misma pregunta que me rondaba a mí por la cabeza: ¿por qué Fulvio, que hasta ese día había rechazado nuestras invitaciones para pasar con nosotros un sábado y un domingo, se había presentado en ese momento, sin avisar, entre semana y, además, a menos de dos meses de Navidad, cuando ya habíamos acordado que pasaría las vacaciones con nosotros y con la tía abuela?

Sin embargo, nadie, yo tampoco, consideró oportuno preguntárselo.

—Mañana nos tomaremos el día libre y te llevaremos a visitar la ciudad, ¿verdad, Bianca?

—Claro. Pediré permiso y llamaré a la escuela de Dora para avisarles de que no asistirá a clase.

—Te llevaremos a almorzar a un bonito restaurante junto al lago —continuó diciendo mi padre, tras cual se levantó y se dirigió al carrito de los licores—. ¿Quieres soda en el whisky o lo prefieres solo?

—No sé qué decirte, tío —se excusó—, creo que nunca he tomado whisky.

—Entonces, yo empezaría con un whisky con soda —decretó, rociando la soda con el sifón de metal—. Pero es una pena: un whisky como este debería beberse solo para degustar la turba —comentó haciéndose el entendido.

Papá le sirvió a mi madre un whisky solo, luego le dio Fulvio su whisky con soda y finalmente me dio un vaso idéntico a mí también, pero que había llenado con soda y hielo.

—¡Cuéntanos cómo te va la vida! —lo animó mamá.

—Bueno, me gusta mucho enseñar —respondió sin titubeos —. ¿Y vosotros, cómo estáis? —continuó, desviando inmediatamente la atención de sí mismo.

Mis padres no necesitaron que volviera a repetírselo y empezaron a jactarse y vanagloriarse, perdiendo todo el interés por su sobrino.

Mientras parloteaban, yo observaba a Fulvio, que sonreía y asentía; parecía más alto, pero también más delgado, como si una fuerza misteriosa hubiera tirado de él hacia el cielo, aumentando su estatura y reduciendo su anchura, como ocurre

cuando se tensa una goma elástica. Su rostro, que siempre había sido delgado, aparecía ahora fusiforme, y sus hermosos ojos color del Dora estaban hundidos y rodeados de un halo púrpura.

—¿Y tú, qué tal te encuentras aquí? —aprovechó para preguntarme, en cuanto encontró un hueco entre las compactas chácharas de mis padres—, háblame de tu nuevo colegio. ¡Sé que utilizan métodos didácticos poco convencionales y muy innovadores!

Las expresiones utilizadas por Fulvio no me resultaban muy claras y, mientras intentaba elaborar mi respuesta, mi padre me interrumpió y comenzó a enumerar las maravillas de mi escuela: el enfoque internacional e interdisciplinario, los talleres artísticos, la atención a las inclinaciones innatas de cada alumno y muchas otras hermosas sandeces que le habían sido inoculadas por mis profesores y que él soltaba de memoria cada vez que la ocasión lo requería.

Fulvio escuchaba y de vez en cuando se volvía hacia mí como para pedirme confirmación; sin duda estaba más interesado en esa charla que en la que había tenido que tragarse sobre los éxitos laborales de mis padres, pero su atención parecía desviarse a menudo, dirigida hacia quién sabe dónde.

—¿No se ha hecho ya un poco tarde para ti? —me preguntó por sorpresa.

—Fulvio tiene razón, son casi las once —comentó mi madre.

—¿Te acompaño a la cama?

Llena de gratitud, le tiré de la mano que aún no le había soltado y lo guie hasta mi habitación.

—¡Tienes una habitación preciosa! —se alegró, mirando el brillante suelo de parqué y los muebles modernos y sin florituras—. Muy sencillo y, aun así, ¡muy elegante!

Me habría gustado preguntarle si aquel ambiente aséptico le gustaba de verdad, pero me limité a darle las gracias; mis padres no tardarían en reclamar su presencia y no quería malgastar el poco tiempo que podía pasar a solas con él hablando de la decoración.

—¿La escuela es tan bonita como dice tu padre? —me

preguntó mientras me metía bajo las sábanas.

—Sí, es bonita.

—¡Cuéntame!

—¿Y tú cómo estás? —le pregunté en lugar de contestarle.

—Estoy bien.

—No es verdad —afirmé.

—No, en efecto —sonrió.

—¿Tus alumnos están desganados? ¿No te gusta el pueblo al que te has trasladado? ¿No será por casualidad uno de esos sitios donde siempre está lloviendo? —comencé a bombardearlo con preguntas.

—El pueblo y la escuela no son como me los había imaginado —admitió—, pero ya me he acostumbrado. El problema es…

—¡Fulvio! —oímos llamar a mi padre—. Ven, quiero que pruebes una especialidad suiza: carne seca del cantón de los Grisones.

—¡Pero Luciano! —protestó mamá—. ¡No puedes hacerle comer carne seca a estas horas!

—¡Pero si es un producto típico!

—Si es por típico, ¡prepárale una infusión de hierbas suizas! Fulvio, ¿quieres una tisana?

Ya fuera para comer carne seca o tomar una tisana, requerían la presencia de mi primo en el salón, y mi tiempo con él estaba llegando a su fin. Lo abracé, consolándome con el pensamiento del día que pasaríamos juntos a la mañana siguiente.

—¿Puedo pedirte un gran favor, Dora? —me preguntó antes de salir de la habitación—. Tengo que hablar de un asunto importante con tus padres. Prométeme que, pase lo que pase, te quedarás en tu cama.

—Está bien —respondí desconcertada.

En cuanto me quedé sola, me invadió una fuerte curiosidad, que pronto se convirtió en inquietud: ¿de qué tema quería hablar Fulvio con mis padres y por qué no podía yo participar en esa conversación?

Agucé el oído: las voces del salón me llegaban tenues y apagadas, hasta el punto de que apenas podía distinguir quién

de los tres estaba hablando en cada momento. Sentí un hormigueo nervioso recorriéndome las piernas, impacientes por las ganas de salir corriendo hacia el pasillo para escuchar a escondidas, pero había prometido que no me movería y esa era mi intención.

La inquietud empezó a desvanecerse, dando paso a la cólera: mi primo, una de las personas a las que más quería en el mundo, se había asomado a mi vida después de más de dos meses de separación no por el placer de volver a verme, ¡sino para discutir con mis padres un asunto que quería ocultarme! Me sentí indignada y absolutamente libre de romper mi promesa. Me bajé de la cama, recorrí descalza el pasillo y me dirigí a la cocina, donde había una segunda puerta que daba al salón. La puerta estaba cerrada, pero las voces me llegaban con bastante claridad: mi madre estaba contando su plan de matricularse en una escuela nocturna para obtener su título de Administración de Empresas, un monólogo que ya había tenido yo la oportunidad de oír docenas de veces. Luego le llegó el turno a mi padre, quien explicó las principales innovaciones en electrónica y las infinitas posibilidades que ofrecía ese sector en constante desarrollo.

La conversación continuó en esa línea al menos diez minutos más. Yo me aburría y empezaba a tener frío, sobre todo en los pies, desnudos en el suelo. Estaba a punto de volverme derrotada a la cama cuando Fulvio tomó la palabra.

—Escuchadme, por favor. —Mis padres se quedaron en silencio—. Tengo que hablar con vosotros de un asunto muy delicado.

—¿Necesitas dinero?

—No, tío, gracias.

—No tengas ningún reparo, somos tu familia y, como puedes ver, no tenemos problemas económicos.

—Os lo agradezco, pero no necesito nada. —La voz de Fulvio estaba impregnada de irritación—. Hace unos días recibí una carta —comenzó a decir— de una mujer de la que nunca había oído hablar…

Fulvio se interrumpió, quizá para comprobar la reacción de mis padres.

—¿Te pidió algo? —se recobró mi padre tras un largo silencio—. ¿Quiere dinero?

—Luciano, vale ya con el dinero, cambia el disco —dijo nerviosa mi madre—, deja hablar a tu sobrino.

Siguió un denso silencio, durante el cual imaginé un incómodo intercambio de miradas.

—¿Así que lo sabíais? —La voz de Fulvio estalló de repente —. ¿Sabíais lo de esa mujer y no me dijisteis nada?

Mis padres no respondieron, pero supongo que asintieron.

—¡No puedo creerlo! ¿Desde cuándo lo sabíais?

—Saber es mucho decir —dijo entre risas nerviosas mi madre—. Habíamos oído algunos chismes, sí, pero nada más. Yo fui la única que la vio, eso en el caso de que fuera la misma mujer de la que hablas ahora, porque no me dijo su nombre. Una tarde llamó al timbre de la casa sobre el Dora, iba con un niño de cuatro o cinco años. Me pidió hablar con tu padre y, cuando le dije que estaba fuera de la ciudad, se marchó sin decir nada más.

—¿Cuándo ocurrió eso, tía?

—Veamos… Debió de ser en el sesenta y nueve, tal vez el setenta.

—¿Vosotros sabías de la existencia de la segunda familia de mi padre durante todo ese tiempo?

Segunda familia.

Esa expresión evocó en mí recuerdos borrosos.

—¡No saques conclusiones precipitadas! —intervino mi padre—. Nunca supimos con certeza si esa mujer estaba legalmente unida a tu padre; de hecho, todavía hoy tenemos serias dudas y por eso no consideramos oportuno hablar contigo del asunto.

—¿De verdad, tío? —le preguntó con un tono sarcástico que disuadió a mi padre de proseguir con su filípica.

—Escucha, Fulvio —dijo papá con voz conciliadora—, tu padre se ganaba la vida muy bien y no hacía nada por ocultarlo: ropa a medida, coches caros… Y, además, era un hombre guapo, y eso le bastó para ganarse la fama de donjuán. Muchas mujeres iban detrás de él, pero solo tenía ojos para tu madre. ¿Verdad, Bianca?

—Por supuesto… —respondió ella tras un breve titubeo.

—Creemos —continuó papá— que, cuando tu padre murió, a esa mujer se le ocurrió aprovecharse de la situación e inventar la historia de la segunda familia para arreglarle la vida a su bastardo.

—¡No es un bastardo! —soltó Fulvio—. Tiene el mismo apellido que yo; ¡papá lo reconoció!

Mis padres enmudecieron; luego escuché los pasos de mi padre resonando de un lado a otro del salón.

—¿Tiene pruebas de lo que afirma? —le oí preguntar—. ¿Te ha enviado algún documento?

—¿Por qué iba a mentir sobre algo así?

—¡Por dinero! —exclamó sacando a relucir el mismo tema por enésima vez—. Seguramente está convencida de que tu padre te dejó una buena herencia y ahora quiere intentar sacar tajada.

—No me pidió dinero.

—Si es por eso, tampoco nos lo pidió a nosotros, pero tampoco lo rechazó. —Mi padre se mordió la lengua, consciente de que había hablado demasiado.

—¿Le disteis dinero? ¿Cuándo?

Mis padres guardaron silencio.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses —confesó finalmente mamá.

—Entonces, ¿por qué me has dicho hace un momento que no sabíais nada de ella desde hacía años?

—Te dije que no la había vuelto a ver desde hacía años —puntualizó en un desesperado intento de recuperar su credibilidad.

—¡Fulvio, cálmate! —trató de imponerse mi padre—. Se puso en contacto con nosotros hace tiempo, es verdad; nos pidió tu dirección y nos negamos a dársela.

—Le explicamos que tu madre había muerto recientemente —continuó mamá— y que no nos parecía el momento apropiado para…

—Así que le ofrecisteis dinero para que guardara silencio. ¡Qué extraño resulta ofrecer dinero a una persona que miente! Al fin y al cabo, quizá no estéis tan convencidos de que sea una

mentirosa.

—¡Lo hicimos para protegerte! —La voz de mi madre estalló en sollozos.

Durante unos cuantos segundos nadie habló. En ese lapso de tiempo tuve la ilusión de que la discusión había terminado en una especie de empate.

—No tenéis que protegerme, ya no soy un niño. ¡No! —estalló finalmente Fulvio.

—Pero ¿a ti te gustaría conocer a esa mujer y a su hijo? —le preguntó mi madre sin un rastro de llanto en su voz.

—No lo sé —admitió desconcertado—, probablemente no, pero aun así tenía derecho a saberlo para poder elegir. ¡Me he equivocado al presentarme aquí!

Oí los pasos ligeros de Fulvio dirigiéndose a los dormitorios, salí pitando por el pasillo y me deslicé bajo las mantas justo un segundo antes de que cruzara el umbral.

—Adiós, Dora, tengo que irme. —Se despidió de mí con un abrazo.

—¿Ahora?

—Desgraciadamente, sí, ya no puedo quedarme.

—Entonces, te veré en Navidad.

—Te quiero —dijo abrazándome más fuerte e, inmediatamente, deshizo el abrazo y salió de mi habitación.

Capítulo 35

La tía abuela nos llamaba todos los jueves por la noche y lo mismo hizo al día siguiente de ese triste miércoles en que tuvo lugar la llegada imprevista de Fulvio y su fuga aún más precipitada. Por regla general, era yo quien se apresuraba a contestarle, inundándola de preguntas a las que ella respondía con abundancia de detalles. Estaba bien en la pequeña villa y, al igual que yo en la nueva escuela, había hecho algunas amistades. Pero ella no parecía sentirse intimidada por las suyas como yo lo estaba por las mías; salía a dar largos paseos con sus amigos, comía los domingos en un pequeño restaurante con vistas al mar y se pasaba todas las tardes jugando a las cartas y charlando hasta altas horas de la noche. Nunca le había gustado la cháchara, y menos cuando se alargaba demasiado, pero ahora, con sus flamantes orejas nuevas —así empezó a llamarlas cuando le pusieron los audífonos—, estaba haciendo un buen acopio de ellas y nunca parecía tener bastante.

Sus palabras irradiaban alegría; ella era feliz y yo lo estaba por ella, aunque la idea de que esa felicidad no me incluyera me carcomía por dentro. ¿Cómo podía ser feliz la tía abuela sin mí? Yo sin ella no lo era, de ninguna de las maneras, y no había ninguna nueva amiga, ni siquiera la fabulosa Lea, que pudiera compensarme por no tenerla ya a mi lado.

Al día siguiente de la inesperada visita de Fulvio, cuando el teléfono empezó a sonar, no fui corriendo a descolgar el aparato; temía el momento en que, tras contarme las últimas hazañas de sus amigas, me preguntara: «¿Y qué novedades tenéis vosotros?».

Tendría que haberle explicado que Fulvio se había presentado en nuestra casa y que se había largado corriendo; eso era lo que yo sabía oficialmente, pues todo el pequeño

drama que se había desarrollado entre su llegada y su partida lo había escuchado a escondidas y no podía contárselo, al menos no con mis padres en casa.

El teléfono sonó media docena de veces sin que nadie hiciera ademán de levantarse del sofá. Cuando el último timbre se apagó, dejó un silencio demasiado profundo incluso para nuestra acolchada casa acuario. Permanecimos sentados en el sofá, uno junto al otro, mirando al frente, igual que habíamos hecho en el banco del jardín de la pequeña villa, solo que delante no teníamos el mar, sino un televisor apagado.

—Podría preocuparse —murmuró mi padre sin dejar de mirar la pantalla apagada.

—Sí —confirmó mamá, sin moverse tampoco.

—¡Oh, diablos! —Papá finalmente se levantó—. ¡Voy a llamarla!

—¡No! —lo detuvo mamá—. Quiero hablar yo con ella.

—Sí, tal vez sería mejor.

—¡Oh, por descontado!

Papá no contestó, se limitó a encender el televisor, que inundó nuestro salón con las rápidas y excitadas palabras de un reportero de habla alemana. Según había escuchado furtivamente, había sido él con un pésimo comentario quien había provocado la catástrofe, aunque lo más probable era que la situación se hubiera agravado en cualquier caso.

Mamá marcó lentamente el número; mientras tanto, papá apuntaba con el mando a distancia al televisor con la concentración de un francotirador que tiene en el punto de mira a su víctima, pero, por más que pulsara las teclas con fuerza, el televisor no reaccionaba.

—No debería haber comprado un aparato con mando a distancia —resopló—; es una tecnología demasiado nueva para que funcione bien.

Mientras papá despotricaba contra el lento progreso de la tecnología, yo escuchaba con el corazón en un puño el tenue latido que salía del auricular del teléfono que mi madre sostenía junto a su oreja. El teléfono de la tía abuela estaba sonando, pero ella no respondía.

—Debe de haber ido a visitar a una amiga —dijo antes de

colgar mamá—. La llamaré por la mañana desde la oficina.

Capítulo 36

Dondequiera que me encuentre, 29 de noviembre de 1973

Querida Dora:

Espero que cuando recibas esta carta estés bien y en el mejor estado de ánimo para celebrar la Santa Navidad. Quizá te sorprenda que te hable de la Navidad antes de haber terminado noviembre, pero quiero darte tiempo para que te sumerjas en el ambiente de las fiestas a través de mis lecturas navideñas preferidas.

—Mujercitas, *de Louisa May Alcott.*

—Cuento de Navidad, *de Charles Dickens.*

—El cascanueces y el rey de los ratones, *de E. T. A. Hoffmann.*

—Nochebuena, *de Nikolái Gógol.*

El primer título de la lista es una novela y muchos protestarían al verlo definido como navideña porque, de hecho, no lo es. Sin embargo, la historia arranca los días previos a la Navidad.

—Las Navidades no serán Navidades sin ningún regalo —refunfuñó Jo, tumbada en la alfombra.

—¡Es tan horrible ser pobre! —suspiró Meg, mirando su viejo vestido.

—No creo que sea justo que algunas chicas tengan montones de cosas bonitas y otras, nada de nada —añadió la pequeña Amy, con gesto ofendido.

—Tenemos a papá y a mamá y nos tenemos las unas a las otras —dijo Beth tranquilamente desde su esquina.

Los rostros de las cuatro jóvenes resplandecieron al amor de la lumbre con estas reconfortantes palabras, pero volvieron a oscurecerse en cuanto Jo dijo tristemente:

—No tenemos a papá y no lo tendremos en mucho tiempo.

No se atrevió a decir «quizá nunca», pero todas lo pensaron en silencio y recordaron a su padre lejos, allá donde se estaba luchando.[3]

En este elegante y significativo comienzo, la autora describe con minúsculas frases el carácter de cada uno de sus personajes y su drama común ¡mejor de lo que muchos escritores han hecho en capítulos enteros! He leído este libro muchas veces, desde la infancia, para disgusto de mi querido padre, que lo consideraba un cuentecito para niñas. ¡Qué equivocado estaba mi pobre y rudo padre! Los buenos libros no tienen género, edad ni clase social; no prestan atención a esas distinciones, al igual que tampoco lo hacen la verdadera amistad y el amor auténtico.

Querrás a las cuatro hermanas inmediatamente y, como ellas, verás que en la época navideña, más que en cualquier otro momento del año, es importante estar con nuestros seres queridos. Por desgracia, no siempre podemos disfrutar de la cercanía de las personas a las que queremos y, en estas circunstancias, tus libros favoritos tendrán un gran valor para ti, ya que al releerlos te sentirás entre amigos.

Los otros títulos de la lista son relatos cortos y, a todos los efectos, navideños, cada uno impregnado de su propia magia. Te recomiendo en especial Cuento de Navidad*, del señor Dickens, que me dio mucho sobre lo que reflexionar, no solo a propósito de la bondad y del amor al prójimo que cada uno de nosotros debería cultivar, a ser posible no solo durante las fiestas, sino también sobre el tiempo y la relación que nosotros, los mortales, tenemos con él. El tiempo puede ser un enemigo o un valioso aliado, te lo dice alguien que ha superado ya el siglo y que, obviamente, no puede quejarse de no haber tenido suficiente; sin embargo, siempre parece poco para quienes no pueden dejar de lado la curiosidad y la imaginación. Intenta aprender, pequeña amiga mía, a llevarte bien tanto con el presente como con el pasado y el futuro. Vive el presente con alegría, contempla el pasado con indulgencia hacia quien fuiste y, sobre todo, mira el futuro con entusiasmo, intentando imaginar la mejor versión de ti misma que pueda depararte.*

He manifestado pensamientos que tal vez sean un poco complicados, a veces caóticos, para una jovencita de tu edad, pero

«dale tiempo al Tiempo», no le metas prisas y sé amable con él; te aseguro que te lo agradecerá.

P. D.: Hoy se celebra el aniversario del nacimiento de Louisa May Alcott, nacida en Germantown, cerca de Filadelfia, en 1832. Ríndele homenaje empezando a leer su Mujercitas.

—¿Qué vas a hacer durante las vacaciones de Navidad?, ¿irás a esquiar? —me preguntó Lea en el comedor escolar.

—No —respondí escuetamente, omitiendo que nunca me había puesto unos esquís.

El abogado Ferro no era el único que se preocupaba por la Navidad con mucha antelación; desde primeros de diciembre, en mi colegio no se hablaba más que de los planes para las vacaciones de invierno.

—Entonces, ¿vas a volver a Italia con tu familia? —insistió Lea, decidida a hacer que la Nueva charlara un poco.

—Vendrán ellos aquí —la contenté—, lo celebraremos en nuestra casa.

—Querrán ver cómo os habéis instalado —intervino Selina para llenar el vacío dejado por mi respuesta demasiado breve.

—Te hará mucha ilusión enseñarles vuestra nueva casa —recomenzó Lea.

—Sí —respondí, dejando que mi mirada se hundiera en la sopa.

—¿Y adónde iréis vosotras durante las vacaciones de Navidad? —preguntó Lea a las demás, cansada ya de tener que arrancarme las palabras de la boca.

Mis intentos de permanecer el mayor tiempo posible siendo la Nueva no estaban dando los frutos esperados; si seguía por ese camino, pronto me convertiría en la Gruñona.

Sabía que tenía que cambiar de rumbo, pero no me atrevía a hacerlo y, mientras esperaba una nueva idea, seguía pasando el recreo en la biblioteca, leyendo acompañada por ese taconeo de los botines de la señora Greta, tan parecido al zapateo de la tía abuela. Después de la pelea entre mis padres y Fulvio, ya no tuve la oportunidad de hablar con ella. Me preguntaba si mi madre la había llamado para contarle lo sucedido y cuál había sido su reacción. Mis padres no habían mencionado el asunto,

lo que me dejaba la esperanza de que todo se hubiera resuelto ya o, en caso contrario, que la tensión se hubiera evaporado ya por sí sola. Me tranquilizó aún más el alegre ambiente que se respiraba esos días en la casa acuario; mamá había comprado un gran árbol de Navidad cargado de bolas doradas y brillante espumillón y había llenado el salón con velas rojas retorcidas sobre sí mismas que definía enfáticamente como *tire-bouchon*. Me sentía feliz viéndola tan atareada en celebrar las fiestas lo mejor posible, aunque tenía miedo de que el mantel rojo y la vajilla con ribetes dorados que había comprado después de haber visto todo en una revista chocaran con la susceptibilidad de la tía abuela, a la que no le gustaban tales muestras de ostentación, y menos en Navidad.

—No te preocupes —me tranquilizó mamá—, no he comprado estas cosas para la comida de Navidad, sino para el cóctel que tu padre quiere ofrecer a sus compañeros de trabajo unos días antes.

La efervescencia navideña no era, por tanto, en honor de la tía abuela y Fulvio.

—¿Vas a utilizar la vajilla de diario para la comida de Navidad? —le pregunté.

—Ya veremos —me cortó antes de salir apresuradamente de la habitación.

---

[3] Louisa May Alcott, *Mujercitas,* trad. de Almudena Lería, Madrid, Anaya, 2010. *(N. del T.)*

Capítulo 37

—*Hallo, wer spricht?*

—Lo siento, querida, ¡no hablo alemán!

El teléfono había sonado a última hora de la tarde del martes, cuando aún estaba sola en casa leyendo *El cascanueces y el rey de las ratas,* de Hoffmann, en cuyo sombrío ambiente me había sumergido tanto que di un brinco al oír aquel inesperado timbrazo.

—¿Te importa que hablemos en italiano? —preguntó la tía abuela con una risita—, eso en caso de que aún lo recuerdes.

—Perdona, no pensé que eras tú quien llamaba.

—Sí, lo sé, hoy no es jueves y ni siquiera es de noche, pero quería saber cómo estabas.

—Estoy bien, gracias.

—¡Me alegro de que lo hayas entendido!

—¿Entendido el qué?

La tía abuela se quedó en silencio, luego la oí soltar un largo suspiro.

—¿Así que tu madre no te ha dicho nada?

Reflexioné durante unos segundos.

—No, no me ha dicho nada, pero lo escuché todo: Fulvio se enfadó mucho por… —titubeé un momento— … la «segunda familia».

—Oh, siento que hayas tenido que oír semejantes cosas, pero no es a eso a lo que me refería; esperaba que tu madre te hubiera hablado ya de… —La tía abuela titubeó también antes de soltar de golpe—: No iré a pasar las Navidades con vosotros.

—Pero… ¿por qué?

—Por Fulvio, querida.

—¿Tú también estás enfadada con mis padres?

—No, no estoy enfadada, aunque creo que podrían haber gestionado el asunto con más delicadeza. Fulvio, por su parte,

está furioso. Tarde o temprano se le pasará, pero ahora no quiere ni oír hablar de pasar las vacaciones con tus padres.

—¡Entonces, ven tú sola!

—Tengo setenta y siete años, querida, y nunca me he subido a un tren yo sola. Tendría que haber ido a Zúrich con Fulvio y no me siento capaz de hacerlo sola, ¿entiendes?

Lo entendía, pero estaba furiosa: ¡furiosa con todo el mundo! En primer lugar, con Fulvio, por estar enfadado con mis padres y castigarme a mí también por eso, negándome no solo su propia compañía durante las fiestas, sino también la de mi tía abuela; segundo, con mis padres, quienes, aunque conocían las intenciones de la tía abuela, en vez de buscar una solución para suavizar las cosas, ¡se entretenían organizando un cóctel de Navidad para los compañeros de papá!

La tía abuela no hablaba, a la espera de una respuesta por mi parte; el silencio de la casa acuario se hizo sofocante. De repente no pude tolerar más ni el silencio ni la rabia que estaba sintiendo y con un gesto brusco de la mano derribé dos de las velas *tire-bouchon* que mi madre había colocado en valiosos candelabros de cristal sobre la consola del teléfono. Velas y soportes se estrellaron contra el parqué, se rompieron las primeras y se hicieron añicos los segundos en mil astillas brillantes.

—¿Qué pasa? —preguntó la tía abuela, alarmada por el ruido de las esquirlas.

¡También estaba furiosa con ella! Comprendía que no quisiera viajar sola, pero también sabía que, solo con haberlo deseado, habría sido capaz de poner en fila india a todos sus sobrinos y nietos. Llevaba años haciéndolo en la casa del Dora, ¿por qué se rendía ahora al resentimiento de Fulvio y a la indiferencia de mis padres? Entonces, no debía de importarle demasiado pasar las fiestas con nosotros; ahora tenía a sus amigas y lo celebrarían juntas, cenarían en la pequeña villa o en uno de esos bonitos restaurantes de los que me había hablado y luego jugarían a las cartas y, quién sabe, incluso al Comerciante en la Feria.

—Dora, he oído un fuerte golpe, ¿qué ha pasado? —insistió al otro lado del teléfono.

—Nada —articulé con dificultad, conteniendo el grito que me oprimía la garganta y me provocaba una sensación de asfixia—. ¡Nada! —repetí, estrellando el auricular contra la horquilla antes de dar rienda suelta a mi grito de rabia, que estalló por todo el acuario, rebotando en los grandes ventanales y deshaciéndose en pequeños ecos. El silencio volvió a la casa, pero era un silencio nuevo; ya no era condescendiente, sino herido, mortificado y humillado. Había profanado la casa acuario y me había liberado del poder de sometimiento que había ejercido sobre mí.

Corrí a encerrarme en mi habitación, abrí la caja de música, cuyo sonido me pareció menos apagado ahora que el silencio había empezado a vengarse, y me eché boca abajo sobre la cama con *Mujercitas*. Si nadie se preocupaba por mí ni por mis sentimientos, me refugiaría en la casa de los March, me convertiría en la quinta hermana, como me había sugerido el abogado.

> —Las Navidades no serán Navidades sin ningún regalo —refunfuñó Jo, tumbada en la alfombra.
>
> —Tenemos a papá y a mamá y nos tenemos las unas a las otras —dijo Beth…

Cuando mis padres regresaron a casa, armaron un buen escándalo por las velas rotas y las esquirlas de cristal; me exigieron que saliera de mi habitación, donde me había encerrado con llave, pero me negué y seguí leyendo sin inmutarme.

—¡Haz lo que quieras! —chilló mi madre—. ¡Ya saldrás cuando tengas hambre!

Hacía tanto tiempo que no la oía gritar que hasta sentí placer.

Las horas pasaban, los capítulos se sucedían y las voces de mis padres sonaban cada vez menos furiosas y más preocupadas.

—Sabemos que no has roto los candelabros a propósito —decían—, son cosas que pasan, ven a cenar.

Pero no, yo los había roto deliberadamente, y el hecho de

que ellos no tuvieran ni idea era casi tan gratificante para mí como estar leyendo encerrada en mi habitación.

A partir de ese día, ya no me apresuré a responder a la llamada de la tía abuela; hablé con ella, por supuesto, porque, a pesar de la rabia que sentía hacia ella, nunca le habría hecho la grosería de negarme; si me hubiera atrevido a hacerlo, no habría sido mejor que Fulvio, quien, después de la riña con mis padres, no había vuelto a dar señales de vida. Ahora, sin embargo, las palabras de la tía abuela me atravesaban sin provocarme ya la alegría de antaño. Eran palabras lejanas, y no solo por la distancia que debían recorrer para llegar hasta mí. Ya no me importaba haber perdido ese oído especial que nos unía, no me dolía la ruptura de ese vínculo tan particular. Al contrario, a veces incluso dudaba de que hubiera existido alguna vez; probablemente los gemidos de las corrientes de aire en las casas quejumbrosas habían sido solamente una ilusión.

Solo de los susurros de los lectores del pasado aún no me atrevía a dudar, porque, si lo hubiera hecho, también habría negado la alegre esperanza de ese más allá de lecturas que tanto había animado al abogado Ferro.

La época navideña transcurrió de forma lenta e incolora, aliviada únicamente por la lectura y una pequeña revancha contra mis padres. No fui yo la autora, no desmonté el árbol con sus adornos brillantes ni me ensañé con otras velas *tire-bouchon;* para ponerles de los nervios, me contenté con seguir de morros con ellos. Y eso fue precisamente durante el cóctel que los había mantenido tan ocupados como para dejar en un segundo plano la unidad de nuestra familia.

La noche de la fiesta, en nuestra casa todo brillaba, desde los adornos navideños y las copas de cristal hasta el vestido de noche que mi madre se había comprado para la ocasión. Los invitados, que se suponía que iban a ser una treintena, al final solo fueron doce y todos ellos empleaduchos de bajo rango. Los Auténticos Suizos cuya casa estaba llena de libros y los otros

directivos de la empresa no consideraron oportuno, por su parte, honrar la casa acuario con su presencia.

Capítulo 38

Dondequiera que me encuentre, 8 de mayo de 1974

Querida Dora:

Quien te escribe hoy es, eso espero, un hombre con un siglo de lecturas a sus espaldas; si, por el contrario, no hubiera alcanzado la ansiada meta, significaría que he cruzado otra, la que lleva al más allá, donde espero encontrar no solo cantos angelicales y luz perpetua, sino también buenos libros.

Un inciso, ¡no soy capaz de imaginar para qué otra cosa podría servir la luz perpetua si no es para leer!

No quiero aburrirte, a ti, tan joven y tan llena de vida, con discursos sepulcrales; permíteme tan solo que te confiese que llevo años planeando mi marcha. Nadie sabe el día y la hora exactos de su muerte, ni puede estar seguro de dejar este mundo con sus seres queridos rodeando su lecho; sin embargo, he tomado mis precauciones para asegurarme un fallecimiento en buena compañía. En mi cama, bajo la almohada, y en la mesa junto a mi butaca de lectura, he colocado un ejemplar de la novela que más me gusta. Fíjate: he dicho «la novela que más me gusta», no «mi favorita», porque en cien años de lectura no he podido decidir cuál es y no creo que me bastara con otro siglo para tomar una decisión a ese respecto.

Cuando sienta la fría mano de la muerte posándose sobre mi hombro, abriré mi querido libro y comenzaré a leer; así tendré el honor de morir junto con mi querida Madame Bovary.

Perdona este panegírico mío, que ni siquiera pretende animarte a que leas esta obra maestra de la literatura para la que aún eres demasiado joven, y lo digo no porque piense que tendrías dificultades para entenderla o por algún contenido escabroso, sino por el mero hecho de que te arriesgarías a aburrirte más de lo que se aburría la señora Bovary siendo la esposa de un médico de

provincias, mientras que, dentro de unos años, obtendrás mayor disfrute y provecho de ella.

Sin embargo, es del aburrimiento de lo que quiero hablarte, una enfermedad extendida y contagiosa, una infección oportunista que va desgastando poco a poco el buen humor y el entusiasmo. ¡El aburrimiento es el silencio del alma!

Cuando sientas que el aburrimiento fermenta en tu mente, aplástalo con una buena dosis de fantasía, de aventura o incluso de absurdo y, si tus esfuerzos por sí mismos no fueran suficientes, debes recurrir a un buen libro.

Te recomiendo algunos cuyos protagonistas, debido a un imprevisto, han tenido la oportunidad de no aburrirse (aunque probablemente no habrían desdeñado un poco de aburrimiento, dadas las muchas peripecias que tuvieron que vivir).

Aquí tienes, querida, la «lista de los viajeros perdidos (y encontrados)»:

—Un yanqui en la corte del rey Arturo, *de Mark Twain.*

—Robinson Crusoe, *de Daniel Defoe.*

—Los viajes de Gulliver, *de Jonathan Swift.*

Con el afecto de siempre,
abogado Edmondo Ferro

P. D.: El 8 de mayo de 1880 murió Flaubert, el padre de mi querida Emma Bovary.

—Jugad con la niña italiana —oí susurrar a la dueña de la casa—. Lleva media hora sola y aburrida, ¡pobrecita!

No estaba aburrida, ¡ojalá!, más bien me sentía intimidada. Las largas tardes que pasaba sola en el silencio de la casa acuario eran mucho más tediosas comparadas con las de la alegre batahola que había vivido en la casa sobre el Dora, pero a esas alturas ya me estaba acostumbrando y, si no podía ser feliz entre aquellas nuevas y elegantes paredes, al menos me sentía protegida. ¡Oh, cómo me habría gustado, en ese momento, refugiarme en el aburrimiento cotidiano y tranquilizador de la casa acuario!

Me encogí de hombros en un vano intento de hacerme tan diminuta como para desaparecer, pero mi artimaña, por

supuesto, no sirvió para nada más que para hacerme parecer aún más torpe e incómoda.

—Pero, mamá, la nueva siempre está sola, ¡le gusta estar así! —oí que respondía Selina.

—Hemos intentado muchas veces charlar con ella —intervino Lea—, pero no suelta ni una palabra.

—Eso es porque todavía no habla bien el alemán, ¡y quizá también sea un poco tímida!

—Ya habla bien alemán —puntualizó Leonie—, sacó un siete y medio en la última redacción en clase.

—No quiero oír más tonterías, ¡id con ella!

Era sábado por la tarde y me encontraba en el gran jardín de la familia Keller, celebrando el cumpleaños de Selina. Era la primera fiesta a la que me habían invitado desde que vivía en Zúrich, y el día que encontré la tarjeta de invitación en el buzón, mis padres se mostraron bastante más emocionados que yo, que me debatía entre el entusiasmo y el pánico. Después de visitar varias tiendas, mi madre me compró un vestido blanco con adornos de encaje que me hacía parecer una de las muñecas que el tío Bruno me regalaba por Navidad y que la tía abuela escondía de inmediato en el armario.

Según mi madre, era así como vestían las chicas de buena familia: vestidos frufrú, calcetines de algodón calado y manoletinas blancas en los pies. No me atreví a llevarle la contraria porque solo veía a mis compañeras de clase en el colegio, donde todas llevábamos uniforme.

Cuando llamé al timbre de la casa Keller, la madre de Selina me dio una afectuosa bienvenida y me acompañó al jardín trasero, que estaba decorado para la ocasión con nubes de globos blancos.

—¡Chicas, mirad quién ha venido! —dijo a las invitadas, que, por desgracia, vestían cómodos vaqueros y polos. Al menos a los chicos de clase no los habían invitado, lo que me consoló un poco.

Mis compañeras se volvieron hacia mí y me saludaron sin acercarse para luego volver a ocuparse de sus propios asuntos, unas charlando, otras jugando a las estatuas, otras devorando pasteles. Me habría bastado acercarme a uno de los corrillos y

charlar o incluso simplemente escuchar; también podría haberme unido a las que estaban jugando; nadie se habría burlado de mí ni me habría ignorado deliberadamente; eran niñas demasiado educadas para hacer cosas así. Sin embargo, me faltaba valor para tomar alguna iniciativa y mi traje de muñeca no ayudaba nada a que me sintiera a gusto. Me tomé mi tiempo andando hacia la mesa de los regalos para dejar allí el mío, tras lo cual di un par de pasos hacia el corazón de la fiesta, donde me quedé paralizada, erguida e inmóvil como uno de los abedules blancos que poblaban el jardín.

—¡Gracias por venir! —exclamó Selina; tras el sermón de su madre, se había acercado al abedul humano que era yo—. Qué bonito vestido llevas.

—Un poco incómodo para jugar —comentó Lea toda sudada tras correr arriba y abajo—, pero muy bonito.

—Ven, vamos a comer algo —propuso Leonie.

Nos acercamos al bufé, una larga mesa cubierta con un mantel rosa en la que había una gran variedad de dulces.

—Tu fiesta es fantástica —felicité a Selina, segura de que un cumplido no podía hacerme daño.

—Te lo agradezco —dijo sonriendo con orgullo.

—Esta es la mejor fiesta en la que he estado nunca —proseguí, contenta de haberla complacido.

—¿Has estado en muchas fiestas de cumpleaños en Turín?

—En algunas —respondí con evasivas—, pero ninguna era tan bonita como esta. —Decidí continuar por el camino de la adulación, sobre todo porque estaba diciendo la verdad: las pocas fiestecitas a las que había asistido habían tenido lugar en el comedor de alguna de mis compañeras y ninguna había estado llena de globos ni de interminables extensiones de dulces.

—Pero venga, ¡eres de Turín! —chilló una niña a la que no conocía, tal vez de la familia de Selina o una vecina—. He estado en Turín muchas veces, porque tengo una tía que vive allí. Vive en piazza Castello, en un piso precioso de techos altísimos, con frescos de ángeles y escenas de caza. ¿En qué parte de la ciudad vivías?

—Yo vivía…

La descripción de la casa que acababa de escuchar me hizo sentir la frustración de Emma Bovary. En una de sus cartas, el abogado me había sugerido que esperara unos años antes de abordar la obra maestra de Flaubert, pero me había topado con ella por casualidad, durante una batida de reconocimiento de los volúmenes de nuestra biblioteca decorativa, y no supe resistirme. El abogado tenía razón: la historia me pareció aburrida y, en efecto, fue una lectura que avanzó lentamente, pero la protagonista me enamoró de inmediato. Sentía lo mismo que sentía yo, era exactamente como yo, o, al menos, como yo después de haber conocido a Lea, Selina y las demás. Al igual que Emma, yo también quería ser algo diferente, mejor dicho, ¡algo más!

—Yo también vivía en piazza Castello —me decidí, por tanto, a mentir.

—Entonces, vivías en un hermoso edificio barroco —dedujo mi interlocutora.

—Sí, claro.

—Háblanos de tu casa —me preguntó Selina.

—Había un gran salón con lámparas de cristal —empecé a inventar mi casa imaginaria, tomando ejemplo de mis recientes lecturas— y teníamos muchos cuadros.

—¿Antiguos?

—Retratos de familia.

—¿A qué se dedicaba tu familia? —preguntó Leonie.

Por mi mente pasaron las imágenes de la tía abuela limpiando casas quejumbrosas; de mi padre, reparando televisores, y de mi abuelo materno, trabajando como relojero en una pequeña habitación de su piso en Corso Regina.

—Relojes —dije, inspirada por esa última imagen—. Mi abuelo tenía una fábrica de relojes y varias relojerías.

La llegada de la tarta me alivió de tener que seguir con mi desfile de patrañas. Era un pastel delicioso, pero las capas de crema y de nata no bastaron para eliminar la amargura que dejaron en mi boca mis mentiras: la casa sobre el Dora que tanto había amado, ahora me avergonzaba. Mi familia ya no parecía estar a mi altura, o, al menos, a la altura de la persona que yo quería ser.

—Mamá, ¿podemos abrir los regalos? —preguntó Selina en cuanto terminamos de comer el pastel.

Detrás de la mesa de regalos, la cumpleañera iba eligiendo un paquete tras otro, nos lo mostraba al resto y luego preguntaba:

—¿De quién es este?

Después de dar las gracias a la persona que había levantado la mano, Selina arrancaba el papel con voracidad, chillando entusiasmada, y luego levantaba el regalo y nos lo enseñaba, igual que había hecho poco antes con el anterior.

—¡Qué bonito! ¡Es muy bonito!

Se levantaba un coro de cumplidos que se apagaba en cuanto Selina elegía otro paquete y empezaba de nuevo su ritual. Bajo los variados envoltorios iban apareciendo rompecabezas, peluches, brillantes pasadores para el pelo y juegos de mesa.

—¿De quién es este? —preguntó al levantar un paquete de modestas dimensiones.

—Es mío… —murmuré tímidamente.

Selina lo desenvolvió con su habitual frenesí y sacó una pulsera, de la que pendían colgantes en forma de corazón.

—¡Bonito, muy bonito! —prorrumpió el coro de invitadas.

—¿Me lo dejas ver? —le pidió su madre a Selina mientras ya estaba asaltando el siguiente paquete.

—¡Pero si es de oro! —constató asombrada—. ¡No hacía falta! —se dirigió a mí con una tensa sonrisa—. ¡Dile a tus padres que no hacía falta, de verdad!

—¿Y por qué no? —oí que alguien preguntaba detrás de mí —. ¡La familia de Dora es riquísima!

Capítulo 39

Dondequiera que esté, 1 de enero de 1980

Querida Dora:

Te doy la bienvenida a una década que, por desgracia, yo no visitaré. Estoy seguro de que te deparará grandes sorpresas y no solo porque nuestro siglo XX es un siglo interesante en el que las costumbres cambian tan rápidamente como las imágenes en la pantalla de cine, sino también por los cambios que tú experimentarás. La adolescencia es una edad maravillosamente horrible, en la que unas veces te sentirás en la cima del mundo y otras, indigna incluso de pisarlo.

La tuya es una edad en la que los principios nobles e inamovibles se alternarán con repentinas traiciones. Tu mente a menudo correrá más rápida que tú y tus pensamientos se arremolinarán hasta el punto de que a veces ni siquiera podrás reconocerlos. Así pues, disfruta de esos momentos en los que te creerás invencible y soporta con paciencia aquellos en los que te sentirás la más vulnerable de las criaturas, porque, te lo aseguro, durarán muy poco. Quiero ponerte en guardia sobre uno de los aspectos más arteros de la adolescencia, querida mía: a menudo te parecerá que, en este mundo, todos son mejores que tú, pero, créeme, tus coetáneos, por muy dignos de admiración que te parezcan, experimentan ese mismo sentimiento de inferioridad que sientes tú.

Saber que el pequeño drama que estamos viviendo no es solo nuestro nos hace sentir un poco menos especiales, pero también puede suponer un gran consuelo; por esto mismo te dejo en compañía de algunos personajes literarios que han experimentado ese sentimiento de inadaptación y de malestar que tú sientes (pero no solo tú):

—Rojo y negro, *de Stendhal.*

—Jane Eyre, *de Charlotte Brontë.*

—El guardián entre el centeno, *de J. D. Salinger.*

Julien se sentía al margen de cualquier clase social; Jane Eyre se sentía intimidada por la nobleza en particular, y el joven Holden, bueno, él se sentía, ante todo, ajeno a sí mismo. Cada uno de estos personajes afrontó su existencia sintiéndose fuera de lugar de una manera distinta y, obviamente, con resultados diferentes, pero no quiero privarte del placer de descubrirlo por ti misma leyendo la «lista de los fuera de lugar».

Atentamente,
abogado Edmondo Ferro

P. D.: El señor Salinger cumple hoy sesenta y un años; nació en Nueva York en 1919.

Resultaba increíble hasta qué punto las cartas del abogado eran capaces de captar siempre mi estado de ánimo; llegué a pensar en él como en un mago omnisciente que me hablaba desde el pasado, aunque hoy he llegado a la conclusión de que su habilidad consistía simplemente en saber percibir las peculiaridades y las problemáticas de cada momento de la vida. La mayoría de los jóvenes que atraviesan la adolescencia se hacen la ilusión de que son únicos, complicados, inexplicables y que sienten cosas que nadie ha sentido antes; en realidad, están representando un guion que tiene miles de años de antigüedad. La infancia termina, creo yo, cuando empezamos a preocuparnos por lo que los demás piensan de nosotros; entonces nos sentimos bajo escrutinio, constantemente observados y juzgados, sin sospechar que todo empezó cuando nosotros mismos empezamos a dictar sentencias sumarísimas sobre nosotros mismos.

Ese momento de la vida empezó para mí en la fiesta de Selina, cuando renegué de mi pasado para inventarme uno nuevo, más deslumbrante y, creía yo, más en consonancia con las expectativas ajenas. Después de haber pintado con la fantasía una casa de novela decimonónica, una fábrica de relojes y varias tiendas, más y más mentiras se desbordaron del pasado y se vertieron en el presente, inundándolo de falsedad:

mi padre, que en la época de la casa sobre el Dora había sacrificado muchas noches preparándose para un examen al que nunca tuvo el valor de presentarse, en mis historias se convirtió en un ingeniero graduado *cum laude,* y la empresa de electrónica en la que trabajaba se convirtió en la empresa de la que era accionista mayoritario. Mi madre no solo era la administrativa de un gran centro médico —un puesto muy honroso, que había conseguido con gran esfuerzo y del que se sentía justamente orgullosa—, sino la administradora única de una clínica de prestigio. Para finalizar, las vacaciones que pasábamos todos los veranos con nuestra tía abuela en la pequeña villa de Alassio adquirieron los rasgos propios de los viajes exóticos y exclusivos.

La mentira se convirtió en un hábito tan arraigado en mí que a menudo dudaba de lo que era real y lo que no. Si mi padre llegaba del trabajo quejándose de la conducta de un compañero suyo, yo pensaba por un momento: «Bueno, ¿y por qué no lo despide?». Si mi madre hablaba con tono soñador del pintoresco chalet que se había comprado el señor Fulano en una afamada estación de esquí, yo me preguntaba: «Si tanto le gusta, debería comprarse una también». Me recuperaba rápidamente de estos pensamientos, y alejarme de ellos era una operación tan repentina y dolorosa como arrancarse una tirita.

Me avergonzaba de mi familia, pero me avergonzaba más aún de mí misma, pero no por la despreciable circunstancia de ser una mentirosa y de no guardarles el respeto que merecían, sino porque, a pesar de mis esfuerzos, no lograba ser como mis amigas. Quería ser tan guapa como Selina, tan carismática como Lea y tan interesante como Leonie, pero ninguna de todas esas cosas me salía; yo era una alumna que se las apañaba bien en todas las asignaturas, sin destacar en ninguna; que había participado en decenas de deportes, que más tarde abandonaba por falta de talento y de buena voluntad, y lo mismo había ocurrido con los estudios de música. En el salón de la casa acuario, una voluminosa arpa, degradada desde hacía tiempo a mero accesorio de decoración, me recordaba todos los días mi escasa determinación y, sobre todo, mi

absoluta falta de pasión.

Lo único que podía hacer era intentar imitar, al menos en apariencia, a las chicas que me rodeaban. Para ser fascinante como Lea, imitaba sus maneras desenvueltas, pero las traducía en gestos afectados e irritantes. En un intento de parecer tan bella como Selina, me obligué a hacer cambios estéticos que, en vez de darme confianza, me hacían sentir como una especie de payaso; llevaba ropa llamativa impropia de una chiquilla de quince años y no salía de casa sin haberme maquillado como una mona, pero la peor violencia estética se la infligí a mi melena, antaño lisa y sedosa, ahora hinchada y remojada con un espray fijador. Yo era una cáscara vacía, ahuecada y colorida; solo podía encontrar un poco de mi verdadero yo entre las páginas de los libros.

Capítulo 40

Dondequiera que me encuentre, 18 de julio de 1982

Querida Dora:

¡Apuesto a que estás enamorada! Sonrío mientras escribo, imaginando tu cara de asombro: «¿Cómo lo sabe?», te estarás preguntando. Oh, cariño, no hay ningún truco ni engaño. ¡Es que a tu edad es prácticamente imposible no estar enamorada! El amor juvenil es una bestia salvaje y caprichosa que de repente se apodera de ti y que solo unos pocos elegidos consiguen domar y mantener a su lado hasta la edad adulta. Todo joven enamorado cree que nadie ha amado nunca, que nadie ha sufrido ni se ha alegrado como él y, probablemente, eso hasta cierto punto es cierto, pero si te tomas la molestia de leer las grandes historias de amor de la literatura, descubrirás que hay una serie de sentimientos que uno cree únicos e irrepetibles, pero que no lo son en realidad. Esta circunstancia, sin embargo, no los desmerece, en absoluto; al contrario, los hace perpetuos y universales.

En el amor, oirás que repite la gente, todo es cuestión de suerte, lo que, en mi opinión, ¡es una enorme tontería! Si quieres que el amor sea tu amigo, debes tratarlo con cariño y respeto, sin ponerte nunca a su completa merced.

En mi larga vida no he sido muy bueno en el manejo del amor, pero me gustaría, de todas formas, sugerirte la lectura de novelas de las que he sacado las mejores lecciones, que, por desgracia, no he tenido el acierto de llevar a la práctica:

—El gran Gatsby, *de Francis Scott Fitzgerald.*

—La feria de las vanidades, *de William Makepeace Thackeray.*

—Orgullo y prejuicio, *de Jane Austen.*

—Anna Karenina, *de León Tolstói.*

Al leer los libros de esta «lista de los enamorados»,

experimentarás diferentes formas de entender el amor: el amor obsesivo y destructivo de Jay Gatsby y Anna Karenina, el amor instrumental y arribista de Rebeca en La feria de las vanidades *y el amor cauto e incluso demasiado reflexivo de Elizabeth Bennett en* Orgullo y prejuicio. *Nosotros, los lectores, como ya he tenido ocasión de decirte, gozamos de la oportunidad de beneficiarnos de las experiencias de los personajes que hemos encontrado en las páginas de los libros, así que aprovéchate de ellas.*

Con un afecto renovado y cada vez mayor,
abogado Edmondo Ferro

P. D.: Hoy, en 1817, abandonaba este mundo en plena juventud la señorita Jane Austen, quien regaló a sus lectores tantas historias de amor con final feliz, sin haber llegado a vivir ella ninguna.

Thomas era torpe, una característica que era universalmente conocida y muy comentada por cuantos lo conocían. Tal vez tanta torpeza se debía a sus piernas y brazos, tan largos que resultaban un estorbo. Cuando tropezaba o se golpeaba contra un objeto, haciéndolo caer al suelo, miraba a su alrededor con una mueca como diciendo «Esto le puede pasar a cualquiera y, mira, ¡me ha vuelto a pasar a mí!». Lo conocía desde mi llegada a Suiza: había sido el charlatán del último pupitre en la escuela primaria, el payaso de la clase en secundaria y el chico guapo y agradable en bachillerato del que todas mis amigas, por turnos, estuvieron enamoradas.

A lo largo de los años yo también me encapriché de él varias veces, con un sentimiento intermitente que experimenté asimismo por un par de mis otros compañeros de escuela, pero no fui consciente de que lo quería hasta que fue él quien se interesó por mí. Ocurrió en el tercer año de secundaria, a finales de primavera, cuando me invitó a dar una vuelta por el centro de la ciudad un sábado por la tarde para que lo ayudara a elegir unas zapatillas. El pretexto no era ni romántico ni ingenioso, pues yo sabía tanto de zapatillas de deporte para hombres como él podía saber de zapatillas de ballet. Cuando se presentó en la puerta de la casa acuario, con el pelo engominado y la camisa de estilo hawaiano, chorreando

Drakkar Noir, fue amor a primera vista… entre mis padres y él.

Thomas tenía un apellido alemán, Meier, unas notas excelentes y era bisnieto de un banquero. Era, además, un chico cortés y educado y, decía mi padre, no tenía las maneras arrogantes de algunos de los hijos de papá que tenía el disgusto de conocer en el trabajo y de quienes a menudo se veía obligado a recibir órdenes. Fue la aprobación incondicional de mis padres lo que me impidió caer en sus brazos de inmediato. Thomas me gustaba mucho, me parecía inteligente y divertido, pero, si les gustaba tanto también a mis padres, era evidente que yo me estaba equivocando.

No acabé distanciándome porque, al fin y al cabo, sus atenciones me halagaban: si uno de los chicos más admirados del colegio estaba colado por mí, yo no era el desastre que creía ser y, quizá, no era necesario que me camuflara bajo capas de maquillaje y gestos artificiosos. No empecé a ir siempre con la cara lavada, no, nada de eso, todavía era una adolescente de los ochenta, pero poco a poco empecé a encontrar algo de esa sencillez y espontaneidad que me había acostumbrado a ocultar.

Lo mantuve en la cuerda floja unos meses, como saben hacer las chicas con gran maestría, sin que nadie se lo haya enseñado: lo halagaba, lo rechazaba, para luego atraerlo de nuevo hacia mí y ponerlo en su lugar. Sin tomarse en serio mi afecto elástico, Thomas adquirió la costumbre de presentarse en la casa acuario todos los sábados por la tarde y para mis padres aquello siempre era una fiesta: lo agasajaban, le hacían preguntas sobre su familia, lo invitaban a quedarse a cenar. Incluso cuando se le escapaba de las manos un vaso de la cristalería buena, mis padres se regodeaban como si ser víctima de su torpeza fuera un raro privilegio.

—Thomas Meier es un chico estupendo —decían tratando de animarme mi madre y mi padre, pero obtenían el efecto contrario—. Es estudioso y bien educado, ¡y además es de muy buena familia! ¿Qué más quieres?

Nada, en efecto; Thomas era de la misma casta inexpugnable que Lea, Selina y Leonie y, si me comprometía

con él, por fin formaría parte yo también de esa. Sin embargo, precisamente el hecho de que se diera por supuesto que sería una inmensa suerte para mí, un honor inesperado y probablemente inmerecido fue lo que me hizo detenerme; se trataba de una cuestión de orgullo personal, el mismo que me sorprendió encontrar, idéntico, en Elizabeth Bennet, de *Orgullo y prejuicio*.

—¿Por qué no te comprometes con ese tal Thomas? —me preguntó entre risas la tía abuela durante una de las tradicionales llamadas de los jueves por la noche.

—¿Te han dicho mis padres que intentes convencerme? —pregunté molesta.

—No, no me han dicho nada, has sido tú —contestó riéndose.

—¿Yo?

—Sí, llevas meses que no haces otra cosa que hablarme de él. Tú y yo, cariño, apenas hemos hablado los últimos años: charlamos todas las semanas, es cierto, pero cuando te pido que me cuentes algo, apenas respondes, como si las palabras te costaran a tanto el kilo.

—Pero verás —dije tratando de justificarme—, yo no…

—Olvídalo, lo entiendo; no puedo pretender que compartas tu vida conmigo cuando yo ya no formo parte de ella.

—Tú siempre formas parte de mi vida —dije, esforzándome por adoptar un tono convincente.

—Eres muy buena por tratar de que así lo crea, pero nos hemos distanciado, eso es un hecho. Desde que apareció tu Thomas, no obstante, has vuelto a hablar conmigo, a contarme tus días, en los que él siempre está presente, como el perejil.

—Es normal que siempre esté ahí —me defendí—, vamos a clase juntos y lo veo todos los días.

—También ves a tus profesores todos los días y nunca hablas de ellos, ¿y sabes por qué? Hablarme de ellos no te aporta ninguna alegría, mientras que hablarme de Thomas te pone de buen humor. Los dos os divertís mucho juntos, ¿verdad? —preguntó cambiando de tono.

—Sí, es un chico muy simpático.

—Tus padres me han dicho que no deberías dejarlo escapar

porque es de buena familia y tiene muy buenas perspectivas de futuro, y esas dos cosas no son perjudiciales para la salud, pero tampoco son tan esenciales en mi opinión. El hecho de que os divirtáis juntos y de que te apetezca revivir los momentos que pasas con él contándomelos todos los jueves por la noche creo que es, en cambio, algo realmente importante: estás colada por Thomas, querida, y si has decidido no salir con él para fastidiar a tus padres, has de saber que te estás fastidiando a ti misma y a ese simpático chico. ¡Venga, mujer, dale una oportunidad antes de que se canse de correr detrás de ti! Solo prométeme una cosa —añadió al final.

—Dime.

—Cuando estéis juntos y te acostumbres tanto a él que tenerlo a tu lado te parezca lo más normal del mundo, prométeme que no volverás a dejar de hablar conmigo.

—No lo haré.

Por primera vez en muchos años, sentí un fuerte deseo de abrazarla y acurrucarme en su regazo, como hacía de niña.

Capítulo 41

La melodía era encantadora, pero las notas evocaban en mí un recuerdo doloroso que no era capaz de identificar ni de alejar de mí.

—Thomas es muy bueno —me susurró Lea al oído derecho —. Yo no entiendo nada de música, pero Leonie dice que es un auténtico virtuoso del violín.

—Él toca la viola, es Leonie la que toca el violín —dijo Selina a mi izquierda.

—¿He dicho ya o no que de música no sé nada? —se rio Lea, agitando como campanillas sus voluminosos pendientes, que hacían que su pelo a lo Estefanía de Mónaco pareciera aún más corto.

Dos elocuentes golpes de tos detrás de nosotras cortaron su risa de golpe.

—La próxima vez que te eches novio —volvió a susurrarme al oído—, búscate un batería; al menos en sus conciertos podremos hacer algo de ruido.

La música seguía ascendiendo hacia la cúpula del auditorio en suaves remolinos, aumentando mi sensación de malestar. Hacía ya un año que Thomas y yo salíamos juntos y yo había asistido a muchos de sus conciertos, que siempre eran una alegría tanto para mis oídos como para mis ojos. Las maneras un poco torpes de mi novio, que tanto me divertían y enternecían, desaparecían en cuanto tocaba en público. Ese día, sin embargo, algo que aún no había identificado me impedía disfrutar tanto de la música como de la visión de Thomas.

—Qué guapa está Leonie con ese vestido largo y blanco, que destaca entre los oscuros esmóquines —suspiró Selina—; me recuerda un verso de Romeo y Julieta: «Apareció como nívea paloma entre una bandada de cuervos».

Leonie no era una mujer muy guapa; de hecho, era sin duda la más feúcha de las cuatro, pero la música también la hechizaba y la transformaba en una criatura de cuento de hadas, como de otro mundo.

—Si hubiera seguido estudiando clarinete, tal vez ahora yo también estaría en el escenario con un vestido así de bonito —continuó Selina en voz baja.

Me giré hacia Leonie y esbocé una sonrisa de comprensión: ella sí que era guapa, tan guapa que podía pasar por completo de modas y de toda clase de afectaciones. Sus grandes ojos grises no necesitaban maquillaje fluorescente para destacar y sus delicados labios imantaban la atención sin necesidad de carmín.

—¿Estás bien, Dora? —me preguntó, escudriñando mi rostro —. Estás muy pálida.

—Tal vez Beethoven la impresiona —intervino Lea—. Si no estás bien, podemos marcharnos —me propuso con una premura no del todo desinteresada, pues, desde que nos habíamos sentado, ya tenía unas ganas locas de irse.

—No es Beethoven —señaló Selina—, ¡es Bach!

—Beethoven o Bach, ¿qué diferencia hay?

Nos llovieron media docena de «¡Chis!».

—Basta, ya no aguanto más, os espero en el bar del vestíbulo —declaró Lea mientras se alejaba, perseguida aún por los últimos «¡Chis!».

Beethoven o Bach, repitió mi mente media docena de veces, antes de que la sensación de inquietud que me impedía disfrutar de la música volviera a adquirir consistencia; los sonidos dibujaron en mi mente una imagen de la casa acuario y de mí, todavía una niña, sentada en el sofá con expresión somnolienta. ¡La pieza que el cuarteto de cuerda estaba tocando ya la había escuchado yo en uno de los tristemente famosos miércoles musicales! El recuerdo de mis padres luchando contra el sueño me hizo sonreír, así que no podía ser simplemente ese el origen de mi malestar, que no había disminuido en absoluto. Cerré los ojos y respiré profundamente, justo como en los tiempos de los miércoles musicales, solo que entonces lo hacía para simular

concentración y en ese momento lo hice para inducirme algo de calma. Al cabo de unos segundos me pareció que me sentía mejor, pero un pasaje musical provocó la explosión de una nueva imagen en mi mente: la silueta de un chico alto y delgado caminando por el sendero de la casa acuario con la mirada perdida.

Lo que mi novio estaba tocando con su cuarteto de cuerda era exactamente la pieza que estábamos escuchando el miércoles en que Fulvio se había presentado en nuestra casa, para luego abandonarla definitivamente. Hacía años que no pensaba en ese episodio, tampoco en mi primo Fulvio, a quien no había vuelto a ver ni a tener noticias de él. Había necesitado años de esfuerzo y desesperación para arrancarme su recuerdo del fondo de mi memoria, pero ahora estaba allí, reapareciendo con la violencia de un géiser en erupción desde el centro de la tierra. Sentí que la mano de Selina buscaba la mía y la estrechaba; yo estaba llorando bajito y mi amiga me ofreció el mejor consuelo posible, partícipe pero silencioso. El consuelo de quien no exige ninguna explicación.

—Habéis sobrevivido, ¡bien por vosotras! —Lea nos esperaba sentada en el vestíbulo; sobre la mesita de centro había una *flûte* vacía—. ¿Quieres beber un *chardonnay* antes de que esto se llene de gente?

—Mejor no —declinó Selina—, esta noche hay muchos profesores por aquí y no quiero que me vean bebiendo.

Como toda respuesta, Lea se encogió de hombros y se encendió un cigarrillo. Su padre había sido elegido recientemente diputado en el Consejo Nacional de la Asamblea Federal y el sentido común debería haberle dicho que moderara esas actitudes despectivas, pero, por el contrario, ella había abandonado toda contención, segura de que ningún profesor se atrevería ya a hacerle ningún reproche.

—Quiero un café, por favor —le pedí al camarero, sentándome con ella a la mesita.

—Beethoven también te ha dado sueño a ti, por lo que veo.

—Era Bach —repitió Selina, esta vez con poca energía.

—Lo que tú digas —comentó Lea—; en cualquier caso,

Thomas es muy bueno. Lástima que no pueda ser un músico profesional.

—¿Por qué no? —pregunté asombrada.

—Es el bisnieto de un banquero —respondió como si se tratara de una obviedad.

—Yo voy a estudiar Historia Antigua —anunció Selina con orgullo—, aunque mis padres no estén para nada de acuerdo.

—Para las chicas es diferente —comentó Lea—. Los padres tienen menos expectativas, lo cual resulta irritante, incluso ofensivo, pero indudablemente nos da más libertad.

—Mis padres querían que estudiara Economía, pero a mí no me apetecía lo más mínimo y se lo dije bien clarito —continuó explicando Selina.

—Bien hecho —aprobó Lea—. Yo, en cambio, voy a estudiar Medicina.

—¿Tú vas a ser médico? —se rio Selina.

—Cirujano cardiovascular, como mi madre.

—¿Estás segura? Los cirujanos tienen que ser precisos, pacientes y con mucha sangre fría, y tú pierdes los estribos por cualquier tontería.

—Desde que era pequeña siempre he querido llevar una bata blanca como mi madre.

—Hay muchas profesiones en las que podrías llevar una bata sin destripar a nadie —bromeó Selina—; podrías ser pastelera, por ejemplo.

—Y tú, Dora, ¿qué quieres hacer? —cambió de tema Lea, enfadada.

—A mi madre le gustaría que estudiara Derecho, a mi padre le gustaría que fuera ingeniera, como él.

—Sí, vale, ¿pero a ti qué te gustaría hacer? —me instó mi amiga.

—Yo… aún no lo tengo pensado —admití.

—¿Y a qué esperas? —me preguntó Selina con tono de reproche.

—Eso mismo, ¿a qué esperas? —replicó Lea, satisfecha de haber centrado toda la conversación en mí.

Sentadas a la mesa, pudimos observar al público que se entretenía en el vestíbulo y felicitaba a los músicos. Leonie,

que ya había perdido su encanto escénico, conversaba con una pareja de mediana edad. La mujer, con un vestido de noche negro que realzaba su esbelta figura, le acariciaba el hombro desnudo con familiaridad; el hombre, de estatura imponente, hablaba inclinándose hacia ella.

—Los padres de Leonie hacen buena pareja —dije, observando aquella escena.

—¿Esos? —se sorprendió Selina.

—¿De verdad crees que son los padres de Leonie? —preguntó Lea.

—¿Por qué? ¿Quiénes son?

—Son los padres de Thomas —exclamó Selina—. ¿Lleváis un año juntos y aún no los has conocido?

—La verdad es que no —dije cayendo en la cuenta de ello justo en ese mismo instante.

—Qué cobarde —resopló Lea.

—Cobarde, ¿por qué? —pregunté.

—Pero ¿cómo que cobarde? No habrá tenido ocasión para hacerlo —dijo saliendo en mi defensa Selina ante una acusación que yo aún no había entendido por completo.

—¡Esta es una buena ocasión! —exclamó Lea, extendiendo los brazos hacia el abarrotado vestíbulo.

Thomas se había reunido ya con sus padres, quienes, tras abrazarlo y besarlo, ya se estaban despidiendo.

—¿No era esta una buena ocasión para presentarle a Dora? —preguntó Lea beligerante—. ¿Por qué no lo ha hecho?

—Sus padres tendrían prisa —especulé.

—¡Muy probablemente! —confirmó Selina con demasiado énfasis como para dar crédito a sus palabras—. Y ahora hablemos de otra cosa, Thomas viene hacia nosotras.

Capítulo 42

—Hace unos días que te encuentro un poco rara —me sorprendió Thomas mientras estábamos estudiando para un examen en mi habitación.

—¿Rara? —pregunté haciéndome la tonta.

—Sí, estás taciturna —me explicó clavando sus ojos oscuros y ligeramente almendrados en los míos—, parece que tienes un pensamiento zumbando en tu cabeza.

En realidad, los pensamientos eran dos: el primero se refería a mi primo Fulvio, cuyo recuerdo se negaba a hundirse de nuevo en el olvido del pasado; el segundo era la duda que Lea me había insinuado acerca de los padres de Thomas, a quienes aún no me había presentado. Probablemente se avergonzaba de mí y esa hipótesis echaba por tierra la confianza en mí misma que con tanto esfuerzo había conquistado en el último periodo.

—La otra noche, en el concierto, vi de lejos a tus padres —dije armándome de valor.

—Los viste… —repitió él antes de que se le cayera el lápiz al suelo. Quién sabe si ese acto había que atribuirlo a su proverbial torpeza o si, por el contrario, estaba expresando nerviosismo—. Sí, la verdad es que tendría que hablarte de ellos —continuó distraídamente mientras intentaba recuperar el lápiz de debajo del escritorio.

—Te escucho —lo animé.

—Veamos —soltó un largo suspiro—, ¿sabes esquiar?

—Aprendí hace unos años, pero ¿eso qué tiene que ver? —solté, pensando que intentaba cambiar de tema.

—Pasaré las vacaciones de Navidad con mis padres en nuestra casa de Zermatt. Es una bonita estación de esquí a los pies del Cervino y me encantaría que vinieras tú también.

—¿De verdad? —pregunté incrédula—. ¿Quieres que pase

las vacaciones con tus padres?

—¡Por supuesto!

—¿Estás seguro?

—Aún no les he hablado del tema; primero quería saber qué pensabas tú, pero estoy convencido de que se sentirán entusiasmados ante la idea de conocerte y de pasar un tiempo contigo.

La perspectiva de pasar mis vacaciones con los Meier electrificó a mis padres. Mi madre se empeñó en modernizar mi vestuario de invierno y mi padre no perdía la ocasión de presumir ante cualquiera de que a esas alturas nuestra familia y la de los Meier estaban íntimamente relacionadas.

—¿Crees que deberíamos invitar a los Meier a cenar? —preguntó mi madre un par de días antes de partir—. Habrá que darles las gracias.

—Tal vez a mi vuelta —dije tratando de frenar la euforia general—, cuando los haya conocido y haya más confianza.

—Pero coméntaselo a Thomas —intervino mi padre—. Quizá los Meier se esperen una invitación.

—¿Deberíamos invitarlos aquí, en casa, o invitarlos a cenar en un buen restaurante? —inquirió mamá—. Pregúntale a Thomas eso también.

El timbre del teléfono interrumpió aquella oleada de entusiasmo.

—¡Será Thomas! —dije con seguridad, pues solía llamarme todos los días desde una cabina telefónica, al volver de la clase de música—. Voy a mi habitación a contestarle.

—¡Pregúntale si los Meier tienen un restaurante favorito! —gritó mamá justo antes de que cerrara la puerta a mis espaldas.

—Hola, amor mío, ¿cómo estás? —me preguntó Thomas con su dulzura de siempre.

—Muy bien, me muero de ganas de ir a verte.

Por un momento Thomas se quedó en silencio.

—Hay algo que tengo que decirte.

Su tono sonaba similar al que adoptaba cuando chocaba con algo o lo rompía: humillado.

—¿Qué pasa?

—Me temo que…

—Venga, habla —lo animé.

—No podremos pasar las vacaciones juntos.

Thomas no añadió nada más, dejándome atormentar en el silencio durante interminables segundos.

—¿Ha pasado algo? —encontré la lucidez de preguntarle—. ¿A tus padres les ha surgido un imprevisto y no podrán ir?

—No, no pasa nada, es que… —La voz de mi novio tembló —. Mis padres no ven oportuno que vengas con nosotros.

—¿Por qué?

—Verás… —se tomó su tiempo—, son gente chapada a la antigua, muy religiosa, y consideran impropio que lleve a una chica a nuestra casa.

—¿Una chica? —pregunté con la voz rota, a mi pesar, por las lágrimas—. No soy una chica, tú y yo llevamos un año juntos.

—Sí, pero ellos… —su voz volvió a temblar— ellos no lo sabían.

—¿Cómo?

—Pero ahora ya se lo he dicho.

—Pero ¿por qué has hecho una cosa así? —Esperé mucho tiempo una respuesta que no llegó—. ¿Cómo han reaccionado al enterarse de que les has estado ocultando nuestra relación durante un año? —intenté cambiar la pregunta.

—No les he dicho que llevábamos un año juntos —admitió —. Se habrían enfadado más aún.

—¡No lo entiendo! ¿Qué razón iban a tener para enfadarse? No tienes doce años.

—Ya, pero verás, tú eres…

—¿Yo qué?

—Tú no…

La llamada se interrumpió de repente. A menudo nuestras conversaciones se interrumpían cuando caía la última ficha de teléfono.

Me quedé mirando el teléfono durante incontables minutos. ¿Volvería a llamar Thomas? No lo hizo, lo que en cierto modo me tranquilizó: no volvía a llamar porque se había quedado sin fichas, lo que significaba que la línea se había interrumpido y

no había colgado voluntariamente. Acunada por esa débil teoría, esperé a que me llamara al llegar a casa, pero el teléfono permaneció en silencio toda la noche. Me habría gustado acabar con ese silencioso suplicio y llamarlo yo misma, pero mi orgullo me lo impedía; me había mantenido oculta a su familia durante todo un año, como si en mí existiera algo indigno; debía ser él quien me llamara y me ofreciera explicaciones válidas y, sobre todo, disculpas. Además, la posibilidad de que uno de sus padres respondiera me acobardaba bastante más que el orgullo herido. Hablar con los señores Meier esa noche habría sido tan incómodo para mí como para ellos; acababan de enterarse de mi existencia y no podía culparlos por negarle a su hijo el permiso para que me llevara con ellos.

Me fui a la cama antes de lo habitual con la excusa de una migraña repentina. No tenía el valor de explicarles a mis padres lo que acababa de ocurrir; me lanzarían preguntas para las que no tenía respuesta. Sin mencionar que, aunque sus delirios sobre cómo mi viaje haría que nuestra familia se codeara con la flor y nata de Zúrich me molestaran, me dolía tener que apagar su entusiasmo infantil. Ya se lo contaría todo a mis padres al día siguiente, me prometí a mí misma, después de ver a Thomas en el instituto y de contar con explicaciones más detalladas.

Capítulo 43

Turín, 29 de diciembre de 1983

Querida Dora:

En esta mi penúltima carta, me gustaría hablarte de un tema que me es tan grato a mí como a los novelistas y al resto de la humanidad: la espera.

La espera es un mal que aqueja al género humano desde sus orígenes y, en mi opinión, es la peor parte de cualquier acontecimiento, ya sea feliz o desgraciado. La espera de una posible alegría está impregnada del temor punzante de que lo que anhelamos quizá no llegue nunca; la espera de un probable dolor, en cambio, es siempre más insoportable que el propio dolor. Luego está la espera de la nada, querida, que es la más temible de todas: nos hace atormentar por la ilusión de que algo o alguien vendrá tarde o temprano a rescatarnos.

«En lo más profundo de su corazón, esperaba que ocurriera algo. Como los náufragos, miraba desesperadamente la soledad de su vida, con la esperanza de vislumbrar una vela blanca en las lejanas nieblas del horizonte… Pero no pasaba nada; ¡Dios lo quería así!»

Esta es la forma en que Flaubert describió la vacua espera de mi amada Emma Bovary. Ya te he hablado de Madame Bovary*, ¿te acuerdas? Fue hace bastantes años, cuando te confesé mis proyectos sobre mi partida. La espera de la muerte, querida mía, es una constante en la vida de cada uno de nosotros: nace con nosotros y crece con nosotros; al principio, no es más que un tierno brote, pero, con el paso de los años o la llegada de una enfermedad, se convierte en un árbol tan grande que eclipsa toda nuestra existencia, esto, obviamente, si nos quedamos reposando bajo sus ramas.*

Supongo que habrás leído la historia de la desdichada Bovary y

habrás comprendido por qué se trata de la novela que más me gusta. Todo el mundo tiene, en esta tierra y desde mi perspectiva, una misión que perseguir; no obstante, por desgracia, muchos carecen de la fuerza y de la tenacidad para luchar por ella y se quedan tirados en este mundo, vacíos e inertes como marionetas que esperan una mano que los anime. Yo, en cambio, pertenezco a ese minúsculo grupo de elegidos que no tuvieron que buscar el propósito de su vida con lupa, sino que se toparon con él por casualidad. Fue Madame Bovary quien me mostró el camino. La pobrecita creció sin una guía literaria y desperdició sus años de formación como lectora entreteniéndose con noveluchas que le hicieron percibir como deseable, mejor dicho, irrenunciable, una vida de querencias aristocráticas, dedicada al lujo y al amor en la peor de sus acepciones: galante, empalagosa y desesperada.

Si la querida Emma hubiera tenido la suerte de conocer a alguien como yo, que la guiara en sus elecciones literarias, nunca habría… Pero puede ser que tú aún no hayas leído esta fantástica novela; en tal caso, ¡no quiero privarte del placer del descubrimiento! Que sepas únicamente que, gracias a Emma, descubrí mi misión en esta tierra: crear nuevos lectores, no moldeándolos según mis gustos personales, sino haciendo que fueran capaces de elegir entre la multitud de libros existentes aquellos de los que pueden obtener mayor placer y provecho.

¿Lo he logrado contigo, querida Dora? ¿Te has convertido en una joven capaz de elegir tanto un libro como lo que quieres hacer con tu vida? ¿No serás, por casualidad, alguien que espera indolente? Te voy a dar un consejo, Dora: la espera es la hija predilecta de la duda y, si no tienes claro qué hacer en el presente, dirige tu mirada hacia el pasado, para encontrar allí las semillas de tu futuro. Muchas grandes obras maestras de la literatura hablan de retornos; ya te habrás dado cuenta al leer los libros que te he sugerido. No basta con que el héroe lleve a cabo su hazaña, es imprescindible que vuelva a su mundo para compartirla. Tú, querida Dora, ¿tienes un lugar al que regresar después de una noble hazaña?

Lástima que no puedas responderme, pero intenta responderte al menos a ti misma. Yo siempre tuve un lugar al que regresar, aunque, si quieres que te diga la verdad, lo abandoné muy pocas

veces y en pocas ocasiones volví a él después de una noble hazaña. Es en este lugar de retorno mío en el que me he inspirado para esta penúltima lista:

—La casa en la colina, *de Cesare Pavese.*

—Amor y gimnasia, *de Edmondo De Amicis.*

—La monja joven, *de Giovanni Arpino.*

—La jornada de un escrutador, *de Italo Calvino.*

Afectuosamente tuyo,
abogado Edmondo Ferro

P. D.: Hoy, en Turín, en 1965, naciste tú: una lectora.

El insomnio no me daba tregua; por esta razón decidí abrir antes de la fecha prescrita la penúltima de las cartas del abogado Ferro, cuyas palabras, como siempre había sucedido, me sorprendieron por corresponderse perfectamente con mi actual estado de ánimo.

Era una carta bastante larga, que trataba varios temas, y que tendría que leer varias veces para que no se perdiera ninguna de sus valiosas ideas. Lo que más me llamó la atención en una primera lectura fue la referencia a *Madame Bovary*.

Recordé el momento en que había empezado a leer la novela hacía unos años y cómo me había identificado con el anhelo de Madame Bovary de vivir una existencia más luminosa y acorde con sus aspiraciones. A partir de ese momento, empecé a inventar un pasado diferente al que había vivido. En los años siguientes, podría haber corregido las mentiras. Al fin y al cabo, solo era una niña cuando las inventé y ninguna de las que, por aquella época, se habían convertido en mis amigas me habría juzgado por ello; de hecho, probablemente todas nos habríamos echado unas risas y no habría cambiado nada en nuestra relación. Pero, por desgracia, nunca encontré el valor de confesar la verdad; al contrario, me dediqué a ir añadiendo detalles a mis mentiras, hasta el punto de creerlas yo misma verdaderas: ya no inventaba esas mentiras para mis amigas, yo era la primera en necesitarlas.

«Si la querida Emma hubiera tenido la suerte de conocer a alguien como yo, que la guiara en sus elecciones de lectura,

nunca habría…»

¿Por qué no recordaba el destino de Emma Bovary? ¿Adónde la había llevado su obsesión por la fascinación, el romanticismo y la riqueza? Ya era más de la una de la madrugada y el sueño seguía sin querer saber nada de mí; mis padres hacía un buen rato que se habían retirado a su dormitorio y la casa acuario estaba sumida en su acostumbrado silencio abismal.

Me dirigí de puntillas al salón, donde el ejemplar de *Madame Bovary* seguía decorando nuestra estantería; los libros eran los mismos de siempre y su disposición nunca había cambiado, pues, tras unos cuantos intentos fallidos de lectura, mis padres no habían vuelto a tocar ni a cambiar de sitio ninguno de los volúmenes. Abrí la novela y encontré la esquina superior de una página doblada; fruncí la nariz al recordar la bárbara costumbre que tenía de niña de hacer dobleces en los libros en vez de utilizar un marcapáginas. Por eso no recordaba el final de la novela: nunca la había terminado, probablemente porque era demasiado exigente para una niña.

Me llevé el libro a mi habitación y me puse a leerlo; había interrumpido mi lectura en el punto en el que el matrimonio Bovary participa en un baile en el castillo de Vaubyessard, donde Emma puede por fin disfrutar de la sofisticación aristocrática que siempre ha anhelado.

Mientras leía ávidamente el capítulo, oí un tintineo, como un juego de llaves. Levanté los ojos de la página y me puse a escuchar. La casa acuario retumbaba en su silencio. Volví a sumergirme en la lectura, disfrutando de cada detalle y descripción, hasta que un segundo tintineo me apartó de la historia. De todos modos, era un tintineo diferente al anterior, más largo y nítido, parecido al de una cucharilla que golpea repetidamente las paredes de un vaso. Ese sonido también desapareció con rapidez, pero la impresión que había recibido era demasiado fuerte como para fingir que tan solo lo había imaginado. Salí de la habitación, crucé el salón y empujé la puerta de la cocina, donde solo encontré el ligero y rítmico goteo que caía del grifo del fregadero en la oscuridad. Decidí volver a mi habitación, donde Emma me esperaba en el salón

de baile de Vaubyessard, sentada en un diván junto a la marquesa.

«Emma se emocionó un poco cuando, mientras su caballero la sujetaba por la punta de los dedos, se alineó con los demás esperando el golpe de arco que daba inicio a la danza. La emoción se desvaneció muy pronto. Meciéndose al ritmo de la orquesta, se deslizó hacia delante, moviendo ligeramente la cabeza.»

Tuve una revelación: no había dejado de leer porque fuera demasiado exigente, sino porque me había identificado tanto con Emma y sus deseos de grandeza que decidí despedirme de ella durante ese fastuoso y romántico baile, en lo que podría parecer un final feliz.

Capítulo 44

Mi paso era incierto, mis ojos soportaban el peso de la noche insomne, al igual que mi humor.

—¡Envenenada! —exclamé, aún sumida en mis pensamientos, cuando alcancé a Lea—. Eso es lo que le pasó a Emma Bovary: sus ambiciones vacías y las decepciones amorosas la intoxicaron hasta las últimas consecuencias.

—¿No se suicidó con arsénico? —me preguntó Lea mientras recorríamos el pasillo a paso ligero hacia nuestra clase.

—En sentido estricto, sí —admití.

—¡Ah, vale, ya me lo parecía! Yo también la leí hace unos años —dijo con un puntito de orgullo—, es una novela fantástica, pero no deberías haberte quedado despierta toda la noche para terminarla; ahora tienes ojeras y estás pálida como un fantasma. Por suerte, es el último día de clase y mañana te irás a la montaña con Thomas, así que podrás descansar.

Me mordí los labios, sin responder.

—¿Qué pasa, Dora? —me preguntó, tras lo que me cogió de un brazo y me obligó a frenar.

—Llegamos tarde —murmuré, quitándomela de encima y dando los últimos pasos que me separaban de la puerta de nuestra clase.

—Bienvenidas, señoritas. —Ya sentado en su cátedra desde hacía unos minutos, el profesor de Matemáticas nos saludó con un marcado sarcasmo—. Pasen y siéntense, así podemos empezar la clase, si no les importa.

—No nos importa en absoluto —respondió Lea en el mismo registro.

Me senté rápidamente en mi sitio, sin quitarme siquiera el abrigo. Lea, escudada en su impunidad, se demoró aún unos instantes antes de sentarse a mi lado. Busqué a Thomas con la mirada, pero encontré su pupitre vacío.

—Llegará tarde —se encogió de hombros Lea, siguiendo la dirección de mi mirada.

—Nunca llega tarde.

—La verdad es que no —admitió.

Largas secuencias de números desfilaban blancos e indiferentes por la superficie de la pizarra, sin que yo lograra fijarme en ninguno de ellos.

—¿Te preocupa que Thomas haya cogido la gripe y no pueda salir mañana? —me preguntó al oído—. Voy a ver si alguien sabe algo… ¡Leonie! —susurró en dirección al primer pupitre—. Thomas y tú tuvisteis ayer ensayo de cuarteto, ¿no? —Leonie asintió con la cabeza, sin apartar la vista del desfile de números en la pizarra—. ¿Sabes por qué no está aquí hoy? ¿Está enfermo por casualidad?

—Está bien —dijo mientras giraba ligeramente la cabeza, pero sin perder de vista la pizarra—, pero se ha marchado de vacaciones un día antes.

Lea se volvió hacia mí poniendo una expresión de sorpresa; yo bajé de inmediato la vista a la libreta.

—¡Qué cobarde!…

La clase terminó por fin sin que yo hubiera captado el más insignificante de los contenidos. Lea insistió en llevarme a una cafetería para tomar un chocolate caliente.

—Lo ha echado todo a perder en el último momento y ni siquiera ha tenido el valor de presentarse hoy en clase. ¿Al menos te ha explicado el motivo de esta jugarreta?

—Me dijo que sus padres están chapados a la antigua y no quieren que pase las vacaciones bajo el mismo techo con su novia.

—Y tú eres consciente de que es una mentira descomunal, ¿verdad?

—Sí, tal vez lo sea —dije con escasa convicción.

Lea negó con la cabeza y frunció los labios disgustada.

—¿Te acuerdas cuando Leonie y Thomas salieron brevemente hace dos años?

Asentí sin alterarme. Como en cualquier instituto, en el nuestro las relaciones entre los alumnos surgían y se rompían con gran facilidad.

—Solo estuvo con Thomas un par de meses, no un año como tú, pero sus padres se alegraron mucho cuando la invitaron a su chalet para pasar las vacaciones de invierno.

—Los Meier se han enterado de mi existencia hace pocos días; no saben que llevamos tanto tiempo juntos.

—Tenía miedo de su reacción, el muy cobarde.

El sabor dulce del chocolate caliente comenzó a apagarse por el regusto salado de las lágrimas que, a mi pesar, no logré reprimir.

—Mi padre detesta a los Meier —continuó hablando Lea—, siempre me ha dicho que me mantenga alejada de ellos porque son personas horribles, aunque, sinceramente, pensaba que Thomas era diferente.

—¿Qué tienen de horrible?

Lea suspiró y se bebió todo lo que quedaba de su chocolate.

—Hace muchos años —empezó—, cuando éramos pequeñas y tú aún vivías en Italia, hubo un referéndum aquí en Suiza que causó mucho revuelo, promovido por un cierto Schwarzenbach. ¿Has oído hablar de eso?

Negué con la cabeza.

—No me sorprende que no sepas nada al respecto; en la escuela no se habla de ello porque no es algo de lo que se pueda estar orgulloso. Mi padre me explicó que Schwarzenbach siempre fue un político muy controvertido; imagínate que en los años cuarenta elogió abiertamente la política de Hitler.

—¿Y qué tiene que ver Hitler con Thomas? —me impacienté.

—Nada —respondió encogiéndose de hombros mi amiga—, el referéndum de Schwarzenbach era contra la extranjerización. —Pronunció esa última palabra recalcando cada sílaba—. En la práctica, sostenía que la inmigración pronto destruiría la identidad suiza, por lo que propuso fijar un límite para la presencia de inmigrantes del diez por ciento de la población total. Mi padre se encontraba entre los opositores a la ley antiextranjerización —dijo con orgullo— y me explicó que, de haberse aprobado, habría obligado a miles de extranjeros a hacer las maletas y abandonar sus casas y sus

trabajos, lo que habría sido terrible tanto desde el punto de vista humano como económico, porque Suiza se habría visto privada de una parte importante de su mano de obra. —Lea hablaba como si estuviera leyendo un artículo de periódico; su padre debía de haberle explicado aquella historia, para mí desconocida, decenas de veces—. Al final, la propuesta contra la extranjerización no fue aprobada; sin embargo, la diferencia entre los partidarios de Schwarzenbach y sus oponentes fue mínima.

Lea sonrió satisfecha por su elocuencia y su mirada se encontró con la mía, aún perdida.

—Los Meier eran grandes defensores de Schwarzenbach —dijo poniendo los ojos en blanco, como si el asunto ya debiera estar claro para mí—. ¡No te quieren porque eres extranjera! —añadió—. Y no les importa en absoluto que tu padre sea accionista mayoritario de una gran empresa de electrónica o que tu abuelo tuviera una de las fábricas de relojes más grandes de Italia.

Al oír en la voz de Lea las trolas que había concebido hacía unos años me di cuenta de lo ridículas, mejor dicho, patéticas, que eran.

Mi mente regresó a la noche del concierto, cuando estaba sentada en el bar y vi a los padres de Thomas charlando amablemente con Leonie. Volví a ver a la señora Meier acariciando con afecto el hombro de mi amiga, mi amiga feúcha y tímida, casi huraña, pero con un apellido verdaderamente suizo.

—No creo que Thomas piense lo mismo que sus padres —continuó Lea—, pero eso no importa si no tiene el valor de defender sus elecciones. Tienes que dejarlo —dijo cogiéndome la mano—. Que no quiera luchar por ti significa que no le importas lo suficiente.

Las palabras de Lea me sonaron crueles, pero no por ello menos ciertas.

Capítulo 45

—Tienes que empezar a hacer la maleta —me apremió mi madre, asomándose por la puerta de mi habitación donde, sentada en el escritorio con un libro delante, contemplaba el teléfono con la esperanza, a esas alturas enrarecida, de que Thomas me llamara.

—Ya acabarás de leer en otro momento —me instó alegremente—, quizá mañana en el tren.

Mi madre parecía sonreír no solo con los labios, sino con todo su cuerpo; ¿cómo iba yo a romper esa alegría confesándole que los Meier habían vetado mi presencia en su chalet y, probablemente, mi relación con su hijo debido a mis raíces italianas?

—Tienes razón, mamá —esbocé para ganar tiempo y ordenar mis ideas—, ahora mismo hago la maleta.

—Usa la grande, he comprado unos regalos para los señores Meier; quiero darles las gracias por su hospitalidad —dijo, tras lo que desapareció del marco de la puerta y se fue trotando ligera y eufórica por el pasillo.

Me levanté del escritorio y abrí las puertas del armario; según los planes que ahora se habían frustrado, mi partida estaba fijada para la mañana siguiente y yo aún no había encontrado ni el valor para confesar la verdad a mis padres ni una excusa lo bastante creíble para suavizar su decepción. Iba a fingir que hacía la maleta, me propuse, para mantener alejada a mi madre y darme la oportunidad de elegir cuidadosamente las palabras más adecuadas e inocuas, para soltárselas a mis padres en cuanto papá regresara de la oficina.

Las maletas estaban en el estante superior del armario; me puse de puntillas y aferré la más grande, tirando de ella hacia mí. Parecía que algo la bloqueaba, así que di un enérgico tirón y la maleta me siguió, pero, antes de que lograra dejarla en el

suelo, oí un tintineo metálico, seguido de un golpe apenas amortiguado por la moqueta: el objeto que bloqueaba la maleta había caído al suelo. Me giré para ver qué era; afortunadamente, no era nada frágil ni valioso, solo la hucha que utilizaba de niña para guardar mis ahorros y algunos pequeños tesoros. Había escondido esa caja hacía muchos años, porque me recordaba el pasado que con tantos esfuerzos había intentado borrar y sustituir. Aferré la caja, decidida a devolverla al rincón más remoto del armario, pero, al levantarla, volví a escuchar el tintineo de hacía unos instantes, lo que me devolvió a los misteriosos sonidos que había oído la noche anterior mientras leía.

Sentí un deseo irresistible de abrir aquella cajita; la llave, que antaño escondía cuidadosamente para proteger mis secretos, desde que mi pasado había perdido todo valor para mí, estaba puesta en la pequeña cerradura. Me senté en la cama y giré la llave. Lo primero que descubrí fueron unos billetes de banco arrugados, que había metido de cualquier manera por la ranura de la tapa. Era moneda italiana aún en circulación, una suma modesta pero no del todo insignificante. El dinero me lo había enviado mi tía abuela con motivo de mis cumpleaños y yo, en vez de cambiarlo por francos suizos y gastarlo, lo había metido descuidadamente en la hucha. Cogí los billetes y los alisé uno por uno, con un rubor de vergüenza que calentaba mis mejillas. Luego empecé a sacar de la caja los demás objetos que guardaba; algunos me trajeron recuerdos inmediatos, otros requirieron un poco más de reflexión. Reconocí enseguida la cucharilla, a esas alturas oxidada y ennegrecida, con la que mi pobre tía Maddalena revolvía ruidosamente sus medicinas, pero me costó un poco más recordar la torre de ajedrez; solo después de darle vueltas durante unos minutos recordé que se la había quitado a Fulvio por despecho.

Un manojo de llaves unidas por una anilla no me dijo nada, hasta que lo levanté y oí su tintineo y, de inmediato, la imagen del tío Bruno tomó forma en mi mente: aquellas eran las llaves de la casa de su presunta segunda familia, es decir, el motivo por el que mi primo Fulvio se había alejado de nuestras vidas

para no regresar jamás. Por último, la hucha contenía un pequeño bulto de tela, una especie de minúsculo cojín de casa de muñecas. Se desbordaron entonces recuerdos lejanos, y un gemido sutil e incorpóreo se me metió por mis oídos; recordé las extrañas visitas de la tía abuela, las casas quejumbrosas y los extraños fenómenos a los que algunas veces asistí, o, mejor dicho, imaginé que asistía, y, en fin, los amuletos como el que ahora sostenía en la palma de la mano, que la tía abuela y yo fabricábamos para mantener a raya las corrientes de aire.

En el fondo, había una vieja página de periódico. Había guardado ese artículo para poder volver a leerlo y entenderlo cuando fuera lo suficientemente mayor, pero ahora su contenido ya no tenía ninguna importancia para mí. Lo releí de un tirón, sin quedarme con ni una sola frase, no porque no fuera capaz de entenderlo, sino por los miles de pensamientos que se agolpaban en mi mente. Recordé los días de angustia que pasamos esperando el regreso de mi primo, una angustia que solo habíamos compartido la tía abuela y yo.

La víspera, mientras esperaba en vano una señal de vida de Thomas, había leído la penúltima carta del abogado, que hablaba precisamente de la espera y en ese momento por fin me daba cuenta de que no solo esas últimas horas, sino buena parte de mi vida, habían sido una larga y melancólica espera. Aunque el dolor se había mitigado con el paso de los años y con la voluntad de olvidar, nunca había abandonado del todo la esperanza de volver a ver a mi primo Fulvio, avanzando con su silueta oscilante hacia la puerta de la casa acuario, pero, si hubiera reaparecido en mi vida, ¿cómo habrían sido las cosas entre nosotros?, ¿qué habría pensado de mí y que habría pensado de aquello en lo que me había convertido? A buen seguro no habría aprobado el montón de mentiras sobre el que había construido mi existencia, ni mi forma de ir tirando sin otro propósito que el de aparentar ser quien no era. A mi edad, él ya tenía las ideas bastante claras sobre cuál era su meta en este mundo, pensé mientras miraba la foto del periódico. Hojeé las páginas de la memoria hasta recordar las suaves palabras del abogado Ferro; fueron sus palabras las que encarrilaron los confusos ardores de mi primo por el camino correcto. ¡Qué

suerte había tenido al escuchar esas palabras en el momento justo! Me levanté y recorrí nerviosamente la habitación para liberarme de toda esa inesperada inquietud, luego me senté en el escritorio y cogí el teléfono para llamar a… ¿quién?

No a Fulvio, desde luego, de quien no tenía ningún dato de contacto, ni a Thomas, que no estaba en su casa. Sí, podría haber telefoneado a la tía abuela, pero estaba segura de que, antes de poder decir algo con sentido completo, me habría echado a llorar. La única persona que verdaderamente sería capaz de consolarme y de sugerirme qué hacer llevaba muerta hacía tiempo, pero tenía sus cartas. Saqué del cajón la última cuyo contenido había leído, con la lista de libros sobre la espera, y la hojeé. Algunos de los libros que me sugería ya los había leído y de los otros conocía a su autor. Todos ellos eran historias ambientadas en Turín.

«Te voy a dar un consejo, Dora: la espera es la hija predilecta de la duda y, si no tienes claro qué hacer en el presente, dirige tu mirada hacia el pasado, para encontrar allí las semillas de tu futuro.»

Mi mirada chocó con esa frase y ahí se quedó encallada: sabía lo que tenía que hacer.

—¿Por qué estás de morros? —preguntó mi madre mientras se anudaba el cinturón de su bata—. ¡Te vas a esquiar, no a un entierro!

—Siento no pasar las vacaciones con vosotros —respondí.

—También lo sentimos nosotros —dijo papá, aferrando el asa de la maleta que sostenía yo y llevándola hacia la puerta—, pero habría sido egoísta hacerte renunciar a esta oportunidad. ¿Seguro que no quieres que te lleve a la estación?

—No, gracias, ya he llamado a un taxi. Volved a la cama, todavía está oscuro.

—¡Compórtate como es debido! —me encareció mamá desde la puerta aún abierta de par en par cuando yo ya estaba tomando asiento en el coche—. ¡Nos vemos en 1984!

Subí al tren con el corazón latiendo tan rápido que no pude

permitirme preocuparme por las consecuencias de mis actos. Tenía muy pocas posibilidades de salirme con la mía. La llamada de Thomas, que tanto había deseado, esperaba ahora de todo corazón que no se produjera durante mi ausencia, porque les revelaría a mis padres que yo no estaba con él. Abrí mi pequeño bolso y conté por enésima vez el dinero del que disponía: ciento treinta mil liras, el importe de los billetes arrugados que había encontrado en mi vieja hucha. ¿Bastaría esa cantidad para llegar hasta el final de las vacaciones de Navidad? No tenía ni idea de cuál era el coste de la vida en Italia, y los francos que mis padres me habían dado para utilizar durante mis vacaciones en la montaña casi los había gastado en comprar los billetes de tren. De todos modos, mi principal preocupación no era el dinero, sino la perspectiva de pasar dos semanas sola en una ciudad que a esas alturas me resultaba ajena.

Al otro lado de la ventanilla, la oscuridad ya se desvanecía en la luz de la mañana y yo no había pegado ojo por segunda noche consecutiva. El rítmico traqueteo del tren pronto calmó mi agitación; recosté la cabeza en el asiento y dejé que el movimiento repetitivo del tren me acunara. Ya estaba dormida cuando oí que la puerta de mi compartimento se abría con un leve chirrido. Intenté abandonar el sueño, preocupada por si el recién llegado podía robarme mis pertenencias, pero los párpados me pesaban demasiado como para levantarlos. Mientras me esforzaba por abrir los ojos, oí un roce de tela acompañado por el tintineo metálico de alguien que lleva muchas joyas, luego la puerta del compartimento volvió a chirriar y esos ruidos se alejaron. Cuando los párpados cedieron por fin a mi voluntad, el compartimento estaba desierto; abrí el bolso donde había guardado el dinero y comprobé con alivio que no faltaba nada. Probablemente se trataba de alguien que se había equivocado de compartimento y ese pensamiento tranquilizador me volvió a empujar hacia el sueño.

Al cabo de una media hora, el tren se detuvo con una sacudida. Me desperté y miré por la ventanilla: estábamos parados en una pequeña estación en la frontera con Italia. Un

fallo técnico, imaginé, hasta que oí la sirena de una ambulancia. Me asomé por la ventanilla y vi que a lo largo del tren se asomaban muchas otras cabezas. Hacia la parte trasera del convoy, unos hombres con el uniforme de la Cruz Roja subían al vagón una camilla vacía, que poco después sacaron ocupada por un anciano inmóvil. En el pasillo del tren resonaban palabras agitadas, entre todas ellas, eran recurrentes infarto y muerto.

—¡Pobre hombre! —oí exclamar en italiano a una de las cabezas asomadas por la ventanilla—. Era de Pinerolo, como yo.

—¿Lo conocía? —preguntó la cabeza que apareció por la ventanilla de al lado.

—Muy poco, solo de *bondì* y *bon-assèira* —resumió su relación en dialecto piamontés—. Esta mañana estaba muy alegre, iba a pasar las fiestas con su familia. ¿Quién iba a pensar que Catlina se presentaría en el tren para llevárselo?

Catlina.

La tintineante Catlina, de la que no había oído hablar desde la época de la casa sobre el Dora. Cuando me bajé en la estación de Porta Nuova, tuve que hacer un gran esfuerzo para sacudirme de encima ese viejo miedo infantil y no sucumbir a la inquietud. Para evitar quedarme cavilando, intenté concentrarme en todo cuanto me rodeaba.

Turín era diferente a como la recordaba; tenía un aspecto gris, desaliñado e incluso encogido, algo así como esas señoras que con el paso del tiempo pierden gracia y estatura. Tan solo los ruidos me parecieron los de siempre: el trajín de los tranvías, el nervioso tap-tap de los zapatos sobre los adoquines y el parloteo de los transeúntes, agradablemente matizado por el acento piamontés.

—Buenas tardes —interpelé a un anciano en la parada del tranvía—. ¿Podría indicarme un hotel barato, si es tan amable?

—¡Oh, una hermosa *junge Dame!* —me sorprendió el viejecito—. Es usted alemana, ¿verdad?

—Soy italiana, pero vivo en Suiza —respondí desconcertada.

La voz de la ciudad seguía siendo la misma, pero la mía, al

parecer, había cambiado, si ese hombre había captado una inflexión alemana tras una sola frase.

A bordo de un viejo y chirriante tranvía verde, me dirigí a la pequeña pensión, barata pero decente, que me había sugerido el anciano. Todavía era media tarde cuando la ciudad cayó en una oscuridad de principios de invierno, empapada de llovizna mezclada con aguanieve. Bajo las luces navideñas de via Garibaldi, la multitud de transeúntes discurría rápida y nerviosa como un torrente de montaña, arremolinándose delante de este o de aquel escaparate. Era 23 de diciembre y el peso de la maleta que llevaba conmigo me recordaba los regalos destinados a Thomas y a los señores Meier que había metido dentro, junto con un voluminoso traje de esquí que se quedaría sin estrenar.

Enfilé la calle lateral donde se encontraba la pensión; a diferencia de la cercana via Garibaldi, la via San Dalmazzo estaba desierta y pobremente iluminada. El poderoso parloteo de la multitud que se apresuraba con sus compras de última hora llegaba a mis oídos como un suave murmullo.

—Buenas tardes, señorita —me saludó sonriente desde detrás del mostrador un hombre con una poblada cabellera canosa, que vestía una chaqueta verde decorada con dorados alamares cuyo brillo se había apagado—. ¿Quiere usted una habitación?

Me informé sobre el precio y descubrí que, efectivamente, era módico, pero no lo bastante como para permitirme quedarme en Turín las dos semanas siguientes. Reservé unas cuantas noches, prometiéndome ir a la caza de un alojamiento aún más barato al día siguiente.

—Permítame que la acompañe a su habitación —dijo el hombre, haciéndose cargo de mi maleta—. ¿Qué tal se está en Zúrich? —preguntó con marcado acento dialectal.

—Se está bien.

—Allí me imagino que todo funciona a la perfección, no como aquí en Italia, ¡donde nada va como tendría que ir! —dijo, permitiéndome así saborear no solo la cadencia del dialecto, sino también la actitud de muchos italianos al quejarse de su patria.

La habitación a la que me condujo era pequeña y estaba decorada con mobiliario viejo, que emanaba un fuerte olor a cera de abeja; en el centro se alzaba una gran cama de hierro forjado que chirriaba de una forma exasperante en cuanto uno apoyaba algo encima, también la mirada. Me di cuenta, arrepentida ya de mi fuga, de que esta pequeña y angosta habitación sería el lugar donde pasaría, absolutamente sola, las Navidades.

Capítulo 46

Galimberti, Conte, Peyran y luego un espacio vacío. Los timbres del edificio de via del Carmine seguían siendo idénticos a los de hacía muchos años y ninguna placa nueva había sustituido a la que el abogado Ferro había retirado para evitar que cualquier visitante inoportuno lo distrajera de la lectura. Por un momento, se me pasó por la mente la fantasía de que, si ningún nombre nuevo había ocupado aquel espacio vacío, el abogado podía seguir con vida, pero sabía perfectamente que era otro el lugar al que debía ir a visitarlo, el mismo lugar donde encontraría a otros seres queridos.

Bajo una llovizna que a veces se mezclaba con aguanieve, busqué un autobús y, al llegar a mi destino, me encaminé al puesto de flores donde el tío Bruno solía comprar un número indeterminado de ramilletes ya preparados para distribuirlos al azar sobre las tumbas de sus antepasados imaginarios. Compré dos pequeños ramilletes adornados con cintas rojas que les daban un aspecto festivo y me dirigí hacia la entrada del cementerio monumental. Le pedí al portero que me indicara cómo llegar a la tumba del abogado Edmondo Ferro y me puse a deambular mojada y desorientada por las avenidas del cementerio, entre tumbas decoradas con ramas de abeto y flores de Pascua empapadas por la lluvia. A merced del mal tiempo, los pocos visitantes se desplazaban con nerviosos movimientos, haciendo crujir la grava bajo sus pies con el ceño fruncido de quien realiza un acto ingrato pero inderogable: la visita de Nochebuena a sus seres queridos fallecidos.

¡Qué diferente me parecía el cementerio ahora que un gris acuoso lo envolvía todo y mi mano ya no estrechaba la del tío Bruno! Las estatuas que adornaban las viejas tumbas de familia, con las que el tío Bruno y yo habíamos jugado tantas veces al juego de los ancestros, habían adquirido un ceño

siniestro y malvado; hasta la pequeña Lauretta, con su aro de juguete entre las manos, ya no mostraba aquella expresión suya de absorta dulzura, sino una mirada fría y fantasmal. Se me hizo un nudo en la garganta al pensar que, mientras yo vagaba por un cementerio tiritando de frío, mis padres se estaban preparando para celebrar la Nochebuena y se consolaban de mi ausencia con la falaz convicción de que su hija se encontraba en casa de los Meier, feliz y contenta junto a su novio.

Echaba de menos a Thomas, o, mejor dicho, echaba de menos al chico ingenioso, inteligente y un poco torpe con el que había pasado el último año y que, tras la llamada telefónica de hacía unos días, parecía no haber existido nunca. Sabía que no podía culpar a ese chico inexistente, porque, en el fondo, tampoco yo existía; yo solo era un personaje de ficción, una joven con un pasado ficticio, un presente cimentado en las apariencias y un futuro carente de proyectos.

Un tintineo rítmico me arrancó de mis pensamientos, retrotrayéndome a la inquietante experiencia que había vivido la víspera en el tren cuando, en duermevela, un sonido muy similar había despertado en mí el antiguo recuerdo de la tía Catlina.

—¡Buenos días y felices fiestas! —me saludó alegremente una mujercita arrebujada en un abrigo largo que recorría deprisa su camino.

Le devolví el saludo con una sonrisa aliviada: de ella provenía ese sonido, que reconocí como el tintineo de la calderilla en los bolsillos.

Todavía inquieta, proseguí con las instrucciones sumarias que había recibido para llegar hasta la tumba del abogado, cada vez más inclinada a rendirme y volver sobre mis pasos. En mi incierto deambular, me encontré pasando delante del monumento fúnebre de una mujer con ropajes de finales del siglo XIX, con un libro entre las manos. Recordé que esa hermosa dama había sido alguna que otra vez la abuela del tío Bruno. Me acerqué a la tumba y descubrí, para mi sorpresa, que la que mi tío había elegido como antepasada suya era en realidad la famosa escritora de novelas populares por entregas

Carolina Invernizio. Este descubrimiento me enterneció y me divirtió, calmando un poco la sensación de inquietud que me dominaba y dándome el impulso necesario para seguir con la búsqueda. Reconocí de lejos la tumba del abogado Ferro. No, no es que tuviera nada especial; al contrario, era muy sencilla: estaba compuesta por una losa de mármol claro y una pequeña lápida. El detalle que la hacía extraordinaria era que no había flores sobre ella, sino algunos libros, desgraciadamente empapados por la lluvia. La lápida no tenía una fotografía, sino solo una inscripción: «ABOGADO EDMONDO FERRO. UN SIGLO DE LECTURA».

El abogado lo había conseguido, ¡había alcanzado su objetivo! Sentí que los ojos me cosquilleaban de lágrimas, pero fue solo un instante; luego una sonrisa prorrumpió en mi rostro, expandiéndose casi hasta el punto de estallar en carcajadas. Dejé el ramillete de flores que había cogido para él junto a los libros y, al hacerlo, me fijé en una placa plastificada, fijada a la losa de mármol, con las palabras «DEJA O COGE EL LIBRO QUE PREFIERAS». El mensaje estaba firmado: «UNA LECTORA».

«Una lectora», así me había llamado el abogado en la posdata de su última carta: «P. D.: Hoy, en Turín, en 1965 naciste tú, una lectora».

No era la sobrina de un gran industrial, ni la hija del accionista mayoritario de una gran empresa de electrónica; a esas alturas apenas podía recordar quién había sido e imaginar quién podría ser en el futuro, pero de lo que sí podía estar segura era de una cosa: era una lectora y lo seguiría siendo para siempre, y eso se lo debía al abogado Ferro, el lector centenario.

Esa era probablemente la herencia que el abogado me había prometido en nuestro último encuentro, su mayor tesoro. Orgullosa de esta nueva y extraordinaria certeza, enderecé la espalda y miré hacia arriba, y vi a corta distancia el ángel de mármol con las manos levantadas en forma de copa con el que el tío Bruno había hecho adornar la tumba de la familia Vittorioso. Me despedí con una sonrisa agradecida de la tumba del abogado y me dirigí hacia el ángel. El zócalo de mármol

seguía siendo extraordinariamente liso y brillante, pero ya no estaba tan inmaculado como la primera vez que lo vi. Ahora estaban inscritas en él las iniciales en bronce de los nombres de mis tíos. Dejé el ramillete de flores que aún sostenía entre las manos junto a la inscripción en memoria de la tía Maddalena y luego hundí las manos en los bolsillos de mi abrigo, de los que saqué unos caramelos que había traído de Suiza para entregárselos al ángel. El tío Bruno habría agradecido que llevara caramelos suizos; siempre había mostrado mucha curiosidad por probar «lo que otros mercados podían ofrecer». Antes de colocar los caramelos en el cuenco de las manos, me di cuenta de que ya había ahí un par. Eran dos cri-cri, los típicos bombones navideños turineses, envueltos en un papel brillante deshilachado en los bordes.

«El escultor quería esculpir sus manos unidas en oración —busqué en mi memoria la voz persuasiva de mi tío—, pero yo prefería que formaran una copa, ¿y sabes por qué? Para que cuando yo ya no esté aquí,y Fulvio y tú vengáis a visitar mi tumba, podáis dejar caramelos en las manos del ángel.»

Esos caramelos tal vez los hubiera puesto ahí Fulvio, y el hecho de que fueran cri-cri navideños ¡podía significar que se encontraba en Turín en ese mismo momento!

Mientras procesaba ese pensamiento, oí el crujido de la grava bajo unos pasos; levanté la vista y vi a un chico alto y de andar errante que se dirigía en mi dirección por la avenida central, con una gran maceta de flores de Pascua en la mano. Aunque no podía distinguir sus rasgos, medio ocultos por las hojas rojas como el fuego, ya no tenía dudas: ¡se trataba sin duda de mi primo Fulvio! Había ido a presentar sus respetos a sus seres queridos en Nochebuena, lo mismo que estaba haciendo yo, pensé mientras me agazapaba al lado de una cercana capilla familiar, sin saber muy bien por qué lo hacía. ¿No habría sido mejor esperarlo con los brazos abiertos en vez de salir pitando?

Mi primo llegó a la tumba y, cuando dejó la frondosa planta de Pascua, las hojas se abrieron por fin como un telón rojo, mostrándome su rostro: no era Fulvio, constaté con una inexplicable mezcla de decepción y alivio. Puede que se

pareciera un poco a él por su pelo rubio ceniza y su complexión delgada, pero era demasiado joven para ser mi primo. El chico se metió una mano en el bolsillo, que sacó llena de brillantes cri-cri. Lo vi extender el brazo hacia las manos del ángel y vacilar al ver los caramelos que yo acababa de colocar allí. El chico empezó a mirar a su alrededor y, cuando dirigió su mirada hacia mí, ya no tuve dudas sobre su identidad: sus ojos eran de un tono verde intenso y bastante raro, pero familiar e inconfundible para mí. ¡Era el hijo del tío Bruno, el de su tristemente famosa segunda familia!

En cuanto me hube alejado lo suficiente, reduje la velocidad de mis pasos. ¿Acaso estaría perdiendo una oportunidad? Quién sabe, tal vez conocía a Fulvio, se estaban viendo y ahora se habían convertido en hermanos a todos los efectos. Tal vez ese chico fuera ahora la verdadera familia de Fulvio, la primera familia, mientras la segunda y ahora ya olvidada éramos mis padres y yo. De repente, me asaltó el urgente deseo de formar parte yo también de esa nueva y pequeña familia reencontrada. Me apresuré a salir del cementerio y me detuve al lado de la majestuosa puerta. Iba a esperar allí al chico de los ojos verdes y hablaría con él. Al cabo de pocos minutos, pasó por delante de mí.

¡Demasiado pronto! No había tenido tiempo de reunir el valor necesario para cumplir con mi propósito.

Lo vi alejarse, ajeno a la situación, con ese andar desgarbado que me había llevado a creer que era Fulvio. Me encaminé hacia él; lo seguiría a corta distancia, hasta que tuviera fuerzas para hablar con él. El chico llegó a la parada del autobús y yo hice lo mismo. Como el autobús llegó antes de que yo hiciera algún tipo de movimiento, lo seguí a bordo, sin perderlo de vista durante todo el trayecto.

Nos bajamos en la piazza Statuto, bastante cerca de mi hotel y de la casa del abogado. Mientras lo acechaba bajo los pórticos, dirigí mi mirada hacia el ángel negro que dominaba la plaza desde lo alto del monumento a los caídos; la estatua que tanto me había asustado de niña ya no me daba miedo, aunque me pareció captar en su mirada vacía un ápice de desaprobación. Seguí con mi vigilancia, mezclándome con el

bullicio de la gente que paseaba por las calles festivamente iluminadas, sintiéndome segura hasta que el chico enfiló una calle lateral donde no había suficiente gente para que pudiera camuflar mis intenciones. Reduje el paso para aumentar la distancia entre nosotros y continué siguiéndolo hasta llegar a la pequeña piazza Emanuele Filiberto, donde lo vi detenerse delante de un edificio. Aceleré el paso —aquella era mi última oportunidad de hablar con él—, pero antes de que pudiera alcanzarlo desapareció tras el portón. El ligero golpe de la puerta me devolvió a la realidad: había seguido a un desconocido por media ciudad, sin tener más que débiles indicios sobre su identidad. Ahora que la tensión del seguimiento se había evaporado, la sensación de melancolía que llevaba días acompañándome volvió a apoderarse de mí.

Capítulo 47

La vista del edificio lleno de aristas de la Biblioteca Pública Central me levantó un poco el ánimo. Si quería reencontrarme con mi pasado, no había un sitio que fuera más apropiado. Volvería a ver la sala donde conocí al abogado, me sentaría en la misma mesa donde di mis primeros pasos como lectora y donde mi imaginación infantil elaboró los susurros de los lectores del pasado, el recuerdo más dulce y evanescente de mi infancia, que después de lo ocurrido aquellos últimos días había recuperado en mi memoria una consistencia más material.

Mi entusiasmo, no obstante, se apagó de repente cuando el tirador de la puerta de cristal opuso resistencia y me percaté de que la biblioteca estaba cerrada por las vacaciones de Navidad. Pensé en qué podía hacer a continuación; el cielo por fin estaba seco y solo me quedaba afrontar la siguiente etapa de mi viaje al pasado, la más importante y dolorosa de todas.

Me encaminé de nuevo hacia la piazza Statuto y la crucé sin ni siquiera lanzar un vistazo al ángel negro que coronaba la fuente, cuya mirada severa e inexpresiva podría haber minado mi ya frágil determinación. Unos minutos más tarde, subí a un autobús en el que resonaban los gritos excitados de unos niños que se morían de ganas de empezar las celebraciones de Nochebuena. Sus gritos de alegría encontraban eco en las advertencias de los padres que intentaban hacerlos callar con las típicas amenazas navideñas: «¡El Niño Jesús no trae regalos a los niños ruidosos!».

A través de las ventanillas, el paisaje discurría melancólico y familiar: a un lado, bloques modestos y bajos; al otro, la maraña oxidada de las vías del tren. Distraída por las voces de los pasajeros y por las miradas a mi alrededor, tuve que correr para que no se me pasara mi parada.

Seguí por la acera durante un corto tramo, dispuesta a girar a la derecha, pero ya no había ninguna calle en la que girar; en su lugar había un edificio y, un poco más adelante, una calle nueva, ancha y con asfalto negro y alquitranado. Me adentré en aquel barrio desconocido, donde no fui capaz de identificar ni un punto de referencia siquiera; solo el Dora, que seguía fluyendo en su lecho, indiferente a los cambios del paisaje. Por fin di con una edificación baja y más antigua que las demás y que reconocí; en otros tiempos se encontraba ahí una carnicería en la que mi tía abuela compraba despojos para Stèila y sus gatitos y donde habían abierto ahora un bar de mal aspecto y poco recomendable. Por fin supe dónde me encontraba: la casa sobre el Dora surgía un centenar de metros más allá, donde ahora se levantaban anónimos bloques grisáceos. Ver aquellos sórdidos edificios me dejó sin aliento, pero me armé de valor y proseguí hasta llegar al más cercano, que se alzaba más o menos donde había estado la casa sobre el Dora. En el lugar de nuestro descuidado y querido jardín, había una delgada lengua de asfalto, ya agrietado en distintos puntos, sobre la que estaban aparcados utilitarios modestos.

No quedaba nada del lugar donde yo había nacido y mi pasado me apareció de repente aún más enrarecido que el que me había inventado desde cero. No tenía motivos para quedarme más tiempo en aquel extraño lugar; tenía que marcharme de inmediato, así que giré resuelta sobre mis talones y seguí caminando. Al cabo de unos pasos, un sonido atrajo mi atención; se trataba de un murmullo de agua discontinuo, probablemente un canalón que aún estaba drenando la lluvia de la mañana. Empecé a caminar de nuevo, pero me detuve incrédula: junto a la esquina del edificio, la vieja fuente de Baco me sonreía desdentada, como en los tiempos de la casa sobre el Dora. No sabía explicarme su presencia, pero ahí estaba, ¡mi amigo escupidor! Ya no estaba cubierta de musgo y su base había sido reforzada con cemento, pero el chorro de agua seguía siendo intermitente y gorgoteante, como una risa líquida. Me incliné hacia mi Baco y, con el hueco de la mano, bebí un sorbo de agua helada en la que encontré el mismo sabor, ligeramente ferruginoso, que tan

bien recordaba. La casa sobre el Dora no había desaparecido del todo; su alma sobrevivía en aquella fuente feúcha y un tanto deteriorada, aunque a mí me pareció espléndida.

Saqué del bolso mi novísima Polaroid, un regalo de mis padres por mi inminente decimoctavo cumpleaños, y saqué una instantánea que me prometí enviarle a la tía abuela. Mientras abanicaba la fotografía para acelerar su revelado, me ensimismé pensando en cuánto se alegraría ella de saber que un retazo de nuestro hogar aún existía y perseveraba en su eterna sonrisa. Una idea comenzó a abrirse camino entre las miles de emociones que se agolpaban en mi mente; mientras me encaminaba hacia la parada del autobús, pasé por el puente cercano y me apoyé en el pretil para escuchar la voz del Dora, una voz que la lluvia había vuelto ronca y poderosa. Volví a buscar en el rugido del río la meliflua llamada que tanto había perturbado las noches de mi infancia y por un fugacísimo instante me pareció reencontrarla, barrida de inmediato por la idea que por fin había tomado forma en mi mente. Empecé a caminar de nuevo, hasta que vislumbré a lo lejos el vivo amarillo de una cabina telefónica.

—¿Puedo pasar la Nochebuena contigo?

—¿Qué? Creía que… ¡Pues claro que puedes!

—Estoy en Turín, cogeré el tren de la tarde; antes tengo que hacer algo.

—Te espero.

Salí de la pensión de via San Dalmazzo con mi pesada maleta, pero, en vez de ir directamente a la estación, me dirigí a la piazza Emanuele Filiberto y seguí su perímetro rectangular hasta el portal por donde había desaparecido el chico de los ojos verdes el día anterior. Me quité la mochila que llevaba sobre los hombros y extraje la hucha que había llevado conmigo. Levanté un sobre aún sin abrir —la última carta del abogado Ferro, que podría leer el día de Año Nuevo— y elegí, entre mis pequeños tesoros, el más misterioso: el juego de llaves del tío Bruno. Intenté introducir una de las llaves en el ojo de la cerradura de la puerta; guardaba ese juego desde hacía más de diez años y las posibilidades de que abrieran algo

eran escasas, pero incluso así valía la pena salir de dudas. La primera llave solo dio media vuelta, la segunda ni siquiera entró en la cerradura, luego probé con la tercera y esta se deslizó sin problema y giró a la perfección en el bombín; la puerta se abrió con un fuerte chasquido.

—Hola —me sorprendió un hombre de mediana edad que estaba barriendo el vestíbulo—, ¿vive usted aquí?

—¿Yo? No, lo siento… —Las palabras se atascaron en mi garganta—. Me he equivocado de puerta.

—¿Cómo que se ha equivocado de puerta si ha abierto con la llave?

—Disculpe… —repetí dándome la vuelta y huyendo rápidamente, desdeñando el peso de la maleta.

El rítmico castañeteo que había acompañado los días de mi infancia se hizo eco del melodioso timbre de la puerta. ¿Desde cuánto no veía a la tía abuela? La última vez que mis padres y yo la habíamos visitado debió de ser en el verano de 1981, ¿o tal vez fuera la Semana Santa del año anterior? El zapateo se hizo más cercano, la puerta se abrió con un largo chirrido que me recordó un suspiro de alegría.

—¡Cariño! —Los brazos de la tía abuela fueron tan rápidos en agarrarme que ni siquiera tuve tiempo de disfrutar de verle la cara.

—Entra —me dijo cuando el abrazo ya la había saciado—, deja la maleta y caliéntate, que habrás cogido frío.

A la luz de la vieja araña de cristal, por fin pude admirar a mi tía abuela: era idéntica a la última vez que la había visto, o, mejor dicho, tenía el mismo aspecto que en la época de la casa sobre el Dora; solo las arrugas de su rostro eran un poco más gruesas, como si el tiempo las hubiera repintado utilizando un pincel con más cerdas.

Mientras seguía su zapateado, un tranquilizador aroma de tomate y romero acarició mis fosas nasales.

—¿Has cocinado ñoquis con ragú? —le pregunté.

—¡Solo tomate, nada de carne! —me corrigió con un toque de severidad—. En Nochebuena no se come carne. Ve a la mesa, pongo los ñoquis en la olla y enseguida estoy contigo.

Me senté a la mesa, disfrutando del atronar estruendoso de las ollas y sartenes procedente de la cocina. Cada vez que visitaba la pequeña villa de la tía abuela, se parecía menos a nuestras primeras y últimas vacaciones en familia y más a la casa sobre el Dora. Aquella tarde, aparte de los muebles cada vez más desparejados y apiñados en todas las habitaciones, completaban el cuadro unos cuantos espumillones medio pelados, el arbolito de plástico que se vencía hacia un lado debido a la incalculable cantidad de lucecitas y bolas con las que la tía abuela lo había recargado y una manada de gatos, todos descendientes de nuestra Stèila, que ocupaban sofás y sillas distintas con plácida indiferencia. Ese mobiliario descabalado, al borde de la dejadez, había suscitado mi desaprobación en mis últimas visitas a la villa; aquella Nochebuena, en cambio, solo podía provocarme una dulce sensación de melancolía.

—¡Aquí estamos!

La tía abuela dejó en la mesa una sopera llena de ñoquis, que habría bastado para alimentar a una docena de personas.

—No he preparado mucho más —se disculpó—; me has pillado un poco por sorpresa.

—Perdóname —dije bajando la mirada hacia mi plato, que la tía abuela ya había colmado de ñoquis—, ¿tenías otros planes para esta noche?

—Sí, tenía otros planes—dijo encogiéndose de hombros—, tenía que ir a cenar a casa de las hermanas Martinez, dos agradables señoras que viven aquí cerca, pero cuando les expliqué que habías llegado por sorpresa, lo entendieron.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de los ñoquis, mientras los muebles de la habitación crujían a nuestro alrededor.

—Qué muebles tan parlanchines —comentó la tía abuela—; cuando empieza a hacer frío y tengo que encender los radiadores, protestan.

—Ya lo hacían en el pasado.

—Sí, siempre han sido unos gruñones, como casi todos los miembros de nuestra familia.

Los ñoquis en los platos se agotaron tan pronto como el

tema del mobiliario sonoro.

—Me imagino que habrás tenido tus buenas razones para estar en Turín en vez de… —La tía abuela se interrumpió—. Ahora no tienes que explicarme nada, tampoco tendrás que hacerlo los próximos días si no te apetece.

Le sonreí con gratitud.

—Solo necesito saber una cosa —me escudriñó intensamente—. ¿Saben tus padres que estás aquí?

—No —admití.

—Siempre he tratado de no interponerme entre tus padres y tú y esto incluye no ponerme de tu parte cuando haces algo a sus espaldas —suspiró—, pero el 29 de diciembre cumplirás dieciocho años y serás libre y responsable de tus actos, lo que significa que solo seré culpable unos días y creo que podré vivir sintiéndome así hasta entonces.

Capítulo 48

—Tengo algo para ti.

—¡Oh, querida, yo no te he comprado ningún regalo!

—Esta comida de Navidad es el mejor de los regalos —la tranquilicé— y, además, el mío tampoco es exactamente un regalo —dije mientras le tendía la Polaroid de la fuente de Baco.

—Vaya, ¡fíjate! —comentó sin inmutarse—. Era de esperar que siguiera en pie, siempre ha sido un tipo cabezota. —La tía abuela se levantó de la mesa y guardó la fotografía en un cajón del aparador, como si quisiera deshacerse de ella rápidamente —. Ha sido todo un detalle —se apresuró a agradecerme al percatarse de mi expresión de decepción—, y gracias también por esa enorme caja de bombones y las botellas de vino. No entiendo de vinos, pero me parecen cosa fina.

—A decir verdad, estos regalos no eran inicialmente para ti.

—¡No lo dudé un instante! —dijo soltando una carcajada—. Ya sabes cuál es mi opinión sobre los regalos de Navidad.

Solo entonces recordé sus teorías sobre los regalos de Navidad y me disculpé con una sonrisa.

—No te preocupes, querida. No apruebo los regalos de Navidad y mucho menos los caros, pero también odio el despilfarro, así que disfrutaremos de estas maravillas a la salud de quienes no se las merecían.

Ese comentario mordaz fue como la repentina tormenta que rompe las orillas de un río y comencé a contarle lo que había sucedido entre Thomas y yo, pero la impetuosa corriente de pensamientos me llevó a la deriva y, sin seguir ningún hilo lógico, le hablé también del concierto que había hecho aflorar el dolor por la marcha de Fulvio, de la rabia que había sentido y seguía sintiendo hacia él y hacia mis padres, así como de las mentiras que había contado primero a los demás y luego a mí

misma. Continué repitiendo las opiniones de Lea sobre Thomas y su familia, para luego sacar a relucir la historia de mi hucha llena de recuerdos y las cartas del abogado, la última de las cuales me había animado a huir a Turín, donde por casualidad había visto al hijo secreto del tío Bruno… Hablé sin parar durante media hora, sin preocuparme de que la tía abuela pudiera seguir el enmarañado hilo de mis palabras, y solo me detuve cuando me quedé sin aliento.

La tía abuela Dorina me miró unos instantes con una expresión indescifrable.

—Has dejado que se te enfriara la pasta —dijo levantándose de la mesa—. Te la calentaré —afirmó mientras recogía mi plato y se dirigía a la cocina.

Me quedé inmóvil y aturdida mientras escuchaba el concierto de ollas procedente de la cocina.

—Aquí tienes —dijo unos minutos después, colocándome delante el plato caliente.

No se me ocurrió nada que decir ante esta extraña reacción y me limité a buscar en su mirada una explicación.

—¡Vamos, Dora, no me mires como si estuviera loca! Me has dejado boquiabierta con esa avalancha de palabras y necesitaba un poco de silencio para ordenar las ideas —afirmó mientras el eco del golpeteo de las ollas seguía reverberando en el comedor—. Empecemos por las cosas sencillas —soltó un largo suspiro—, eso en el caso de que haya algo sencillo. Thomas —enunció como si fuera el título de un tratado—, no lo conozco más que por tus relatos, pero tengo la impresión de que es un buen chico, aunque haya sido criado por gente horrible. ¡Y voy a disfrutar de lo lindo cuando me zampe sus bombones! El hecho de que los padres de Thomas sean despreciables no justifica su comportamiento, pero, antes de expulsarlo de tu mente, como hiciste con tu infancia, al menos espera a ver qué pasa las próximas semanas. Probablemente él mismo se haya sentido descolocado por la reacción de su familia, tal vez se imaginara una ligera oposición, pero en lugar de ello recibió un ultimátum y ahora necesita un poco de tiempo para encontrar el valor de hacerse respetar.

—Lo que vaya a hacer ya no tiene importancia —murmuré

con amargura.

—¡Pues claro que la tiene! A estas alturas deberías haber comprendido que lo que uno relega al fondo del olvido tarde o temprano vuelve a salir a flote. No hace falta mucho: una pieza musical, una caja llena de trastos y ¡ahí está ese pasado pasándote factura! ¡Bendito sea ese gracioso y sabio hombrecillo, el abogado Ferro, quien desde el más allá te sigue ayudando a ser sensata! Él sabía que en un momento determinado de tu vida perderías el camino a casa y te ha ayudado a encontrarlo de nuevo.

—Mi casa es ahora la de Zúrich, no tengo otro hogar al que volver.

La tía abuela suspiró exasperada, luego se levantó y fue a recobrar la fotografía que había metido en el cajón del aparador.

—Tu hogar no es este pobre superviviente —dijo mientras agitaba la Polaroid de Baco delante de mis narices—, tampoco la ciudad en que naciste o en la que vives ahora: tu hogar eres tú, pero, si no sabes quién eres, ¡ya no tienes un lugar al que volver! No digo que obligatoriamente tengas que estar orgullosa de tu pasado, pero no puedes fingir que no ha existido, porque forma parte de ti. Piensa en tu tío Bruno, un hombre extraordinario que consiguió todo lo que quería, pero que nunca estaba satisfecho, ¿y sabes por qué? ¡Porque se avergonzaba de ser un expósito! Se había convertido en un hombre de éxito, pero, por muchos esfuerzos que hiciera, no podía cambiar lo que había sido…, y por eso hizo algunas cosas que… Siempre iba en busca de una felicidad que no era capaz de encontrar.

La tía abuela se sirvió un dedo de vino en su copa y lo engulló.

—Entonces, ¿has visto a Valentino? —dijo muy jovial.

Me quedé cortada.

—Valentino —repitió—, el hermano de Fulvio.

—¿Sabes su nombre?

—¡Claro que sí, es mi sobrino nieto! —dijo como si fuera una obviedad—. No es un lazo de sangre, bien que lo sé, pero Bruno era como un hijo para mí y, aunque ese niño sea el

resultado de una aventura que no puedo aprobar, quise conocerlo y ocuparme un poco de él, como me he ocupado de todos mis sobrinos nietos.

—¿Lo veías con frecuencia?

—No tanto como me habría gustado: pasaba con él un domingo al mes.

Me acordé de algunos domingos, normalmente los primeros del mes, en los que mi tía abuela se despedía inmediatamente después de misa, diciendo que tenía que ir a visitar a unos parientes suyos.

—Decías que te ibas a ver a tus primos —dije sin lograr disimular cierta indignación.

—No —se encogió de hombros—, puede que tu madre lo supusiera o tal vez Maddalena, pero yo nunca dije a qué familiares iba a visitar y, afortunadamente, los grados de parentesco son tan aburridos de explicar que nadie me preguntó nunca nada.

—Y si te lo hubiéramos preguntado, ¿nos lo habrías contado?

—Ni a Maddalena ni a Fulvio —admitió— y probablemente tampoco se lo habría contado a tu madre, que habría montado muchísimo alboroto, pero a ti te lo habría contado sin duda alguna. No te he mentido ni una sola vez desde que naciste, ¡nunca!

—¿Pero no estabas enfadada con el tío Bruno por… —titubeé— su error?

—Por favor, no uses esa palabra. ¡Es doloroso hablar de un error cuando el resultado de ese error es una persona! Valentino era un niño despierto y simpático y se ha convertido en un muchacho bueno y cariñoso. Viene a menudo a visitarme, aunque sabe desde hace tiempo que no soy realmente pariente suya.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunté, cada vez más indignada.

—Lo creas o no, estaba pensando en hacerlo precisamente estos días. Cuando me dijiste que ibas a pasar las Navidades en mi casa, pensé que era la oportunidad ideal; no son cosas que puedan hablarse por teléfono y estos últimos años nos hemos

visto muy poco y siempre con tus padres. Antes eras demasiado joven, pensaba, pero probablemente me equivoqué: debería habértelo contado hace muchos años y confiar en tu comprensión.

—¿Lo sabe Fulvio? —pregunté en tono más dulce.

—También en su caso el destino se adelantó a mis buenas intenciones —dijo sonriendo amargamente—. Quería hablar con él sobre el tema en cuanto se mitigara un poco el dolor por la muerte de su madre, pero entonces llegó la carta de Laura, la madre de Valentino. Una buena mujer, te lo aseguro, pero demasiado impetuosa. Si no lo hubiera sido, probablemente Valentino ni siquiera estaría en este mundo —dijo entre suaves sonrisas—. Llevábamos tiempo hablando, ella y yo, para que Fulvio y Valentino se conocieran, pero ambas estábamos de acuerdo en que eso no sería posible mientras la pobre Maddalena siguiera con vida. Cuando murió, le pedí que esperara un poco más, que esperara a que Fulvio se recuperara un poco del duelo. Le dije que la tendría informada y que estaba segura de que lo entendería. Sin embargo, Laura no me hizo caso y escribió primero a tus padres y luego a Fulvio.

—¿Se enfadó Fulvio contigo?

—No —negó con la cabeza—, entendió mis razones, como estaba convencida de que las comprendería.

—Y entonces, ¿por qué…? —Un nudo en la garganta me impidió seguir hablando.

—¿Por qué la tomó con tus padres? —completó la frase por mí—. Hay una razón, aunque a mí también me costó mucho tiempo entenderla. Fulvio se había quedado huérfano y sufría por ello más de lo que dejaba entrever. Él se sentía solo y perdido y vosotros tres estabais juntos y os marchabais para construir una nueva vida en otro país, así que empezó a sentir por vosotros…

—¿Odio? —le dije.

—Sí —admitió—, pero no sentía odio hacia vosotros, quizá odiara el destino que le había privado de lo que vosotros teníais. Ver vuestra pequeña familia le recordaba que él no tenía ninguna y le hacía sentir su infelicidad aún más intensamente. Fue por esta razón, creo yo, por lo que

aprovechó el pretexto de esa carta para alejarse.

—No tiene sentido —comenté, sintiendo que los párpados me escocían de lágrimas.

—No, no lo tiene —confirmó—, pero las cosas suceden de todos modos, sin preocuparse de si tienen sentido o no.

—¿Por qué mis padres y tú no intentasteis arreglar las cosas? —pregunté, incapaz de contener la rabia que llevaba tanto tiempo alimentando.

—Lo intentamos, ¡vaya si lo intentamos! —suspiró—. Yo se lo estuve rogando y suplicando durante meses y tus padres le escribieron decenas de cartas, pero él nunca las respondió.

Sentí que mi pecho se aligeraba de un peso con el que ni siquiera yo era consciente que cargaba: mis padres no habían dejado que Fulvio se alejara de nosotros sin mover ni un dedo, ni tampoco la tía abuela se había mostrado indiferente a ese distanciamiento. Por fin podía abandonar ese velo de rencor que había ido menguando con los años, pero que seguía ofuscando el afecto que sentía por mi familia.

—Fui yo quien les dijo a tus padres que dejaran de ir tras él —confesó con gran esfuerzo—; intenté hacerles entender que no eran ellos quienes tenían que hacer las paces con él, sino que era Fulvio quien tenía que hacer las paces con un destino que consideraba injusto.

—¿Y lo logró?

—Sí —asintió—, pero tardó más de lo que había imaginado y, en la actualidad, le da vergüenza volver a dar señales de vida después de tantos años.

—¿Y Valentino? —pregunté—. ¿Se han conocido?

—Por desgracia, no —dijo jugueteando con el tenedor—, y no haber sido capaz de reunirlos es el único remordimiento que me llevaré a la tumba.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral; el sonido rítmico del tenedor que mi tía abuela hacía tintinear en el borde del plato me trajo recuerdos de la tía Catlina.

—Fulvio se reconciliará con vosotros —afirmó con seguridad— y eso sucederá muy pronto.

—¿Cómo lo sabes? —la interrumpí.

—Lo sé y punto —zanjó—. Pero no estoy segura de que

Fulvio y Valentino consigan encontrarse y aceptarse mutuamente. Valentino lo deseaba mucho, pobre pequeño mío, y yo intercedía por él, pero ante la enésima negativa de su hermano se encerró en sí mismo y, cuando Fulvio por fin se enterneció, fue él quien ya no quiso saber nada más del tema. Estoy segura de que, si Fulvio tuviera la valentía de ir a verle, Valentino le daría una oportunidad. Es un muchacho comprensivo y de buen corazón. Pero a Fulvio le falta valor, al igual que le ha faltado valor todos estos años para presentarse de nuevo ante vosotros. No lo juzgues, Dora, ha sufrido mucho en su vida y, ahora que su sufrimiento ha disminuido un poco, teme que un rechazo vuelva a prender ese padecimiento. Lo que me duele es que esos dos chicos nunca podrán ser del todo felices si no se encuentran y se aceptan mutuamente, porque, lo quieran o no, forman parte el uno del otro, del mismo modo que ser un expósito formaba parte de la identidad de Bruno.

—¿No podemos hacer nada al respecto? —pregunté.

—Tal vez tú podrías hacerlo —me sonrió—; de hecho, cuento con tu ayuda. Pero yo no; yo lo he intentado durante mucho tiempo y ya no tengo ni las fuerzas ni el tiempo necesarios.

—No digas esas cosas —la regañé.

—¿Qué cosas? ¿La verdad tal vez? —dijo sonriendo antes de levantarse de la mesa—. Voy a por el segundo plato. Te he hecho ese pollo asado que tanto te gusta.

La tía abuela dejó ceremoniosamente sobre la mesa su pollo con patatas, el plato que ella consideraba el punto culminante de su cocina, pero siempre le quedaba seco y correoso. También lo estaba en esa ocasión, incluso más de lo que recordaba, pero, al igual que hacía de niña, afirmé que estaba delicioso y, en cierto sentido, realmente lo estaba.

Capítulo 49

Dormí en la misma cama que cuando era niña; me acurruqué en ella, disfrutando de los familiares chirridos del viejo somier metálico sobre el que descansaba el colchón de lana repleto de bultos. Aliviada por la larga charla con mi tía abuela, me dormí rápidamente, cayendo no obstante en un frágil sueño en el que los tenues y numerosos ruidos nocturnos de la pequeña villa, tan parecidos a los de la casa sobre el Dora, se colaban y formaban parte de mis sueños. En el pasillo resonaban los acolchados pasos de los gatos, los viejos muebles crujían dócilmente como si se contaran unos a otros lo que habían hecho durante el día, y el viento acariciaba la casa y las frondas de los árboles de las inmediaciones, produciendo un susurro que en mi sueño se convirtió en el plácido fluir del Dora. Ese fluir del agua semejante a una caricia pronto se volvió inquieto: el Dora me estaba llamando como cuando era niña; mi corazón aceleró sus latidos y mi frente se perló de sudor. Me levanté de la cama, el viejo parqué crujió bajo mis pasos y una ráfaga de frío me embistió: la ventana estaba abierta. El frío se hizo más intenso y mi cuerpo, más ligero; sentí que primero se elevaba, luego caía al vacío, flotando hacia abajo, con la misma lentitud de una hoja de papel. Al final, la helada me anegó; había aceptado la oración del Dora.

Un chirrido surgió del parloteo de los muebles y acabó con mi pesadilla; el Dora estaba a cientos de kilómetros y la sensación de frío y humedad que había experimentado era solo la del sudor en mi piel. Debía de tener un poco de fiebre, me dije, pensando en el día lluvioso transcurrido deambulando por el cementerio.

El chirrido que me había despertado era cada vez más largo; era un estridente giro de bisagras, y en la oscuridad de la habitación vislumbré la puerta abriéndose con lentitud. Debía

de haberme inquietado tanto durante el sueño que la tía abuela me habría oído y ahora venía a ver cómo estaba, igual que hacía en los días de la casa sobre el Dora.

Me incorporé para sentarme; la puerta estaba abierta de par en par, pero no vi a nadie. Respiré hondo y me tranquilicé a mí misma, diciéndome que debía de ser una corriente de aire. Saqué las piernas fuera de la cama con la intención de levantarme para ir a cerrarla cuando un tintineo metálico acompañado del crujido de la tela almidonada me hizo recular bajo las sábanas como un caracol en su concha. Percibí un peso que se apoyaba a mi lado sobre el colchón y el somier gimiendo levemente: ¡Catlina se había sentado en mi cama!

Un suave y monótono murmullo desmintió mi amedrentada suposición: uno de los gatos de mi tía abuela, aprovechando que la puerta estaba abierta, se había colado en la habitación y ahora ronroneaba entre las mantas.

—¿Has sido tú quien ha abierto la puerta? —le pregunté en voz baja, pero con la mayor seriedad, como si fuera capaz de entenderme.

El gato lanzó un sonido inarticulado, más parecido al croar de una rana que a un maullido, y luego se acurrucó feliz. La puerta volvió a crujir y se abrió de nuevo suavemente sobre el marco, pero no se oyó ningún tintineo de joyas ni el roce de las enaguas; el único sonido que flotaba en la habitación era el ronroneo del gato, que dormitaba a mi lado.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! ¿Te estás divirtiendo? —Como cada tarde, en cuanto terminaba de marcar el número, la voz de mamá estallaba de emoción desde el auricular.

Llevaba casi una semana en la pequeña villa y había pasado días tranquilos, a los que seguían noches inquietas y llenas de pesadillas. Mi serenidad se esfumaba de inmediato después de la cena, cuando llamaba a mis padres y fingía estar donde ellos creían que estaba.

—Sí, mamá, me lo estoy pasando muy bien aquí.

—¡Oh, fantástico!

La tía abuela observaba aquellas llamadas telefónicas a escasa distancia, con aire cómplice y culpable al mismo tiempo.

—¿Es bonito el sitio? Y el chalet de los Meier, ¿cómo es?

—Pues… —dudé.

—¡No puedes hablar, claro, ya lo veo! —desistió de inmediato—. La verdad es que no resulta oportuno hacer comentarios en casa de otra persona. ¡Qué discreta eres! Bueno, al fin y al cabo, ¡hoy cumples dieciocho años! ¡Thomas y tú lo celebraréis esta noche, supongo! Pero cuando vuelvas, lo celebraremos de nuevo, ¿de acuerdo?

—Gracias, saluda de mi parte a papá.

—¡Claro, hablamos mañana!

Colgué y solté un suspiro de alivio, al unísono con mi tía abuela.

—Nunca imaginé que aún tendría la suerte de pasar unos días contigo —dijo mientras se recostaba y se hundía en el sillón—, pero estas llamadas telefónicas me ponen de los nervios —resopló, colocando las manos sobre su amplio pecho —. Le tengo miedo al día en que tengas que marcharte de nuevo, pero al mismo tiempo lo espero con impaciencia, porque por fin les dirás a tus padres cómo están las cosas. Deberías haberles dicho la verdad desde el principio.

—Si lo hubiera hecho, probablemente ahora no estaría aquí.

—Lo sé, la vida no es perfecta, por mucho que digan.

A pesar de los mil y un esfuerzos de mi tía abuela por mantenerme contenta, esa noche no pude evitar sumirme en la melancolía. Cumplía dieciocho años y en los meses anteriores había hecho innumerables planes, en cada uno de los cuales Thomas estaba a mi lado. ¿Cómo se encontraría él? ¿También me echaba de menos, tanto como yo a él? En esa coyuntura, la melancolía se transformaba en rabia: ¿cómo podía preocuparme por él después de lo que me había hecho?

Por si fuera poco, hasta ese momento me había faltado el valor para hablar de mis experiencias nocturnas con mi tía abuela; recordaba con claridad hasta qué punto, durante los últimos meses en la casa sobre el Dora, ella había abjurado de sus facultades con tal firmeza y energía que incluso se molestaba si alguno de nosotros hacía la más mínima mención.

—He empezado a oír de nuevo —decidí confesarle esa noche, sin pensármelo demasiado, mientras me hundía yo

también en un sillón.

—¡Vaya! —articuló con dificultad—. ¿Y cuándo ha sido? ¿Cuándo has vuelto a hacerlo? —preguntó al cabo de un minuto de silencio, por lo menos.

—La tarde en que Thomas me llamó para decirme que…

—¡Pues claro! —me interrumpió—. ¡Tristeza llama a tristeza! ¿Dónde estabas y qué oíste?

—Estaba en mi habitación, debía de ser la una de la madrugada, y oí un ruido como de llaves que se agitaban en los bolsillos, luego oí el tintineo de una cucharilla.

—¿Sucedió solo esa vez? —preguntó, clavando sus ojos, marcados ya por el tiempo, pero aún penetrantes, en los míos.

—Sí —mentí.

El rostro de la tía abuela se contorsionó en una mueca, que se esforzó en convertir con rapidez en una sonrisa tranquilizadora. Dudaba de mis últimas palabras, pero había decidido aceptarlas al pie de la letra.

—Verás, querida —prosiguió hablando al cabo de un rato—, cuando me di cuenta de que habías heredado mi capacidad de oír, me alegré y me entristecí al mismo tiempo. Me sentía orgullosa de que fueras como yo, pero también asustada al pensar en lo que te aguardaba. Aun así, no me sorprendió; era natural que te parecieras a mí, ya que fuiste enviada a este mundo para aliviar el mayor dolor de mi vida.

—¿Cómo? —pregunté aturdida.

—No digo que nacieras solo para eso —se apresuró a rectificar—. Dios sin duda alguna tiene planes mucho más importantes para ti.

—No te entiendo.

—Intentaré explicártelo en orden —sonrió—, aunque me vea obligada a retroceder bastante. Como bien puedes imaginar, ser Dorina de las Corrientes de Aire me causó problemas desde muy joven. Cuando me casé, por ejemplo, fue solo porque mi familia me indujo a creer que era mi única oportunidad: nadie querría a una medio bruja como esposa o como nuera. Así que, cuando apareció un jovencito forastero que no sabía nada de mí y que solo me quería por mi cara bonita, me dejé convencer de que aceptar era la mejor

solución. Corrí un gran riesgo porque no conocía en absoluto a mi futuro marido y debo dar gracias a Dios porque resultó ser un hombre excelente, de quien incluso llegué a enamorarme.

—Pero ¿qué tiene eso que ver?

—Tiene algo que ver y, además, soy vieja y tengo todo el derecho a divagar. Los primeros meses de mi matrimonio fueron fantásticos —continuó diciendo—, hasta el punto de que pensé que no podría ser más feliz; sin embargo, me equivoqué: cuando mi marido regresó de la guerra sano y salvo, mi felicidad floreció de nuevo y se elevó como una hogaza de pan en el horno. Nos sentíamos muy afortunados pudiendo retomar nuestras vidas desde el mismo punto en que las habíamos interrumpido y teníamos muchos proyectos.

—¿Cuáles?

—Los que tenían todos los jóvenes recién casados en aquella época: tener hijos y gozar de estabilidad económica para criarlos. —La tía abuela sacó un pañuelo del escote de su vestido de flores y se sonó ruidosamente la nariz.

—Pero entonces ocurrió el accidente en la fábrica —suspiró —. Yo estaba embarazada, ¿sabes? De cinco meses.

—¿Tuviste un hijo? —dije pasmada.

—Una hija. Si hubiera nacido, habría sido una niña.

—¿Cómo lo supiste?

—Oh, lo supe desde el primer momento, y luego los médicos del hospital me lo confirmaron cuando… ¡Pero no me hagas perder el hilo! Cuando recibí la noticia de la muerte de mi marido, una extraña energía me invadió, una fuerza desesperada que me empujó a organizar todo lo necesario para ofrecerle a mi esposo un funeral digno: avisé a sus familiares, hice gestiones con el párroco para el funeral, contraté a un director de pompas fúnebres… Lo hice todo, todo menos derramar una sola lágrima. De todas formas, la noche después del funeral lloré sin parar hasta las primeras luces del amanecer, tras lo cual sentí un gran dolor y las sábanas se tiñeron de rojo. Los médicos dijeron que perdí la niña a causa del luto, que fue mi propio cuerpo el que la rechazó, pero todo lo contrario. Yo creo que mi hija, al sentir toda mi desesperación, intentó llegar hasta mí lo antes posible para

consolarme.

La tía abuela se secó las lágrimas con la punta de su pañuelo.

—Cuando tu madre vino a vivir conmigo, y tú amenazaste con querer salir de su vientre antes de tiempo, reviví otra vez el mismo dolor; pero cuando al final naciste en la misma casa donde yo había perdido a mi hija, comprendí que había sido ella quien te había enviado a mí. Después de tantos años, mi hija por fin había conseguido enviarme ese bienestar que le había costado la vida. Por eso siempre he estado ligada a ti de una manera muy especial; no por nuestra capacidad compartida de oír, sino porque en un rinconcito de tu alma vive una parte de mi hija no nacida.

La tía abuela lloraba arrellanada en el sillón, gimiendo como una chiquilla; me acerqué a ella y la abracé, luego me deslicé hasta el suelo y apoyé mi cabeza en su regazo.

—El destino me dio la capacidad de oír el llanto de las casas quejumbrosas —retomó la palabra cuando los sollozos se calmaron un poco—, y la conciencia me ha obligado a utilizar mis habilidades para ayudar a quienes las habitaban; con los años mi oído se ha vuelto tan sensible al dolor ajeno que he sido capaz de captarlo al vuelo y en cualquiera de sus manifestaciones, lo que me ha permitido hacer cosas de las que me siento muy orgullosa, como acoger a mis sobrinos y a sus familias antes de que me pidieran ayuda. Pero también me obligó a hacerme cargo de Arrepentimientos, Miedos y Rencores de los que yo no era responsable. Al principio, sacarme de encima esas porquerías era tan fácil como estornudar, pero, con el tiempo, me fui impregnando. En los últimos meses de su vida, la tía Maddalena siempre estaba escuchando la radio, ¿te acuerdas? Y viviendo en sus romanticismos, afirmaba que las canciones tristes eran las mejores; yo le contestaba que sí, que muchas de ellas eran realmente muy bonitas, pero que tener una de ellas metida siempre en los oídos puede enviar a la persona más sabia al manicomio. Por eso, en un momento dado, decidí cambiar de música y dejar de prestar oídos a toda las tristezas que pasaban por delante de mí. ¿Sabes cuándo tomé esa decisión? —me

preguntó mientras me acariciaba la cabeza, que seguía apoyada en su regazo.

—Supongo que cuando murió la tía y todos seguimos nuestro camino —respondí con cierta seguridad.

—No —negó con la cabeza—, fue algún tiempo antes. ¿Recuerdas cuando fuimos a la biblioteca a dejar los libros que Fulvio aún no había devuelto?

—Claro que sí —confirmé—. Y luego fuimos a visitar al abogado Ferro.

—Sí, pero antes ocurrió algo extraordinario, ¿te acuerdas?

—Sí… —vacilé un poco azorada al prestarle voz a un recuerdo que con los años me había acostumbrado a considerar poco más que una fantasía infantil—, oíste los susurros de los lectores del pasado, mientras yo ya no podía.

—Sí, para entonces tú ya habías dejado de oír —confirmó—, pero para mí, escuchar esos ecos de felicidad, tan diferentes de los continuos y penetrantes gemidos de las casas quejumbrosas, fue una panacea. Por fin me di cuenta de que no solo tenía la capacidad de percibir la tristeza, también podía oír la felicidad, y si hasta entonces no había oído su sonido era solo porque, en el fondo, no lo había intentado; después de todo, no hay peor sordo que el que no quiere oír, ¿verdad? No me arrepiento de nada; estoy contenta de haber sido Dorina de las Corrientes de Aire, pero me siento igual de feliz de haber decidido no seguir siéndolo.

—¿Cómo lo decidiste?

—Igual que lo hiciste tú de niña —contestó con convicción —. Fuiste tú la que me dio el buen ejemplo, y eso me confirmó que habías nacido para ofrecerme tu ayuda y el consuelo que mi niña no había podido darme.

—Pero yo no decidí no oír más; sucedió y punto.

—Sucedió porque te habían pasado muchas cosas, demasiadas para una niña tan pequeña: la muerte de tu tío, la partida de tu padre, el empeoramiento de la tía Maddalena… Estabas llena de tristeza y decidiste no querer más. Fuiste sabia, mucho más sabia que yo, que ¡tardé más de medio siglo en tomar la misma decisión!

—No lo hice todo yo sola —admití, recordando las

enseñanzas del abogado Ferro.

—Si alguien te aconsejó, tú fuiste sabia al escucharme —afirmó la tía abuela—, pero fuiste tú quien decidió, y si ahora puedes volver a oír es porque te estás cuestionando esa decisión.

—¿Por qué debería dudar?

—Tal vez para volver a ponerte en contacto con tu antiguo yo, la niña que visitaba las casas quejumbrosas con su tía abuela medio bruja, la niña que echaste a patadas de tu presente, pero a la que en el fondo echas de menos. O tal vez porque, a lo largo de estos años, aunque no te hayas dado cuenta, has sido bastante feliz, y el asunto de Thomas te ha recordado lo que se siente al estar realmente tristes. No sé darte una explicación, me temo que tendrás que descubrirla por ti misma y, sobre todo, tendrás que descubrir si quieres seguir oyendo o no.

—Desde que decidiste no oír más, ¿nunca te ha pasado que…?

—¡No! —respondió con convicción—. En estos años solo he escuchado los sonidos del mundo, los que me restituyó el maravilloso audífono que me regaló tu padre.

—¿Y nunca más tuviste el deseo de oír?

—¡Con mis nuevos oídos puedo escuchar música, el canto de los pájaros y el ronroneo de los gatos! ¿Por qué debería desear los sonidos del otro mundo, cuando este tiene tantos que ofrecer? Se ha hecho tarde —cambió repentinamente de tono—, será mejor que nos vayamos a la cama.

—Muy bien —asentí mientras retiraba a regañadientes la cabeza de su regazo y me levantaba de la alfombra en la que estaba acuclillada—. Gracias por todo lo que me has contado.

—Sí, te lo he contado todo —confirmó dedicándome una sonrisa burlona—. Tú, en cambio, no lo has hecho. ¿Qué más oíste, aparte del tintineo de las llaves y de las cucharillas? —dijo en el tono que utilizaba en el pasado para hacerme confesar una travesura.

—A la tía Catlina —confesé—. La oigo todas las noches, aquí, en la villa.

La tía abuela me miró asombrada y luego se echó a reír con

ganas.

—¿Es esto lo que no querías decirme? Aunque yo ya no la oiga, sé muy bien que está aquí. Ya soy bastante mayor, y es normal que Catlina haya empezado a rondar por aquí.

—¡No digas estas cosas!

—Oh, Dora, tarde o temprano el corazón de todo el mundo deja de latir, y el mío ya lleva muchos años latiendo. Venga, no pienses más en ello y vete a la cama. No quiero que estés triste el día de tu cumpleaños.

Sentí que mi deber era obedecerla, así que alejé las lágrimas y le deseé buenas noches.

—¡Espera! —Me detuvo en mi camino hacia las escaleras.

—A Catlina solo la has oído aquí, ¿verdad?

—No —negué con la cabeza—, también la oí en el tren, mientras viajaba hacia Turín.

—¡Que Dios me ayude! —La tía abuela se puso en pie de un brinco y se llevó las manos al pecho—. Quizá entonces Ella no está aquí por mí, ¡es a ti a quien está siguiendo!

—No —me apresuré a llevarle la contraria mientras su cara se retorcía en un espasmo de dolor y su cuerpo se desmoronaba en la butaca—. Catlina no estaba en el tren por mí; había un hombre en el último vagón, un señor mayor —intenté explicarle mientras se presionaba con fuerza el pecho con las manos—. ¡Catlina se lo llevó! —grité para alcanzarla en el silencio en el que se estaba sumiendo—. ¡Catlina estaba en el tren por él, no por mí! —seguí gritando, pero para entonces la tía abuela Dorina ya no podía oírme.

Capítulo 50

—¿Es usted su único familiar? —preguntó el médico con fingida condolencia.

—No —negué con la cabeza.

—Pues entonces debería avisarlos —dijo secamente—. Allá al fondo encontrará los teléfonos.

Recorrí el pasillo del hospital, iluminado todavía por las tenues lámparas nocturnas, introduje las fichas en uno de los aparatos telefónicos fijados en la pared y marqué el número de la casa acuario, sin tener la menor idea de qué palabras utilizaría para comunicar a mis padres la terrible noticia.

—¿Diga? —respondió la voz somnolienta de mi padre después de varios timbres.

—Hola, papá.

—¿Dora? —La voz pasó de somnolienta a preocupada—. ¿Cómo es que llamas a estas horas de la mañana?, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, papá —dudé—, pero la tía abuela ha tenido un infarto y los médicos no saben si saldrá de esta.

—¡Oh, Dios! —murmuró—. Pero ¿y cómo es que lo sabes?

—Estoy con ella en el hospital de Albenga.

—¿Y por qué estás…? ¡Oh, qué demonios! Salimos para allá con el primer tren.

Colgué y esperé unos instantes frente al aparato, luego respiré profundamente y metí la mano en el bolsillo de la rebeca, donde poco antes había puesto una pequeña agenda con una tapa de cartón desgastado. La había encontrado en el bolso de mi tía abuela, que había cogido del mueble de la entrada aquella noche mientras seguía a los camilleros hasta la ambulancia.

Abrí la agenda y busqué la página marcada con la letra F, donde encontré el nombre de Fulvio y su número de teléfono, mejor dicho, sus números de teléfono. Había unos diez, todos

con diferentes prefijos, cada uno de ellos tachado con una raya de bolígrafo azul, excepto el último. Por esa secuencia de números borrados supe que, desde que nos habíamos separado, mi primo se había mudado de casa y de ciudad muchas veces. Qué poco sabía de él, y ahora tenía que irrumpir en su vida, armada con una terrible noticia.

—¿Sí? —Su voz se arrastraba por el sueño, pero la reconocí de inmediato.

—Fulvio, soy Dora.

—¿Dora?

—Estoy en el hospital de Albenga; a la tía abuela le ha dado un infarto, ven en cuanto puedas —le ordené de un tirón, tras lo que colgué de inmediato. El mensaje había sido entregado; jadeando de emoción, apoyé la espalda en la pared y esperé a que el espacio que me rodeaba dejara de girar.

Las gotas caían una tras otra, diminutas y casi invisibles, emitiendo un suave estallido.

—Deberías irte a casa y descansar un poco —me sugirió una enfermera.

Una gota, dos, tres…

—No quiero dejarla sola. —Tuvieron que caer unas cuatro gotas más por el tubito intravenoso antes de que encontrara la lucidez para responderle.

—Señorita, ¡lleva usted echada en esa silla desde ayer por la noche! Váyase a descansar, la señora ya está estable.

La tía abuela yacía inconsciente en la cama, conectada a un pequeño monitor en el que bailaba una línea verde luminiscente.

—Pronto llegarán mis padres y mi primo —me dije más a mí misma que a ella.

—Por desgracia, se van a encontrar con la sala cerrada —respondió apoyando su mano en mi hombro—; dentro de poco termina el horario de visitas. Pueden volver mañana todos juntos; seguro que para entonces la señora estará despierta.

—¿Y si se despierta antes y no me encuentra aquí?

—Con todos los medicamentos que le han suministrado es muy poco probable. Hágame caso, señorita —insistió mientras

salía de la habitación—, váyase a descansar.

—La enfermera tiene razón —oí murmurar—, vete a casa.

Me volví hacia la tía abuela, quien de todas formas seguía durmiendo.

—Vete, mis pobres gatos tendrán hambre —susurró sin abrir los párpados.

—Pero ¿estás despierta? —pregunté asombrada.

—Sí, claro que estoy despierta, ¡pero baja la voz!

—¿Cómo es posible?

—No tengo ni idea; lo que sí sé es que, si la enfermera se da cuenta, me pondrá a dormir con una buena inyección. Sé cómo van estas cosas, ya he pasado por esto.

—¿Ya has tenido antes un infarto?

—¡Estoy demasiado débil para hablar de ello! —dijo con la resolución de quien no está débil en absoluto—. Pero estoy mejor, lo ha dicho la enfermera, así que vete a casa y encárgate de la cena de mis pobres gatos y, ya puestos, prepara algo caliente también para tus padres y Fulvio; hoy ya no podrán venir a visitarme. Vamos, no me obligues a insistir, que empiezo a sentirme un poco débil de verdad.

—Muy bien. —Me levanté de la silla y me incliné sobre ella para besarle la frente.

—Oí lo que me contaste anoche —susurró en cuanto mi cara estuvo cerca de la suya—. Ese hombre del tren que Catlina se llevó. Fue un alivio saber que Ella no te ha seguido hasta aquí, pero ¿qué quieres que te diga? Cuando te da un infarto ya no hay vuelta atrás, aunque el susto que lo provocó ya haya pasado.

La luz se filtraba por debajo de la puerta; la excitación de la noche anterior había hecho que me olvidara de apagarla. Metí la llave en el ojo de la cerradura, el cierre saltó de inmediato; ni siquiera había tenido la lucidez de cerrar la puerta con llave.

—¡Dora, por fin! —me abrazó mi padre.

—Hemos llamado al hospital —vino mi madre para unirse al abrazo—, nos han dicho que el horario de visitas estaba a punto de terminar y que ya te habías ido a casa.

—¿Cómo habéis entrado aquí? —pregunté, zafándome del

abrazo.

—Yo tengo una copia de las llaves. —Esas fueron las primeras palabras que oí pronunciar a mi primo después de una década de silencio.

Fulvio estaba de pie junto a mis padres, con una media sonrisa dibujada en su rostro casi imberbe todavía. A pesar de que tenía ya casi treinta años, su aspecto era idéntico a como yo lo recordaba, quizá algo más robusto, y los ojos estaban señalados probablemente más por el cansancio y la ansiedad del día que por el paso del tiempo.

Dudamos el uno frente a la otra durante unos instantes.

—¿Has visto quién está aquí? —dijo mi padre, posando una mano en su hombro y empujándolo suavemente hacia mí.

Nos abrazamos con cautela, sin abandonarnos por completo el uno en brazos de la otra ni intercambiar un beso o una palabra.

—Dinos cómo está la tía abuela.

Fue mi madre quien interrumpió nuestro abrazo mudo y circunspecto.

—Ha recuperado el conocimiento —expliqué con voz ronca —; los médicos dicen que ahora se encuentra estable.

—¡Oh, qué alivio! —suspiró mamá mientras se dirigía a la cocina—. Todo el mundo a la mesa, necesitamos comer algo.

—¿Has hablado con ella? —preguntó mi padre mientras tomaba asiento.

—Sí, estaba preocupada por los gatos, quería que me diera prisa para darles de cenar.

—No tienes que preocuparte, fue lo primero que hice al llegar —me informó Fulvio mientras me invitaba a sentarme a su lado—, pero no han tocado la comida; deben de estar más preocupados que hambrientos.

—Pobres animales —se enterneció mi padre, dejándonos atónitos. Aunque siempre había intentado disimularlo por respeto a la tía abuela, a papá no le gustaban nada los gatos y en la época de la casa sobre el Dora había tenido que hacer indecibles esfuerzos para soportar su peluda e invasiva presencia.

Cuando mamá nos llenó los platos con espaguetis

preparados a marchas forzadas, todos nos acordamos de que llevábamos muchas horas de ayuno y de que teníamos mucha hambre. El alivio por la mejoría de la tía abuela y el gran apetito disiparon cualquier posible incomodidad: estábamos tan a nuestras anchas como cualquier familia que cena unida todas las noches.

—Qué extraño de todas maneras… —musitó mi madre, interrumpiendo nuestra masticación—. Cuando llamé al hospital, me dijeron que ya estabas de vuelta a casa y que la tía abuela aún no había recuperado el conocimiento.

Sentí que todas las miradas se posaban en mí.

—Dora —me interpeló mi padre con severidad—, no nos habrás dicho que la tía abuela había recuperado el conocimiento solo para tranquilizarnos, ¿verdad?

—¡No! —negué—. Lo que pasa es que fingía seguir durmiendo para que no le administraran más sedantes.

Mis interlocutores intercambiaron miradas de perplejidad.

—¡Eso es muy propio de ella! —se echó a reír mi madre—. ¡Entonces, es que está realmente mucho mejor!

La risa nos contagió a todos.

—¿Os apetece un vaso de vino? —sugirió mi madre—. Nos vendrá bien después del susto que hemos tenido.

Sin esperar una respuesta por nuestra parte, sacó una botella de la repisa del aparador y, tras examinar la etiqueta, buscó mi mirada: era el carísimo vino que había comprado para los Meier.

Contuve la respiración. Hasta entonces mis padres no me habían exigido las explicaciones que yo sabía que les debía, pero quizá, ahora que la tensión se había calmado un poco, había llegado por fin la hora de la verdad.

—¡Ah, vaya! —exclamó mamá, convirtiendo su ojeada inquisitiva en una mirada de comprensión—. La tía abuela se cuida bien. Este es un vino buenísimo.

Charlamos un rato de todo un poco, sin profundizar en ningún tema ni hacernos preguntas unos a otros; nadie, por ejemplo, le preguntó a Fulvio dónde vivía, si seguía trabajando de maestro o si tenía esposa o incluso hijos.

Un extraño que hubiera escuchado por azar nuestra

conversación probablemente la habría tomado como una cháchara insustancial; pero, en cambio, lo que estábamos haciendo era asegurarnos mutuamente de que todo volvía a ser como antes, y que no hacían falta explicaciones ni tampoco excusas.

—Los cuencos están vacíos —nos indicó Fulvio mientras señalaba a lo largo de la pared de la cocina la hilera de lo que antes eran platillos de café y ahora servían de cuencos para los mininos de la casa. Los gatos habían leído en nuestra actitud distendida la señal de que su querida ama estaba fuera de peligro, y por eso ellos también habían decidido poner fin a su ayuno.

Capítulo 51

Los perfiles del dormitorio se me aparecieron de manera inesperada claros y nítidos; era ya de día y la tía Catlina no había venido a visitarme e incluso si se hubiera tomado esa molestia, yo había seguido durmiendo sin interrupciones.

Mientras me preparaba para regresar al hospital donde estaba mi tía abuela, me detuve a escuchar los ruidos que provenían de la cocina: la cafetera cantaba, las cucharas campaneaban en las tacitas y las charlas de mi familia me llegaban como la más dulce de las melodías. Si las voces de mis padres hubieran sido tan altas como antes, y algunas ollas hubieran repicado de tanto en tanto, al cerrar los ojos podría haber pensado que me encontraba en una mañana de diez años atrás, en el pequeño dormitorio del primer piso de la casa sobre el Dora.

—¿Estás seguro?

—La vi a través de la ventana.

—¡No es posible!

—Pues yo te digo a ti que sí, ¡mira tú también! —Como si hubieran oído mi fantasías, las voces ganaron en intensidad.

Ya preparada, salí de la habitación para ver qué estaba pasando y mis pasos, al bajar las escaleras, hicieron eco de los de los miembros de mi familia que atravesaban corriendo el salón.

—¿Qué haces aquí? —oí gritar a mi madre como en los viejos tiempos.

—¡Vaya pregunta, Bianca! ¡Esta es mi casa!

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó mi primo.

—En taxi, querido Fulvio. Es un medio muy cómodo, ¡tendrías que probarlo! Luciano, qué placer verte de nuevo, ¿estás bien?

Al llegar al vestíbulo, vi a mi tía abuela con el vestido de

flores que llevaba cuando la ambulancia vino a recogerla. A pesar del frío, no llevaba abrigo, porque en el momento de su ingreso no tuve la previsión de ponérselo o, por lo menos, de llevarlo al hospital.

—¡Oh, Dora, buenos días! —me saludó con júbilo—, ¿te ocupaste de mis gatitos?

—Fulvio se encargó de ello —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Vamos, no os quedéis todos aquí, de pie en el vestíbulo; ya habréis hecho café, ¿verdad? —preguntó oliendo el aire con la nariz hacia arriba.

La seguimos hasta la cocina, donde se sentó a la mesa como si no pasara nada y esperó a que alguien la sirviera. Fue mi padre quien le puso delante una taza de café, que ella sorbió con exasperante lentitud, para luego mordisquear con la misma lentitud un par de galletas que encontró sobre la mesa.

—¿Te has escapado del hospital? —Fue mi madre la que verbalizó la pregunta que nos rondaba en la cabeza a todos nosotros.

—Pero ¿cómo se te ocurre?

—¿Así que te han dado el alta? —replicó mamá.

—Tampoco —negó de nuevo, poniéndose a mordisquear una tercera galleta—; el médico me ha examinado esta mañana y me ha encontrado bien, pero ha dicho que tendría que empezar un tratamiento. «Perfecto», le he contestado. «¡Empecémoslo ya mismo!» Pero me ha dicho entonces que una parte del personal hospitalario estaba de vacaciones por las fiestas y que volveríamos a hablar del tema después de Año Nuevo. «Entonces, ¡nos vemos el dos de enero!», le he dicho.

—¿Y él ha dicho que sí? —preguntó Fulvio.

—Digamos que no ha dicho que no —la tía abuela Dorina se encogió de hombros—, así que he firmado los papeles y me he marchado.

—Quizá deberías volver al hospital —aventuré en el tono más conciliador de mi repertorio.

—¡Mírame, Dora, estoy bien!

—Gracias a Dios, sí —intervino Fulvio—, pero creo que sería más prudente que estuvieras en el hospital.

—No te preocupes, Fulvio, me han dado unas palpitaciones, es cierto, pero Dora podrá confirmaros que solo fue debido a un susto.

—¿Qué susto? —me preguntó mamá.

La miré asombrada; ¿de verdad mi tía abuela esperaba que le hablara a todo el mundo de la tía Catlina?

—Pensé que alguien cercano a mí estaba en peligro de muerte —me sacó del atolladero—, pero resulta que me estaba preocupando por nada. ¡Venga! —cambió de tema—. ¿Cómo vamos a organizarnos?

—¿Organizar el qué? —preguntó mi padre.

—¡El Fin de Año! —respondió como si fuera una obviedad —. Si no queréis celebrarlo conmigo, ¡entonces tendría que haberme quedado en el hospital y contar hacia atrás en la salita de la tele, junto a los otros pacientes, con una infusión de camomila y manzanas asadas! Luciano, te voy a anotar la dirección de una buena charcutería; compra un surtido de entrantes y unas anchoítas para los gatos, que también es fiesta para ellos. Fulvio, ocúpate del vino espumoso, y tú, Dora, compra una buena tarta en esa pastelería donde estuvimos hace unos días —ordenó con autoridad militar—. En cuanto a mí, prepararé unos ñoquis y ese pollo asado que tanto os gusta, y Bianca me echará una mano. ¿Queda claro?

Asentimos desconcertados.

—¡Tened cuidado con la ropa! El año nuevo no debe encontrarnos desaliñados; de lo contrario, nos confundirá con gente del montón y nos traerá pocas cosas —dijo desempolvando uno de esos adagios que había escuchado tantas veces en mi infancia.

—Pero hemos venido aquí deprisa y corriendo —dijo mamá —, solo hemos venido con lo puesto y unas mudas.

—Dora tiene una maleta llena de ropa bonita, ya te dejará algo, y en el armario del pasillo he conservado algunas prendas masculinas un poco pasadas de moda, pero muy elegantes — concluyó sin especificar, pues no hacía ninguna falta, que se refería a la ropa que antaño fuera el orgullo del tío Bruno. La tía abuela subió las escaleras hacia su habitación, seguida por una procesión de devotos felinos.

—No podemos obligarla a ingresar —comentó mi padre cuando estuvo seguro de que la tía abuela ya no podía oírlo—, está en pleno uso de sus facultades mentales.

—No —resopló mamá—, lo que ocurre es que es muy terca y la única solución es no llevarle la contraria para que no se altere lo más mínimo.

Todos estuvimos de acuerdo en que no había alternativa y nos apresuramos a ejecutar las órdenes que nos habían dado.

A medida que avanzaba el día, lo que se presentaba como una tarea ingrata se fue convirtiendo en una diversión y todos nos dejamos arrastrar por la caótica alegría de antaño. Nos presentamos en el salón a las nueve de la noche, ataviados como la tía abuela había exigido: yo elegí el vestido de noche de tafetán verde que tendría que haber llevado por mi decimoctavo cumpleaños; mi madre, el ajustado vestido rojo que me había comprado para Fin de Año y que, tuve que aceptarlo, le quedaba mejor sobre sus curvas de sirena que en mi pequeño cuerpo de anchoa. En cuanto a papá y Fulvio, no tuvieron valor para ponerse la ropa del tío, que, como me señaló mi madre riéndose por lo bajo, de todos modos no les habría quedado bien, porque el tío Bruno era mucho más alto y corpulento que ambos. Por ello, papá decidió comprar dos trajes en una elegante tienda del centro de Albenga, exhortando a su sobrino a que aceptara uno como regalo. Todos nos sentíamos demasiado elegantes para una cena en casa, pero nuestra incomodidad se disipó cuando nuestra tía bajó las escaleras como si de una diva de variedades se tratara, con un vestido largo cubierto de lentejuelas doradas.

—Me lo regalaron mis amigas por mi último cumpleaños —declaró con orgullo—. Al principio pensé que este vestido era un poquito chillón, pero cuando me lo probé me sentí tan hermosa que, he de confesarlo, a veces me lo pongo para que me suba la moral, aunque no tenga pensado salir de casa

Tras estas palabras imbuidas de alegría, nadie se atrevió a señalarle que su vestido dorado no solo era «un poquito chillón», sino incluso de dudoso gusto.

Cenamos con alegría, recordando acontecimientos del pasado y disfrutando de cada uno de los platos, incluido el

infame pollo asado de la tía abuela, que estaba inevitablemente seco y correoso. Poco antes de la medianoche, mientras papá liberaba el corcho del vino espumoso de su jaula metálica, dos gatos saltaron a la mesa, maullando con entusiasmo y tirando al suelo algunos cubiertos.

—¡Fuera de aquí! —los echó la tía abuela con un gesto brusco—. ¡Estoy avergonzada, nunca habían hecho nada semejante!

—Algo debe de haberlos asustado —especuló Fulvio—, quizá los petardos.

—Sí, en Nochevieja se tiran petardos —confirmó mamá, aunque todavía no había explotado ningún cohete en las inmediaciones de la casa.

Los gatos aterrizaron con suavidad en el suelo para luego dar un nuevo brinco, como si las baldosas ardieran; uno de ellos saltó encima de una mesita, donde derribó un juego de llaves cuyo tintineo me dejó de piedra; el otro alcanzó el alféizar y chocó con la vieja radio de la tía Maddalena, que se encendió y dejó que se escuchara por el altavoz la cuenta atrás, con una cálida voz masculina: cuatro, tres, dos, uno…

El corcho se separó de la botella con un chasquido, alejando la leve sensación de malestar que se había apoderado de nosotros, y un poco de espuma acabó en el puño de la camisa nueva de papá.

—¡Feliz 1984! —gritó la tía abuela, tendiéndole su copa—. ¡Que sea vuestro mejor año, queridos! ¡El mejor año hasta que llegue uno mejor aún!

Los petardos, mientras tanto, habían empezado a estallar esta vez de verdad; busqué a los gatos echando un vistazo a mi alrededor; lejos de asustarse, estaban acurrucados en el sofá. El tintineo de las copas, los recíprocos buenos deseos y el estallido de los petardos se apagaron en pocos minutos y el salón quedó en silencio. La radio se había apagado, pero todos fingimos no darnos cuenta.

—Juguemos al Comerciante en la Feria —rompió el silencio Fulvio—. Yo hago de comerciante —propuso antes de que nadie cometiera la imprudencia de expresar un pensamiento común: no habíamos jugado a ese juego desde que el tío

Bruno, incomparable comerciante, nos había dejado.

—¡Pasen y vean, señores! ¡Admiren las mercancías que he traído de mis viajes por países lejanos y maravillosos! —empezó Fulvio, levantando la primera carta—. ¡Admiren este cisne, observen la blancura de su plumaje! ¡Hace años este soberbio animal adornó el jardín de una princesa persa! ¡La puja comienza en cincuenta liras!

—¡Cien liras! —ofreció la tía abuela, impidiendo que nadie expresara un segundo pensamiento común: la voz de Fulvio, normalmente sinuosa hasta el susurro, mientras subastaba las cartas era idéntica a la de su padre.

—¡Señores, vamos, hagan sus ofertas! ¿Quién ofrece ciento cincuenta liras por este cisne real?

El juego tuvo un desenlace inédito; en la casa sobre el Dora, el tío Bruno, como el carismático ilusionista que era, siempre se las apañaba para que ganáramos Fulvio o yo, y cuando mi primo tuvo ya edad suficiente para no tomárselo a mal, era yo la inevitable ganadora. Sin embargo, esa tarde mi tía abuela nos dio una paliza a todos, y nada menos que tres partidas consecutivas.

—No tiene gracia jugar con vosotros —se burló, abandonando la mesa de juego—. Que tengáis buenas noches y… gracias por todo.

Capítulo 52

Fueron necesarios cuatro hombres y decenas de juramentos apenas reprimidos para levantar la pesada losa de mármol blanco. El ángel, mientras tanto, seguía extendiendo sus manos hacia el cielo, sin importarle los esfuerzos de aquellos cuatro pobrecillos ni nuestro incrédulo dolor.

La mañana del uno de enero nos levantamos bastante tarde y fue el silencio lo que nos despertó; desde la cocina, en efecto, no nos llegaba el habitual repiqueteo de las ollas.

Despertados al unísono por esta alarma silenciosa, nos encontramos todos en el pasillo e, intercambiando miradas preocupadas, sin hablar, nos dirigimos a la habitación de la tía abuela. Frente a la puerta entreabierta encontramos a Ninìn, la última gatita de Stèila, sentada orgullosa y contrita como un antiguo ídolo egipcio.

Fulvio fue el primero en tomar la iniciativa y empujó la puerta; los postigos de las ventanas estaban echados y un poco de la oscuridad de la noche aún flotaba en la habitación. Entramos de uno en uno en una procesión improvisada; a los pies de la cama, realizando una coreografía que nadie nos había enseñado, nos dispusimos en semicírculo. La tía abuela Dorina estaba tumbada en la cama con los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción en su rostro de cera; sus manos, también pálidas, estaban entrelazadas sobre el pecho, todavía envuelto en el corpiño de su vestido de lentejuelas doradas.

—Le dejaremos puesto este —respondió mi madre al empleado de pompas fúnebres cuando le preguntó cómo queríamos vestir a la difunta—; era feliz cuando lo llevaba.

Nadie se culpó de lo ocurrido. Nadie sugirió que, si la hubiéramos obligado a volver al hospital, tal vez… Pero el corazón de la tía abuela no había cedido: se había apagado con ella, obedeciendo a su precisa petición. Había recibido a

Catlina como a una vieja y querida amiga; mejor dicho, ella misma la invitó y le exigió que se presentara ante ella. ¿Cómo explicar, si no, la pose fúnebre y el vestido dorado que no se había quitado antes de acostarse? También había otros indicios de que había elegido dejarse llevar al otro mundo de forma voluntaria: la tarjeta de visita de un director de funeraria en la mesilla de noche, junto a un papel con los números de teléfono de los amigos a los que quería avisar e invitar al velatorio y, por último, un mensaje inesperado para mi padre: «Luciano, cuida de mis gatos, por favor».

Más tarde nos reiríamos de este lacónico mensaje, con el que mi tía abuela obligaba a mi padre a convivir durante muchos años en compañía de una manada de gatos caprichosos y entrometidos, tal y como ya había tenido que hacer en la época de la casa sobre el Dora.

Finalmente se retiró la losa de mármol y se bajó el ataúd al vientre del sepulcro. Fue Fulvio quien propuso que la tía abuela fuera enterrada en la tumba que su padre había mandado hacer para la familia Vittorioso. La tía abuela era lo más parecido a una madre que había tenido el tío Bruno en toda su vida, y al colocarla en la tumba de la familia Vittorioso se cumplía, en cierto sentido, su sueño de tener a un ser querido en el cementerio.

Un ruido sordo nos anunció que la tumba se había vuelto a cerrar.

—¿Puedo quedarme un poco más?

—Por supuesto, Dora —respondió mi padre—, pero no más de diez minutos.

Mis padres tenían prisa; tenían que volver a la pequeña villa para despejarla de las cosas de mi tía abuela, aparte de lo que mi padre definía ahora como «los pobres animaluchos», para los que pronto acuñaría docenas de otros epítetos mucho menos halagadores.

—Quería decir si me dais permiso para quedarme unos días más aquí, en Turín.

—¡Ahora pide permiso! —Mamá puso los ojos en blanco—. Esperábamos tener una pequeña conversación contigo durante

el viaje —añadió, como sugiriéndome que aún les debía muchas explicaciones—, y además tu maleta sigue en la villa.

—He traído conmigo lo esencial para pasar unos días más aquí —dije al mostrar la mochila que llevaba sobre los hombros.

—De acuerdo —capituló mi madre tras buscar la conformidad en la mirada de mi padre—. Luciano, dale algo de dinero, puede que lo necesite; y tú llámanos esta noche a la villa para darnos la dirección y el teléfono del hotel donde te vayas a alojar, y recuerda que dentro de pocos días empezará de nuevo el curso.

Fulvio y mis padres se despidieron, confirmando recíprocamente que se volverían a ver pronto.

—Os presentaré a mi familia —dijo mi primo, mencionándola por primera vez—. Me gustaría que vinierais a ver mi casa.

—Estaremos encantados —respondió mi padre, sin hacer más preguntas.

—¡Iremos con gusto! —aceptó mi madre, a pesar de que ninguno de nosotros sabía dónde se encontraba esa casa. No había prisa por conocer los detalles; los hilos rotos se habían anudado de nuevo y sentíamos en el fondo que nunca más se desatarían.

Mi primo y yo permanecimos unos minutos más frente a la tumba, en silencioso recogimiento.

—Yo también debería ir marchándome —declaró Fulvio.

—No —le negué el permiso con firmeza—, primero necesito llevarte a ver algunas cosas.

—Me temo que no tengo tiempo.

—No tardaremos más de una hora —objeté—, y, además, ¿recuerdas cuando viniste a nuestra casa?

—Claro que me acuerdo —respondió bajando la mirada.

—Te ibas a quedar a pasar todo el día siguiente con nosotros, pero, en cambio, te marchaste deprisa y corriendo. Me debes un día y yo solo te pido una hora.

—Te debo diez años —susurró mortificado, luchando por levantar su mirada de la grava del camino de entrada.

—Me basta con una hora —repetí aferrando su mano.

En primer lugar, lo llevé ante la tumba del abogado Ferro.

—No sabía que estaba enterrado aquí —dijo con la voz temblorosa por la emoción—, justo a unos pasos de la tumba de nuestra familia. —La nuestra, dijo, no la mía.

—«UN SIGLO DE LECTURA» —leyó el epitafio.

Abrí mi mochila y saqué un libro, el ejemplar de *Madame Bovary* que había leído en una sola noche hacía un par de semanas, y lo deposité sobre la losa de mármol donde reposaban unos cuantos volúmenes, con las tapas alabeadas por el mal tiempo invernal.

—Coge uno —sugerí mientras le indicaba la tarjeta que invitaba a la gente a dejar o llevarse el libro que quisiera. Fulvio cogió un ejemplar estropeado del *Cándido,* de Voltaire, y se lo metió en el bolsillo del abrigo.

—Vamos, tenemos que irnos ya —le tiré de la manga.

Caminamos por la avenida central del cementerio hasta salir por las majestuosas puertas.

—¿A dónde me llevas?

—Ya lo verás…

Cogimos el autobús hasta la piazza Statuto, donde nos quedamos unos instantes frente al estanque circular del que surgía la pirámide de rocas coronada por el ángel negro.

—Ya no hay peces de colores —constató Fulvio mientras miraba el fondo seco de la fuente.

—He leído que el ángel negro es un genio alado que simboliza el ingenio humano —le expliqué—, mientras que las estatuas que intentan alcanzar la cima son titanes que representan el esfuerzo realizado por la humanidad para domar a la naturaleza.

—Puede ser —reflexionó Fulvio—, pero ese tipo de ahí arriba sigue sin inspirarme confianza.

—¿También te daba miedo a ti cuando eras pequeño?

—Todavía me asusta un poco —admitió, permitiéndose una risita.

—La tía abuela me explicó una vez que en esta plaza habían ocurrido cosas horribles.

—¿A qué cosas se refería?

—No lo sabía exactamente y me sugirió que te lo preguntara

a ti cuando fuera mayor.

—Aquí han pasado muchas cosas… La plaza fue escenario de ejecuciones durante siglos, desde las crucifixiones de los romanos hasta la guillotina en el siglo XIX —empezó a explicar mi primo con el proceder un tanto pedante de un maestro de escuela que tanto había echado yo de menos—. Hubo una revuelta sangrienta, si no me equivoco, en 1865, cuando la capital del reino de Italia se trasladó de Turín a Florencia. El año pasado, sin ir más lejos, murieron más de sesenta personas en un incendio en el cine Statuto.

—Es terrible.

—Oh, sí, fue un gran golpe para toda la ciudad, pero la tía abuela obviamente no podía saberlo cuando te habló de las cosas malas que habían pasado aquí —dijo volviendo su mirada al ángel negro.

—Ven, no es por él por lo que te he traído aquí —interrumpí esa conversación.

Lo conduje a la pequeña y oblonga piazza Emanuele Filiberto y le pedí que se sentara a mi lado en un banco de piedra.

—Tengo algunas cosas que te pertenecen y quiero devolverte —le anuncié, sacando mi hucha de la mochila.

Le entregué la cucharilla de su madre, que reconoció de inmediato y acogió con emoción, y luego le entregué el recorte de periódico.

—La ocupación de 1973 —comentó mientras miraba la fotografía—, unos días que cambiaron muchas vidas, incluida la mía. ¿Puedo quedármelo?

—Lo conservé para ti, aunque la tía abuela me ordenó que me deshiciera de él. Y luego tienes esta —dije, entregándole una pieza de ajedrez.

—¡La torre blanca! La busqué durante mucho tiempo. ¿Dónde la encontraste?

—Te la robé —confesé—, una vez que estaba muy enfadada contigo; pero no me preguntes por qué, ya no me acuerdo. —Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—A lo largo de estos años he estado muchas veces a punto de tirar mi tablero de ajedrez, pero nunca lo hice porque era

un regalo de la tía abuela. Hice bien en esperar; ahora tengo todas las piezas.

—No —negué con la cabeza—, todavía te falta una, y mucho más importante que una torre.

Fulvio me miró confuso; le puse en la mano el manojo de llaves, que tintinearon alegremente al pasar de mi mano a la suya.

—Estas llaves se encontraron en el bolsillo de tu padre cuando tuvo el accidente.

—¿Son de la casa del Dora?

—No —negué con la cabeza.

—¿De su almacén quizá?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué abren?

—Ese portal de ahí —le indiqué. No hizo falta que añadiera nada más.

—¿Tú lo conoces? —me preguntó después de darles vueltas a las llaves en sus manos un buen rato.

—Lo he visto, pero no tuve el valor de hablar con él.

Fulvio asintió, confesando implícitamente que a él también le había faltado siempre ese valor.

—No puedo presentarme así por las buenas —se escudó—, no sabría qué decirle.

—Empieza por contarle la muerte de la tía abuela.

—Tal vez debería hacerlo. La tía abuela me lo pidió muchas veces y siempre le dije que algún día lo haría.

—Ese día ha llegado —le dije, tras lo que le estampé un beso en la mejilla y me levanté—. Nos veremos pronto, ¿de acuerdo?

—Sí, te lo prometo.

Me alejé, dejándolo solo en el banco de piedra.

Cuando llegué al final de la plaza doblé la esquina, pero me quedé unos instantes para observarlo desde la distancia. Fulvio apoyaba la cabeza entre las manos y miraba fijamente el adoquinado; luego, de repente, lo vi levantarse y encaminarse con decisión hacia el portal. No metió la llave en el ojo de la cerradura como yo, sino que llamó a un timbre. Al cabo de unos instantes, se abrió la puerta y salió un hombre, al que

reconocí como el portero, el que me había sorprendido entrando en el edificio utilizando las llaves. Fulvio le dijo algo y el portero asintió, le hizo un gesto para que entrara, tras lo cual la puerta se los tragó a ambos de manera definitiva.

Hecho.

No sabía si Valentino accedería a hablar con Fulvio, ni si de aquel primer encuentro nacería una amistad o, por qué no, una relación fraternal; pero yo había logrado que se conocieran, tal y como me había pedido mi tía abuela.

Capítulo 53

Dondequiera que me encuentre, 1 de enero de 1984

Querida Dora:

Probablemente te hayas preguntado por qué las fechas de mi penúltima y última carta están tan próximas entre sí, cuando las anteriores estaban separadas por varios meses. Pues bien, lo hice porque, si mi carta del 29 de diciembre resultó tan persuasiva como espero, estarás leyendo la siguiente en Turín.

Sí, querida Dora, quería que volvieras a nuestra ciudad y que la miraras con los ojos de la lectora madura y satisfecha en la que estoy seguro de que te has convertido.

Me gusta imaginarte tomando una copa en el antiguo Caffè Fiorio de via Po, como hicieron, entre otros, Herman Melville y Mark Twain; o mientras devoras unas pastitas en la pastelería Baratti & Milano de piazza Castello, como las Golose a las que el poeta Guido Gozzano dedicó el poema del mismo nombre. Y luego te imagino recorriendo con la cabeza erguida la magnífica sala Palagiano de la Biblioteca Real, disfrutando de los frescos y del olor a madera de nogal y a papel antiguo que emana de sus dos hileras de librerías. Te veo llegar al pequeño jardín de la avenida IV Marzo para disfrutar de un rato de lectura a la sombra de un algarrobo, bajo la mirada protectora y un poco ruda de las estatuas que, ¿lo sabías?, conmemoran todas ellas a sendos escritores. Y, por último, te imagino mientras recorres via Garibaldi y te detienes frente a los escaparates de mi librería favorita, la librería Paravia, para luego proseguir tu camino hasta el lugar donde nos conocimos y nos hicimos amigos: la Biblioteca Pública Central. ¿Recuerdas cuando enviaba a tu primo Fulvio al primer piso a buscar los libros que quería leer? A veces siento un poco de remordimiento al pensar en el tiempo de lecturas que le robé a ese buen mozo, obligándolo a esperar a que los bibliotecarios

encontraran los libros que yo quería en las profundidades de la torre de la biblioteca. Ahora tienes más o menos la edad que tenía entonces tu primo, el joven maestro, y por fin puedes hacerme tú ese favor, al menos una vez, aunque sea para celebrar mi memoria. Por favor, hazlo, es el único y último ruego de un viejo lector.

Cada vez con más devoción por ti,
abogado Edmondo Ferro

P. D.: Te habrás dado cuenta de que en esta mi última carta no te he puesto una lista de libros, sino de lugares; esto se debe a que ya no necesitas mis sugerencias y, sin duda, sabes elegir tus lecturas con entusiasmo y conocimiento de causa. Probablemente, siendo esta mi última carta, te esperarías una despedida más solemne y quizá algunas recomendaciones para el futuro, pero ¿de qué te servirían mis modestas palabras cuando a estas alturas ya sabes aprovechar las de las grandes autoras y autores de la literatura de todos los tiempos?

No leí la carta del abogado el uno de enero, porque ese fue el día de la muerte de mi tía abuela. Cuando la leí más tarde, descubrí que, efectivamente, había vuelto a Turín, no por una concatenación de casualidades, sino obedeciendo a su preciso designio; pero no fue eso lo que más me chocó, sino sobre todo la circunstancia de que la fecha de su última carta y la de la muerte de la tía abuela coincidieran. Era como si mis dos mentores se hubieran puesto de acuerdo de alguna manera en el momento exacto en el que estaría lista para separarme de ellos y para continuar mi camino yo sola.

En el sobre, junto con la carta, encontré una de esas fichas que proporcionaba la biblioteca, que el abogado rellenaba con el código del libro que quería leer. Esta hoja de papel también contenía una serie de números, trazados con su elegante y diminuta letra. No fui directamente a la biblioteca para ver de qué libro se trataba, como mi curiosidad me sugería; primero visité la ciudad siguiendo el recorrido que el abogado había trazado para mí, imaginándose a mi lado, como si estuviéramos paseando los dos juntos. Me imaginé hablando con él, agradeciéndole que me hubiera empujado a hacer las

paces con mi pasado y confiándole mis incertidumbres sobre el futuro; al fin y al cabo, aún no sabía qué iba a hacer con mi vida ni a quién iba a tener a mi lado. Tal vez, me decía, las respuestas que buscaba las encontraría en el libro al que me estaba guiando el abogado. Era el último que me prescribía y, de alguna manera, tenía que ser el más importante.

Cuando llegué a la biblioteca, me dirigí a la sala del piso superior sujetando el papel entre los dedos, un tanto temblorosos por la emoción.

—Buenos días —me saludó la bibliotecaria—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Puedo consultar este libro, por favor? —pregunté mientras le entregaba la ficha.

—Claro —contestó ella, tras lo que se dio la vuelta y metió el trozo de papel en la portezuela metálica que tenía a su espalda, esa misteriosa abertura por la que los libros deseados aparecían como por arte de magia. La mujer cerró la trampilla, y empecé a percibir una estridencia de engranajes y luego el sutil chirrido de carros deslizándose por raíles metálicos. Más allá de la portezuela se encontraba la torre de los libros, el lugar misterioso con el que tanto fantaseaba de niña; el antro secreto donde los libros dormían un sueño embrujado, a la espera de ser evocados por los hechizos de los bibliotecarios.

—¿Has estado alguna vez en la torre? —recuerdo que le pregunté a Fulvio la primera vez que me acompañó a la biblioteca.

—La entrada está prohibida a los que no trabajan aquí —me respondió.

La portezuela metálica se abrió, exhalando un suspiro neumático, y también se abrió mi mente, dejando que se escapara otro recuerdo, el ingenuo pero extraordinario pensamiento que elaboré después de que Fulvio me decepcionara con su respuesta.

Si únicamente los que trabajaban en la biblioteca podían gozar de esa magia, entonces estaba decidido: cuando fuera mayor, ¡trabajaría de bibliotecaria y sacaría libros por la trampilla como si fueran panes de un horno!

—Aquí tiene usted el libro. —La bibliotecaria me entregó un

volumen encuadernado con una mera cartulina gris. En la portada no aparecía ni el título ni el autor. Lo hojeé rápidamente; no se trataba de un libro en sentido estricto, sino más bien de un texto mecanografiado.

—¿Qué libro es este? —le pregunté desconcertada a la bibliotecaria.

—¿No es el que ha pedido usted? —me preguntó, tomando suavemente el volumen de mis manos y examinándolo—. *Un siglo de lectura. El legado de un lector centenario* —leyó en la primera página —; el autor es un tal Edmondo Ferro. ¿Es este el título que buscaba usted?

Apartada, con la superficie de formica rayada en varios lugares y en la que se reflejaba la luz temblorosa de un neón al que no le quedaba mucho tiempo de vida; ninguno de los lectores presentes en la sala de la planta baja envidiaba el hecho de que yo ocupara la mesa de lectura del abogado Ferro. Para la mayoría de ellos, o más probablemente para todos, esa mesa carecía de cualquier clase de atractivo; mejor dicho, había que evitarla con cuidado debido a la agonizante luz de neón que proyectaba sobre ella sus molestos reflejos intermitentes.

Abrí el volumen y empecé a leer.

Esta es mi herencia; mi único legado, lo más valioso que he logrado producir en una vida de más de un siglo: mi diario de lectura.

Desde que aprendí a escribir, tengo la costumbre de anotar en cuadernos los acontecimientos de mi vida y los libros con los que me entretuve o en los que encontré consuelo en esos momentos. He conservado todas estas desordenadas anotaciones —¡más de doscientos cuadernos!— y de ellas he extraído los episodios y las lecturas más significativas de mi vida, que he transcrito para ti en este volumen.

Me quedé sin aliento, sin palabras, pero rebosante de emoción.

Un caluroso día de verano tomé la decisión de hacer este modesto trabajo. Yo estaba en la biblioteca, donde tú estás ahora, con una extraña niña que podía oír lo que los demás no podían. La querida niña me había confiado las horribles voces

que la atormentaban por la noche y yo traté de persuadirla de que lo que oía no era más que el producto de su propia imaginación. Le expliqué que era el miedo a la muerte lo que provocaba las alucinaciones sonoras y que la única manera de librarse de él era aceptar ese miedo y aprender a vivir con él.

¡Qué hipocresía! Yo mismo estaba acongojado por el pensamiento de la muerte y no podía quitármelo de encima. No era el tránsito en sí mismo lo que me asustaba, sino el pesar de dejar en esta tierra un sinfín de libros que ya no podría leer. Pero entonces la niña oyó un sonido, uno de esos que solo ella podía oír; y no era una llamada siniestra, sino el susurro tranquilo y feliz de los lectores del pasado.

Demasiado turbada para continuar, me vi obligada a interrumpir la lectura.

Mis oídos se llenaron de un débil y lejano zumbido, ¡pero no! No podía dejar que sucediera, aunque lo deseaba intensamente. Escuchar los susurros, disfrutar de su musicalidad incorpórea y maravillosa, me habría expuesto también a las Corrientes de Aire, los sonidos desgarradores de los Arrepentimientos, los Rencores, los Remordimientos y otras tristezas infinitas.

Desde el zumbido indistinto que aún invadía mis oídos, oí surgir un susurro, luego un segundo, un tercero y al final una compleja y magnífica textura de sonidos. Si hubiera cerrado los ojos, los susurros probablemente me habrían devuelto, una tras otra, las figuras de los lectores del pasado, empezando por la señorita con gafas y vestida de negro a la que confundí con la tía Catlina muchos años atrás; quizá ahora también podría encontrarme con el abogado.

Sentí que mis párpados se hacían más pesados con cada susurro, su peso se hizo insoportable y pronto no pude hacer otra cosa que cerrar los ojos.

Si podía oír era porque lo deseaba, eso había dicho mi tía abuela. Pero «¿Por qué debería desear los sonidos del otro mundo cuando este tiene tantos que ofrecer?». Eso es lo que me respondió cuando le pregunté si no le importaba haber dejado de oír. Mis ojos se cerraron en el momento exacto en que las palmas de mis manos se pusieron sobre las orejas para

taparlas. Los susurros se hicieron más débiles y luego se desvanecieron en el silencio de la sala de lectura.

—Dora, ¿eres tú? —oí murmurar una voz masculina que me sobresaltó.

—Sí —respondí, tras lo que me di la vuelta y pude enfocar la cara de un hombre sonriente y canoso.

—Cómo has crecido y, sin embargo, sigues teniendo la misma cara bonita que cuando eras una niña —dijo en voz baja, como es apropiado en una sala de lectura—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí —confirmé tras observarlo unos instantes—, solía venir aquí a leer, creo…

—¡Sigo viniendo! Soy el lector del mono azul —dijo con orgullo—. No me has reconocido en mangas de camisa, ¿verdad? ¿Has vuelto a vivir en Turín?

—No, solo estoy de vacaciones. —Me pregunté cómo sabía todas esas cosas sobre mí; al fin y al cabo, solo nos habíamos conocido de vista, sin intercambiar más palabras que unos educados gestos de cortesía y de reconocimiento entre lectores.

—El abogado me habló de tu mudanza a Suiza —continuó el hombre como si me hubiera leído el pensamiento—. Me lo contó una vez que fui a su casa a entregarle unos libros.

—Mi tía abuela y yo también le llevábamos libros al abogado de vez en cuando.

—Éramos muchos los que lo hacíamos —me sonrió—. Veo que estás leyendo el libro que escribió para nosotros, ¡su legado!

Me quedé perpleja. ¿Por qué ese hombre consideraba «nuestro» el libro que el abogado había escrito especialmente para mí?

—¿Cómo te ha hecho llegar el código? —me preguntó—. A mí me lo escribió en el frontispicio de un libro que me regaló, al bibliotecario en una postal que le envió desde su lugar de veraneo y…

—Pero ¿cuántos han…?

—¿Recibido el código? Bueno, no lo sé, pero muchos. Eran muchos los lectores a los que acogió bajo sus alas. Te voy a confesar una cosa —sonrió algo incómodo—. Al principio, fui

tan tonto como para creer que era el único destinatario de sus memorias y me sentí un poco mal cuando me di cuenta de que las cosas no eran así. Pero, en el fondo, era más que lógico: si el libro se hubiera escrito para una única persona, ¿por qué entregarlo a una biblioteca en lugar de dárselo directamente a esa persona?

—Sí —asentí, mortificada por ese descubrimiento.

—Vamos, Dora —lo captó enseguida el hombre—, el abogado no escribió sus memorias de lector solo para ti, pero fuiste tú quien se las inspiró. Tú eres la niña de la que habla en el prólogo, ¿verdad?

—Sí, soy yo —confirmé con un nuevo orgullo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Puedes decirme algo acerca de los susurros a los que se refiere en la primera parte de su texto? Eso es lo único que no me quedó del todo claro.

—A mí tampoco me queda del todo claro —mentí, aunque solo a medias.

—Ha sido un placer volver a verte; disfruta de la lectura —se despidió de mí sonriendo amablemente.

—Adiós.

Volví a leer, con renovada alegría: el abogado decía que el propósito de su vida era crear nuevos lectores, y en otra ocasión afirmó que entre los que leen surge un parentesco no de carne y hueso, sino de papel y tinta. Y, diez años después de su muerte, aquí estaba su descendencia de lectores, compartiendo fraternalmente la lectura de un libro: ¡el suyo!

—Es justo que así sea —me repetí un par de veces a mí misma, y luego me sumergí en el primer capítulo.

Me pasé todo el día leyendo en la biblioteca y solo me marché cuando llegó el momento del cierre, prometiéndome volver al día siguiente para retomar la lectura donde la había dejado. Me dirigí a mi hotel, la misma pequeña pensión «barata pero agradable» en la que me había alojado a mi llegada a Turín antes de Navidad.

Las palabras escritas por el abogado para sus lectores, los

que él mismo había creado, bailaban en mi mente. Pero otro pensamiento se iba abriendo camino con poderío: ahora que había hecho las paces con mi pasado, tendría que hacer lo mismo con mi presente, confesando a las personas a las que quería las mentiras que les había soltado durante todos esos años. Era consciente de que algunas de ellas lo entenderían y me lo perdonarían, mientras que otras se alejarían de mí, pero ese era el precio que tenía que pagar.

—No se preocupe, era un jarrón barato, ¡una auténtica bagatela! —oí que el viejo portero de librea verde profería mientras cruzaba el umbral del hotel.

—¡Estoy consternado! Le compraré otro idéntico.

—¡Por Dios, jovenzuelo, no! ¡No me haga esto ahora que por fin me he librado de ese engendro!

Mi pie pisó algo puntiagudo que se agrietó bajo mi peso; el suelo del vestíbulo estaba sembrado de añicos multicolores.

—Thomas, ¿qué haces tú aquí? —le pregunté incrédula al chico torpe que estaba frente al portero, mientras en la garganta se me formaba un doloroso nudo.

—He venido a por ti —respondió con candor, acercándose a mí y haciendo crujir los fragmentos bajo sus pisadas.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunté con el poco aliento que consiguió eludir el nudo, cada vez más apretado.

—Han sido tus padres los que me dieron la dirección. Me pasé la mitad de las vacaciones intentando razonar con mis padres, pero cuando me di cuenta de que era una batalla perdida, cogí el tren y volví a Zúrich para pasar al menos la Nochevieja contigo. Fui a tu casa, pero no encontré a nadie.

—Mis padres ese mismo día se habían ido a Italia —me sentí obligada a explicarle, aunque sabía que no le debía ninguna explicación—. Mi tía abuela tuvo un infarto y…

—Lo sé todo —dijo abrazándome—. Lo siento, Dora.

—No tienes por qué sentirlo —dije mientras me zafaba de su abrazo—, la tía abuela se apagó serenamente…

—Siento no haber estado allí contigo. —Percibía sinceridad en sus palabras.

—Gracias —le concedí.

—Volví a tu casa todos los días —continuó—, hasta que

encontré a tus padres y me lo contaron todo. Yo también… —hizo una pausa— se lo conté todo.

—¿De verdad?

—¡Era mi deber! Les expliqué que mis padres no aceptaron nuestra relación, pero que les dije alto y claro que nunca renunciaría a ti.

—¿Y cómo reaccionaron ellos?

—¡Mal, fatal! Me amenazaron de todas las maneras posibles, incluso llegaron a decirme que, si me obstino en seguir viéndote, ya no me pagarán mis clases de música. ¿Te das cuenta? —se rio un poco—, quieren castigarme como si fuera un niño.

—No es justo que tengas que renunciar a la música.

—Pero es que no tengo ninguna intención de renunciar —me tranquilizó—. Hace meses solicité una beca en el conservatorio y me la han concedido.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque entonces no tenía ninguna importancia. Solo lo hice para ponerme a prueba, casi como un juego; sabía perfectamente que mis padres nunca aceptarían que estudiara música a tiempo completo. Pero ahora, en cambio, podré hacerlo: dejaré la escuela e iré al instituto del conservatorio. ¡Me graduaré sin soltar ni un céntimo!

—Aunque tus padres no tengan que financiarte, nunca aceptarán una decisión semejante. —Intenté mostrarme razonable.

—Lo sé muy bien; de hecho, alquilaré una habitación en la residencia de estudiantes y me ganaré la vida dando clases de música a los niños. Mi profesor me ayudará a encontrar alumnos. —Parecía haber pensado ya en todo.

—¿Estás seguro de que quieres dejar la casa de tus padres y renunciar a todo lo que te pueden ofrecer?

—Dora, en los últimos días me he dado cuenta de muchas cosas y una de ellas es que quiero llegar a ser concertista.

—¡Yo voy a ser bibliotecaria! —declaré sin apenas darme cuenta, siendo consciente por primera vez al decirlo, después de que el recuerdo de la torre de libros hubiera resurgido en mi mente.

—¿Hablas en serio? —reflexionó—. Un músico y una bibliotecaria: es una combinación con un toque bohemio. ¡Me gusta!

—Thomas —solté un largo suspiro—, no sé si tú y yo podremos volver a estar juntos.

—Entiendo que estés enfadada, pero dame la oportunidad de lograr que me perdones.

—No eres el único que tiene cosas que hacerse perdonar —confesé, pensando en las mentiras que le había contado.

—Lo entiendo, pero ¿no podemos hablar de ello antes de tomar una decisión? —La mirada de Thomas era suplicante, mientras yo buscaba en mi interior la respuesta.

—¿Llevo la maleta del señor a su habitación, señorita? —Inesperadamente, el portero del hotel rompió el silencio. Había olvidado que había estado allí durante toda nuestra conversación.

La mirada suplicante de Thomas se humedeció.

—Sí, por supuesto —respondí al portero—, muchas gracias.

Nos abrazamos y nos besamos largo rato. La escena habría sido bastante más romántica si el hombre de la chaqueta de tela verde, tras volver de mi habitación, no se hubiera puesto a barrer los añicos del suelo, sin preocuparse de nuestras efusiones.

—¿Qué tal si me llevas a dar una vuelta por la ciudad? Así podemos hablar.

—Claro —acepté—, primero te llevaré a ver dónde vivía yo de pequeña.

—Por fin voy a ver tu hermosa casa de piazza Castello.

—No está exactamente en piazza Castello —me esforcé en sonreírle— y ni siquiera es una casa, al menos ya no… Pero te lo explicaré todo por el camino.

Título original: *La biblioteca dei sussurri*
Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Edición digital: 2022

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano

© 2021 Fazi Editore srl
© de la traducción: Xavier González Rovira, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-983-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.